Historias de la Jungla Tarzan

Edgar Rice Burroughs

En esta sexta novela de la serie sobre Tarzán, Edgar Rice Burroughs abandona la continuación de las novelas anteriores y vuelve atrás en el tiempo para contarnos la infancia de Tarzán. En realidad se trata de una recopilación de doce relatos cortos sobre distintos aspectos de su infancia y desarrollo. Contiene:

- *El primer amor de Tarzán*
- *Tarzán cae en una trampa*
- *Refriega por el hijo de Teeka*
- *Tarzán sale en busca de Dios*
- *Tarzán y el negrito*
- *La venganza del hechicero*
- *El fin de Bukawai*
- *Numa, El león*
- *Pesadillas*
- *El secuestro de Teeka*
- *Bromas de la selva*
- *Tarzán rescata la luna*

El joven Tarzán era muy diferente a sus compañeros de juegos, los grandes simios con los que convivía. La suya era una vida sencilla, salvaje y primitiva cuyas actividades se reducían primordialmente a morir y matar. Sin embargo, Tarzán sentía los deseos de un niño normal por aprender. Para ello cuenta con los libros dejados por su padre muerto y con el mundo que le rodea. Buscará el origen de sus sueños, o el paradero de Dios; buscará el amor y el afecto que todo ser humano necesita, pero en la vida de la selva no había lugar para las abstracciones.

Edgar Rice Burroughs

Historias de la jungla

Tarzán 6

ePUB r1.3
Titivillus 06.03.17

Título original: *Jungle Tales of Tarzan*
Edgar Rice Burroughs, 1916
Traducción: Emilio Martínez Amador
Portada original 1ª edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales:J. Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0

TARZÁN
Historias de la jungla

Capítulo Uno

CAPÍTULO I

EL PRIMER AMOR DE TARZÁN

TENDIDA voluptuosamente a la sombra, en la floresta de la selva tropical, Teeka presentaba una preciosa imagen de juvenil belleza femenina. Al menos, así se lo parecía a Tarzán de los Monos, que la contemplaba desde la altura de la oscilante rama de un árbol próximo, donde permanecía sentado en cuclillas.

Cualquiera que le hubiese visto allí habría tomado a Tarzán por la reencarnación de algún semidiós antiguo. Su atlético cuerpo se mecía en actitud de relajado abandono sobre la rama de aquel gigante de la jungla, mientras los rayos del sol ecuatorial se filtraban a través de la verde y tupida fronda para salpicar de brillantes motas de luz la bronceada piel. Tenía inclinada la cabeza en absorta meditación, en tanto devoraba con los grises ojos, inteligentes y soñadores el objeto de su reverencia.

Nadie hubiera supuesto que, en su infancia, aquella criatura se amamantó en los pechos de una espantosa y peluda simia, ni que, desde que sus padres murieron en la cabaña construida en una pequeña cala, al borde de la selva, el muchacho no tuvo ni conoció más compañeros que los torvos machos y las gruñonas hembras de la tribu de Kerchak, el gran mono. Tarzán no recordaba haber tenido otros.

Y si alguien hubiese podido leer los pensamientos que bullían en el activo y saludable cerebro del joven hombre mono, los anhelos, deseos y pretensiones que le inspiraba la vista de Teeka, tampoco se habría sentido más inclinado a dar crédito al auténtico origen de Tarzán. Porque, sobre la única base de tales pensamientos, ni por lo más remoto se hubiera podido nunca espigar la verdad: que aquel mozo era hijo de una bellísima dama inglesa y que su padre fue un aristócrata británico de la más antigua alcurnia.

Para Tarzán de los Monos la verdad de su origen resultaba un misterio absoluto. Ignoraba que era John Clayton, lord Greystoke, con escaño en la

Cámara de los Lores. No lo sabía pero, de saberlo, tampoco hubiera comprendido lo que representaba.

¡Sí, Teeka era una auténtica preciosidad!

Naturalmente, Kala había sido hermosa —la madre de uno siempre lo es—, pero la belleza de Teeka tenía algo especial, algo inefable que Tarzán empezaba a percibir de un modo ambiguo y nebuloso.

Durante años, Tarzán y Teeka habían sido compañeros de juegos. Y Teeka continuaba mostrándose juguetona y alegre mientras los machos de su edad se convertían con pasmosa rapidez en individuos ariscos y malhumorados. De plantearse Tarzán la cuestión, es probable que hubiese atribuido su creciente inclinación hacia la joven hembra al hecho de que, de todos los antiguos compañeros de barrabasadas, sólo Teeka y él seguían manteniendo vivo el deseo de divertirse, de jugar y hacer diabluras como antes.

Pero aquel día, mientras contemplaba a Teeka, se sorprendió al reparar en la belleza de sus facciones y de su figura: algo que hasta entonces no había hecho nunca, puesto que tales detalles nada tenían que ver con las aptitudes de Teeka para saltar ágilmente de un árbol a otro por las altas enramadas, en el curso de las persecuciones y juegos del escondite y demás que la fértil imaginación de Tarzán inventaba. El hombre mono se rascó la cabeza y deslizó los dedos por debajo de la espesa melena negra que enmarcaba su bien parecido rostro juvenil. Se rascó la cabeza y dejó escapar un suspiro. El descubrimiento de la belleza de Teeka se convirtió en súbito motivo de desesperación. Empezó a envidiar la espléndida capa de pelo que cubría el cuerpo de la hembra. A Tarzán, su propia piel tersa y bronceada le producía una aversión hija del disgusto y la repugnancia. Años antes alimentó la esperanza de que algún día su piel iba a recubrirse de pelo, como el que adornaba a sus hermanos, pero al final no tuvo más remedio que abandonar aquella grata ilusión.

Allí estaba la hermosa dentadura de Teeka, no tan grande como la de los machos, naturalmente, pero dotada de piezas fuertes y estupendas, comparadas con los débiles y blancos dientes de Tarzán. ¡Y las pobladas y ceñudas cejas, y la ancha y aplastada nariz, y los gruesos labios! Tarzán se había entrenado intentando poner la boca en forma de semicírculo, al tiempo que inflaba los carrillos y guiñaba los ojos repetida y rápidamente, pero tras una infinidad de esfuerzos inútiles llegó a la conclusión de que jamás conseguiría hacer aquello con la gracia irresistible que lograba

Teeka.

Aquella tarde, mientras la observaba con ojos maravillados, un joven macho que rebuscaba con aire apático bajo la húmeda y enmarañada alfombra de vegetación medio putrefacta que cubría las raíces de un árbol próximo, a la caza de algún bicho comestible, se acercó a Teeka con torpes andares. Los demás miembros de la tribu de Kerchak deambulaban indiferentes por allí o descansaban tumbados en el suelo, sumidos en la modorra que les contaminaba el calor del mediodía de la selva ecuatorial. De vez en cuando, alguno de ellos había pasado por las proximidades de Teeka, pero Tarzán no le prestó atención. ¿Por qué, entonces, frunció el ceño y se le tensaron los músculos cuando vio que Taug se detenía delante de la joven hembra y luego se sentaba en cuclillas junto a ella?

A Tarzán siempre le había caído bien Taug. Desde niños compartieron juegos y travesuras. Solían agazaparse codo con codo a la orilla del agua, dispuestos los rápidos, ágiles y fuertes dedos para salir disparados y agarrar al Pisah, el pez, cuando este cauteloso morador de las frías profundidades acuáticas se remontaba hasta la superficie atraído por los insectos que Tarzán lanzaba a la laguna.

Juntos habían hecho mil trastadas a Tublat y amargado la existencia a Numa, el león. ¿Por qué, pues, se le erizaban a Tarzán los pelos de la nuca simplemente porque a Taug se le ocurriera ir a sentarse al lado de Teeka?

Desde luego, Taug ya no era el mono juguetón de otros tiempos. Cuando se le contraían los músculos faciales para dejar al descubierto sus formidables colmillos nadie imaginaba que estuviese del mismo talante zaragatero y retozón de que hacía gala cuando Tarzán y él se revolcaban por la hierba en sus simulacros de lucha a brazo partido. El Taug actual era un simio de tamaño impresionante, humor taciturno y expresión torva, tétrica, amenazadora. Sin embargo, Tarzán y él nunca habían llegado a pelearse.

El hombre mono observó durante varios minutos las maniobras que efectuó Taug para arrimarse a Teeka. Vio la ruda caricia con que la enorme zarpa del macho golpeó más que rozó el lustroso hombro de la mona y, entonces, Tarzán se deslizó al suelo como un felino y se encaminó hacia la pareja.

Al acercarse, contrajo hacia arriba el labio superior en una mueca que dejó al aire los dientes y de las profundidades de su pecho brotó un sordo y cavernoso gruñido. Taug alzó la cabeza. Parpadearon sus sanguinolentos

ojos. Teeka se incorporó a medias y miró a Tarzán. ¿Acaso adivinaba la causa de la inquietud del hombre mono? ¿Quién lo sabe? De cualquier modo, era femenina, así que alargó la mano y rascó a Taug en la parte posterior de una de sus pequeñas y aplastadas orejas.

Tarzán vio aquel gesto y en ese preciso instante comprendió que Teeka había dejado de ser la enredadora compañera de juegos de una hora antes. Acababa de convertirse en un ser maravilloso —la criatura más maravillosa del mundo—, por cuya posesión Tarzán estaba presto a luchar a muerte contra Taug o con cualquier otro macho que se atreviera a disputarle su derecho de propiedad.

Agazapado, tensos los músculos y con uno de sus enormes hombros vuelto hacia el joven macho, Tarzán de los Monos se fue acercando paulatina y cautelosamente. Ladeado parcialmente el rostro, sus ojos grises, sin embargo, no se apartaron un segundo de Taug y, mientras se le iba aproximando, la profundidad y volumen de sus gruñidos no cesó de aumentar.

Taug se irguió sobre sus cortas piernas, erizado el pelo. Enseñaba ya los dientes. También avanzó cautelosamente, rígidas las extremidades inferiores, mientras respondía con los suyos a los gruñidos del hombre mono.

—Teeka pertenece a Tarzán —declaró éste mediante los sonidos guturales propios de los antropoides.

—Teeka es de Taug —contradijo el mono macho.

Thaka, Numgo y Gunto, alertados por los gruñidos de los dos jóvenes galanes, levantaron la cabeza medio displicentes, medio interesados. También estaban medio dormidos, pero aquello tenía todos los visos de lucha inminente. Algo que iba a interrumpir la monótona uniformidad de la vida que llevaban en la selva.

Colgada del hombro llevaba Tarzán la enrollada cuerda de hierbas y su mano empuñaba el cuchillo de monte de su padre, muerto mucho tiempo atrás y al que no llegó a conocer. En el minúsculo cerebro de Taug anidaba un gran respeto hacia la brillante y afilada hoja de metal que con tanta destreza sabía utilizar el hombre mono. Con ella había matado a Tublat, su feroz padre adoptivo, así como a Bulgani, el gorila. Taug no ignoraba aquellas hazañas, de modo que extremó sus precauciones en tanto giraba alrededor de Tarzán, a la espera de la oportunidad para lanzarse al ataque con garantías. Su menor corpulencia y la inferioridad de su armamento

natural hacían al hombre mono precavido, de modo que siguió análoga táctica.

Durante cierto tiempo pareció que el altercado seguiría los mismos derroteros de la mayor parte de tales desavenencias entre miembros de la tribu y que uno de los contendientes acabaría por perder todo interés en la cuestión y se retiraría para dedicarse a cualquier otra actividad. Y ese pudo haber sido el final del asunto si el *casus beli* hubiera sido otro, pero Teeka estaba en la gloria, halagadísima por la atención que había despertado y por la circunstancia de que aquellos dos machos jóvenes se dispusieran a enzarzarse en violento combate por ella. En toda su breve existencia era la primera vez que le sucedía tan memorable acontecimiento. Había visto a otros machos pelear por hembras de más edad y en el fondo de su pequeño y selvático corazón anheló que llegase el día en que la hierba de la jungla enrojeciese con la sangre que se derramara en un combate a muerte por ella.

De modo que se puso en cuclillas y procedió a insultar profusa e indiscriminadamente a ambos admiradores. Les lanzaba pullas reprochándoles su cobardía y los insultaba aplicándoles los apelativos más humillantes, como Histah, la serpiente, o Dango, la hiena. Los amenazaba con llamar a Mumga para que los corriera a estacazos… Precisamente a Mumga, que era tan vieja que no podía subirse a los árboles y tan desdentada que tenía que alimentarse casi exclusivamente de plátanos y gusanos.

Los monos que presenciaban el espectáculo escuchaban a Teeka y le reían aquellas gracias. Taug estaba furioso. Acometió a Tarzán con súbita embestida, pero el hombre mono dio un salto lateral, esquivó el ataque y, con felina celeridad, giró en redondo y se plantó de nuevo frente a Taug. Al acercarse, enarbolaba el cuchillo de monte por encima de la cabeza; con la peor de las intenciones descargó un tajo al cuello de Taug. Éste hurtó el cuerpo con celérico regate y el filo del arma sólo le ocasionó un rasguño en el hombro.

El pequeño borbotón de sangre arrancó un agudo grito de placer a la encantada Teeka. ¡Ajá, aquello merecía la pena! Lanzó una mirada en torno, para comprobar si los demás habían sido testigos de aquella prueba de su popularidad. Helena de Troya nunca se sintió tan orgullosa como Teeka en aquel instante.

Si no hubiese estado tan absorta en su propia vanagloria es posible que

hubiese percibido el susurro que produjeron las hojas del árbol al pie del cual se hallaba, un murmullo que no causaba el viento, dado que no circulaba el menor soplo de aire. Y de haber alzado la mirada, seguramente habría visto el estilizado cuerpo agazapado casi directamente encima de ella, así como los perversos ojos glaucos que la observaban con fulgor voraz en las pupilas. Pero Teeka no levantó la vista.

Al sentir la herida, Taug retrocedió y prorrumpió en una serie de pavorosos rugidos. Tarzán siguió acosándolo, cuchillo en ristre y con un diluvio de insultos y amenazas derramándose desde su boca. Teeka se apartó de debajo del árbol para mantenerse cerca de los contendientes.

La rama situada encima de la mona se combó y agitó levemente al deslizarse por ella el cuerpo del depredador al acecho. Taug se había detenido y se aprestaba a afrontar un nuevo asalto. La espuma cubría sus labios y de las mandíbulas descendían hilillos de baba. Erecto, baja la cabeza y extendidos los brazos, se preparaba para desencadenar un ataque y fajarse en una lucha cuerpo a cuerpo. Si lograra plantar sus poderosas manos sobre la suave y bronceada piel de su adversario habría ganado la batalla. Taug consideraba poco limpia la forma de combatir de Tarzán. Nunca se acercaba, su estilo consistía en saltar ágilmente de un lado a otro y mantenerse en todo momento fuera del alcance de los musculosos dedos de Taug.

Como hasta entonces el joven hombre mono sólo había jugado, sin medir nunca sus fuerzas con un mono macho adulto en una pelea de verdad, no estaba muy seguro de que fuera aconsejable poner a prueba sus músculos en un combate a muerte. No es que tuviera miedo, ya que el miedo era una emoción que desconocía de un modo absoluto. El instinto de conservación le aconsejaba andarse con cien ojos…, eso era todo. Sólo corría riesgos cuando lo consideraba necesario y, al presentarse tal circunstancia, no vacilaba ante nada.

Su propio sistema de lucha parecía más a tono con su constitución física y las armas con que le había dotado la naturaleza. Su dentadura, aunque fuerte y afilada, se encontraba en lamentable desventaja a la hora de competir con las formidables armas de ataque que constituían los colmillos de los antropoides. Con aquella táctica de saltos y movimientos rápidos alrededor del adversario, manteniéndose lejos del alcance de éste, y a base de utilizar diestramente el largo y afilado cuchillo de monte, Tarzán podía ocasionar infinitamente más castigo a su antagonista y al propio tiempo

eludir muchas de las dolorosas y graves heridas que estaba seguro iba sufrir en el caso de caer en las garras de un mono macho.

Así, pues, Taug se lanzaba a la carga, embistiendo y mugiendo como un toro y Tarzán danzaba con ágiles pasos laterales, sin dejar de zaherir a su rival con burlones insultos, ni de clavarle de vez en cuando la punta del cuchillo.

En el transcurso de la pelea se daba alguna que otra tregua, durante la cual los contendientes interrumpían sus afanes bélicos, jadeaban, recobraban el aliento, hacían acopio de fuerzas y aguzaban el ingenio con vistas al modo de plantear el siguiente asalto. Durante una de esas pausas, la mirada de Taug rebasó casualmente la figura de su antagonista. Automáticamente, la expresión de Taug cambió de manera radical. La cólera desapareció de su rostro, sustituida por un gesto de pánico.

Al tiempo que profería un grito que todos los simios comprendieron al instante, Taug dio media vuelta y huyó a todo correr. No hizo falta preguntarle nada: su chillido anunciaba la cercana presencia del ancestral enemigo de los monos.

Lo mismo que los demás miembros de la tribu, Tarzán se aprestó a ponerse a salvo y en ese momento, mezclado con el rugir de la pantera, oyó el alarido de terror de una mona. Taug también lo oyó, pero no interrumpió su huida.

Con el hombre mono, sin embargo, las cosas fueron distintas. Miró por encima del hombro para comprobar si algún miembro de la tribu se veía acosado de cerca por el carnívoro y la escena que contemplaron sus ojos los llenó de espanto.

Era Teeka quien gritaba aterrada mientras corría a través del claro, hacia los árboles de la orilla opuesta, perseguida por Sheeta, la pantera, que acortaba terreno mediante gráciles saltos. Sheeta no parecía tener prisa. Tenía asegurada su buena ración de carne, puesto que aunque la mona alcanzase los árboles, no podría trepar hasta alcanzar la altura suficiente antes de ponerse a salvo de las garras de la pantera.

Tarzán comprendió que Teeka iba a morir. A gritos, indicó a Taug y a los otros machos que se apresuraran a acudir en auxilio de Teeka Simultáneamente, corrió en pos de la fiera y cogió la cuerda que llevaba al hombro. Tarzán sabía que, una vez soliviantados los grandes monos machos, ni siquiera a Numa, el león, le entusiasmaba, ni mucho menos, la idea de oponer sus colmillos a los de ellos. Le constaba, así mismo, que si

todos los de la tribu decidían unánimemente lanzarse al ataque, a Sheeta, el enorme felino, le iban a faltar décimas de segundo para volver grupas, meterse el rabo entre las piernas y retirarse a toda velocidad.

Taug oyó los gritos, lo mismo que todos los demás, pero nadie acudió a echar una mano a Tarzán en la misión de salvar a Teeka, mientras Sheeta reducía velozmente la distancia entre ella y su presa.

Al tiempo que perseguía a la pantera, Tarzán no cesaba de gritarle, con la idea de apartarla de Teeka, de distraer la atención del felino lo suficiente para que la mona tuviese tiempo de ascender a las ramas altas, donde Sheeta no se atrevería a subir. Dedicó a la pantera todos los insultos que se le vinieron a la lengua, pero el carnívoro no estaba dispuesto a detenerse para entablar combate con él; a Sheeta se le había hecho la boca agua y su único interés era aquel exquisito bocado que casi tenía ya al alcance de sus dientes.

Tarzán no se encontraba muy lejos de la pantera, a la que ganaba terreno, pero la distancia de aquella carrera era tan corta que resultaba utópico pensar que atraparía al felino antes de que éste hubiese caído sobre Teeka. Al tiempo que corría, el hombre mono volteaba la cuerda de hierba por encima de la cabeza. Temía errar el lanzamiento, porque la distancia era muy superior a los tiros que había efectuado hasta entonces. El trecho que le separaba de Sheeta era más o menos el de la longitud de la cuerda. Sin embargo, no existía más solución que aquella: intentarlo. Le era imposible de todo punto llegar a la altura de la pantera antes de que ésta alcanzase a Teeka Tenía que jugárselo todo a la carta del lanzamiento del lazo.

Y justo en el preciso instante en que Teeka se abalanzaba hacia la rama inferior de un árbol gigantesco y Sheeta acometía su salto largo y sinuoso en pos de la presa, los círculos de la cuerda de Tarzán se estiraron al surcar el aire rápidamente, dibujaron una larga y delgada línea recta mientras el lazo permanecía suspendido un segundo sobre la salvaje cabeza y las rugientes fauces de la pantera. Acto seguido, el lazo descendió y, limpia y certeramente, el nudo corredizo se ciñó en torno al rojizo cuello de Sheeta. Tarzán dio un tirón seco a la cuerda, tensó el nudo y afirmó los pies en el suelo, preparándose a afrontar la violenta reacción de la pantera cuando se sintiese atrapada.

Las crueles garras del felino arañaron el aire a escasos centímetros de las lustrosas posaderas de Teeka en el momento en que la cuerda se tensó y

Sheeta se veía frenada bruscamente: un frenazo que la lanzó de espaldas contra el suelo. Pero se levantó como una exhalación, con los ojos echando chispas y la cola convertida en látigo fustigante, mientras de sus abiertas fauces brotaban espantosos rugidos de furia y decepción.

Sheeta vio al joven hombre mono, el culpable de su desconcierto, apenas a diez o doce metros, y se precipitó hacia él.

Teeka ya estaba a salvo. Tarzán lo comprobó mediante un rápido vistazo a la enramada del árbol que la mona había alcanzado en el último segundo. Pero Sheeta iba ahora a por él. Era una insensatez arriesgar la vida en un combate ocioso y desigual, del que no podía resultar nada positivo, ¿pero cómo eludir la batalla con aquel felino iracundo? Y en el caso de verse obligado a luchar, ¿qué probabilidades tenía de sobrevivir? A Tarzán no le quedó más remedio que admitir que su situación distaba mucho de ser apetecible. Los árboles estaban demasiado lejos como para albergar la esperanza de llegar a ellos a tiempo de esquivar al carnívoro. Empuñaba en la diestra el cuchillo de monte: un arrea insignificante, una nadería en comparación con las formidables hileras de dientes de que estaban dotadas las poderosas mandíbulas de Sheeta y las afiladas garras encajadas en sus acolchadas patas. A pesar de todo, el joven lord Greystoke les hizo frente con la misma valerosa resignación con que un intrépido antepasado suyo se lanzó a la derrota y la muerte en la colina de Senlac, cuando tuvo lugar la batalla de Hastings.

Desde la seguridad que les brindaban las ramas altas de los árboles, los grandes monos presenciaban el espectáculo, proyectaban sobre Sheeta los calificativos más insultantes y dirigían a Tarzán consejos y consignas, porque, naturalmente, el antecesor del hombre tiene muchos rasgos humanos. Teeka estaba aterrorizada. A gritos, apremiaba a los machos a que corrieran en auxilio de Tarzán, pero ellos estaban atareadísimos con otras ocupaciones más interesantes: asesorar a Tarzán y dedicar muecas a Sheeta. Al fin y a la postre, Tarzán no era un auténtico mangan, ¿por qué, entonces, debían arriesgar el pellejo intentando protegerle?

Sheeta casi se había echado encima de aquel cuerpo ágil y desnudo… y el cuerpo ya no estaba allí. Con todo lo rápido que era el felino, aquel muchacho mono todavía lo era más. Se apartó a un lado con celérico salto cuando las garras de la pantera daban la impresión de haber caído sobre él. Sheeta pasó de largo y fue a aterrizar más allá de la que creía presa segura, mientras ésta, tras el regate, se alejaba a la carrera, hacia la salvación del

árbol más próximo.

La pantera se recobró prácticamente al instante, se revolvió y salió disparada en persecución del hombre mono, con la cuerda arrastrándose por el suelo. Al correr en pos de Tarzán, Sheeta rodeó un pequeño arbusto. Como obstáculo no sería gran cosa para ningún animal de la selva del tamaño y peso de la pantera… siempre y cuando no llevase tras de sí una cuerda alrededor del cuello. Lo malo para Sheeta fue justo esa cuerda, porque cuando el felino perseguía a Tarzán de los Monos, la cuerda se enredó en el arbusto y obligó a la pantera a detenerse en seco. Instantes después, Tarzán se hallaba a salvo en la copa de un árbol, a una altura a la que Sheeta no podía acceder.

Allí asentó sus reales el hombre mono, para dedicarse a arrojar trozos de rama e insultos diversos al indignado felino que tenía a sus pies. Los demás integrantes de la tribu se sumaron al bombardeo, lanzando cuantas ramitas y frutos duros tenían a su alcance, hasta que Sheeta, a base de frenéticos tirones y mordiscos, consiguió romper la cuerda. Durante unos segundos más la pantera se mantuvo allí erguida, mientras, uno tras otro, fulminaba con los ojos a los que la torturaban. Por último, emitió un rugido final de rabia, dio media vuelta y desapareció en la enmarañada y laberíntica espesura de la jungla.

Al cabo de media hora, la tribu volvía a estar en el suelo, entregada a la tarea de buscar alimento, como si no hubiese ocurrido nada susceptible de interrumpir la grisácea monotonía de su existencia. Tarzán había recuperado la mayor parte de su cuerda y se entretenía preparando un nuevo lazo, mientras Teeka permanecía en cuclillas a su lado, como evidente demostración de que lo había elegido por compañero.

Taug los observaba con sombrío resentimiento. Se les acercó una vez y Teeka le enseñó los colmillos y le gruñó, hostil recibimiento que Tarzán corroboró dejando al descubierto los incisivos y emitiendo otro gruñido. Pero Taug no buscó pelea. Pareció aceptar la decisión de la hembra, de acuerdo con la norma de la tribu, reconociendo que había salido derrotado en la lid por conquistar los favores de Teeka.

Más avanzado el día, reparada la cuerda, Tarzán partió en busca de caza, desplazándose por los árboles. Necesitaba consumir carne en mayor medida que sus compañeros y, mientras éstos se conformaban con una dieta a base de frutas, hierbas, escarabajos y otros insectos, que encontraban sin excesivo esfuerzo, Tarzán dedicaba una considerable

cantidad de tiempo a la caza de animales cuya carne era la única que satisfacía los apetitos de su estómago y proporcionaba resistencia, vigor y fortaleza a sus poderosos músculos que de día en día se formaban bajo la tersa y suave textura de su piel bronceada.

Taug le vio alejarse y, como quien no quiere la cosa, mientras buscaba bichitos comestibles, se fue aproximando a Teeka poco a poco. Al final, cuando se encontraba a unos cuantos palmos de la hembra, le echó una mirada, con disimulo, y observó que la mona le estaba mirando apreciativamente, sin que su expresión denotara asomo alguno de enojo.

Taug abombó su enorme pecho, dio unas cuantas vueltas sobre sus cortas piernas y su garganta emitió una serie de extraños gruñidos. Curvó los labios para dejar al descubierto la dentadura. ¡Rayos, qué colmillos más espléndidos tenía! Teeka no pudo por menos que fijarse en ellos. También dejó que sus ojos se recrearan admirativamente en las hirsutas cejas de Taug y en su cuello corto y recio. Realmente, ¡qué criatura más hermosa era aquel macho!

Halagado por la expresión de indisimulada maravilla que percibió en los ojos de la hembra, Taug se dio unos paseos por delante de Teeka, con la altivez vanidosa propia de un pavo real. Empezó a hacer inventario mentalmente de sus cualidades y no tardó en compararlas con las de su rival.

Taug soltó un gruñido, porque no había parangón posible. ¿Cómo iba nadie a comparar su precioso pelaje con la repugnante piel lisa y desnuda de Tarzán? Después de contemplar las anchas y aplastadas napias de Taug, ¿cómo podía alguien encontrar belleza en aquella miseria de nariz que tenía el tarmangani? ¡Y los ojos de Tarzán! Puntitos horribles, rodeados de blanco y sin veta alguna de rojo en las órbitas. Taug tenía plena conciencia de que sus ojos sanguinolentos eran bonitos, porque los había visto reflejados en la espejeante superficie de muchas lagunas y charcas a las que fue a beber.

El macho siguió acercándose a Teeka hasta que, por último, acabó sentándose pegado a ella. Cuando, poco después, regresó Tarzán de su cacería vio a Teeka dedicada con alegre entusiasmo a la tarea de rascar la espalda de Taug.

El muchacho se sintió desazonado. Ni Taugh ni Teeka le vieron descolgarse de la enramada y entrar en el claro. Hizo una pausa momentánea, mientras los miraba; luego, tras esbozar un gesto cargado de

tristeza, dio media vuelta y se perdió en el dédalo de la fronda festoneada de musgo del que había salido momentos antes.

Deseaba irse lo más lejos posible de la causa de su dolor. Eran los primeros ramalazos producto de un amor desdeñado y Tarzán no sabía a ciencia cierta qué era lo que le pasaba. Al principio pensó estar furioso con Taug, por lo que no acababa de entender por qué se alejaba de allí, en vez de entablar un combate a muerte con el que había destruido su felicidad.

También creyó estar indignado con Teeka, pese a lo cual la imagen de los numerosos encantos de aquella hembra preciosa no cesaba de acosarle, por lo que, a la luz del amor que sentía por ella, sólo podía considerarla la criatura más deseable del mundo.

El hombre mono anhelaba afecto. Hasta que la flecha envenenada de Kulonga atravesó el corazón selvático de Kala y acabó con la vida de la mona, ésta había representado para el niño inglés el único objeto de cariño que Tarzán de los Monos conoció durante toda su infancia.

A su feroz y salvaje manera, Kala adoraba a su hijo adoptivo y Tarzán correspondió a aquel afecto, aunque sus demostraciones externas no pasaran de ser las que podían esperarse por parte de cualquier otro animal de la jungla. Hasta que la perdió, el muchacho no tuvo plena conciencia de lo profundo que era el cariño que sentía hacia su madre, ya que siempre la consideró su única madre.

En el curso de las últimas horas había visto en Teeka la sustituta de Kala: alguien por quien luchar y por quien salir de caza, alguien a quien acariciar. Pero el sueño había saltado hecho trizas. En el pecho de Tarzán se había abierto una herida dolorosa. Se llevó la mano al corazón y se preguntó qué le ocurría. De una manera ambigua culpó a Teeka de aquel dolor. Cuanto más pensaba en Teeka tal como la viera momentos antes, acariciando a Taug, más se acentuaba aquel dolor que sentía en el pecho.

Tarzán sacudió la cabeza al tiempo que emitía un gruñido. A medida que se desplazaba a través de la selva, cuanto más se alejaba y cuanto más meditaba en sus errores, más cerca estaba de convertirse en misógino irredento.

Dos días después continuaba cazando en solitario… Se sentía muy triste y muy desdichado, pero conservaba la firme determinación de no volver a la tribu. No soportaría ver siempre juntos a Teeka y a Taug. Mientras se balanceaba en una rama gruesa, pasaron por debajo de él Numa, el león, y Sabor, la leona, uno junto a otro, y Sabor se inclinó sobre

su compañero y le mordisqueó juguetonamente la mejilla. Una semicaricia. Tarzán suspiró y les lanzó un fruto seco.

Poco después encontró en su camino una partida de guerreros negros de Mbonga. Se disponía a echar el lazo al cuello de uno de ellos, que se encontraba a cierta distancia de sus compañeros, cuando despertó su interés la tarea a que estaban entregados los salvajes. Acababan de construir una jaula en el sendero y procedían a cubrirla con ramas frondosas. Una vez remataron los negros su labor, la jaula resultaba prácticamente invisible.

Tarzán se preguntó qué finalidad tendría aquella estructura y por qué, después de montarla, los guerreros se alejaron por el camino, de vuelta a su aldea.

Había transcurrido cierto tiempo desde la última vez que Tarzán visitó a los negros y, oculto en la enramada de los gigantes de la selva que permitían contemplar el interior de la empalizada, espió a sus enemigos, de entre los cuales había salido el asesino de Kala.

Pese a que los aborrecía con toda su alma, no por eso dejaba Tarzán de divertirse contemplándolos en su vida cotidiana dentro de la aldea, en especial cuando practicaban sus danzas, cuando las llamas de las hogueras multiplicaban su resplandor al quebrarse sobre los desnudos cuerpos de ébano, que saltaban, giraban y se contorsionaban en sus simulacros bélicos. Animado más bien por la esperanza de presenciar algún espectáculo de aquel estilo, Tarzán siguió a los guerreros en su regreso al poblado, pero esa vez sufrió una decepción, porque aquella noche no hubo danza.

En vez de baile, lo que vio Tarzán desde su encubierta atalaya arbórea, fue pequeños grupos de indígenas sentados en torno a minúsculas fogatas, que se entretenían comentando los acontecimientos de la jornada y, en los rincones más oscuros del recinto de la aldea, parejas aisladas que charlaban y reían. Observó que, en todos los casos, cada una de aquellas parejas la formaban un hombre y una mujer, jóvenes ambos.

Tarzán ladeó la cabeza, reflexionó y antes de conciliar el sueño, aquella noche, hecho un ovillo en la horqueta del gran árbol que dominaba el poblado, Teeka llenó sus pensamientos y poco después su sueño… Teeka y los muchachos negros que reían y charlaban con las muchachas negras.

Taug había salido a cazar solo y se había alejado un tanto del resto de la tribu. Avanzaba despacio por una senda de elefantes cuando descubrió de pronto que un montón de maleza obstruía el paso. Adentrado ya en la madurez, Taug era una bestia de naturaleza perversa y paciencia escasa.

Cuando algo se interponía en su camino, en lo único que pensaba era en eliminarlo volcando sobre ello ferocidad y fuerza bruta, de modo que al tropezarse con aquella cortina de maleza que le impedía seguir adelante, trató de apartarla con un manotazo rabioso y un instante después se encontró en el interior de un extraño cubil que le vedaba el paso de manera firme y eficaz, por violentos que fuesen sus esfuerzos para abrirse paso.

Tras una infructuosa sesión de golpes y mordiscos, Taug acabó por caer de lleno en brazos de la cólera, pero eso tampoco le sirvió de mucho. Al final, no tuvo más remedio que convencerse de que lo mejor era darse por vencido y regresar por donde había llegado. Pero cuando se dispuso a hacerlo, ¡cuál no sería su disgusto al comprobar que, mientras bregaba por abatir la que tenía delante, otra barrera había caído a su espalda! Taug estaba atrapado. Luchó frenéticamente por liberarse, hasta que el agotamiento se apoderó de él. Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Por la mañana, una partida de indígenas salió de la aldea de Mbonga rumbo a la trampa construida el día anterior, mientras a través de las ramas de los árboles sobrevolaba por encima de ellos un joven gigante desnudo rebosante de curiosidad. Manu, el mico, parloteó y refunfuñó al paso de Tarzán y, aunque la figura familiar del hombre mono no le inspiraba miedo alguno, apretó más contra el suyo el oscuro cuerpo de la compañera de su vida. Tarzán se echó a reír al verlo, pero a su carcajada sucedió un súbito gesto de tristeza y un suspiro profundo.

Un poco más allá, un ave de alegre plumaje colorista aleteó pavoneándose ante los admirados ojos de su pareja, cuyas plumas eran de tonos menos brillantes. Tarzán tuvo la impresión de que en la jungla todo se combinaba para recordarle que había perdido a Teeka. Sin embargo, durante todos los días de su existencia había estado viendo aquellas mismas cosas, sin que le sugirieran ningún pensamiento fuera de lo normal.

Cuando los negros llegaron a la trampa, Taug se soliviantó de un modo aterrador. Sus manos aferraron los barrotes de aquella celda y los sacudieron con demencial frenesí, al tiempo que gruñía y rugía de manera escalofriante. Los negros se sintieron eufóricos, porque aunque no construyeron la trampa para que cayera en ella aquel peludo hombre arborícola, haberlo capturado los inundaba de contento.

Tarzán aguzó el oído al percibir la voz de un gran mono. Dio un rápido rodeo para situarse de cara al viento, que llegaba de la dirección de la trampa, y olfateó el aire para captar el olor del prisionero. No transcurrió

mucho tiempo antes de que a sus delicadas fosas nasales llegara una emanación familiar que permitió a Tarzán identificar al prisionero con la misma certeza que si estuviese viendo a Taug con sus propios ojos. Sí, era Taug, y estaba solo.

Mientras se acercaba para averiguar qué pretendían hacer los indígenas con su prisionero, una sonrisa animó el semblante de Tarzán. Sin duda lo matarían inmediatamente. Tarzán volvió a sonreír. Ahora Teeka sería suya, puesto que nadie se atrevería a disputarle el derecho a la hembra. Vio que los guerreros negros retiraban la cortina de follaje que encubría la jaula, ataban cuerdas a ésta y luego la arrastraban en dirección a la aldea.

Tarzán estuvo observando la operación hasta que su rival se perdió de vista. Ni un segundo dejó Taug de golpear los barrotes de su celda ni de proferir rugientes y furibundas amenazas. El hombre mono dio media vuelta y emprendió un rápido regreso en busca de la tribu y de Teeka.

Durante el trayecto sorprendió una vez a Sheeta y a su familia en un claro de la selva invadido por la maleza. El enorme felino permanecía estirado en el suelo, mientras su compañera, con una pata sobre la cara de Sheeta, le lamía amorosamente la suave y blanca piel del cuello.

Tarzán aceleró el ritmo de marcha hasta que casi podía decirse que volaba a través de la selva. No tardó en llegar al punto donde estaba la tribu. Los vio antes de que ellos se percatasen de su llegada, porque entre todos los habitantes de la jungla, ninguno se desplazaba tan silenciosamente como Tarzán de los Monos. Avistó a Kamma y a su pareja que comían uno al lado del otro, con los peludos cuerpos rozándose. Localizó a Teeka, que se alimentaba a solas. No estaría mucho tiempo así, en solitario, pensó Tarzán, al tiempo que saltaba de la enramada y aterrizaba entre los monos.

Se produjo un conato de huida precipitada y el aire se colmó de gruñidos coléricos y amedrentados, porque Tarzán los sobresaltó con su inesperada irrupción. Pero había algo más que el mero susto y nerviosismo, porque los pelos de la nuca de los simios continuaban de punta un buen rato después de que hubieran constatado la identidad del hombre mono.

No se le escapó a Tarzán tal detalle, porque ya había observado con anterioridad que siempre que se presentaba inopinadamente, su aparición producía entre los miembros de la tribu un nerviosismo que los mantenía excitados durante un espacio de tiempo considerable. También había comprobado que todos y cada uno de ellos necesitaban convencerse de que

era realmente Tarzán y tenían que olfatearle bien media docena de veces antes de tranquilizarse.

Tarzán se abrió paso entre ellos, en dirección a Teeka, pero cuando se acercaba a ella, la mona se retiró.

—Teeka —llamó el muchacho—, soy Tarzán. He venido por ti.

La mona se acercó, sin dejar de escrutarle atentamente. Por último, le olfateó, como si quisiera redoblar su certeza de que verdaderamente era él.

—¿Dónde está Taug? —quiso saber.

—Ha caído en poder de los gomanganis —respondió Tarzán—. Lo matarán.

En los ojos de Teeka vio Tarzán una expresión de amarga nostalgia, remachada luego por el dolor que reflejaron sus pupilas al enterarse del infausto destino que aguardaba a Taug. Pero la hembra se pegó a él y Tarzán, lord Greystoke, le pasó un brazo por los hombros.

Al hacerlo notó, con cierta sensación de inquietud, la extraña incongruencia que representaba aquel brazo de piel lisa y bronceada sobre el pelaje negro que cubría a su dama. Acudió a su mente la imagen de la pata de la compañera de Sheeta a través de la cara de la pantera macho: allí no había incongruencia de ninguna clase. Pensó en el pequeño abrazado a su pareja y en el modo absoluto en que uno parecía pertenecer, complementar al otro. Incluso el pájaro que exponía orgulloso la brillantez policroma de sus plumas guardaba una gran semejanza natural con su pareja, cuyo plumaje tenía tonos más apagados. Y Numa, aparte su enmarañada melena, era casi un duplicado perfecto de Sabor, la leona. Los machos y las hembras diferían, ciertamente, pero sus diferencias no eran tan acentuadas como las que existían entre Tarzán y Teeka.

Tarzán estaba desconcertado. Allí había algo que no encajaba. Dejó caer el brazo de encima del hombro de la mona. Despacio, muy despacio, se fue apartado de ella. Teeka le miró, inclinada lateralmente la cabeza. Tarzán se puso en pie y, erguido en toda su estatura, se golpeó el pecho con los puños. Levantó la cabeza hacia el cielo y abrió la boca. De la profundidad de sus pulmones se elevó el feroz y extraño grito desafiante del mono macho victorioso. Todos los miembros de la tribu volvieron la cabeza y lo contemplaron impelidos por la curiosidad. No sólo no había matado a nadie, sino que ni siquiera tenía adversario alguno al que sublevar hasta enloquecerlo de rabia con aquel alarido salvaje. No, no tenía la menor excusa, de forma que todos volvieron a sus afanes alimenticios, aunque sin

dejar de espiarle con disimulo, no fuera caso que le entrase de pronto la ventolera asesina.

Como seguían observándole de reojo, al cabo de un momento le vieron saltar a la rama de un árbol próximo y perderse de vista engullido por la fronda. Casi instantáneamente, todos se olvidaron de él, incluida Teeka.

Los guerreros de Mbonga avanzaban lentamente hacia su poblado, sudorosos a causa del tremendo esfuerzo que exigía el traslado a rastras de la tosca jaula en que iba Taug. Se detenían con frecuencia a descansar. A cada movimiento el salvaje cuadrumano que habían atrapado reiteraba sus rugidos y amenazas, al tiempo que sacudía con incesante furia los barrotes de aquella celda móvil. Armaba una escandalera espantosa.

Los indígenas estaban a punto de concluir su trayecto y se tomaban el último descanso antes de emprender la etapa final que los llevaría al claro de la selva en que se alzaba su poblado. Unos pocos minutos más los hubieran llevado fuera de la arboleda, en cuyo caso no habría ocurrido lo que ocurrió.

Una figura silenciosa se trasladó a través de la enramada, por encima de los indígenas. Unos ojos agudos examinaron la jaula y contaron el número de guerreros. Y un cerebro inteligente, sagaz y osado calculó las probabilidades de éxito que tendría el plan que iba a poner en práctica.

Tarzán observó a los negros, tumbados a la sombra. Estaban exhaustos. Varios se habían quedado dormidos. Se les fue acercando sigilosamente y se detuvo inmediatamente encima de ellos. Ni una hoja se había agitado durante su avance. Esperó con la paciencia infinita del animal de presa. Sólo dos guerreros permanecían despiertos y uno de ellos empezaba ya a dar cabezadas.

Tarzán de los Monos se aprestó a entrar en acción y, mientras se preparaba, el indígena que aún no dormía echó a andar en dirección a la parte trasera de la jaula. El hombre mono lo siguió casi rozándole la cabeza. Taug miraba al guerrero y emitía sordos gruñidos. Tarzán temió que el antropoide despertase a los durmientes.

Mediante un susurro inaudible para el indígena, Tarzán pronunció el nombre de Taug y advirtió al simio que guardara silencio. Cesaron los gruñidos de Taug.

El negro se llegó a la parte posterior de la jaula y procedió a examinar los cierres de la puerta. No había terminado de hacerlo cuando la fiera que se encontraba encima de él abandonó la rama del árbol y cayó sobre su

espalda. Unos dedos de acero rodearon la garganta del negro, sofocando el grito que iba a aflorar en los labios del aterrado indígena. Unos dientes implacables se hundieron en el hombro del hombre y unas piernas dotadas de enorme fuerza se ciñeron alrededor de su torso.

Frenéticamente empavorecido, el guerrero bregó para zafarse de aquel ser silencioso que se le había venido encima. Se tiró al suelo y rodó sobre sí mismo; pero los dedos seguían apretándole la garganta, cada vez con más fuerza, inflexibles en su presa mortal.

Por la abierta boca del hombre salia una lengua hinchadísima, mientras los ojos amenazaban con escapársele de las órbitas. Pero los implacables dedos continuaron aumentando la presión.

Taug era testigo mudo de la contienda. En su diminuto y salvaje cerebro sin duda se estaría preguntando qué motivo impulsaba a Tarzán a atacar al negro. Taug no había olvidado su reciente combate con el hombre mono ni la causa que lo motivara. De pronto, vio que el cuerpo del gomangani caía inerte. Un estremecimiento convulsivo lo agitó y luego se quedó inmóvil.

Tarzán se apartó de un salto de su víctima y corrió hacia la puerta de la jaula. Sus ágiles dedos actuaron rápidamente sobre las tiras de cuero que mantenían sujeta y cerrada la puerta. Taug no pudo hacer otra cosa que observar, no le era posible prestar la menor ayuda.

Por fin, Tarzán consiguió levantar la trampilla de la jaula cosa de sesenta centímetros y Taug salió arrastrándose de la prisión. De muy buena gana, el simio se habría precipitado sobre los negros dormidos para dar rienda suelta a su venganza, pero Tarzán se negó a permitírselo.

Lo que sí hizo el hombre mono fue introducir en la jaula el cuerpo del indígena y dejarlo apoyado contra los barrotes laterales. A continuación bajó la puerta y ligó de nuevo las correas, dejándolas tal como estaban antes.

Una sonrisa de felicidad iluminó su rostro mientras llevaba a cabo aquella tarea, porque una de las principales diversiones de Tarzán era amargar la vida a los negros de la aldea de Mbonga. Se imaginaba su terror cuando, al despertarse, encontraran el cadáver de su compañero dentro de la jaula en la que apenas hacía unos minutos dejaron al gran mono encerrado y con la puerta bien asegurada.

Tarzán y Taug treparon juntos a los árboles, con la peluda piel del simio rozando la tersa epidermis del lord inglés mientras se desplazaban

hombro con hombro a través de la selva primitiva.

—Vuelve junto a Teeka dijo Tarzán. —Es tuya. Tarzán no la quiere.

—¿Tarzán ha encontrado otra hembra? —preguntó Taug.

El muchacho se encogió de hombros.

—Para el gomangani hay otra gomangani —dijo—. Numa, el león, tiene a Sabor, la leona; Sheeta tiene una hembra de su propia especie; lo mismo que Bara, el ciervo, y Manu, el mico… Todos los animales y todas las aves de la jungla tienen su pareja. Todos, menos Tarzán de los Monos. Taug es un mono. Teeka es una mona. Vuelve junto a Teeka. Tarzán es un hombre. Seguirá solo.

Capítulo Dos

CAPÍTULO II

TARZÁN CAE EN UNA TRAMPA

LOS GUERREROS indígenas trabajaban a la sombra, agobiados por el húmedo y asfixiante calor de la selva virgen. Utilizaban los venablos de guerra para remover el negro mantillo y las densas capas de vegetación putrefacta que cubrían el suelo. Con las manos, cuyos dedos estaban dotados de uñas largas y fuertes, extraían la tierra suelta del centro de aquel antiguo sendero de caza. Interrumpían de vez en cuando la tarea y se sentaban en cuclillas, para descansar, cotillear y reír en el borde del hoyo que estaban excavando.

Apoyados en los troncos de los árboles cercanos se encontraban los largos y ovalados escudos de gruesa piel de búfalo, así como las lanzas de los que no participaban en la tarea. Relucía el sudor sobre la tersa piel de ébano, bajo la que se hinchaban y agitaban los músculos, con toda la flexibilidad y saludable perfección propias de la naturaleza no contaminada.

Un ciervo salió cautelosamente al sendero, camino del agua, pero se detuvo en seco cuando una risotada llegó a sus sobresaltados oídos. Permaneció unos segundos inmóvil como una estatua en la que únicamente se alteraban los sensibles ollares. Luego, dio media vuelta y huyó en silencio, alejándose de la aterradora presencia del hombre.

A unos cien metros de allí, en la profundidad de la enmarañada selva impenetrable, Numa, el león, levantó su imponente cabeza. Numa se había regalado con un banquete que prolongó hasta casi el amanecer y para despertarle fue preciso armar un buen alboroto. Ahora, ya despierto, alzó el hocico, olfateó el aire y percibió simultáneamente las emanaciones del ciervo y del hombre. Pero Numa tenía el estómago bastante colmado. Dejó escapar un gruñido sordo, rebosante de fastidio, se puso en pie y se alejó de allí.

Aves de llamativo plumaje y voz ronca volaban raudas de un árbol a

otro. Los micos parloteaban y rezongaban, al tiempo que se columpiaban en las ramas, encima de los guerreros negros. Sin embargo, toda aquella fauna estaba sola, porque la selva, con sus múltiples minadas de seres es, como las hormigueantes calles de una gran metrópoli, uno de los lugares más solitarios del infinito universo de Dios.

Pero ¿estaban los indígenas realmente solos?

Por encima de ellos, balanceándose en una rama frondosa, un joven de ojos grises observaba atentamente todos sus movimientos. El fuego del odio, aunque controlado, ardía bajo el evidente deseo de conocer el objetivo que pretendían alcanzar aquellos afanosos trabajadores negros. El individuo que había matado a su adorada Kala era igual a cualquiera de ellos. Por los indígenas no podía sentir más que enemistad y, no obstante, le encantaba observarlos, porque Tarzán se perecía por aprender cuanto le fuera posible acerca de las costumbres y estilos de vida del hombre.

Vio que la profundidad del hoyo iba aumentando y que su boca se ensanchó hasta bostezar a todo lo ancho del sendero… El foso alcanzó tales proporciones que en él cabían seis excavadores. Tarzán no lograba adivinar el propósito de tan ingente labor. Y cuando los indígenas cortaron una serie de largas estacas, las aguzaron por su extremo superior y las plantaron a intervalos regulares en el fondo del hoyo, el asombro de Tarzán no hizo más que aumentar. Y, desde luego, no contribuyó a satisfacer su perpleja curiosidad el que los negros colocasen unas cuantas tablas ligeras, cruzadas sobre la boca del hoyo, encima de las cuales dispusieron cuidadosamente una cubierta de hojas y tierra que ocultaba por completo el foso que acababan de excavar.

Cuando dieron por concluida la tarea, los indígenas examinaron su obra con evidente satisfacción. Tarzán también la contempló. Ni siquiera sus expertos ojos pudieron detectar el más leve vestigio revelador de que se había alterado el sendero.

Tan absorto estaba el hombre mono en sus especulaciones acerca de la finalidad de aquel foso disimulado que permitió que los negros partiesen rumbo a su aldea sin zaherirles con las acostumbradas pullas que, no sólo sembraban el terror entre los súbditos de Mbonga, sino que constituían un vehículo de venganza y le procuraban una fuente inagotable de diversión.

Sin embargo, por más vueltas que le daba en la cabeza, no lograba resolver aquel misterio del hoyo oculto, porque la forma de comportarse de los negros aún le resultaba extraña a Tarzán. Habían llegado a la selva poco

tiempo atrás: los primeros de su especie que la invadían y desafiaban la ancestral supremacía de las fieras que la habitaban. Para Numa, el león; para Tantor, el elefante; para gorilas, orangutanes y micos, para la infinidad de criaturas que pululaban por aquella jungla salvaje, las costumbres de los hombres eran algo nuevo. Los animales tenían mucho que aprender de aquellos seres de piel negra, sin pelo, que caminaban erguidos sobre las extremidades inferiores… y lo iban aprendiendo poco a poco y siempre con dolor.

Al poco de la marcha de los indígenas, Tarzán se dejó caer ágilmente en el sendero. A la vez que olfateaba el aire, receloso, rodeó el foso por el borde. Se puso en cuclillas y retiró la tierra que cubría una de las tablas cruzadas. La olió, la palpó, inclinó a un lado la cabeza y la contempló con aire grave durante unos minutos. Luego la volvió a cubrir cuidadosamente y arregló la capa de tierra hasta que quedó tal como la habían dejado los negros. Hecho lo cual, regresó a las ramas de los árboles y se fue en busca de su peludos camaradas, los grandes simios de la tribu de Kerchak.

Se cruzó una vez con Numa, el león, e hizo una pausa momentánea para darse el gusto de arrojarle una pieza de fruta blanda y dedicarle unas cuantas burlas e insultos: devorador de carroña o hermano de Dango, la hiena, por ejemplo. Con los ojos verde amarillos muy abiertos y rebosantes de ardiente y reconcentrado odio, Numa fulminó a la figura que bailoteaba por encima de su cabeza. Entre sus robustas mandíbulas vibraron unos gruñidos sordos y su cola sinuosa transmitió la furia inmensa que sentía en forma de latigazos que flagelaron el aire con cortantes sacudidas. No obstante, conocedor por pasadas experiencias de lo inútil que era enzarzarse con el hombre en una disputa a distancia, Numa dio media vuelta y se adentró por la enmarañada espesura, que al instante le ocultó a la vista del sujeto que lo atormentaba. Tras dirigir al enemigo en retirada una nutrida descarga final de insultos, acompañados de una mueca simiesca, Tarzán reanudó su marcha de árbol en árbol.

Kilómetro y medio más adelante, el viento llevó a su agudo olfato una emanación acre y familiar, cuyo origen estaba bastante cerca. Al cabo de un momento, el hombre mono vio una voluminosa mole de color gris oscuro que avanzaba pesadamente, pero con paso firme, por el sendero de la jungla. Tarzán cogió y partió una ramita y el repentino chasquido hizo que se detuviera automáticamente aquella ingente masa. Unas orejas enormes se adelantaron, una trompa larga y flexible se levantó, veloz y

ondulante, para ventear el olor de un posible enemigo, mientras dos ojos miopes escudriñaban suspicaz e infructuosamente en torno, tratando de localizar al autor de aquel ruido que había alterado su pacífico paseo.

Tarzán soltó una carcajada y se acercó al proboscidio, hasta situarse encima de su cabeza.

—¡Tantor! ¡Tantor! —exclamó—. Bara, el ciervo, es mucho menos miedica que tú… que tú, Tantor, el elefante, el mayor de todos los animales de la selva, con la fuerza de tantos Numa como dedos tengo yo en los pies y en las manos. Tú, Tantor, que puedes arrancar de cuajo árboles gigantescos, tiemblas de miedo al oír el crujido de una ramita que se rompe.

Una especie de rumor sordo y retumbante, que lo mismo podía ser manifestación de desprecio que suspiro de alivio, fue la única respuesta de Tantor, cuya trompa y cuyas orejas descendieron y cuya cola adoptó de nuevo su caída normal. Pero los ojos continuaron tratando de localizar a Tarzán de los Monos. Sin embargo, su incertidumbre apenas duró unos segundos, los que tardó el muchacho en dejarse caer ágilmente sobre la ancha cabeza de su viejo amigo. Allí se estiró luego cuán largo era y, mientras los dedos de los pies tamborileaban en la gruesa piel del lomo, los de las manos rascaban la superficie más suave de debajo de las enormes orejas. Luego empezó a contar a Tantor los chismorreos de la jungla, como si aquel enorme animal comprendiese las palabras que le iba desgranando en los oídos.

Mucho era lo que Tarzán podía hacer entender a Tantor y aunque aquel acorazado gris de la selva estaba por encima de los chismes de aquel territorio salvaje, el paquidermo permaneció allí quieto, parpadeantes los ojos y balanceante la trompa, como si bebiese las palabras, como si las asimilara atenta y sagazmente. En realidad, lo que le encantaba era la música de aquella voz amistosa y agradable y el arrullo de las manos que le acariciaban por detrás de las orejotas, así como la inmediatez de aquella persona a la que tantas veces llevó sobre las espaldas, desde que Tarzán, muy niño aún, se acercó temerariamente al gigantesco paquidermo, convencido de que iba a encontrar en él la misma amistosa simpatía que colmaba su corazón.

En el curso de los años de trato que llevaban, Tarzán había observado que poseía un poder inexplicable que le capacitaba para gobernar y dirigir a su imponente amigo. Cuando el muchacho le convocaba, Tantor acudía,

por grande que fuera la distancia que los separase, en cuanto sus agudos oídos captaban la estridente y penetrante llamada de Tarzán. Y cuando el hombre mono iba sentado en cuclillas sobre su cabeza, Tantor avanzaba por la selva en la dirección que su amigo le indicase. Era el poder del cerebro humano sobre el del ser irracional y en su caso resultaba tan efectivo como si ambos comprendiesen totalmente su origen, aunque lo cierto era que ninguno de los dos lo entendía.

Tarzán permaneció media hora tendido encima del lomo de Tantor. El tiempo carecía de significado para ellos. Tal como la concebían, la vida estribaba básica y principalmente en mantener el estómago lleno. A Tarzán le resultaba esa tarea mucho menos ardua que a Tantor, porque su estómago era más pequeño que el del elefante y porque, al ser omnívoro, tenía menos dificultades para conseguir comida. Aunque no dispusiera cerca de una clase de alimento, siempre encontraba en seguida muchas otras susceptibles de satisfacer su apetito. En cuanto a la dieta, Tarzán era mucho menos exquisito que Tantor, quien sólo comía la corteza de determinados árboles, la madera de otros, mientras que de una tercera especie arbórea le atraían exclusivamente las hojas, y éstas, por si fuera poco refinamiento, sólo durante ciertas estaciones del año.

Tantor se veía obligado a pasarse la mayor parte de su existencia dedicado en exclusiva a llenar su inmenso estómago para cubrir las insaciables necesidades de sus poderosos músculos. Eso es lo que les ocurre a los animales de las órdenes inferiores: su vida está ocupada por la búsqueda de alimento o por el proceso digestivo, de forma que les queda muy poco tiempo para otras consideraciones. Indudablemente, esta desventaja les ha impedido avanzar por el camino del progreso con la rapidez con que lo ha hecho el hombre, que ha dispuesto de más tiempo para dedicar su pensamiento a otras cuestiones.

A Tarzán, sin embargo, estos asuntos le preocupaban muy poco, y a Tantor todavía menos, o sea, nada. Lo que sí le constaba al primero era que se sentía feliz en compañía del elefante. Ignoraba la razón. No sabía que, como era un ser humano —un ser humano normal y saludable— anhelaba disponer de otra criatura viva sobre la que proyectar generosamente su afecto. Los compañeros con los que compartió juegos durante la infancia en la tribu de Kerchak se habían convertido en unas bestias gigantescas, ariscas y antipáticas. No sentían ni inspiraban el menor afecto. Tarzán aún jugaba a veces con los monos más jóvenes. Los apreciaba, a su modo, pero

distaban mucho de ser camaradas satisfactorios o apacibles. En cambio, Tantor era una impresionante montaña de tranquilidad, serenidad y estabilidad. Resultaba de lo más relajante y agradable estirarse sobre la áspera y pelada cabeza y derramar las ambiguas esperanzas, ilusiones y sueños en aquellas grandes orejas que batían el aire pesadamente, dando la impresión de que se enteraban de lo que les decían. De todos los habitantes de la selva, Tantor era el que recibía el mayor cariño por parte de Tarzán, desde que le arrebataron a Kala. A veces, el hombre mono se preguntaba si el elefante correspondería a su afecto. Era difícil saberlo.

La llamada del estómago, la más apremiante, insistente y compulsiva que conoce la selva, impulsó a Tarzán a lanzarse de nuevo a la enramada y alejarse a través de la fronda en busca de alimento, mientras Tantor reanudaba su interrumpida marcha en dirección contraria.

El hombre mono estuvo una hora entregado a labores alimenticias.

Un nido situado en las alturas de la copa de un árbol le suministró su cosecha fresca y cálida. Frutas, bayas y diversas plantas tiernas encontraron el lugar adecuado en su menú, según el orden en que iba tropezando con ellas, ya que no buscaba precisamente tales menudencias. ¡Carne, carne, carne! Carne era lo que Tarzán de los Monos buscaba siempre. Pero, a veces, la carne le rehuía, como le estaba ocurriendo en aquella ocasión.

Y mientras vagaba por la jungla, su activo cerebro no se limitaba a pensar exclusivamente en la caza, sino también en otras muchas cuestiones. Tenía la costumbre de recordar a menudo los acontecimientos de los días y horas inmediatamente anteriores. Revivió mentalmente los momentos que había pasado con Tantor; pensó en los negros dedicados a la excavación y en el extraño foso que cubrieron antes de retirarse dejándolo tapado. Se preguntó una y otra vez qué finalidad tendría. Contrastaba ideas y se formaba juicios. Comparaba esos juicios y llegaba a conclusiones… No siempre correctas, desde luego, pero al menos utilizaba el cerebro para el objetivo que Dios le había asignado, lo cual le resultaba menos difícil ya que no se veía influido por opiniones ajenas, de segunda mano, erróneas por regla general.

Y mientras pensaba, desconcertado, en el hoyo cubierto de los negros, en su mente apareció de pronto la imagen de una mole descomunal, de color gris oscuro, que avanzaba con paso lento y pesado por una senda de la jungla. Tarzán se puso tenso, sacudido por el impacto de un súbito temor. En la vida del hombre mono, determinación y acción se producían

simultáneamente y en aquel momento, casi antes de que en su mente se hubiera concretado la comprensión del propósito de aquel foso, Tarzán se desplazaba ya a través de las frondosas ramas de los árboles.

Saltaba de árbol en árbol, por el nivel medio de las enramadas, por el punto donde los gigantes de la jungla casi se tocaban. Volvió a descender a tierra y sus ligeros y silenciosos pies corrieron veloces sobre la alfombra de hojas y plantas en descomposición. Luego, cuando la maleza se enmarañó de tal forma que retrasaba su avance por la superficie, volvió a saltar a las ramas.

En su nerviosa ansiedad abandonó toda discreción. La lealtad del hombre disolvió la cautela del animal. Se aventuró imprudentemente por una amplia explanada desprovista de árboles, sin pensar en lo que podía oponerse a su paso, allí, en el claro, o más allá, en la linde de la arboleda del otro lado.

Había recorrido la mitad del calvero cuando frente a él, apenas a unos metros, surgiendo de unas hierbas altas, remontaron bruscamente el vuelo media docena de aves chillonas. Tarzán se desvió de manera automática, puesto que sabía muy bien la clase de animal cuya presencia delataban aquellos pájaros. En el mismo instante, Buto, el rinoceronte, se levantó sobre sus cortas patas y desencadenó una furiosa acometida. Buto, el rinoceronte, ataca sin ton ni son. Es un animal cegato, que apenas distingue las cosas cuando las tiene cerca y resulta problemático precisar si se lanza a sus frenéticas carreras porque, empavorecido, trata de escapar a su propio miedo o si tales arrebatos son consecuencia del temperamento irascible que normalmente se le atribuye. Claro que cuando uno se ve atacado por Buto, tal cuestión carece de importancia, porque en ese momento sabe que, si el rinoceronte lo alcanza y lo despide, lo más seguro es que a partir de entonces todo deje de interesarle.

Y ocurrió que Buto se precipitó en línea recta sobre Tarzán, a través de los escasos metros que los separaban, un espacio cubierto de hierbas cuya altura le llegaba a las rodillas. El azar llevó al rinoceronte en esa dirección y entonces sus miopes ojos vislumbraron la figura de un enemigo y, al tiempo que emitía una serie de resoplidos, se disparó en línea recta hacia él. Los pajarillos que acompañan al rinoceronte aleteaban y describían círculos en torno a su colosal valedor. En las ramas de los árboles que bordeaban el calvero, una veintena de micos parloteaban y refunfuñaban, molestos porque el miedo que los resoplidos del rinoceronte había sembrado entre

ellos los envió en desbandada hacia los niveles superiores de la fronda. Sólo Tarzán se mostraba indiferente y sereno.

Estaba en plena trayectoria de la embestida. No tenía tiempo de ponerse a salvo entre los árboles del otro lado de la explanada. Tampoco tenía el menor deseo de demorar su marcha por culpa de Buto. Ya se había encontrado otras veces con aquella bestia estúpida, hacia la que sentía el más profundo de los desprecios.

Buto ya estaba casi encima, humillada la enorme cabeza, inclinado el largo y robusto cuerno, dispuesto a descargar el terrible hachazo para el que la naturaleza lo había proyectado. Pero cuando el animal levantó la cabeza con violencia, sólo consiguió dar una cornada al aire, porque el hombre mono ejecutó un salto felino que le llevó por encima del peligroso pitón para aterrizar sobre el amplio lomo del rinoceronte. Otro brinco y fue a parar al suelo, por detrás de la fiera. Luego corrió como un gamo en dirección a los árboles.

Desconcertado y colérico por la extraña desaparición de su posible víctima, Buto volvió grupas bruscamente y emprendió un enloquecido derrotero que quiso el albur no coincidiese con la dirección en que corría Tarzán. Así que el hombre mono alcanzó la arboleda sin más contratiempos y continuó su veloz recorrido a través de la selva.

A cierta distancia, por delante de él, Tantor avanzaba con su tardo y pesado andar a lo largo de la batida senda de elefantes. Y en medio del sendero, delante de Tantor, un guerrero indígena permanecía agazapado, todo oídos. No tardó en percibir los ruidos que había estado esperando: el crujir de ramitas que, al romperse, anunciaban la proximidad de un elefante.

A derecha e izquierda, en diversos puntos de la jungla, los demás guerreros se mantenían expectantes, al acecho. Una señal en tono bajo, transmitida de uno a otro, recorrió la cadena y avisó al más lejano de los negros de que la presa estaba a punto de llegar. Se pusieron en rápida marcha para converger en el sendero y se apostaron en los árboles contiguos a los lugares por los que Tantor iba a pasar. Aguardaron allí, en silencio, y no tardaron en verse recompensados por la aparición de un monumental proboscidio, cuyos largos colmillos representaban tal cantidad de marfil que los corazones codiciosos de los indígenas aceleraron sus latidos hasta el paroxismo.

Apenas Tantor pasó por delante de sus posiciones, los guerreros se

apresuraron a descender de los árboles donde permanecían ocultos. Ya no guardaban silencio sino que, por el contrario, en cuanto llegaron al suelo empezaron a batir palmas y prorrumpieron en un pandemónium de gritos desaforados. Tantor, el elefante, hizo un alto momentáneo, con la trompa y la cola levantadas, y erectas las enormes orejas. Luego reanudó la marcha sendero adelante, arrastrando las patas, aunque con paso rápido, derecho hacia el foso disimulado, el hoyo de las estacas hundidas en el suelo del fondo y con las puntas aguzadas hacia arriba.

Detrás del paquidermo, los ululantes indígenas le apremiaban en su veloz huida para impedirle examinar el terreno que tenía ante sí. Tantor, que hubiera podido dar media vuelta y dispersar fácilmente con una sola acometida a los negros que le acosaban, huía como un cervatillo asustado… Corría ciegamente hacia una muerte espantosa, entre lacerantes torturas.

Y detrás de todos marchaba Tarzán de los Monos, que volaba de árbol en árbol, desplazándose a través de la jungla con la celeridad y la agilidad de una ardilla, porque había oído los gritos de los guerreros y los había interpretado correctamente. Lanzó al aire en una ocasión su penetrante alarido, que repercutió estridentemente a lo largo y a lo ancho de la selva, pero Tantor, dominado por su pánico cerval, o no lo oyó o, caso de oírlo, no se atrevió a hacerle caso e interrumpir su carrera.

El gigantesco paquidermo se encontraba ya a sólo unos metros de la muerte encubierta que le acechaba en el sendero, mientras los negros, seguros de su éxito, chillaban y danzaban tras él, agitaban sus venablos de guerra y celebraban por anticipado la consecución de la espléndida cantidad de marfil que llevaba su presa y el opíparo festín de carne de elefante de que disfrutarían aquella noche.

Tan exultantes estaban congratulándose unos a otros, que ninguno se dio cuenta de que Tarzán pasaba silenciosamente por encima de ellos. Tampoco Tantor le oyó acercarse, pese a que el hombre mono no cesaba de ordenarle a voz en grito que se detuviera.

Unos cuantos trancos más y el elefante se precipitaría sobre las afiladas estacas. Prácticamente volando a través de los árboles, Tarzán alcanzó y adelantó al paquidermo. Se dejó caer en mitad del sendero, justo al borde del hoyo y poco faltó para que Tantor se lo llevara por delante. Pero los miopes ojos del elefante reconocieron a tiempo a su viejo amigo.

—¡Alto! —le gritaba Tarzán, y el voluminoso animal frenó su carrera

al ver la mano levantada del hombre mono.

Tarzán se volvió y apartó de un puntapié la maleza que cubría una esquina de la trampa. Tantor vio aquel agujero y comprendió al instante lo que significaba.

—¡A ellos! —arengó Tarzán—. Vienen detrás de ti.

Pero Tantor, el elefante, es un enorme manojo de nervios y en aquel momento se encontraba medio empavorecido por el terror.

Ante sí se abría aquella bostezante oquedad, un pozo que debió de suponer sin fondo, mientras que a derecha e izquierda se extendía la selva primitiva, no hollada aún por el hombre. Al tiempo que soltaba un agudo barrito, la monumental bestia efectuó un repentino giro de noventa grados y emprendió la tarea de abrirse paso estruendosamente por un sólido muro de vegetación enmarañada, que hubiera detenido a cualquier otra criatura salvo a él.

Erguido en el mismo borde del foso, Tarzán esbozó una sonrisa al ver la nada honrosa huida de Tantor. Los negros no tardarían en presentarse. Lo mejor que podía hacer Tarzán de los Monos era esfumarse. Desde el filo del hoyo, Tarzán se dispuso a dar el primer paso y, al cargar todo el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda, el suelo cedió bajo su pie. Tarzán hizo un esfuerzo hercúleo para lanzarse hacia adelante, pero ya era demasiado tarde. Cayó de espaldas hacia el fondo del pozo, hacia las agudizadas estacas que habían plantado allí los negros.

Cuando llegaron los indígenas, instantes después, vieron que Tantor se les había escapado. Se dieron cuenta de ello incluso de lejos, porque el agujero abierto en la cubierta del foso era demasiado reducido para que por él hubiera pasado la montañosa mole de un elefante. Al principio creyeron que su presunta víctima hubiera posado una de sus enormes plantas en alguna de las tablas superficiales y que, advertido de su escasa resistencia, se habría echado atrás. Pero cuando se acercaron al borde y echaron una mirada hacia abajo, el asombro hizo que sus ojos estuvieran en un tris de salirseles de las órbitas, porque, silenciosa e inmóvil, yacía en el fondo la figura desnuda de un gigante blanco.

Varios indígenas, los que anteriormente habían visto ya a aquel dios de la selva, retrocedieron aterrados, sobrecogidos por la presencia de aquel ser, al que más de uno atribuía la facultad de poseer los portentosos poderes de un demonio. Sin embargo, otros se adelantaron con decisión, animados por la idea única de capturar a un enemigo. Estos últimos fueron los que

saltaron al fondo y sacaron del hoyo a Tarzán de los Monos.

Su cuerpo no presentaba heridas. No le había atravesado la piel la punta de ninguna estaca… Sólo tenía un chichón en la base del cráneo, hinchazón que por sí misma revelaba la índole de la magulladura. Al desplomarse de espaldas, la cabeza chocó con la parte lateral de una de las estacas y el impacto le dejó sin sentido. Los negros se dieron cuenta de ello en seguida y se apresuraron a atarle de pies y manos, antes de que recuperara el sentido, ya que la experiencia les había inculcado un sano respeto hacia aquel hombre extraño que convivía con los peludos individuos de los árboles.

Apenas habían recorrido una breve distancia cargados con él, cuando los párpados de Tarzán se agitaron para, un segundo después, abrirse por completo. El hombre mono miró a su alrededor con expresión desorientada, pero en seguida recuperó la consciencia y se hizo cargo de la gravedad de su situación. Acostumbrado casi desde que nació a confiar exclusivamente en sus propios recursos, ni por asomo se le pasó por la cabeza la idea de pedir auxilio ajeno, sino que dedicó todos sus esfuerzos mentales a considerar a fondo las posibilidades de huida que le brindaba su propia capacidad, sus propios medios y sus propias fuerzas.

No se atrevió a probar la fortaleza de las ligaduras mientras le transportaban los indígenas, por temor a que éstos lo observaran y, por si acaso, decidieran reforzarlas. Los negros se percataron en seguida de que había recobrado el sentido y, como malditas las ganas que tenían de cargar con aquel gigante a través de la jungla y con el sofocante calor que reinaba allí, le pusieron en pie, le desataron los tobillos y le obligaron a caminar entre ellos. De vez en cuando le aguijoneaban con los venablos, aunque en ningún momento dejaron de manifestar el temor supersticioso que les inspiraba.

Al comprobar que los pinchazos no arrancaban al prisionero la más leve evidencia de que le causaran sufrimiento, el reverencial temor de los negros aumentó, lo que, por otra parte, los indujo a dejar de clavarle la punta de los venablos, medio convencidos de que el gigante blanco era un ser sobrenatural y, por lo tanto, inmune al dolor físico.

Cuando se aproximaban a la aldea, llenaron el espacio con los gritos de victoria de los guerreros triunfantes, de forma que al llegar a la puerta del poblado, entre algazara de bailes y mucho blandir de venablos, una gran multitud de hombres, mujeres y niños se había congregado allí para darles

la alborozada bienvenida y escuchar el relato de su aventura.

Cuando los ojos de los habitantes de la aldea se posaron en el prisionero, empezaron a desorbitarse como locos mientras las mandíbulas se abrían hasta amenazar con desencajarse a causa del asombro y la incredulidad. Durante meses y meses su vida era un infierno de perpetuo terror, producido por aquel misterioso y sobrenatural demonio blanco, al que pocos eran los que, después de echarle una ojeada, sobrevivieron para describirlo. Varios guerreros se habían volatilizado en los caminos, casi a la vista de la aldea, e incluso mientras marchaban en medio de sus camaradas, desapareciendo tan inexplicable y completamente como si se los hubiera tragado la tierra. Y luego, por la noche, sus cadáveres cayeron como llovidos del cielo en la calle del poblado.

Aquella estremecedora criatura aparecía durante la noche en las chozas de la aldea, mataba a alguien y acto seguido se desvanecía en el aire, dejando tras de sí, en las chozas que visitaba, no sólo cuerpos sin vida, sino también espeluznantes pruebas de su macabro e insólito sentido del humor.

¡Pero ahora estaba en su poder! Ya no podría aterrorizarlos más.

Poco a poco, la idea y lo que representaba fue calando en sus cerebros. Una mujer prorrumpió en salvajes chillidos, corrió hacia él y le cruzó la cara con un bofetón. Otra imitó su ejemplo. Y otra, y otra, y otra, hasta que Tarzán de los Monos se vio rodeado por una turba de indígenas vocingleros que competían entre sí para ver quién arañaba y golpeaba y causaba más daño al prisionero.

Al final se presentó Mbonga, el cacique, que con aire grave apoyó pesadamente su venablo sobre los hombros de sus súbditos y los apartó de la presa.

—Le dejaremos vivir hasta la noche —dictaminó.

A bastante distancia, en el interior de la selva, Tantor, el elefante, disipado su primer arrebato de pánico, se había detenido y permanecía inmóvil, con las orejas erectas y la trompa ondulando en el aire. ¿Qué ideas circulaban por su salvaje cerebro? ¿Era posible que estuviese tratando de localizar a Tarzán? ¿Acaso le estaba dando vueltas en la cabeza, apreciativamente, al servicio que acababa de prestarle el hombre mono? De eso no cabe duda. ¿Pero se sentía agradecido? De conocer el peligro que se cernía sobre Tarzán, ¿habría arriesgado la vida para salvar la de su amigo? Uno lo duda. Como lo dudará todo aquel que esté familiarizado con los elefantes. Ingleses que en la India han practicado la caza en multitud de

ocasiones con ellos os dirán que jamás tuvieron noticia de un solo caso en el que un ejemplar de elefante acudiese en ayuda de un hombre en peligro, incluso aunque ese hombre se hubiera mostrado siempre amable y bondadoso con el animal. Lo cual justifica las dudas que puedan albergarse acerca de la posibilidad de que Tantor intentase siquiera superar el miedo instintivo que le provocaban los negros en un esfuerzo para acudir en auxilio de Tarzán.

Debilitados por la distancia, los gritos de los furiosos habitantes de la aldea llegaron a los sensibles oídos de Tantor, que dio media vuelta como si, incapaz de dominar su terror, se dispusiera a emprender de nuevo la huida. Sin embargo, algo le detuvo, volvió grupas otra vez, alzó la trompa y emitió un barrito estridente.

Luego aguzó el oído, inmóvil y a la expectativa.

En el lejano poblado de Mbonga, donde el jefe había restablecido la calma y el orden, los negros apenas percibieron el trompeteo de Tantor, pero los agudos oídos de Tarzán de los Monos sí que captaron el mensaje que le transmitía.

En aquel instante, sus captores le llevaban a la choza en que permanecería recluido y custodiado hasta que fueran a sacarle para celebrar la orgía nocturna que señalaría el principio de las horribles torturas que iban a culminar con su muerte. Tarzán se detuvo al oír el barrito de Tantor. Levantó la cabeza \1 lanzó al viento un alarido horripilante que produjo escalofríos a los supersticiosos indígenas e impulsó a los guerreros que le custodiaban a dar un salto hacia atrás, pese a que el prisionero tenía las manos fuertemente ligadas a la espalda.

Enarbolados los venablos, los indígenas cerraron sobre Tarzán y, durante unos segundos, se mantuvieron a la escucha. Débilmente, desde la lejanía, llegó la respuesta de un barrito y, satisfecho, Tarzán de los Monos reanudó la marcha hacia la choza donde iban a confinarle.

Fue transcurriendo la tarde. El hombre mono oía el bullicioso ajetreo de los preparativos de la fiesta. Por el hueco de la puerta de la choza veía a las mujeres que encendían y llenaban de agua grandes cazuelas de barro. Por encima de todo, sin embargo, el interés máximo de su oído se centraba en los ruidos procedentes de la selva, a la espera de escuchar el anuncio de la inminente llegada de Tantor.

A decir verdad, Tarzán sólo creía a medias en la posibilidad de que el elefante se presentara. Conocía a Tantor mejor de lo que el propio animal

se conocía a sí mismo. Sabía lo timorato que era el corazón que albergaba aquel cuerpo gigantesco. No ignoraba el terror pánico que la presencia de los gomanganis despertaba en el salvaje pecho del paquidermo. A medida que caía la noche, en el ánimo de Tarzán iba muriendo la esperanza y, con el estoico y tranquilo fatalismo del selvático ser que era, el hombre mono se resignaba al aciago destino que parecía aguardarle.

Se había pasado la tarde bregando, forcejeando, luchando con las ligaduras que le sujetaban las muñecas. Cedían, pero muy lentamente. Creyó que le iba a ser posible liberar las manos antes de que los negros llegasen para conducirlo al matadero, y si lo lograba… Tarzán se humedeció los labios y, mientras se regodeaba por anticipado en tan sugerente perspectiva, una sonrisa gélida y torva apareció en su rostro. Se imaginaba ya el tacto de la carne suave bajo la presión de sus dedos y la grata sensación que le producía hundir los blancos dientes en la garganta de sus enemigos. ¡Antes de que acabaran con él probarían el sabor de su cólera!

Los negros se presentaron por fin —guerreros pintarrajeados y adornados con plumas—, aún más espantosos de lo que la naturaleza había pretendido hacerlos. Llegaron y, a empellones, sacaron a Tarzán fuera de la choza, donde los indígenas allí congregados saludaron su aparición con una terrible algarabía vociferante.

Lo trasladaron al poste del sacrificio y cuando le empujaron hacia él, a fin de atarlo fuertemente como medida previa antes de iniciar la danza de la muerte que no tardaría en desarrollarse a su alrededor, Tarzán tensó sus formidables músculos y, con un solo pero enérgico tirón, se zafó de las ya flojas y medio sueltas ligaduras de las muñecas. Sin pensarlo, con la rapidez del rayo, se colocó de un salto entre los guerreros que tenía más cerca. De un impresionante derechazo derribó contra el suelo al primero para, de inmediato, abalanzarse sobre el pecho de otro, mientras gruñía y rugía ferozmente. Sus colmillos se clavaron al instante en la yugular del adversario antes de que medio centenar de negros se precipitaran sobre él y lo abatieran contra el suelo.

A golpes, a zarpazos, a patadas y a mordiscos luchó el hombre mono, tal como le habían enseñado, tal como había aprendido a hacerlo en su tribu adoptiva: como una fiera salvaje acorralada. Su fortaleza física, su agilidad, su valor y su inteligencia le permitían afrontar con garantías de victoria la pelea a brazo partido con media docena de negros, pero ni siquiera Tarzán

de los Monos podía esperar salir triunfante en un combate contra medio centenar de contrincantes.

Poco a poco, los indígenas fueron sometiéndolo, aunque una veintena de ellos sangraban por heridas de feo aspecto y dos permanecían inmóviles a los pies y bajo los cuerpos agitados de los luchadores.

Tal vez pudieran dominarlo, pero ¿podrían sujetarlo y mantenerlo inmóvil el tiempo necesario para atarlo? Tras media hora de desesperados esfuerzos, llegaron a la conclusión de que les resultaba de todo punto imposible, por lo que Mbonga, que como todo gobernante que se precie se había puesto a resguardo detrás de sus hombres, ordenó a uno de los indígenas que se llegara al prisionero y lo atravesara con el venablo. El guerrero se fue abriendo paso poco a poco entre la masa de negros forcejeantes que se arremolinaban en torno a Tarzán.

Mantuvo el arma enarbolada por encima de la cabeza, a la espera del momento en que quedase a la vista algún punto vulnerable de la anatomía del hombre mono, sin atreverse a descargar el golpe por temor a alcanzar a alguno de sus compañeros. Fue aproximándose cada vez más a la futura víctima, siguiendo los movimientos de los combatientes, que no cesaban de ir de un lado para otro, de saltar y contorsionarse. Los ominosos gruñidos de Tarzán enviaban ráfagas de escalofríos a lo largo de la columna vertebral del guerrero y le advertían que era mejor que tomase todas las precauciones posibles, porque si fallaba su primer golpe iba a quedar expuesto al fulminante ataque de los implacables colmillos y las poderosas manos del diablo blanco.

Se le presentó por fin la oportunidad. Levantó un poco más el venablo y tensó los músculos, que parecieron vibrar bajo la reluciente piel de ébano. En aquel preciso momento se produjo un estruendoso chasquido al otro lado de la empalizada. La mano que empuñaba el venablo interrumpió su movimiento y el negro disparó una rápida mirada en la dirección de donde procedía el estrépito, lo mismo que hicieron todos los indígenas que no estaban atareados tratando de doblegar al hombre mono.

Al resplandor de las hogueras vislumbraron la inmensa mole que trataba de echar abajo la barrera protectora del poblado. Vieron que la empalizada se combaba e inclinaba hacia adentro. La oyeron reventar como si estuviese hecha de bálago y, unos segundos después, Tantor el elefante se precipitaba sobre ellos.

Los negros huyeron a la desbandada, a derecha e izquierda, entre gritos

de terror. Los que se encontraban en el borde exterior del grupo enzarzado en la escaramuza con Tarzán se percataron a tiempo de lo que se les venía encima y lograron escapar, pero media docena de contendientes estaban tan endemoniadamente obcecados y entregados al sangriento fragor de la batalla que no se dieron cuenta de la llegada del gigantesco elefante.

Contra ellos se lanzó Tantor, mientras barritaba furiosamente. Se detuvo ante el grupo y su trompa onduló entre los indígenas, hasta que localizó a Tarzán que, cubierto de sangre, seguía luchando en el suelo.

Un guerrero levantó la cabeza, apartó la vista de la tumultuosa lid. Casi encima de él se alzaba la imponente montaña de carne del paquidermo, cuyos ojos centelleaban al reflejar la claridad de las fogatas. Relucían perversos, espeluznantes, aterradores. El guerrero gritó y, antes de que su alarido hubiese dejado de surcar el aire, la sinuosa trompa de Tantor se había ceñido alrededor del cuerpo del indígena, para levantarlo a gran altura y luego arrojarlo lejos de sí, hacia la multitud que huía desalada.

Tantor fue apartando a la fuerza del cuerpo de Tarzán, uno tras otro, a los guerreros empeñados en someter al hombre mono. El elefante los lanzaba a derecha e izquierda, y en el suelo quedaban, gemebundos o inmóviles, según la muerte les llegaba despacio o de golpe.

A bastante distancia, Mbonga reagrupó sus efectivos. La codiciosa mirada de sus ojos se clavó en los grandes colmillos de marfil de aquel elefante macho. Dominado ya el primer alud de pánico, apremió a su hueste para que desencadenasen un ataque con las pesadas lanzas de cazar elefantes, pero cuando los guerreros se le acercaban, Tantor levantó con la trompa a Tarzán, se lo acomodó en la amplia cabeza, dio media vuelta, atravesó pesadamente la enorme brecha que había abierto en la empalizada y se adentró en la jungla.

Es posible que los cazadores de elefantes tengan razón cuando afirman que un ejemplar de esa especie nunca prestaría tal servicio a un hombre, pero Tantor… Bueno, para Tantor Tarzán no era un hombre, sino un compañero de los animales de la selva.

Y así fue como Tantor, el elefante, pagó la deuda contraída con Tarzán de los Monos, a la vez que estrechaba aún más el vínculo de amistad existente entre ambos desde que Tarzán, cuando apenas era un chiquillo bronceado, recorría la jungla acomodado en el enorme lomo de Tantor, bajo la claridad de la luna y el fulgor de las estrellas ecuatoriales.

Capítulo Tres

CAPÍTULO III

REFRIEGA POR EL HIJO DE TEEKA

TEEKA había sido madre. Tarzán de los Monos se sentía profundamente interesado, mucho más, desde luego, que Taug, el padre. Tarzán apreciaba mucho a Teeka. Ni siquiera los cuidados que exigía la prematernidad consiguieron apagar por completo los ardores de la juventud despreocupada, y Teeka había seguido siendo una compañera de juegos agradable y estupenda incluso a una edad en la que las demás hembras de la tribu de Kerchak habían asumido la hosca dignidad de la madurez. Teeka conservaba su gusto infantil por los juegos primitivos del escondite y el corre que te pillo, a los que la fértil imaginación de Tarzán había añadido variantes y nuevos detalles.

Jugar al corre que te pillo por las copas de los árboles era un entretenimiento excitante y sugerente. A Tarzán le encantaba, a pesar de que los machos de su juventud habían abandonado tan infantiles diversiones mucho tiempo atrás. Teeka, sin embargo, fue siempre una entusiasta de tales juegos hasta poco antes de que le naciese el hijo. Pero con la llegada de su primogénito, el carácter de Teeka cambió.

La evidencia de ese cambio sorprendió y dolió inconmensurablemente a Tarzán. Una mañana vio a Teeka sentada en una rama baja. La mona estrechaba algo contra su peludo pecho… una criaturita que no cesaba de removerse y agitarse. Tarzán se acercó, con el ánimo lleno de esa curiosidad común a todos los seres dotados de un cerebro que ha evolucionado y progresado hasta superar la fase microscópica.

Teeka dirigió la mirada de sus ojos hacia él y apretó más contra su cuerpo aquel ser diminuto. Tarzán continuó acercándose y la mona se apartó y le enseñó los dientes. Tarzán se quedó desconcertado. En toda su prolongada relación con ella, Teeka jamás le había enseñado los colmillos, como no fuera jugando; pero esa vez no parecía tener ganas de juego. Tarzán se pasó los dedos por la negra y espesa cabellera, ladeó la cabeza y

se la quedó mirando fijamente. Luego se acercó un poco más y estiró el cuello para ver aquella cosa que Teeka tenía en brazos.

La mona volvió a curvar hacia arriba el labio superior y emitió un gruñido amenazador. Tarzán alargó una mano, cautelosamente, con la intención de tocar a la criatura que sostenía Teeka. Ésta soltó un rugido y se revolvió repentinamente contra el hombre mono. Le clavó los dientes en el antebrazo, antes de que Tarzán tuviese tiempo de retirarlo y cuando el hombre mono emprendió la retirada, Teeka le persiguió atropelladamente durante una corta distancia a través de las ramas de los árboles. Cargada con su retoño, la mona no podía alcanzarlo. Fuera de su alcance, Tarzán se detuvo y se volvió para contemplar con abierto asombro a su en otro tiempo compañera de juegos. ¿Qué había ocurrido para que la dulce y pacífica Teeka hubiese cambiado de tal modo? Llevaba tan bien tapado lo que sostenía en los brazos que hasta entonces no le había sido posible a Tarzán reconocerlo. Pero en aquel momento, cuando la mona renunció a seguir persiguiéndole y dio media vuelta, Tarzán lo vio. A pesar de lo dolido y apesadumbrado que se sentía, Tarzán sonrió, porque no era la primera vez que veía a una mona joven que acababa de ser madre. Pasados unos días, Teeka se mostró ya menos desconfiada. Con todo, Tarzán continuaba sintiéndose dolido. No le parecía justo que Teeka, precisamente Teeka, tuviese miedo de él. Por nada del mundo le hubiera hecho daño, ni a ella ni a su *balu*, palabra con la que los simios designan a sus bebés.

Pero ahora, por encima del dolor que le producía el antebrazo herido y su no menos herido orgullo, experimentaba un deseo aún más intenso de acercarse para echar una buena mirada al hijo de Taug. Puede que os extrañe el que Tarzán de los Monos, el poderoso luchador, huyera al verse atacado por una mona irritada y que se abstuviera de volver de inmediato para satisfacer su curiosidad, aunque fuese a la fuerza, puesto que poco le costaría vencer a la debilitada madre de un recién nacido; pero no debéis extrañaros. Si fueseis monos, sabríais que sólo un macho loco se lanzaría contra una hembra, como no fuera para aplicarle un correctivo suave; aparte la ocasional excepción del individuo que, como ocurre también en nuestra especie, se deleita sádicamente ensañándose con su pareja porque la naturaleza la ha hecho más pequeña y más débil que él.

Tarzán se dirigió de nuevo a la joven madre… con toda la precaución del mundo y asegurándose de tener abierta la retirada. Teeka volvió a acogerle con feroces gruñidos. Tarzán protestó.

—Tarzán de los Monos no quiere hacer ningún daño al *balu* de Teeka —declaró—. Déjame verlo.

—¡Largo de aquí! —conminó la mona—. ¡Lárgate si no quieres que te mate!

—Déjame verlo —apremió Tarzán.

—Lárgate de una vez —insistió Teeka—. Ahí viene Taug. Te obligará a marcharte. Taug te matará. Éste es el *balu* de Taug.

El gruñido salvaje que sonó a su espalda indicó a Tarzán la proximidad de Taug, que sin duda había oído las advertencias y amenazas de su compañera y acudía en su auxilio.

Al igual que Teeka, Taug había sido compañero de juegos de Tarzán cuando aún era lo bastante joven como para tener ganas de jugar. Tarzán había salvado la vida al mono en una ocasión, pero la memoria del simio no dura gran cosa y, además, la gratitud nunca se impondrá al instinto paterno. Tarzán y Taug ya habían medido una vez sus fuerzas en un encuentro del que Tarzán resultó vencedor. Era posible que Taug sí recordara esa circunstancia pero, con todo, lo más probable era que estuviese dispuesto a exponerse a otra derrota, luchando en defensa de su primogénito, caso de encontrarse del talante apropiado.

A juzgar por sus horrendos gruñidos, que aumentaban en fuerza y volumen, parecía estar de ese talante. Taug no le inspiraba a Tarzán miedo alguno y tampoco la ley no escrita de la selva le obligaba a eludir el combate con cualquier macho, a no ser que deseara hacerlo por razones personales. Pero al hombre mono le caía bien Taug. No sólo no tenía ninguna rencilla con él, sino que, por otra parte, su inteligencia humana le decía lo que el cerebro de un mono jamás llegaría a deducir: que la actitud de Taug bajo ningún concepto estaba inducida por el odio. Se trataba, ni más ni menos, del instinto que apremia al macho a proteger a su compañera y a su descendencia.

Tarzán, pues, no albergaba el menor deseo de entablar una trifulca con Taug, aunque tampoco la sangre de sus antepasados ingleses le permitía aceptar de buena gana la idea de echarse atrás. Cuando Taug se lanzó al ataque, Tarzán dio un ágil salto lateral. Alentado al dar por supuesto que su rival eludía la lucha, Taug giró en redondo y repitió la carga, enloquecida, frenéticamente. Puede que le aguijoneara el recuerdo de la derrota sufrida a manos de Tarzán. O tal vez el hecho de que Teeka estuviera presente, contemplando la escena, despertara en Taug el afán de derrotarle ante los

ojos de la dama, porque en el ánimo de todo macho de la selva alienta un inmenso narcisismo que suele explayarse llevando a cabo hazañas ante una audiencia del sexo opuesto.

Tarzán llevaba colgada del hombro su larga cuerda de hierba, juguete de ayer y arma efectiva hoy, y cuando Taug desencadenó su segundo ataque, el hombre mono se pasó el rollo por encima de la cabeza y dispuso con rápida destreza el nudo corredizo, al tiempo que esquivaba con un quiebro la embestida del desgarbado animal. Antes de que Taug pudiera revolverse, Tarzán se encontraba en las ramas más altas de la copa de un árbol.

Ya en la paroxismo de la furia, Taug se apresuró a seguirle. Teeka alzó la cabeza para mirarlos, aunque era difícil saber si le interesaba o no la cuestión. Taug no trepaba con la misma rapidez que Tarzán y éste alcanzó las alturas superiores —a las que el torpón simio no se atrevía a subir— antes de que su antagonista le alcanzara.

El hombre se detuvo, bajó la mirada hacia su perseguidor y empezó a pasárselo en grande dedicándole muecas burlonas, sazonadas con una bonita serie de los fantásticos calificativos que su fértil imaginación sabía improvisar. Luego, cuando puso a Taug al borde de la desesperación, cuando el gigantesco mono macho echaba espumarajos por la boca y casi bailaba furibundo en la inclinada rama que lo sostenía, la mano de Tarzán salió disparada hacia adelante, el lazo con su nudo corredizo surcó el aire, descendió sobre el enorme simio. Con una sacudida, el lazo se tensó alrededor de Taug, que cayó de rodillas. Y el nudo corredizo se ciñó en tomo a las peludas piernas del antropoide.

Lento de reflejos, Taug comprendió demasiado tarde la intención de su torturador. Bregó para zafarse del lazo, pero el hombre mono dio un tirón a la cuerda y Taug perdió pie y cayó de la rama. Unos segundos después, el mono rugía espantosamente, suspendido cabeza abajo, a diez metros del suelo.

Tarzán ató el extremo de la cuerda a una rama sólida y descendió hasta situarse un punto próximo a su adversario.

—Taug —le increpó—, eres tan estúpido como Buto, el rinoceronte. Ahora te quedarás colgado ahí hasta que en ese tarugo que tienes por cabeza entre un poco de buen juicio. Sigue, pues, donde estás y observa mientras bajo a charlar con Teeka.

Taug continuó bramando y soltando amenazas, a las que Tarzán

correspondió con nuevas muecas zumbonas, mientras descendía ágilmente hacia los niveles inferiores de la enramada. Después se acercó una vez más a Teeka, que le 'recibió de nuevo con los colmillos al aire y emitiendo gruñidos ominosos. Tarzán se esforzó en tranquilizarla; intentó convencerla de lo amistoso de sus intenciones y alargó el cuello para ver si podía echarle un vistazo al *balu* de Teeka. La mona, sin embargo, siguió en sus trece, convencida de que Tarzán lo único que pretendía era causar daño a la criatura. Su maternidad era tan reciente que Teeka aún continuaba sometida a lo que el instinto le imponía.

Al comprender que todo intento de atrapar y castigar a Tarzán estaba condenado al fracaso, la mona decidió apartarse de sudado, de escapar. Descendió al suelo y echó a correr a través del pequeño claro en torno al cual los simios de la tribu descansaban o buscaban cosas que comer. Tarzán abandonó entonces la idea de convencer a Teeka de que le dejase echar una mirada de cerca al pequeño *balu*. Le hubiera gustado coger en brazos a aquella criaturita. Sólo imaginárselo despertaba en su pecho un extraño anhelo. Deseaba acunar y acariciar a aquel grotesco recién nacido. Era el *balu* de Teeka y Tarzán había sentido en su juventud un profundo afecto por Teeka…

La voz de Taug reclamó de pronto su atención. Las amenazas que poco antes colmaban la boca del simio se habían convertido en súplicas. El lazo le apretaba de tal modo que había interrumpido la circulación sanguínea de las piernas…, que ya empezaban a dolerle. Sentados en las ramas, cerca de él, había varios congéneres suyos, interesadísimos en el apuro en que se encontraba. Intercambiaban comentarios nada halagadores para Taug, porque todos y cada uno de ellos había sufrido en carne propia el peso de las manos de su compañero, así como la fuerza de sus grandes mandíbulas. Disfrutaban de su venganza.

Al ver que Tarzán daba media vuelta y regresaba hacia los árboles, Teeka se detuvo en mitad del claro, donde se sentó para dedicarse a apretar a su *balu* contra el pecho y a lanzar miradas recelosas aquí y allá. Con la llegada del hijo, el despreocupado mundo de Teeka se había poblado súbitamente de infinitos enemigos. Veía en Tarzán a uno de los más implacables; precisamente Tarzán, que había sido uno de sus mejores camaradas. Hasta la anciana Mumga representaba para Teeka un espíritu maligno, sediento de sangre de *balus* recién nacidos… La pobre Mumga, medio ciega y a la que casi no le quedaba diente alguno, que buscaba

pacientemente los gusanos que pudieran arrastrarse por debajo de un tronco caído.

Y mientras Teeka, desconfiada, trataba de protegerse de todo daño, allí donde no la amenazaba daño alguno, se le pasaba por alto la mirada siniestra de unos ojos verde amarillos que la miraban fijamente desde detrás de unos matorrales que crecían en el lado opuesto del calvero.

Agobiada por el hambre, Sheeta, la pantera, había clavado su voraz mirada en aquel tentador manjar que tan al alcance de sus garras parecía estar, aunque la presencia de los grandes monos que pululaban un poco más allá imponía al felino una espera obligada.

¡Ah, si aquella hembra y su *balu* estuviesen un poco más cerca! Un rápido salto y caería sobre ellos. Después se alejaría de inmediato con la presa entre los dientes, antes de que los machos pudieran evitarlo.

La punta de su cola pardo rojiza fustigaba el aire en sacudidas espasmódicas, mientras la caída, más que abierta, mandíbula inferior dejaba a la vista una lengua roja y unos colmillos amarillentos. Pero Teeka no vio nada de aquello, como tampoco lo vieron ninguno de los otros simios que comían o descansaban cerca de ella. La presencia de la pantera tampoco la detectaron ni Tarzán ni los monos que estaban en los árboles.

Al oír los improperios que el grupo de machos rencorosos proyectaban sobre el desvalido Taug, Tarzán se apresuró a trepar y colocarse entre ellos. Uno de los simios se había desplazado por la rama, para acercarse a Taug todo lo que le era posible, y se inclinaba hacia adelante con ánimo de tocar al mono suspendido por los pies. Era uno al que le había soliviantado el recuerdo de la última ocasión en que Taug le zurró y que creía llegado el momento de desquitarse. Una vez su mano agarrara el cuerpo oscilante de Taug, no tardaría en tenerlo al alcance de sus mandíbulas. Tarzán observó la maniobra y se le encendió la sangre. Le encantaban las luchas limpias, pero lo que planeaba aquel mono le indignó. La peluda mano del simio ya había agarrado al indefenso Taug, cuando Tarzán emitió un furioso grito de protesta, saltó a la rama contigua a la que ocupaba el atacante y, de un manotazo sacudido con todas sus fuerzas, despidió al mono de la rama que ocupaba.

Sorprendido e irritado, el macho trató de agarrarse a algo mientras caía de lado y luego, con un ágil movimiento, logró desviarse hacia otra rama situada a cosa de un metro más abajo. Se aferró a ella, se las arregló para recuperar el equilibrio encima de aquel nuevo sostén y luego trepó

velozmente enramada arriba, dispuesto a vengarse de Tarzán. Pero el hombre mono estaba ocupado con otro menester y no quería que le interrumpiesen. Indicaba de nuevo a Taug las profundidades del abismo de ignorancia en que el simio se hallaba y le explicaba lo infinitamente más grande y poderoso que era Tarzán de los Monos, comparado con Taug o cualquier otro miembro de su especie.

Al final acabaría por liberar a Taug, pero no iba a hacerlo hasta que el simio reconociera de modo pleno y absoluto su inferioridad. Entonces llegó desde abajo el mono macho, animado por las peores intenciones, y el amable, tranquilo y guasón Tarzán se transformó automáticamente en una fiera salvaje y rugiente. Se le erizaron los pelos de la nuca, mientras curvaba hacia arriba el labio superior y enseñaba los dientes, prestos a entrar en acción. No esperó a que el macho llegara hasta él, algo en la actitud o en la voz del atacante despertó en el interior del hombre mono una sensación de antagonismo beligerante que no podía dejarse pasar por alto. Con un alarido cuyas notas poco tenían de humanas, Tarzán saltó sin más hacia la garganta del agresor.

El ímpetu del embate, así como el peso y el empuje de Tarzán, despidieron al simio hacia atrás. Éste alargó las manos con ánimo de agarrarse a algo que le sostuviera pero, al no encontrarlo, atravesó de espaldas las frondosas ramas. Con los dientes hundidos en la yugular de su adversario, Tarzán le acompañó en su caída hasta que, cosa de cinco metros más abajo, una rama detuvo su descenso. La rabadilla del mono macho chocó con la rama y el simio permaneció allí unos segundos, con Tarzán sobre su pecho, y luego se desplomó de cabeza y fue a estrellarse contra el suelo.

Tarzán había notado la instantánea relajación del cuerpo que quedó debajo del suyo, tras el terrible impacto contra la rama, y cuando su rival abandonó ésta, rumbo al suelo, el hombre mono alargó la mano y se agarró a tiempo de evitar su propia caída, mientras el simio descendía a plomo y quedaba inerte al pie del árbol.

Tarzán bajó la mirada y contempló durante un momento la figura inmóvil de su difunto antagonista. Después se irguió en toda su estatura, abombó el pecho, se lo golpeó repetidamente con los puños y envió al aire el impresionante grito de desafío del mono macho victorioso.

Hasta la propia Sheeta, la pantera, agazapada en el borde del claro, lista para saltar, se removió inquieta cuando los ecos de la poderosa voz de

Tarzán repercutieron a lo largo y ancho de la jungla. Sheeta miró nerviosamente a derecha e izquierda, como si deseara asegurarse de que tenía una vía de escape.

—¡Soy Tarzán de los Monos! —se jactó el hombre mono—. ¡Gran cazador, poderoso luchador! ¡En toda la selva no hay nadie tan grande como Tarzán!

A continuación regresó hacia Taug. Teeka había contemplado todo cuanto sucedió en el árbol. Incluso dejó su precioso *balu* sobre la hierba para acercarse un poco más y ver mejor lo que ocurría en la enramada, encima de su cabeza. ¿Acaso en el fondo de su corazón guardaba cierta dosis de afecto hacia Tarzán de los Monos, el de la piel lisa? ¿Tal vez su pecho se henchía de orgullo al presenciar el triunfo de Tarzán sobre el mono? Eso tendréis que preguntárselo a Teeka.

Y Sheeta, por su parte, vio que la mona hembra había dejado a su cachorro solo en la hierba. La pantera agitó de nuevo la cola, como si el hecho de poder permitirse tal acción estimulase su audacia, momentáneamente desvanecida. El grito de triunfo de Tarzán aún mantenía alterados los nervios del felino. Era preciso que transcurriesen unos minutos más para que recuperase la suficiente presencia de ánimo y se considerara en condiciones de dar su golpe de mano, teniendo como tenía los gigantescos antropoides a la vista.

Y mientras Sheeta se recobraba, Tarzán llegó junto a Taug. Luego trepó un poco más, hasta el punto donde había atado la cuerda de hierba. La soltó, fue bajando poco a poco al mono y lo balanceó hasta que las manos de Taug lograron aferrarse a una rama.

Taug se situó en un punto seguro y se desembarazó del nudo corredizo. Loco de rabia, en su corazón no alentaba el más leve sentimiento de gratitud hacia Tarzán. Sólo tenía presente la dolorosa humillación a que le había sometido el hombre mono. Su venganza iba a ser terrible, pero en aquel momento sus piernas estaban entumecidas y la cabeza era un puro vértigo, de modo que no le quedaba más remedio que aplazar el cumplimiento de esa venganza.

Al tiempo que enrollaba la cuerda, Tarzán dirigía a Taug una educativa conferencia acerca de la estupidez que representaba enfrentar su fuerza física y su capacidad intelectual, por demás limitadas, a las de alguien que las poseía en medida muy superior. Teeka se había acercado mucho al árbol y escudriñaba las alturas. Sheeta avanzaba felina y sigilosa, con la barriga

pegada al suelo. Unos segundos más y habría abandonado la maleza, momento en que desencadenaría su veloz ataque y llevaría a cabo su no menos celérica retirada; una maniobra que acabaría con la breve existencia del *balu* de Teeka.

Dio la casualidad, entonces, de que la mirada de Tarzán se dirigiese hacia aquella orilla del claro. Automáticamente, abandonó su actitud de bonachona ironía y de pomposa jactancia. Rápida y silenciosamente se deslizó hasta el suelo. Al verlo encaminarse hacia ella, Teeka se erizó y se aprestó a la lucha, convencida de que Tarzán la iba a emprender con ella o con su *balu*. Pero el hombre mono pasó junto a Teeka, sin prestarle atención alguna, y al seguirle con la mirada, la hembra vio la causa del veloz descenso y la fulgurante carrera a través del claro. Allí, a la vista, Sheeta, la pantera, se arrastraba despacio en dirección al minúsculo balu, que se revolvía inquieto encima de la hierba, a bastantes metros de distancia.

Teeka emitió un estridente alarido de terror y advertencia, al tiempo que salia disparada detrás de Tarzán. Sheeta vio que el hombre mono se le acercaba. La pantera ya tenía delante al cachorro de la mona y pensó que aquel otro individuo se proponía arrebatarle la presa que ella tenía al alcance de sus zarpas. Sheeta emitió un rugido colérico y se lanzó a la carga.

Avisado por el agudo grito de Teeka, Taug acudió con paso torpe en auxilio de su compañera. Unos cuantos machos más gruñeron y ladraron amenazadoramente al tiempo que se precipitaban hacia el claro, pero se encontraban mucho más lejos del *balu* y de la pantera que Tarzán de los Monos, de forma que éste y Sheeta llegaron al cachorro de mono casi simultáneamente. Y allí permanecieron, uno a cada lado del *balu*, enseñando los colmillos y gruñéndose mutuamente por encima del pequeño simio recién nacido.

Sheeta no se atrevía a lanzarse sobre el *balu* para cogerlo, porque eso proporcionaría al hombre mono la oportunidad de atacarla ventajosamente. Por análoga razón, Tarzán vacilaba en agacharse y arrebatar a la pantera la presa, porque el enorme felino se habría precipitado inmediatamente sobre él. Así permanecieron, uno frente a otra, mientras Teeka cruzaba el claro. La mona aminoró, el paso al acercarse a Sheeta, porque ni siquiera su amor de madre lograba superar del todo el terror atávico que le inspiraba aquel enemigo natural de su especie.

Tras ella marchaba Taug, cauteloso, deteniéndose de vez en cuando para bravuconear, pero sin pasar a mayores. Y detrás se acercaban unos cuantos machos, que rugían y lanzaban pavorosos gritos de desafío. Las pupilas amarillo-verdosas de Sheeta fulminaban a Tarzán con el brillo terrible de su mirada, que sólo se apartaba de él para disparar rápidos vistazos a los simios de Kerchak que corrían a precipitarse sobre la pantera. La prudencia aconsejaba al felino dar media vuelta y emprender veloz huida, pero el hambre y la proximidad de aquel apetitoso bocado la instaban a seguir allí. Extendió la zarpa hacia el *balu* de Teeka y, automáticamente, al tiempo que emitía un salvaje alarido gutural, Tarzán de los Monos dio un salto y se lanzó hacia la pantera.

Sheeta retrocedió para afrontar la acometida y sus garras trazaron un arco en el aire; un zarpazo terrorífico que se le hubiera llevado la cara por delante, caso de alcanzarle, pero que no llegó a su destino porque Tarzán se agachó, eludió el golpe y se lanzó hacia adelante con el largo cuchillo en la mano…, el cuchillo de su difunto padre, del padre que no había llegado a conocer.

Sheeta, la pantera, se olvidó al instante del *balu* de Teeka. La única idea que llenaba ahora su pequeño cerebro era la de destrozar con sus poderosas garras las costillas de aquel adversario, desgarrar su carne, hundir los largos colmillos amarillentos en la piel lisa y suave del hombre mono. Pero Tarzán ya se las había entendido con criaturas de la jungla armadas de: afiladas uñas. Ya había luchado con monstruos dotados de feroces colmillos… y no siempre se había ido de cositas. No ignoraba los riesgos que corría, pero Tarzán de los Monos, acostumbrado a ver muerte y sufrimiento, no se amedrentaba ante ellos, no los temía en absoluto.

Nada: más agacharse bajo la zarpa de Sheeta, casi simultáneamente, saltó para situarse detrás del felino y luego se le echó encima del lomo. Le clavó los dientes en el cuello y los dedos de una mano en la piel de la garganta, mientras la otra mano hundía el cuchillo en el costado de la fiera.

En su enloquecido deseo de quitarse de encima a aquel enemigo, o alcanzarle con los dientes o con las uñas, Sheeta rodó por la hierba una y otra vez, rugió y gruñó, lanzó zarpazos y mordiscos…

En cuanto Tarzán entabló su cuerpo a cuerpo con el felino, Teeka había corrido a rescatar a su hijo. Ya se encontraba a salvo, en una rama de las más altas. Apretaba el *balu* contra su peludo pecho, mientras la mirada de sus ojillos salvajes descendía para contemplar a la pareja de fieras que

luchaban en el claro y su voz apremiaba a Taug y a los demás machos para que se arrojasen a participar en la pelea.

Aguijoneados por los gritos de Teeka, los simios se acercaron más al escenario de la lucha y redoblaron su espantoso clamor. Pero Sheeta ya estaba demasiado enzarzada en la batalla… ni siquiera los oía. Logró desembarazarse parcialmente del hombre mono, quitándoselo de encima del lomo, y durante los segundos que Tarzán permaneció expuesto a las terribles garras de la pantera, antes de que pudiera aferrarse de nuevo al felino y subir a su lomo, el zarpazo de una de las patas traseras de Sheeta le desgarró el muslo, desde la cadera hasta la rodilla.

Es posible que la vista y el olor de la sangre afectase a los monos que los rodeaban, pero el verdadero responsable de lo que hicieron fue Taug.

Taug, que apenas un momento antes rebosaba indignado resentimiento contra Tarzán de los Monos, se mantenía cerca de los dos luchadores, a los que observaba iracundo con sus perversos ojillos veteados de rojo. ¿Qué ocurría en su salvaje cerebro? ¿Saboreaba con deleite la poco envidiable situación en que se encontraba el ser que hasta poco antes le estuvo atormentando? ¿Aguardaba ansiosamente ver hundirse los colmillos de Sheeta en la suave garganta del hombre mono? ¿O comprendía la valerosa generosidad de Tarzán, que arriesgaba su vida al lanzarse a rescatar al *balu* de Teeka, el *balu* del propio Taug? ¿Es el agradecimiento una cualidad exclusiva del hombre o la poseen también los animales pertenecientes a órdenes inferiores?

La sangre que brotó de la herida de Tarzán hizo que Taug respondiese a esas preguntas. Con todo el peso de su enorme cuerpo se abalanzó sobre Sheeta, al tiempo que profería espantosos rugidos. Hundió los largos colmillos en la garganta del felino. Sus poderosos brazos golpearon y arañaron la suave piel de la pantera, cuyas tiras arrancadas se agitaron al impulso del aire de la jungla.

El ejemplo de Taug impelió a los otros machos al ataque. Se abalanzaron al unísono sobre Sheeta, la sepultaron bajo una lluvia de dentelladas y sus gritos de batalla colmaron de estremecedora algarabía todo el espacio de la selva.

¡Ah! ¡Qué maravilloso espectáculo el de aquel combate soberbio de los simios primitivos y el gigantesco hombre mono blanco contra su enemigo ancestral, Sheeta, la pantera!

En su frenética agitación, Teeka bailoteaba sobre la rama que sostenía

su enorme peso y azuzaba a los machos de la tribu, mientras Thaka, Mumga, Kamma y las demás hembras del clan de Kerchak contribuían con sus gritos estridentes o sus feroces rugidos al pandemónium que reinaba en la jungla.

Repartiendo y recibiendo dentelladas, desgarrando y sufriendo zarpazos no menos desgarradores, Sheeta luchaba por su vida, pero la superioridad numérica de sus enemigos era abrumadora. Hasta Numa, el león, hubiera dudado antes de enfrentarse a todo aquel contingente de grandes machos de la tribu de Kerchak. Y lo cierto es que en aquel momento, a cosa de kilómetro y medio de distancia, el estrépito de la terrorífica contienda despertó al rey de los animales, que se revolvió inquieto, al ver interrumpida su siesta y se alejó selva adentro, como si se escabullera para eludir complicaciones.

Destrozada y manando sangre por múltiples heridas, Sheeta cesó en sus titánicos esfuerzos. Se cuerpo se tensó espasmódicamente y, tras una contorsión, se inmovilizó, rígida. Pero los monos continuaron desgarrándola hasta que la hermosa piel del felino quedó reducida a jirones. Al final, por puro agotamiento físico, los simios abandonaron su labor destructora y de entre la maraña de cuerpos ensangrentados se irguió un gigante teñido de rojo, derecho como una flecha.

Apoyó la planta de un pie en el cadáver de la pantera, alzó su rostro manchado de sangre hacia el azul del cielo ecuatorial y envió a las alturas el horripilante grito triunfal del mono macho.

Uno tras otro, los peludos miembros de la tribu de Kerchak siguieron su ejemplo. Las hembras descendieron de las ramas en las que se habían refugiado y sobre el cuerpo sin vida de Sheeta cayó una lluvia de golpes e insultos. Los monos jóvenes revivieron el combate imitando las acciones de sus mayores.

Teeka estaba muy cerca de Tarzán. Al volverse, éste vio a la mona con su *balu* en brazos, apretado contra el peludo pecho. El hombre mono alargó la mano para coger al pequeño, medio convencido de que Teeka le enseñaría los colmillos y se precipitaría sobre él, pero lo que hizo la mona, en cambio, fue poner a su bebé en los brazos de Tarzán, acercarse más a éste y lamerle las atroces heridas.

Taug, que había escapado de la pelea con apenas unos rasguños, se acercó también a Tarzán, se sentó en cuclillas a su lado y le observó mientras el hombre mono jugaba con el *balu*. Por último, Taug se inclinó

también hacia adelante y colaboró con Teeka en la tarea de limpiar y curar las heridas de Tarzán.

Capítulo Cuatro

CAPÍTULO IV

TARZÁN SALE EN BUSCA DE DIOS

ENTRE los libros que su difunto padre tenía en la pequeña cabaña construida en la playa de la ensenada, Tarzán de los Monos encontró muchas cosas que sembraban el desconcierto en su joven cerebro. A base de esfuerzo y de infinita paciencia había llegado a descubrir, sin ayuda ajena, el significado de aquellos microbios negros que pululaban por las páginas impresas. Comprendió que, a través de las numerosas combinaciones que constituían, expresaban en un lenguaje silencioso, en un idioma extraño, una serie de maravillas que el pequeño muchacho mono ni por lo más remoto podía entender totalmente, aunque sí despertaban su curiosidad, estimulaban su imaginación y colmaban su espíritu de un poderoso anhelo de aumentar sus conocimientos.

Un diccionario demostró ser un espléndido caudal de información cuando, tras varios años de infatigables intentos, resolvió el misterio de su finalidad y forma de utilizarlo. Llegó a convertir su uso en una especie de cacería, a base de seguir el rastro de las nuevas ideas por el dédalo de las diversas definiciones que cada nueva voz le obligaba a consultar. Venía a ser como perseguir a una presa por los vericuetos de la jungla, o sea, como cazar, y Tarzán de los Monos era un cazador incansable.

Naturalmente, algunas palabras despertaban su curiosidad en mayor medida que otras; eran términos que, por uno u otro motivo, estimulaban su imaginación. Por ejemplo, había un vocablo en particular cuyo significado le era dificilísimo captar. Se trataba de la palabra Dios. De entrada, a Tarzán le llamó la atención el que fuese muy corta y que su primer signo fuese mayor que los otros: que fuese un bichito macho, porque para Tarzán las letras minúsculas eran hembras. Otro detalle que le sorprendía de aquella palabra era la cantidad de microbios machos que figuraban en su definición: Divinidad Suprema, Creador o Valedor del Universo. Indudablemente, era una palabra importante de veras, que tendría que

analizar y estudiar a fondo. Así lo hizo, aunque al cabo de muchos meses de investigación y meditación seguía tan desorientado como al principio.

A pesar de todo, Tarzán no creía que fuese tiempo perdido el que dedicaba a aquellas extrañas expediciones de caza por las reservas del conocimiento, porque cada término y cada definición le llevaban a parajes extraordinarios, a nuevos mundos en los que, con frecuencia cada vez mayor, encontraba viejos rostros familiares. Y siempre añadía nuevos saberes a su acervo cultural.

Respecto al significado del vocablo 'Dios', sin embargo, aún le embargaba la duda. En una ocasión creyó haberlo entendido: Dios era un poderoso cacique, rey de todos los manganis. Pero tampoco estaba absolutamente seguro, puesto que eso significaría que Dios era más poderoso que Tarzán, cosa que a Tarzán de los Monos, que no reconocía igual en la jungla, le costaba trabajo reconocer.

Pero en ninguno de los libros de la cabaña había una sola imagen de Dios, aunque Tarzán encontraba muchas referencias que confirmaban su convicción de que Dios era un ser importante y todopoderoso. Veía grabados que representaban lugares en los que se le rendía culto, pero ni el menor rastro gráfico de Dios. Por último, empezó a preguntarse si no tendría una forma distinta a la suya y, al final, decidió lanzarse a la búsqueda de Él.

Empezó por interrogar a Mumga, que era viejísima y había visto infinidad de cosas insólitas en su larga vida, pero Mumga, como no pasaba de ser una simia sólo estaba facultada para recordar lo trivial. Aquel accidente que sufrió Gunto, cuando confundió un insecto dotado de aguijón con un escarabajo comestible, había impresionado a Mumga mucho más que todas las innumerables manifestaciones de la grandeza de Dios que la mona había presenciado y que, naturalmente, no había comprendido.

Al oír las preguntas de Tarzán, Numgo se las arregló para arrancarse del divertido deporte de la caza de pulgas el tiempo suficiente para exponer su teoría de que el poder creador del rayo, el trueno y la lluvia procedía de Goro, la luna. Afirmó que lo sabía porque la danza del *dum dum* se bailaba siempre al resplandor de Goro. Aunque totalmente satisfactorio para Numgo y Mumga, tal razonamiento no acababa de convencer a Tarzán. No obstante, le proporcionó una base para llevar a cabo ulteriores investigaciones en una nueva dirección. Estudiaría a Goro.

Aquella noche se encaramó a la rama más alta del más gigantesco de

los árboles de la selva. Era luna llena, una enorme y gloriosa luna ecuatorial. Erguido sobre una rama delgada y cimbreante, el hombre mono alzó su bronceado rostro hacia la esfera de plata. Y entonces, cuando se encontró en el punto más alto al que podía llegar, descubrió con descomunal sorpresa que Goro seguía tan lejana como cuando la miraba desde el suelo. Pensó que Goro intentaba rehuirle.

—¡Ven, Goro! —llamó—. ¡Tarzán de los Monos no te hará ningún daño!

Pero la luna continuó en su remota estratosfera.

—Dime —continuó Tarzán— si eres tú el gran rey que envía a Ara, el rayo, que provoca el ruido atronador y los formidables vientos y que hace que el agua caiga a raudales sobre los pobladores de la selva cuando los días son oscuros y reina el frío. Dime, Goro, ¿tú eres Dios?

Naturalmente, Tarzán no pronunciaba *Dios* como nosotros, ya que desconocía el idioma de sus padres; pero sí contaba con un nombre, ideado por él mismo, para cada uno de los microbios, de los signos que constituían el alfabeto. A diferencia de los simios, Tarzán no se conformaba con una imagen mental de las cosas que conocía, necesitaba un término que describiera cada una de esas cosas. Al leerlo, comprendía el vocablo y su significado, pero al expresar las palabras aprendidas en los libros de su padre, las pronunciaba de acuerdo con los nombres que había asignado a los diversos bichitos que las formaban y añadía a cada uno de esos nombres, por regla general, el prefijo de su género.

De modo que el término que había asignado a *Dios*, resultaba algo de lo más impresionante. El prefijo masculino de los monos es *bu*, el femenino, *mu*. *Dios* en inglés es *God*. Tarzán convertía la *G* en *la*; la *o* en *tu*, y la *d* en *mo*. Así que la palabra *God* venía a ser, con el añadido de los correspondientes prefijos masculino y femenino, nada menos que *Bulamutumumo*.

A través de un proceso similar, había llegado a una extraña y preciosa articulación de su nombre. Tarzán se deriva de dos palabras, *tar* y *zan*, que en el lenguaje de los simios significan «piel» y «blanca», respectivamente. El nombre se lo puso la mona Kala, su madre adoptiva. Cuando Tarzán lo escribió por primera vez en el idioma de sus progenitores aún no se había tropezado en el diccionario con las palabras *blanca* y *piel*, pero como en un silabario había encontrado la imagen de un niño blanco escribió su nombre así: *bumude-mutomuro*, o sea: «niño macho».

Seguir el extraño sistema silábico de Tarzán resultaría tan laborioso como inútil, de modo que en adelante, lo mismo que hemos venido haciendo hasta ahora, nos ceñiremos a las formas que se emplean en nuestros libros escolares, con las que estamos familiarizados. Sería fatigosísimo tener que recordar cada dos por tres que *do* significa «b», que *tu* equivale a «o», y que *re* es «y». O sea que, para decir *niño macho* habría que poner el prefijo masculino de los monos, *bu*, al principio de la palabra, y el prefijo femenino, *mu*, delante de cada una de las letras minúsculas que forman la palabra *chico*. Lo cual acabaría por poneros a vosotros al borde del agotamiento y a mí al borde de la enajenación mental.

Como quiera que, tras varias arengas, Goro se abstenía de responder, Tarzán de los Monos se puso hecho una furia. Hinchó el amplio pecho, enseñó los colmillos y dirigió al inerte satélite, a voz en cuello, el grito de desafío de los monos machos.

—¡Tú no eres *Bulamutumumo*! —chilló—. No eres el rey de los habitantes de la selva. No eres tan grande como Tarzán, poderoso luchador, formidable cazador. No hay nadie tan grande como Tarzán. Si existe un *Bulamutumumo*, Tarzán puede matarlo. Baja, Goro, cobarde, y lucha con Tarzán. Tarzán te matará. Yo soy Tarzán, «el matador».

Pero la luna no se dignó responder a las bravuconerías del hombre mono, y cuando una nube ocultó la cara del satélite, Tarzán creyó que Goro le tenía miedo y se ocultaba de él. Así que el mangan descendió de las ramas de los árboles, despertó a Numgo y le explicó lo grande que era Tarzán y cómo había metido el miedo en el cuerpo de Goro, hasta que, temblando de pavor, huyó del cielo. Tarzán se refería a la luna aplicándole el género masculino, porque, para los monos, todas las cosas grandes o que imponen respeto son machos.

Numgo no se sintió muy impresionado, pero como tenía mucho sueño ordenó a Tarzán que se largase y dejara en paz a sus mayores.

—¿Pero dónde voy a encontrar a Dios? —insistió Tarzán—. Eres muy viejo. Si Dios existe, tienes que haberlo visto. ¿Qué aspecto tiene? ¿Dónde vive?

—Dios soy yo —respondió Numgo—. Ahora vete ya a dormir y no me des más la tabarra.

Tarzán contempló a Numgo durante varios minutos, hundida levemente entre los hombros la bien formada cabeza, caído el mentón, curvado hacia arriba el labio superior, expuesta la blanca dentadura. Luego, al tiempo que

profería un sordo gruñido, se abalanzó sobre el simio y le hundió los colmillos en el peludo hombro, mientras clavaba los dedos de acero en el cuello de Numgo. Zarandeó dos veces al anciano simio y luego dejó de morderle el hombro.

—¿Tú eres Dios? —le preguntó.

—No —gimoteó Numgo—. No soy más que un pobre mono viejo. Déjame tranquilo. Ve a preguntar a los gomanganis dónde está Dios. Lo mismo que tú, ellos tienen el cuerpo limpio de pelo y además son muy sabios. Sin duda pueden informarte bien.

Tarzán soltó a Numgo y se alejó. La sugerencia de que acudiera a consultar a los negros no dejaba de atraerle y aunque las relaciones que mantenía con el pueblo de Mbonga, el cacique, eran todo lo contrario de amistosas, siempre le quedaba al menos el recurso de espiar a sus odiados enemigos y enterarse de si se relacionaban con Dios de alguna manera.

Y fue así que Tarzán se dirigió, saltando de árbol en árbol, a la aldea de los negros, estimulado por la perspectiva de descubrir al Ser Supremo, al Creador de todas las cosas. Mientras se desplazaba por las frondas, revisó mentalmente el armamento de que disponía —la condición de su cuchillo de caza, la cantidad de flechas, el estado de la cuerda del arco— y enarboló el venablo de guerra, que en otro tiempo había sido el orgullo de algún guerrero de la tribu de Mbonga.

Si se topaba con Dios, Tarzán estaría preparado. Uno nunca podía estar seguro de si una cuerda de hierba, un venablo de guerra o una flecha envenenada resultarían eficaces frente a un adversario desconocido. Tarzán se sentía satisfecho. Si Dios aceptaba el combate, el hombre mono no albergaba la menor duda acerca del desenlace del encuentro.' Eran muchas las preguntas que deseaba formular al Creador del universo, por lo que confiaba en que Dios no resultase una divinidad belicosa. No obstante, toda su experiencia de la vida, así como el comportamiento de los seres vivientes le habían demostrado que toda criatura que contase con medios de ataque y defensa podía desencadenar una agresión si se encontraba en la situación anímica apropiada.

Había oscurecido cuando llegó al poblado de Mbonga. Tan silencioso como las calladas sombras de la noche, se llegó a su atalaya de costumbre entre las ramas de gigante de la jungla que se extendían por encima de la empalizada. A sus pies, en la calle de la aldea, vio hombres y mujeres. Los hombres iban más horriblemente pintarrajeados de lo habitual. Entre ellos

se agitaba una figura extraña y grotesca, un individuo de alta estatura, con piernas de hombre y cabeza de búfalo. A su espalda pendía una cola que le llegaba hasta los tobillos, una mano empuñaba un rabo de cebra y la otra sostenía un haz de pequeñas flechas.

Tarzán se quedó electrizado. ¿Era posible que el azar, que la suerte le proporcionara la oportunidad de ver a Dios? Seguramente aquella criatura no era hombre ni animal, por lo tanto, ¡no podía ser más que el Creador del universo! El hombre mono observó con atención todos los movimientos de aquel singular individuo. Vio que cuando se aproximaba a ellos, los indígenas, hombres y mujeres, retrocedían como si les aterrasen los misteriosos poderes del extraño personaje.

Se percató entonces de que la deidad hablaba y de que todos escuchaban en silencio sus palabras. Tarzán tuvo el absoluto convencimiento de que sólo Dios podía infundir tal terror a los gomanganis, y obligarles a permanecer callados, sin utilizar flechas ni venablos. Había llegado a mirar con desprecio a los negros principalmente a causa de su charlatanería. Los micos parloteaban mucho y huían en cuanto se presentaba un enemigo. Los gigantescos machos de Kerchak, viejos y adultos, hablaban poco y se lanzaban a la lucha a la menor provocación. Numa, el león, no se sentía casi nunca inclinado a la locuacidad, y, sin embargo, de todos los pobladores de la jungla, pocos eran los que se enzarzaban en tantas peleas como él. Aquella noche Tarzán fue testigo de cosas muy extrañas, ninguna de las cuales llegaba a entender, y quizás porque eran tan extrañas supuso que estarían relacionadas con aquel Dios al que tampoco lograba entender. Presenció una curiosa ceremonia en la que tres jóvenes recibieron sus primeros venablos de guerra y a la que el grotesco brujo de la tribu logró conferir un aire impresionante y ultraterreno.

Profundamente interesado vio que pinchaban los brazos morenos de los jóvenes e intercambiaban el rojo líquido con Mbonga, según el rito de la ceremonia llamada de la fraternidad de la sangre. Vio que sumergían la cola de la cebra en un caldero de agua, sobre el que previamente había trazado unos cuantos pases mágicos el hechicero, al tiempo que brincaba y danzaba a su alrededor. Vio salpicar con aquel líquido encantado la frente y el pecho de los tres novicios. De haber sabido el hombre mono que la finalidad de aquella ceremonia consistía en hacer a los receptores de aquellas aspersiones invulnerables a los ataques enemigos y osados ante el

peligro, es indudable que se habría plantado de un salto en la calle de la aldea para apropiarse de la cola de cebra y de una parte del contenido del caldero.

Pero como lo ignoraba, se limitó a quedarse maravillado, no sólo de lo que estaba contemplando, sino también de las extrañas sensaciones que recorrían su desnuda columna vertebral, inducidas sin duda por la misma influencia hipnótica que mantenía a los espectadores negros suspendidos en tenso temor y al borde del ataque de histeria.

Cuanto más lo miraba, más se convencía Tarzán de que sus ojos estaban posados en Dios. Y con tal convencimiento llegó la decisión de intercambiar unas palabras con la deidad. Para Tarzán de los Monos, pensar era actuar.

El pueblo de Mbonga había alcanzado ya el punto culminante de excitación histérica. Poco faltaba para que soltasen con frenético estallido toda la presión que la aterradora pantomima del hechicero había acumulado sobre los nervios de los indígenas.

De la parte exterior de la empalizada, muy cerca, llegó de pronto el vibrante rugido de un león. Los negros dieron un respingo, sobresaltados, y permanecieron en silencio, a la escucha de la repetición del sonido de aquella voz, tan familiar y tan aterradora siempre para ellos. Hasta el hechicero se interrumpió en mitad de un complicado paso y se quedó rígido, inmóvil como una estatua, mientras su astuto cerebro buscaba alguna sugerencia para sacarle partido a la situación de su auditorio y a la oportuna interrupción.

La velada le había resultado enormemente provechosa. Le entregarían tres hermosas cabras por oficiar el rito de iniciación que convertía a los tres jóvenes en guerreros con todas las de la ley. De los admirados y asustados integrantes de su audiencia había recibido también diversos presentes de cereales y abalorios, junto con un buen trozo de alambre de cobre.

El rugido de Numa aún trepidaba en los tensos nervios de los indígenas cuando la risa de una mujer, aguda y penetrante, hizo añicos el silencio de la noche. En aquel preciso momento, Tarzán decidió descender del árbol y saltó ágilmente a la calle del poblado. Plantado temerariamente en medio de sus mortales enemigos, erecto y rígido como la más rígida de las flechas de los guerreros, musculoso como Numa, el rey de los animales, Tarzán de los Monos sacaba la cabeza a la mayoría, de los indígenas de Mbonga.

Durante unos segundos, el hombre mono contempló al hechicero.

Todos los ojos estaban clavados en Tarzán, pero ni uno solo de los habitantes del poblado se movía: el terror los tenía a todos paralizados. Sin embargo, entraron en movimiento unos segundos después, cuando el hombre mono movió la cabeza bruscamente y se dirigió hacia la espantosa figura cuyo rostro ocultaba la cabeza de búfalo.

Los nervios de los negros estallaron entonces. Llevaban meses angustiados por el terror que les infundía aquel extraño dios blanco de la jungla. Les robaba las flechas, llevándoselas del mismo centro de la aldea; los guerreros morían silenciosamente, liquidados en los caminos de la selva, y luego los cadáveres caían por la noche, de forma misteriosa, en la calle del poblado, como llovidos del mismísimo cielo.

Un par de indígenas habían llegado a vislumbrar la extraña figura de aquel inusitado demonio y, a través de las reiteradas descripciones que hicieron del mismo, el poblado entero reconoció ahora a Tarzán como el causante de tantas maldades. En otras circunstancias, y a la luz del día, sin duda los guerreros se habrían apresurado a atacarle, pero de noche, y precisamente aquella noche en la que la mascarada del hechicero les había puesto los nervios a flor de piel, llenándolos de pánico, los indígenas se sentían impotentes. Su única reacción, al ver avanzar a Tarzán, fue dar media vuelta y emprender una huida general a la desbandada, en busca del refugio de sus chozas. Sólo uno de los indígenas continuó momentáneamente donde estaba: el hechicero. Más que medio autosugestionado por la fe que parecía inspirarle su propia charlatanería, plantó cara a aquel nuevo demonio que amenazaba con socavar su antigua y lucrativa profesión.

—¿Tú eres Dios? —le preguntó Tarzán.

El hechicero, que no tenía idea del significado de las palabras del hombre mono, ejecutó unos cuantos extraños pasos de danza, dio un salto en el aire, se revolvió y cayó para quedar inclinado, con los pies separados al máximo y la cabeza alargada hacia Tarzán. Permaneció unos segundos en tal postura y después emitió un sonoro «¡Fuuu!», cuyo evidente objetivo era asustar al hombre mono para que saliera huyendo. Pero la verdad es que no surtió el menor efecto.

Tarzán no se detuvo. Su intención era acercarse a examinar a Dios y nada en el mundo hubiera podido interrumpir sus pasos. Al ver que sus payasadas no le daban resultado alguno frente a aquel intruso, el hechicero intentó otro medicamento. Tras escupir en la cola de cebra, que aún

sostenía firmemente en la mano, trazó unos círculos sobre ella con las flechas que llevaba en la otra mano, al tiempo que retrocedía precavidamente frente a Tarzán y susurraba secretas confidencias al extremo de la cola de cebra.

Tal medicina, sin embargo, debía de ser poco eficaz, porque la criatura, dios o demonio, reducía de manera paulatina la distancia que le separaba del hechicero. Los círculos, en consecuencia, eran pocos y rápidos y, cuando los dio por concluidos, el hechicero adoptó una actitud que pretendía ser amedrentadora y, al tiempo que agitaba la cola de cebra frente a sí, trazó una línea imaginaria entre él y Tarzán.

—No puedes pasar a este lado de la raya, porque mi medicina es una medicina muy poderosa —conminó—. Alto, porque si tus pies pisan este punto caerás fulminado. Mi madre fue una bruja, mi padre fue un ofidio. Yo vivo a base de corazones de león y entrañas de pantera; me desayuno con niños de pecho y los demonios de la jungla son mis esclavos. Soy el hechicero más poderoso del mundo. Nada me asusta, porque soy inmortal. Yo…

Pero no continuó; lo que hizo, en cambio, fue dar media vuelta y salir disparado, porque Tarzán de los Monos había cruzado la mágica línea mortal… y continuaba vivo.

Al ver la huida vergonzosa del hechicero, Tarzán estuvo a punto de perder los estribos. Aquel comportamiento no era propio de Dios, al menos no estaba de acuerdo con el concepto que Tarzán se había formado de Él.

—¡Vuelve! —gritó—. ¡Vuelve, Dios, que no te haré ningún daño!

Pero el hechicero se retiraba a todo correr, franqueaba a grandes saltos las cazuelas y los rescoldos de las fogatas medio consumidas delante de las chozas de los indígenas. Espoleado por un pánico cerval que ponía alas en sus pies, el pobre brujo volaba en línea recta hacia su propia choza. Pero su esfuerzo resultó inútil: con la rapidez de Bara, el ciervo, Tarzán salió en su persecución.

Alcanzó al hechicero en el mismo umbral de la puerta de su choza. Una mano robusta se abatió sobre el hombro del brujo para tirar de él hacia atrás. La mano se posó en la piel de búfalo y arrancó el disfraz del hechicero. Y lo que Tarzán vio arrojarse de cabeza a las tinieblas del interior de la choza fue un simple negro desnudo.

¡De modo que aquello era lo que había tomado por Dios! Los labios de Tarzán se contrajeron en una mueca de rabia mientras saltaba dentro de la

choza, en pos del aterrado chamán. En la negrura del interior lo encontró acurrucado en el fondo de la estancia, hecho un ovillo, y lo arrastró a la relativa claridad nocturna de la calle iluminada por la luna.

En su brega por desasirse y escapar, el hechicero no escatimó intentos de arañar y morder, pero unos cuantos cachetes le hicieron comprender que era inútil resistirse. Bajo la luz de la luna, Tarzán obligó a ponerse en pie a la rastrera figura y la sostuvo sobre las temblorosas piernas.

—¡Así que tú eres Dios! —le gritó—. ¡Si tú eres Dios, Tarzán es más grande que Dios!

Lo cierto es que así lo creía el hombre mono. Chilló al oído del negro:

—¡Yo soy Tarzán! No hay nadie más grande que Tarzán en toda la selva, ni por encima de ella, ni en las aguas que corren o permanecen estancadas, ni en las aguas inmensas ni en las pequeñas… Tarzán es más grande que los manganis y más grande que los gomanganis. Mata con sus propias manos a Numa, el león, y a Sheeta, la pantera. No hay nadie tan grande como Tarzán. ¡Tarzán es más grande que Dios! ¿Lo ves? Con un súbito movimiento retorció el cuello del negro, que lanzó un alarido de dolor y luego se desplomó contra el suelo, desmayado.

El hombre mono apoyó el pie en el cuello del caído hechicero, levantó el rostro hacia la luna y llenó el aire con el estridente grito del mono macho victorioso. Después se inclinó, arrancó la cola de cebra de los inertes dedos del inconsciente brujo y, sin volver la cabeza una sola vez, encaminó de nuevo sus pasos a través de la aldea.

Ojos asustados le observaban desde los umbrales de las chozas. El jefe Mbonga fue uno de los que presenciaron lo sucedido delante del chamizo del hechicero. Mbonga estaba realmente intranquilo. Anciano y sensato patriarca, sólo creía a medias en los hechiceros, al menos desde que la edad había aumentado su dosis de cordura. Sin embargo, en su condición de jefe estaba absolutamente convencido del poder que representaba un hechicero con arma de gobierno. Y ocurría con harta frecuencia que Mbonga aprovechaba los temores supersticiosos de su pueblo utilizándolos para sus propios fines a través del chamán.

Mbonga y el hechicero habían colaborado provechosamente, repartiéndose el botín, pero, en adelante, la «tapadera» que constituía el brujo se perdería para siempre en el caso de que alguien hubiera visto lo que Mbonga acababa de contemplar. Los indígenas de su generación no volverían a tener tanta fe en ningún futuro hechicero.

Mbonga debía hacer algo para neutralizar la perversa influencia del triunfo del diablo del bosque sobre el chamán de la aldea.

El cacique enarboló su pesado venablo y abandonó silenciosamente la choza para marchar en seguimiento de Tarzán. Éste caminaba calle adelante, tan despreocupado como si paseara entre los amistosos simios de la tribu de Kerchak, en vez de hacerlo por el centro de una aldea llena de enemigos armados.

Pero su indiferencia sólo era aparente, ya que todos sus bien entrenados sentidos se mantenían alertas y vigilantes. Sutil y avezado cazador de animales silvestres de fino oído, Mbonga se desplazaba en el más profundo silencio. Ni siquiera Bara, el ciervo, con sus grandes orejas habría detectado por el sonido la cercana presencia de Mbonga. Pero el jefe negro no andaba al acecho de Bara, sino que perseguía a un hombre y por esa razón sólo trataba de evitar el ruido.

Se fue aproximando paulatinamente a Tarzán, que avanzaba con paso lento. El cacique ya tenía levantado el venablo de guerra y echado el brazo hacia atrás, por encima del hombro derecho. De una vez por todas, Mbonga, el jefe, se libraría y libraría a su pueblo de la amenaza de aquel enemigo aterrador. No se precipitaría. Se tomaría el tiempo necesario para afinar la puntería y arrojaría el arma con tal fuerza que acabaría para siempre con aquel demonio.

Pero, con toda la confianza que creía tener en sí mismo, Mbonga erró en sus cálculos. Tal vez creía que acechaba a un hombre, pero ignoraba que era un hombre dotado de la delicada sensibilidad perceptiva de las órdenes animales inferiores. Cuando dio la espalda a sus enemigos, Tarzán tuvo en cuenta algo que a Mbonga nunca se le hubiera ocurrido considerar durante la caza del hombre: el viento. Soplaba en la misma dirección de la que procedía Tarzán, y llevaba al finísimo olfato del hombre mono los efluvios que se producían a su espalda. Lo cual indicó al gigante blanco que le estaban siguiendo, porque incluso entre las muchas pestilencias de un poblado africano, las superdotadas facultades de Tarzán le permitían diferenciar un hedor de otro y determinar su origen con notable precisión.

Sabía que un hombre le estaba siguiendo y que se le iba acercando poco a poco. Su discernimiento le advirtió de las intenciones del que le acechaba. De modo que, cuando Mbonga estaba a punto de tener ya a Tarzán al alcance de su venablo, el hombre giró en redondo súbitamente y el arma, preparada ya, tuvo que partir una fracción de segundo antes de lo

que el jefe indígena pretendía. El disparo salió un poco más alto de la cuenta y Tarzán apenas tuvo que agacharse para dejarlo pasar por encima de su cabeza. Se abalanzó luego sobre el cacique negro. Pero Mbonga no esperó para recibirlo. Dio media vuelta rápida y huyó precipitadamente hacia el oscuro umbral de la choza que tenía más a mano, al tiempo que llamaba a voces a sus guerreros y les ordenaba que se abalanzasen sobre el forastero y acabaran con él.

Realmente, bien podía desgañitarse Mbonga pidiendo ayuda, porque Tarzán, joven y de rápidas piernas, cubrió en pocos saltos la distancia que los separaba con la celeridad del león lanzado al ataque. Y encima rugía casi como el propio Numa. Al oírlo, a Mbonga se le heló la sangre en las venas, se le pusieron los pelos de punta y un escalofrío se deslizó por la columna vertebral, como si la muerte hubiese hecho ya acto de presencia y sus gélidos dedos acariciaran funestos la espalda del cacique negro.

En las tinieblas del interior de las chozas, otros indígenas oyeron también los rugidos y observaron lo que sucedía. Se trataba de curtidos y valerosos guerreros, espantosamente pintarrajeados, cuyas manos empuñaban sin convicción los pesados venablos de guerra. Intrépidos y temerarios se habrían precipitado sobre Numa, el león. También se habrían lanzado a defender a su jefe frente a una horda de salvajes guerreros negms que los superara en número varias veces. Pero aquel sobrenatural demonio de la selva los inundaba de terror. Los bestiales gruñidos que ascendían desde la profundidad de su pecho no tenían nada de humano, como tampoco había nada de humano en sus desnudos colmillos ni en sus saltos felinos. Los guerreros de Mbonga estaban empavorecidos, demasiado empavorecidos como para abandonar la aparente seguridad de sus chozas mientras veían a aquella bestia humana precipitarse sobre la espalda de su anciano caudillo.

Mbonga fue a parar al suelo y emitió un grito de terror. El susto que llevaba encima era de tales proporciones que ni soñó siquiera en tratar de defenderse. Se limitó a permanecer bajo su adversario, paralizado por el pánico, mientras chillaba a pleno pulmón. Tarzán se medio incorporó, para arrodillarse luego sobre el negro. Puso a Mbonga boca arriba, le miró a la cara, dejó al descubierto la garganta del jefe y a continuación sacó a relucir el largo y afilado cuchillo que John Clayton, lord Greystoke, había llevado de Inglaterra tantos años antes. Lo empuñó y aplicó el filo a la nuca de Mbonga. El viejo gimió horrorizado. En un lenguaje que Tarzán no

entendía, suplicó que le perdonara la vida.

El hombre mono veía de cerca por primera vez al jefe del poblado indígena. Comprobó que era viejo, muy viejo, un anciano de cuello escuálido y cara cubierta de arrugas: un rostro apergaminado y reseco, semejante al de algunos de los micos que tan bien conocía Tarzán. Vio el terror en los ojos de aquel hombre, un terror tan intenso como no había visto nunca en los de ningún animal. Tampoco había oído jamás pedir clemencia tan lastimeramente a ningún habitante de la selva.

Algo inmovilizó la mano de Tarzán durante unos segundos. Se preguntó por qué vacilaba en dar muerte a aquel hombre. Hasta aquel momento, nunca había titubeado en análoga tesitura. Bajo su mirada, el anciano Mbonga pareció contraerse y encogerse hasta quedar reducido a un puñado de huesos minúsculos. Tan débil, desvalido y asustado parecía que Tarzán de los Monos experimentó un inmenso desprecio hacia él. Pero también se apoderó del hombre mono otro sentimiento… algo que le resultaba nuevo en relación con un enemigo. Era lástima… compasión por un pobre y aterrado anciano.

Tarzán se puso en pie y se alejó de allí, sin causar el menor daño al jefe Mbonga. Alta la cabeza, el hombre mono atravesó la aldea, se encaramó a las ramas del árbol que se extendían por encima de la empalizada y desapareció de la vista de los habitantes del poblado.

Durante todo el camino de regreso a la zona frecuentada por los monos, trató de encontrar la explicación de aquella extraña fuerza que detuvo su mano y le impidió sacrificar a Mbonga. Era como si alguien mucho más importante y poderoso que él le hubiese ordenado perdonar la vida al anciano cacique. Tarzán no lograba entenderlo, porque le era imposible concebir que algo o alguien tuviese la autoridad suficiente para ordenarle lo que debía hacer o lo que debía abstenerse de hacer.

Era muy tarde cuando Tarzán seleccionó un lecho en la cimbreante rama de una arboleda bajo la cual dormían los monos de la tribu de *Kerchak* y aún seguía absorto en el intento de dar con la solución al extraño problema cuando se quedó dormido.

El sol se encontraba ya muy alto en el cielo cuando se despertó. Abajo, los simios se afanaban en la tarea de encontrar alimento. Desde la enramada, Tarzán se dedicó a contemplar indolentemente el espectáculo que ofrecían: escarbaban la vegetación putrefacta a la búsqueda de sabandijas, escarabajos y lombrices o rebuscaban entre las ramas, tratando

de localizar nidos en los que hubiese huevos, crías de pájaros o suculentas orugas.

Una orquídea que oscilaba suspendida junto a su cara empezó a abrirse despacio y desplegó sus pétalos al recibir la cálida caricia de los rayos de sol que acababan de colarse hasta su sombrío retiro.

Miles de veces había observado Tarzán de los Monos aquel bonito milagro, pero ahora despertó en él un interés inusitado, porque empezaba a hacerse preguntas acerca de la infinidad de maravillas que hasta entonces había considerado cosas naturales.

¿Qué impulsaba a las flores a abrirse? ¿Por qué se desarrollaban hasta transformarse de cerrado capullo en preciosa flor que se abría en un estallido de color? ¿Por qué estaba todo aquello allí? ¿Por qué estaba él? ¿De dónde procedía Numa, el león? ¿Quién plantó el primer árbol? ¿Cómo se las arreglaba Goro, la luna, para ascender a través de la oscuridad del cielo y derramar sus gratos resplandores sobre la terrible jungla nocturna? ¡Y el sol! ¿Es que estaba en lo alto del cielo simplemente porque sí, por puro azar?

¿Por qué todas las personas de la selva eran seres humanos y no árboles? ¿Por qué los árboles eran árboles y no cualquier otra cosa? ¿Por qué era él distinto a Taug, y Taug distinto a Bara, el ciervo, y Bara distinto a Sheeta, la pantera, y por qué no era Sheeta como Buto, el rinoceronte? ¿Dónde y cómo…? Mejor dicho, ¿de dónde habían salido los árboles, las flores, los insectos, las innumerables criaturas de la jungla?

De manera absolutamente inesperada surgió una idea en la mente de Tarzán de los Monos. En el curso de su seguimiento de las numerosas ramificaciones de la definición que daba el diccionario de la palabra *Dios*, había tropezado una vez con el vocablo *crear* ‘originar algo de la nada; dar existencia a algo que no la tenía’.

Casi había llegado a una idea concreta cuando un gemido distante le arrancó sobresaltado de sus meditaciones y le situó en la realidad presente. El lamento llegaba de la selva; se producía a cierta distancia de la balanceante rama donde descansaba Tarzán. Era el quejido de un *balu* y el hombre mono reconoció en seguida el timbre de voz de Gazán, el hijo de Teeka. Lo llamaban Gazán porque su suave pelo de recién nacido tenía un inusitado tono rojizo y en el lenguaje de los simios Gazán significa ‘piel roja’.

Inmediatamente después del gemido, los diminutos pulmones del

cachorro de mono emitieron un auténtico chillido de terror. Tarzán se sintió impulsado de modo automático a la acción. Surcó el aire como una centella, volando a través de las ramas en dirección al punto de donde procedió el grito. Oyó por delante el salvaje rugido de una mona adulta. Era Teeka, que también acudía al rescate. El peligro tenía que ser muy real. La nota de furia mezclada con temor que matizaba la voz de la hembra se lo indicó así a Tarzán.

Desplazándose de rama en rama, saltando de árbol en árbol, el hombre mono atravesaba a toda velocidad el nivel medio de las frondas, rumbo al punto donde sonaban aquellos gritos, que habían aumentado de volumen hasta alcanzar proporciones ensordecedoras. Los monos de Kerchak afluían de todas direcciones en respuesta a la angustiosa llamada que representaban los gemidos del *balu* y los gritos de la madre y, mientras corrían hacia el lugar del suceso, el eco de sus rugidos resonaba a lo largo y ancho de la selva.

Más rápido que sus pesados camaradas, Tarzán dejó pronto muy atrás a todos y fue el primero en llegar al punto donde amenazaba la tragedia. Un escalofrío recorrió el gigantesco cuerpo de Tarzán al ver la escena que se desarrollaba allí, porque el enemigo era la más odiada y repugnante de todas las criaturas de la jungla.

Enroscada en un árbol monumental, Histah, la serpiente —inmensa, cachazuda, viscosa— envolvía en los pliegues de su mortal abrazo a *Ganan*, el pequeño *balu* de Teeka. En toda la jungla, nada inspiraba a Tarzán algo semejante al miedo como la repelente Histah Los simios también detestaban a aquel espantoso reptil, al que temían más incluso que a Sheeta, la pantera, o a Numa, el león. De todos los enemigos de la selva, del que más procuraban alejarse era de Histah, la serpiente.

Tarzán no ignoraba que Teeka sentía un miedo especial hacia aquel ser sigiloso y repulsivo, de forma que cuando llegó a la vista de la escena, el heroico acto de Teeka fue lo que más asombrado le dejó. Porque en el preciso instante en que el hombre mono se presentaba allí y la vio, Teeka se precipitaba sobre el brillante cuerpo del ofidio, y cuando los formidables anillos de la serpiente se ciñeron en torno a su anatomía, apresándola lo mismo que a su retoño, la mona no hizo el menor esfuerzo por escapar, sino que agarró el cuerpo serpenteante e intentó, inútilmente, apartarlo del asustado y vocinglero *balu*.

Tarzán conocía bien lo arraigado que estaba en el ánimo de Teeka el

pánico hacia Histah Así que a duras _ penas lograba dar crédito a sus ojos cuando vio a la simia lanzarse por propia voluntad a aquel abrazo de la muerte. El innato terror que inspiraba a Teeka aquel monstruo no era mayor que el del propio Tarzán. Éste nunca había tocado por gusto a una serpiente. Ignoraba la razón, puesto que no reconocía tener miedo a nada ni a nadie; y la verdad es que no se trataba de miedo, sino que era más bien una repulsión congénita, transmitida a lo largo de innumerables generaciones de antecesores civilizados. A los que posiblemente hubiesen legado esa repugnancia miríadas de ancestros más remotos, como los de Teeka, en el ánimo de cada uno de los cuales latiría el mismo incógnito temor al viscoso reptil.

Sin embargo, Tarzán no titubeó más de lo que había vacilado Teeka, sino que saltó asimismo sobre Histah con idéntico ímpetu y celeridad con que se hubiera abalanzado sobre Bara, el ciervo, de haber tenido que sacrificarlo para alimentarse. Acosada de aquella forma, la serpiente se retorció espantosamente, aunque ni por un segundo aflojó la presión sobre ninguna de sus tres víctimas en perspectiva, ya que había incluido al hombre mono en su frío abrazo en el mismo instante en que cayó sobre ella.

Aún aferrado al árbol, el monstruoso reptil sostenía a los tres como si no pesaran nada, al tiempo que trataba de estrujarlos hasta arrebatarles la vida. Tarzán ya empuñaba su cuchillo y lo hundía con rapidez en el cuerpo del adversario, pero el círculo letal de la serpiente amenazaba con comprimirle hasta acabar con él antes de que pudiera infligir a Histah una herida de muerte. A pesar de todo, continuó luchando y ni por un instante trató de rehuir el fatal destino que le aguardaba. Su único objetivo era matar a Histah y liberar así a Teeka y a su *balu*.

La serpiente volvió la cabeza y sus enormes mandíbulas, abiertas al máximo, parecieron quedar suspendidas encima de Tarzán. Las elásticas fauces, que lo mismo podían acomodar a un conejo que a un antílope, bostezaron a la espera del bocado. Pero, al proyectar su atención sobre el hombre mono, Histah puso la cabeza al alcance del cuchillo. Una mano morena salió instantáneamente disparada e hizo presa en el moteado cuello, a la vez que otra mano clavaba el cuchillo hasta la empuñadura en el pequeño cerebro del ofidio.

Histah se estremeció convulsivamente y luego se relajó; volvió a contraerse y a distenderse, mientras el látigo de su enorme cuerpo golpeaba

y fustigaba el aire, aunque la serpiente carecía ya de sensibilidad. Histah había muerto, pero en sus postreros espasmos podía liquidar fácilmente a una docena de simios o de hombres.

Tarzán se apresuró a coger a Teeka, la apartó del mortal abrazo y la dejó caer al suelo. Después extrajo a Gazán del cerco de los anillos y lo lanzó hacia su madre. El cuerpo de Histah continuaba ceñido, ensortijado en torno a Tarzán, pero éste logró desprenderse del abrazo y saltó al suelo, donde no tardó en situarse fuera del alcance de los violentos latigazos de la serpiente.

Un círculo de monos se había congregado alrededor del escenario de la batalla, pero en cuanto Tarzán se zafó del ofidio, los monos fueron apartándose en silencio para reanudar su interrumpida búsqueda de alimento. Teeka se alejó con ellos, olvidada al parecer de todo lo que no fuera su *balu* y de la circunstancia de que, al producirse la interrupción, acababa de descubrir un nido ingeniosamente oculto, que contenía tres huevos absolutamente suculentos.

Con la misma indiferencia que prestaba a una lucha que ya había concluido, Tarzán lanzó una breve mirada al retorcido cuerpo de Histah y echó a andar rumbo a la pequeña charca que en aquel paraje proporcionaba agua a la tribu de Kerchak. Detalle extraño: no lanzó a los cuatro vientos su grito de triunfo sobre la vencida Histah. No habría sabido explicar el motivo, a no ser que considerase que Histah no pertenecía al reino animal. En cierto peculiar sentido, difería de los demás habitantes de la jungla. Lo único que sabía Tarzán era que la odiaba.

Al llegar a la charca, Tarzán bebió hasta saciarse y luego se tendió encima de la suave alfombra de hierba, a la sombra de un árbol. Su cerebro revivió la pelea con Histah, la serpiente. Le extrañaba que Teeka se hubiese precipitado entre los anillos del horrible monstruo. ¿Por qué lo hizo? Y en verdad, ¿por qué la imitó él? Teeka no era suya, ni tampoco el *balu*. Ambos pertenecían a Taug. ¿Por qué, entonces, hizo él, Tarzán, aquello? Muerta, Histah no constituía alimento para Tarzán. Ahora, al reflexionar en el caso, le pareció que no existía razón de ninguna clase para lo que hizo. De pronto, comprendió que había actuado casi involuntariamente, del mismo modo que obró cuando, la noche anterior, se abstuvo de lastimar al anciano gomangani y lo dejó libre.

¿Qué le impulsaba a comportarse así? Seguramente en ocasiones debía de obligarle a actuar alguien muy poderoso. «Todopoderoso», pensó

Tarzán. «Los microbios de los libros dicen que Dios es todopoderoso. Debe de ser Dios quien me ha inducido a hacer todo eso, ya que no lo hice por propia voluntad. Fue Dios quien impulsó a Teeka a abalanzarse sobre Histah. Por sí misma, Teeka nunca se hubiera acercado a Histah Fue Dios quien detuvo mi mano e impidió que mi cuchillo se hundiera en el cuello del viejo gomangani. Dios hace cosas muy extrañas, porque es *todopoderoso*. No puedo verle, pero me consta que tiene que ser Dios quien me obliga a hacer esas cosas. Ningún mangani, ningún gomangani, ningún tarmangani podría obligarme a hacerlas».

Y las flores…, ¿quién las hacía brotar y desarrollarse? ¡Ah!, ahora todo se explicaba: las flores, los árboles, la luna, el sol, su propia persona, cuantos seres vivos poblaban la selva… Todo lo había creado Dios de la nada.

¿Y qué era Dios? ¿Cuál era su aspecto? Tarzán no tenía de ello la menor noción, pero estaba seguro de que todo lo bueno procedía de Él. Su buena acción al perdonar la vida al pobre e indefenso viejo gomangani; el amor maternal de Teeka, que la había arrojado en brazos de la muerte; su propia lealtad a Teeka, que le impulsó a arriesgar su vida para salvar la de la mona. Las flores y los árboles eran buenos y hermosos. Dios los había creado. También creó a los demás seres, al objeto de que todos y cada uno de ellos tuviese alimento para subsistir. Había creado a Sheeta, la pantera, con su bonita piel, y a Numa, el león, con su noble cabeza y su espléndida melena. Había creado a Bara, el ciervo, lleno de gracia, encanto y elegancia.

Sí, Tarzán acababa de encontrar a Dios y dedicó todo el día a atribuirle cuantas cosas buenas y bellas contiene la naturaleza; pero había un detalle que le preocupaba. Algo que no encajaba del todo en su concepto del Dios recién descubierto.

¿Quién había creado a Histah, la serpiente?

Capítulo Cinco

CAPÍTULO V

TARZÁN Y EL NEGRITO

TARZÁN preparaba una nueva cuerda de hierbas trenzadas, sentado al pie de un árbol gigantesco. En el suelo, junto a él, yacían los restos de la vieja, deshilachados, partidos, rotos por los dientes y las uñas de Sheeta, la pantera. Sólo quedaba la mitad de la cuerda primitiva, la otra mitad se la había llevado consigo el colérico felino al alejarse dando saltos selva adentro, todavía con el lazo alrededor del cuello y arrastrando el resto de la cuerda por entre matojos y arbustos.

Tarzán sonrió al recordar la enorme furia de Sheeta, sus esfuerzos frenéticos para desembarazarse del enredo de los cabos embrollados, sus terribles alaridos que en parte eran odio, en parte rabia y en parte puro terror. Se le amplió la sonrisa al evocar el desconcierto de su enemiga y al pensar en otro día futuro, mientras agregaba un nuevo cabo a su cuerda nueva.

Sería la más gruesa, la más fuerte y la más resistente de cuantas hubiese fabricado Tarzán de los Monos. Se imaginaba a Numa, el león, forcejeando en vano para librarse del tenso nudo corredizo con que el hombre mono le había atrapado. Le alegraba tener ocupadas la mente y las manos. También estaban contentos los monos de la tribu de Kerchak, que en aquellos instantes buscaban comida por el claro y en los árboles que lo rodeaban.

No les preocupaba ningún pensamiento acerca de lo que pudiera reservarles el porvenir y sólo de tarde en tarde surgían en la mente de los simios débiles recuerdos relativos al pasado inmediato. Sentían una especie de satisfactorio estímulo brutal al dedicarse a aquella deliciosa tarea de llenar el estómago. Después se tumbarían a descabezar la bien ganada siesta. Ésa era su vida y disfrutaban de ella como los hombres disfrutamos de la nuestra… y como Tarzán disfrutaba de la suya. Incluso es posible que ellos la gozasen más que nosotros, porque ¿quién puede decir que los animales de la selva no cumplen mejor los fines para los que fueron creados

que el hombre, que continuamente está aventurándose en territorios extraños y que no cesa de infringir las leyes de la naturaleza? ¿Y qué proporciona mayor gozo y felicidad que el cumplimiento de un destino?

Mientras Tarzán trabajaba en su cuerda, Gazán, el *balu* de Teeka, jugaba cerca de él y Teeka buscaba alimento en la parte opuesta del claro. Tanto la mona como Taug, su hosco compañero, habían dejado de desconfiar de las intenciones de Tarzán hacia el primogénito de la pareja. ¿No había puesto en peligro su vida para salvar a Gazán de las garras y los colmillos de Sheeta? ¿No mimaba, acariciaba y abrazaba al pequeño y no le demostraba más cariño que la propia madre? Se habían disipado por completo los temores de Teeka y Taug, y Tarzán se encontraba a menudo desempeñando el papel de niñera de aquel diminuto antropoide… Una ocupación que en absoluto le parecía fastidiosa, puesto que Gazán constituía para él una fuente inagotable de entretenimiento y sorpresas.

El cachorro de mono empezaba ya a desarrollar las tendencias arborícolas que le colocarían en la buena situación precisa cuando llegasen sus años de juventud, cuando trepar rápidamente a las ramas más altas y ponerse allí a salvo tendría más importancia y valor que los músculos, aún no desarrollados, y los colmillos, aún no puestos a prueba. A unos cinco o seis metros del árbol bajo cuyas ramas Tarzán fabricaba su cuerda, Gazán tomaba rápida carrerilla y se lanzaba ágilmente a las enramadas bajas. Permanecía sentado allí unos instantes, orgullosísimo de su proeza, y después saltaba al suelo y repetía la maniobra. A veces, en realidad con mucha frecuencia, ya que era un simio, su atención se quedaba prendida de otras cosas: un escarabajo, una oruga, un ratón de campo. Emprendía su persecución y siempre lograba coger a la oruga; en ocasiones, incluso al escarabajo; pero nunca a los ratones.

Gazán reparó en el extremo de la cuerda que Tarzán estaba trenzando y, ni corto ni perezoso, lo agarró con una de sus manitas, se echó hacia atrás de un salto y empezó a jugar con él, como si se tratase de una animada pelota de goma. Arrancó la cuerda de las manos del hombre mono y echó a correr a través del claro. Tarzán se puso en pie como impulsado por un resorte y emprendió una instantánea persecución; ni en su semblante ni en su voz se apreciaba el menor asomo de enfado, mientras ordenaba a aquel granuja que soltara la cuerda de una vez.

Gazán huyó en línea recta hacia Teeka, y Tarzán corrió en pos del *balu*. Teeka alzó la cabeza, apartando la mirada del alimento, y de entrada, al ver

que Gazán huía perseguido por alguien, enseñó los dientes y se le erizaron los pelos, pero al comprobar que quien iba tras su retoño era Tarzán volvió de nuevo al importante asunto que ocupaba su atención. Tarzán alcanzó al *balu* cuando éste llegaba a los pies de Teeka y aunque el cachorro de simio chilló y se resistió como un condenado cuando el hombre mono lo agarró, Teeka se limitó a volver la cabeza y lanzar una mirada indiferente en su dirección. Ya no temía que su primogénito sufriera algún daño en manos de Tarzán. ¿Acaso éste no había salvado la vida a Gazán en dos ocasiones?

Recuperada la cuerda, Tarzán regresó al pie del árbol, se sentó y reanudó su tarea. Pero tomó buena nota mental para, en adelante, no perder de vista al juguetón *balu*, empeñado en escamotearle la cuerda en cuanto creía que su grandote primo de piel lisa estaba momentáneamente distraído.

A pesar de todo aquel incordio, Tarzán logró terminar por fin la cuerda, un arma larga, enrollable, la más fuerte de cuantas había preparado hasta entonces. Le dio a Gazán el trozo desechado de la anterior para que jugase con él. Tarzán albergaba la intención de aleccionar al *balu* de Teeka e imbuirle sus propios conocimientos y habilidades para que, cuando el cachorro de mono hubiera crecido lo suficiente y fuese lo bastante fuerte, sacara partido de las normas y lecciones recibidas. De momento, el innato sentido de la imitación que poseía el *balu* bastaba para que se fuera familiarizando con los métodos y armas de Tarzán. Así que cuando el hombre mono se adentró en la selva, con el rollo de su nueva cuerda colgado del hombro, Gazán se dedicó a saltar por el claro y a arrastrar tras de sí, con infantil alegría, el trozo de cuerda vieja.

Mientras Tarzán recorría la floresta, animado por el deseo de que su búsqueda de alimento coincidiese con la circunstancia feliz de encontrar en su camino una presa noble en la que probar su nueva arma, su mente volaba de vez en cuando hacia Gazán. Casi desde el primer momento, el hombre mono experimentó un cariño profundo por el *balu*, en parte porque se trataba del hijo de Teeka y en parte por el propio cachorro de mono, que satisfacía por sí mismo el natural anhelo que experimentaba Tarzán de proyectar sobre alguien esos afectos naturales del espíritu inherentes a todo miembro normal del *genus homo*. Tarzán envidiaba a Teeka. Desde luego, Gazán correspondía de modo evidente y amplio al cariño que Tarzán le profesaba e incluso le prefería a su propio progenitor. Pero siempre que al monito le dominaba el terror, así como cuando estaba cansado o tenía hambre, a quien recurría era a Teeka. En tales ocasiones, Tarzán se sentía

solo en el mundo y deseaba desesperadamente que alguien acudiera a él, antes que a ningún otro ser, en busca de ayuda y protección.

Taug tenía a Teeka; Teeka tenía a Gazán; y prácticamente todos los demás machos y hembras de la tribu de Kerchak también contaban con uno o más congéneres a los que querer y de los que recibir cariño. Claro que Tarzán no podía explicar verbalmente tal idea con la precisión expuesta aquí: lo único que sabía era que anhelaba algo que se le negaba; algo que parecían representar las relaciones entre Teeka y su Gazán. Por eso envidiaba a Teeka y se perecía por tener un *balu* propio.

Veía a Sheeta y a su compañera, con sus tres cachorros; y tierra adentro, en dirección a las montañas rocosas, donde uno podía tenderse a descansar durante las horas calurosas del día, a la sombra de la densa maraña de matorrales, frente a la fresca cara de una pared de roca, Tarzán descubrió el cubil de Numa, el león, y Sabor, la leona. Los observó mientras estaban con sus *balus*, criaturas juguetonas de piel rociada de manchas a semejanza de la del leopardo. También había visto al joven cervatillo con su padre, Bara, y a Buto, el rinoceronte, acompañado de su torpón y desgarbado vástago. Cada criatura de la selva tenía su propio retoño, todos menos Tarzán. Al pensar en ello, el hombre mono se sentía triste y solitario. Pero en aquel momento, el olor de una pieza eliminó de su joven cerebro todo lo que no fuera cazar y se deslizó como un felino por una rama que cimbreaba sobre el sendero que conducía al abrevadero de los seres salvajes de aquel mundo salvaje.

¡Cuántos miles de veces se había inclinado aquella vieja rama bajo el peso de algún cazador sediento de sangre, en los largos años que llevaba tendiendo su follaje sobre aquel trillado camino de la jungla! Tarzán, el hombre mono; Sheeta, la pantera; e Histah, la serpiente, lo sabían muy bien. Entre todos habían desgastado y pulimentado la corteza de la parte superior de su superficie.

Horta, el jabalí, era el que en aquel momento se acercaba al cazador apostado en la fronda del viejo árbol… Horta, el jabalí, cuyos formidables colmillos y su genio diabólico le ponían a salvo de todos los habitantes de la selva, salvo de los más feroces o los más hambrientos de los grandes carnívoros.

Para Tarzán, sin embargo, la carne era la carne. Nada que fuera comestible o apetitoso podía pasar cerca de Tarzán sin que éste lo desafiara o atacara. En el apetito, al igual que en la lucha, el hombre mono

sobrepasaba en salvajismo a los más terribles pobladores de la jungla. Ni conocía el miedo ni daba cuartel, excepto en las raras ocasiones en que una fuerza inexplicable, aparentemente sobrenatural, detenía su mano. Inexplicable para él, tal vez, debido a la ignorancia de su origen y de todas las fuerzas de humanitarismo y civilización que formaban parte del patrimonio que ese origen le había legado.

De modo que aquel día, en vez de mantener quieta la mano y aguardar que se presentase una pieza menos formidable que Horta, Tarzán echó el lazo al cuello del jabalí. Era una prueba excelente para la cuerda nueva. El indignado animal saltó a un lado y a otro; pero la recién estrenada cuerda resistió todos los embates del cerdo silvestre, una vez Tarzán ató su extremo al tronco del árbol, por encima de la rama desde la que la había lanzado.

Tarzán descendió al suelo, por detrás de Horta, mientras éste rugía y atacaba furioso el tronco del robusto patriarca del bosque, cuya corteza salla disparada en todas direcciones bajo los hachazos de los potentes colmillos. El hombre mono empuñaba el cuchillo de larga y afilada hoja, su compañero constante desde aquel remoto día en que el azar dirigió la punta del arma al interior del cuerpo de Bolgani, el gorila, y salvó al herido y ensangrentado cachorro de hombre de lo que hubiera sido una muerte segura.

Tarzán anduvo hacia Horta, que se volvió para plantar cara a su enemigo. Con todo lo atlético, fuerte y musculoso que era el joven gigante, hubiera parecido una temeraria locura por su parte enfrentarse a una fiera tan terrible como Horta, sin más arma que el pequeño cuchillo de caza. Eso hubiese pensado cualquiera que conociese a Horta, aunque fuese ligeramente, y no conociese a Tarzán en absoluto.

Horta permaneció inmóvil durante unos segundos, con la vista clavada en Tarzán. Sus perversos y hundidos ojillos despidieron rayos furibundos. Agitó la agachada cabeza.

—¡Devorador de barro! —le provocó Tarzán, burlón—. ¡Siempre te estás revolcando en la mierda! Tu carne apesta, pero es sabrosa y hace fuerte a Tarzán. Hoy me comeré tu corazón, ¡oh, señor de los grandes colmillos, para que mantenga fiero y bravío el que palpita entre mis costillas!

El hecho de no entender una palabra de lo que Tarzán le decía enfureció todavía más a Horta. Sólo veía delante de sí a un hombre desnudo,

desprovisto de pelo e inútil, que osaba oponer sus ridículos colmillos y sus insignificantes músculos a la indómita fiereza de Horta. Y el jabalí atacó.

Tarzán de los Monos aguantó a pie firme la acometida, hasta que el enemigo tiró su derrote. Los malintencionados colmillos buscaron el muslo del hombre mono… pero no lo encontraron, aunque estuvieron cerca, porque Tarzán hizo un quiebro en el último segundo. Se desvió a un lado con tal celeridad que el rayo hubiera parecido lento en comparación. Al tiempo que se apartaba, el hombre mono se agachó y, con todas las fuerzas de su brazo derecho, hundió la larga hoja del cuchillo de caza de su padre en el corazón de Horta, el jabalí. Un veloz salto le llevó fuera del punto donde el animal cayó agonizante y, segundos después, el corazón de Horta, aún caliente, goteaba en la mano de Tarzán.

Saciada el hambre, Tarzán no buscó un lugar apropiado para dormir un poco, como solía hacer, sino que reanudó su marcha a través de la selva, en busca de aventuras más que de alimento, porque aquel día estaba inquieto. Se encaminó así hacia el poblado de Mbonga, el cacique indígena, a cuyos súbditos no había dejado de acosar despiadadamente desde que Kulonga, el hijo de Mbonga, mató a la mona Kala.

Un río serpenteaba cerca de la aldea de los negros. Tartán alcanzó su orilla un poco más abajo de la explanada donde se acurrucaban las chozas con techo de paja de los indígenas. Al hombre mono siempre le fascinaba la vida que pululaba por el río. Observar las bufonadas de Duro, el hipopótamo, le hacía pasar ratos divertidísimos, y le encantaba atormentar al perezoso cocodrilo, Gimla, cuando tomaba el sol. También se lo pasaba en grande asustando a las hembras y a las crías de los gomanganis, cuando estaban sentadas en cuclillas junto al río; las mujeres lavando sus escasas prendas de ropa y los *balus* entreteniéndose con sus primitivos juguetes.

Aquel día, Tarzán encontró a una mujer y a su hijo que se habían alejado río abajo más de lo normal. La mujer buscaba cierta especie de moluscos que se criaban en el barro de la orilla. Era una indígena joven, de unos treinta años. Tenía dientes afilados, puntiagudos, porque su pueblo come carne humana. El labio inferior estaba hendido, atravesado por un tosco colgante de cobre, un aro que pendía allí desde tanto tiempo atrás que había estirado monstruosamente el labio, de forma que quedaban al descubierto los dientes y encías de la mandíbula inferior. También tenía perforada la nariz y un pasador de madera cruzaba el apéndice nasal de parte a parte. De sus orejas, así como de su frente y de sus mejillas

colgaban adornos de metal. En el mentón y en el puente de la nariz lucía tatuajes de colores que el paso del tiempo había marchitado. Iba completamente desnuda, a excepción de un cinturón de hojas ceñido al talle. Era muy hermosa, tanto a sus propios ojos como a los de los indígenas de la tribu de Mbonga, aunque la mujer pertenecía a otro pueblo: era un trofeo de guerra, capturado durante su virginal época juvenil por uno de los guerreros de Mbonga.

Su hijo era un rapaz de diez años, juncal, esbelto y bastante guapo. Tarzán los contempló desde detrás del follaje de unos arbustos. Estaba a punto de salir de su escondite de un brinco y prorrumpir en aterradores alaridos, para divertirse viendo su miedo y cómo emprendían una fuga rebosante de pánico, cuando un repentino capricho le contuvo. Allí había un *balu* criado casi exactamente igual que él. Desde luego, su piel era negra, pero ¿qué importaba? Tarzán no había visto nunca un hombre blanco. Que supiese, él era el único representante sobre la faz de la Tierra de aquella extraña forma de vida. Dado que no tenía ninguno propio, aquel chico negro sería un *balu* estupendo para Tarzán. Lo atendería con todo esmero y cuidado, lo alimentaría bien, lo protegería como sólo Tarzán de los Monos podía proteger a los suyos, le educaría comunicándole todos sus conocimientos, medio humanos, medio zoológicos y le aleccionaría en todos los secretos de la jungla, desde la putrefacta vegetación del suelo hasta los niveles superiores de las copas de los árboles.

Tarzán desenrolló la cuerda y sacudió el dogal. Los dos miembros de la pareja que tenía allí delante, ajenos por completo a la cercana presencia de aquel ser terrible, siguieron entregados a la búsqueda de moluscos, removiendo el barro con unos cortos bastones.

Salió de la selva y se les acercó por la espalda. En la mano llevaba dispuesta la cuerda. Su brazo derecho ejecutó un rápido movimiento y el lazo se elevó graciosamente, surcó el aire, se detuvo una fracción de segundo sobre la cabeza del desprevenido negrito y, por último, cayó en tomo a su cuerpo. Cuando el lazo llegó un poco más abajo de los hombros del mozalbete, Tarzán dio un tirón rápido que hizo que la cuerda inmovilizara los brazos del chico, apretándoselos contra los costados. Un chillido de terror surgió de los labios del muchacho; la madre volvió la cabeza, sobresaltada por el grito, y vio que su hijo se alejaba arrastrado rápidamente por un gigante blanco que tiraba de él desde la sombra de un árbol próximo, apenas a una docena de pasos de ella.

Al tiempo que profería un alarido de rabia y terror, la mujer se precipitó arrojadamente hacia Tarzán. En su rostro percibió el hombre mono un valor y una determinación que no se amedrentarían ni ante la misma muerte. Incluso estando en reposo, el semblante de la mujer negra imponía un horrendo espanto pero, contraída por la cólera, su expresión era realmente demoniaca. Hasta Tarzán retrocedió, aunque más por repugnancia que por miedo…, porque el miedo era algo absolutamente desconocido para él.

El *balu* de la mujer empezó a tirar mordiscos y patadas furiosas cuando Tarzán lo cogió, se lo puso bajo el brazo y desapareció entre el follaje de las ramas bajas, en el instante en que la iracunda negra se precipitaba hacia adelante para entablar combate con él. Y mientras desaparecía engullido por la espesura, cargado con su presa, que continuaba resistiéndose, Tarzán se preguntó hasta dónde podrían llegar las hazañas de los gomanganis si los machos eran tan tremendos como las hembras.

Una vez a distancia segura de la despojada madre, donde no llegaban ya sus gritos y amenazas, Tarzán se detuvo para echar un vistazo de cerca a su captura, tan aterrado por entonces que había cesado en sus forcejeos y chillidos. El chico dirigió sus asustados ojos hacia el hombre mono; giraban de modo tan espantoso que el blanco parecía brillar en tomo al iris.

—Soy Tarzán —se presentó el hombre mono, hablando en la lengua vernácula de los antropoides—. No te voy a hacer ningún daño. Vas a ser el *balu* de Tarzán. Tarzán te protegerá. Tarzán te alimentará. Lo mejor de la selva será para el *balu* de Tarzán, porque Tarzán es un formidable cazador. No has de temer a nadie, ni siquiera a Numa, el león, porque Tarzán es un luchador poderoso. Nadie es tan grande como Tarzán, hijo de Kala No tengas miedo.

Pero el chico no hacía más que gimotear y temblar, ya que, al no entender el lenguaje de los grandes simios, la voz de Tarzán le sonaba como el gruñido o el rugido de una fiera. Por si fuera poco, también había oído contar historias de aquel malvado dios blanco de la jungla. Era el mismo que había matado a Kulonga y a otros guerreros de Mbonga, el jefe. Era el que entraba en la aldea subrepticiamente, como por arte de magia, en la oscuridad de la noche, robaba arcos, flechas y veneno, y asustaba a las mujeres y a los niños, e incluso a los grandes guerreros. Sin duda aquel dios perverso se comía crudos a los chiquillos. Cuando él cometía alguna trastada, ¿no le amenazaba su madre con entregarle al dios blanco de la selva si no se portaba bien? Tibo, el negrito, empezó a tiritar como si

tuviese fiebre.

—¿Tienes frío, Gobubalu? —le preguntó Tarzán. A falta de otro nombre mejor, empleó el equivalente, en el lenguaje de los monos, a «crío mono negro»—. El sol calienta, ¿por qué tiemblas?

Tibo no entendía una palabra, pero lloraba, llamaba a su madre, imploraba al gigante blanco que lo dejara marchar y prometía ser siempre bueno en adelante, si accedía a sus súplicas. Tarzán meneaba la cabeza. Tampoco entendía al chico. ¡Así no iban a llegar a ninguna parte! Tenía que enseñar a Gobubalu una forma de hablar que sonara a lenguaje. A Tarzán no le cabía la menor duda de que los sonidos que pronunciaba Gobubalu no eran ningún lenguaje. Tenían el mismo sentido que el parloteo estúpido de los pájaros, o sea, ninguno. Tarzán pensó que lo mejor que podía hacer era llevar cuanto antes al muchacho a la tribu de Kerchak, donde oiría hablar entre ellos a los manganis. De esa forma aprendería en seguida un lenguaje inteligible.

Tarzán se puso en pie sobre la cimbreante rama donde se había detenido, a bastante altura del suelo, e indicó al niño, por señas, que le siguiera. Pero lo único que pudo hacer Tibo fue aferrarse al tronco del árbol y arreciar en su llanto. Al ser niño e indígena africano, naturalmente había trepado a los árboles infinidad de veces, pero la idea de trasladarse a través del bosque saltando de una rama a otra, como había hecho aquel dios que acababa de capturarle, cuando lo arrebató y separó de su madre, llenaba de pánico el corazón infantil de Tibo.

Tarzán suspiró. Su recién adquirido *balu* tenía mucho que aprender. Era una lástima que un cachorro tan grande y robusto estuviera tan atrasado. Recurrió al halago para intentar convencer a Tibo de que le siguiera, pero en vista de que el chico no se atrevía a hacerlo, lo cogió y se lo echó a la espalda. Tibo ya no mordía ni arañaba. Escapar le parecía imposible. Y consideraba que, incluso aunque estuviera en el suelo, las posibilidades de llegar a la aldea del jefe Mbonga eran remotas. Aun en el caso de que conociese el camino, la verdad es que la selva estaba plagada de leones, hienas y leopardos, a todos los cuales, Tibo lo sabía perfectamente bien, se les hacía la boca agua ante la perspectiva de hincarle el diente a un niño negro.

Hasta entonces, el terrible dios blanco de la jungla no le había hecho ningún daño. No podía esperar tal deferencia por parte de los horripilantes devoradores de hombres que rondaban por la selva. Así, pues, Tibo decidió,

como mal menor, dejarse llevar por el dios blanco y abstenerse de arañarle y morderle como había hecho al principio.

Mientras Tarzán volaba raudo de árbol en árbol, Tibo mantenía cerrados los ojos, empavorecido, para no ver los aterradores abismos que se abrían abajo. En toda su vida había experimentado tanto miedo; y, sin embargo, a medida que el gigante blanco atravesaba la jungla, en el corazón del niño se filtraba una inexplicable sensación de seguridad, al comprobar la precisión de los saltos del hombre mono y del modo infalible con que sus manos se agarraban a las oscilantes ramas. Además, en el nivel medio de las enramadas uno podía considerarse completamente a salvo, fuera del alcance de los pavorosos leones.

Tarzán llegó al claro donde la tribu de Kerchak trataba de llenar el estómago y aterrizó entre los simios con su nuevo *balu* aferrado a los hombros. Estaba ya en medio de los monos antes de que Tibo hubiera vislumbrado una sola de aquellas grandes y peludas figuras y antes de que cualquiera de éstas se hubiese percatado de que Tarzán no llegaba solo. Cuando los monos vieron al pequeño gomangani colgado de la espalda de Tarzán, se acercaron llenos de curiosidad, curvado hacia arriba el labio superior y con expresión de gruñido inminente en el rostro.

Una hora antes, el pequeño Tibo habría jurado que conocía las más profundas simas del pánico, pero a la vista de aquellas aterradoras bestias que le rodeaban comprendió que todo lo pasado no era nada en comparación con lo que tenía frente a sí. ¿Por qué se mostraba tan despreocupado y tranquilo el gigante blanco? ¿Por qué no salia huyendo antes de que aquellos horripilantes y velludos hombres de los árboles se les echaran encima y los despedazaran? Y entonces acudió a la memoria de Tibo un recuerdo estremecedor. No era más que un cuento que había circulado de boca en boca entre los asustados habitantes de la aldea del jefe Mbonga y que venía a decir que el gran demonio blanco de la jungla no era más que un mono sin pelo, ya que ¿no lo habían visto en compañía de los simios?

Los ojos de Tibo, desorbitados por el horror, no podían apartarse de los gigantescos simios que se acercaban. Vio sus hirsutas cejas, sus enormes colmillos, sus pupilas perversas. Reparó en sus poderosos músculos, que resaltaban bajo la peluda piel. Su expresión y su actitud eran amenazadoras en sí mismas. Tarzán también se dio cuenta de ello. Se bajó a Tibo de la espalda y lo colocó delante de sí.

—Éste es el *balu* de Tarzán, Gobubalu —anunció—. No le hagáis daño, si no queréis que Tarzán os mate.

Y acercó los colmillos desnudos al hocico del mono que tenía más cerca.

—Es un gomangani —replicó el simio—. Deja que lo mate. Es un gomangani. Los gomanganis son enemigos nuestros. Deja que lo mate.

—Lárgate —rugió Tarzán—. Ya he dicho, Gunto, que es el *balu* de Tarzán. Vete o Tarzán te matará.

El hombre mono dio un paso en dirección al simio que se avanzaba.

Éste se desvió, aunque, eso sí, muy erguido y altanero, como un perro que encuentra a otro que le corta el camino y que es demasiado cobarde para luchar y demasiado orgulloso para dar media vuelta y huir con el rabo entre las patas.

Teeka se presentó a continuación, impulsada por la curiosidad. Gazán iba dando saltitos a su lado. El asombro los dominaba, lo mismo que a todos los demás, pero Teeka no enseñaba los dientes. Tarzán se percató de ello e hizo una seña a la mona para que se acercara.

Tarzán tiene ahora un *balu* —le dijo—. El *balu* de Tarzán y el de Teeka pueden jugar juntos.

—Es un gomangani —replicó la mona—. Matará a mi *balu*. Llévatelo de aquí, Tarzán.

El hombre mono se echó a reír.

—Ni siquiera haría daño a Pamba, la rata —aseveró—. No es más que un *balu* pequeño y muy asustado. Deja que Gazán juegue con él.

A Teeka seguía sin abandonarle el temor, ya que, con toda su ferocidad, los grandes antropoides son tímidos. Al final, sin embargo, tranquilizada por la confianza que le inspiraba Tarzán, empujó a Gazán hacia el chiquillo negro. El pequeño simio, inducido por el instinto, retrocedió, refugiándose en su madre, al tiempo que enseñaba sus colmillos y lanzaba una serie de chillidos en los que se combinaban el susto y la rabia.

Por su parte, Tibo tampoco manifestó el menor deseo de trabar una amistad íntima con Gazán, de modo que el hombre mono renunció a seguir esforzándose en ello.

Durante la semana siguiente, Tarzán estuvo ocupadísimo. Su *balu* constituía una responsabilidad mayor de lo que había supuesto. No se atrevía a dejarlo solo ni un instante ya que sabía que el único miembro de la tribu que no intentaría matar al indefenso negrito era Teeka; todos los

demás lo hubieran hecho ya de no haber sido porque Tarzán se mantenía ojo avizor constantemente. Siempre que salia de caza, se llevaba consigo a Gobubalu. Lo cual no dejaba de ser un fastidio. Además, el negrito le parecía estúpido y miedica por demás. Un ser completa y lastimosamente desvalido ante la más insignificante de las criaturas de la selva. Tarzán se preguntaba cómo era posible que hubiese logrado sobrevivir hasta entonces. Trató de instruirle y vio algo así como un rayo de esperanza en el hecho de que Gobubalu aprendiese unos cuantos términos del lenguaje de los antropoides y que fuera capaz de mantenerse agarrado a una rama alta sin prorrumpir en chillidos de pavor; pero en aquel niño había algo que preocupaba a Tarzán. Había observado muchas veces a los negros de la aldea. Había visto a los chiquillos jugar entre ellos y observado que se reían mucho; sin embargo, aquel pequeño Gobubalu no se reía nunca. Alguna que otra vez llegaba a esbozar una sonrisa, más bien torva, pero nunca llegaba a reír a carcajadas. El hombre mono razonó que, a pesar de todo, el negrito debía reírse. Era algo que los gomanganis solían hacer normalmente.

También comprobó que el muchacho a menudo se negaba a comer y que adelgazaba a ojos vista de día en día. A veces le sorprendía sollozando disimuladamente a solas. Tarzán trataba de consolarlo, lo mismo que Kala había hecho con él cuando era un *balu*, pero sus intentos eran inútiles. Gobubalu ya no temía a Tarzán… pero eso era todo. Continuaba teniendo miedo a todos los demás seres vivos de la jungla. Le aterraban las jornadas en la selva, con las largas excursiones por las copas de los árboles, cuyas alturas le producían vértigo. Le llenaban de pavor las noches de la selva, acostado en el peligroso lecho de una rama que se balanceaba a bastante distancia del suelo, y los gruñidos y carraspeos de los grandes carnívoros que merodeaban por debajo de él.

Tarzán no sabía qué hacer. La sangre inglesa heredada de sus padres le ponía difícil incluso la mera consideración de abandonar su proyecto, aunque no tenía más remedio que reconocer ante sí mismo que su *balu* no era lo que había esperado. Y aunque continuaba dispuesto a cumplir fielmente la tarea que se asignó e incluso descubrió que había llegado a tomar cariño a Gobubalu, tampoco llegaba al extremo de engañarse pensando que sentía por el negrito el mismo afecto caluroso y apasionado que Teeka expresaba hacia su Gazán y que la madre negra había manifestado respecto a Gobubalu.

Ante Tarzán, el negrito pasó del terror indigno a la confianza en el hombre mono y, luego, a la franca admiración por sus proezas. Del gran dios-demonio blanco no recibía más que amabilidad y, no obstante, tuvo ocasión de ser testigo directo del salvajismo de que hacía gala, llegado el caso, en sus relaciones con los demás. Le había visto abalanzarse feroz sobre cierto mono que insistía en apoderarse de Gobubalu y matarlo. Vio entonces los blancos y fuertes dientes del hombre mono hundirse en el cuello de su adversario, mientras los formidables músculos se tensaban con el esfuerzo de la lucha. Oyó los bestiales gruñidos y rugidos que se producían en el fragor de la pelea y, con un escalofrío, comprendió que no le era posible distinguir los de su defensor de los del peludo simio.

Había visto a Tarzán abatir un gamo, exactamente igual a como lo hubiera hecho Numa, el león, es decir, saltando sobre su lomo y hundiendo los colmillos en el cuello del animal. Tibo se estremeció al contemplar la escena, pero también le entusiasmó la emoción de la misma y por primera vez penetró en su obtuso cerebro negroide el ambiguo deseo de emular a su salvaje padre adoptivo. Pero el negrito Tibo carecía de la chispa divina que había permitido a Tarzán, el muchacho blanco, sacar el máximo partido al adiestramiento que le brindó el salvajismo de la vida en la jungla. Imaginación era algo de lo que carecía Gobubalu e imaginación no es más que otra forma de denominar a la superinteligencia.

Mientras Tarzán meditaba en el problema relativo al futuro de su *balu*, el destino se disponía a quitárselo de las manos y resolverlo. Momaya, la madre de Tibo, desconsolada por la pérdida de su hijo, recurrió al hechicero de la tribu, pero sin resultado positivo. El remedio que le preparó el brujo curandero no era bueno, porque aunque Momaya pagó dos cabras por aquella medicina, no sólo no le devolvió a Tibo, sino que ni siquiera le indicó por dónde podía buscarle con ciertas garantías de dar con él. Mujer de temperamento vivo y perteneciente además a otro pueblo, Momaya sentía poco respeto por el hechicero de la tribu de su marido, de modo que cuando el brujo insinuó que tal vez el pago de otras dos cabras le capacitaría para preparar un ensalmo más eficiente, la negra no pudo contenerse y volcó sobre el hechicero toda la ponzoña de su lengua viperina, con tan formidable efecto que el hombre se alegró no poco de poder salir disparado y ponerse a salvo con su cola de cebra y su caldero de poción mágica.

Cuando el hechicero hubo desaparecido y Momaya logró calmar

parcialmente su indignación, empezó a reflexionar, cosa que solía hacer con frecuencia desde el secuestro de Tibo, alentada por la esperanza de descubrir algún modo factible de localizar al chico o que, al menos, le garantizase si estaba vivo o muerto.

Los negros sabían que Tarzán no comía carne humana, puesto que aunque acabó con la vida de más de un guerrero de la tribu, nunca probó la carne de ninguno. Por otra parte, siempre se encontraron los cadáveres, que a veces caían a través de las nubes y aterrizaban en el centro de la aldea. Como quiera que el cuerpo de Tibo no había aparecido, Momaya argumentaba ante sí misma que su hijo aún vivía, ¿pero dónde?

De pronto acudió a su mente el recuerdo de Bukawai, el impuro, que moraba en una cueva de la ladera norte de una colina y que, como sabía todo el mundo, alternaba con los diablos en su cubil. Pocos, por no decir ninguno, cometían la temeridad de ir a visitar al viejo Bukawai; primero por miedo a su magia negra y a las dos hienas que convivían con él, a las que se consideraba comúnmente diablos disfrazados; y en segundo lugar por la repugnante afección que había convertido a Bukawai en un marginado… una enfermedad que le iba carcomiendo la cara poco a poco.

El sagaz razonamiento de Momaya la llevó a la conclusión de que, puesto que el que se había llevado a su hijo era dios y demonio, si alguien podía conocer el paradero de Tibo, ese alguien sería Bukawai, que se relacionaba familiarmente con dioses y demonios. Pero con todo su inmenso amor maternal, a Momaya le costaba una barbaridad reunir el valor necesario para aventurarse por la tenebrosa selva y caminar hasta los lejanos montes y la extraña morada de Bukawai, el impuro, y sus demonios.

Pero el amor de madre, sin embargo, es una de las pasiones humanas que más se acercan a la dignidad de una fuerza irresistible. Potencia de tal modo la frágil carne de una débil mujer que la impulsa a empresas de proporciones heroicas. Físicamente, Moyama no era frágil ni débil, pero sí era mujer, una salvaje africana ignorante y supersticiosa. Creía en demonios, magia negra y brujería. Para Momaya, la selva estaba poblada por cosas y seres mucho más terribles que simples leones y leopardos… por criaturas horrendas, indescriptibles y anónimas, poseedoras de la facultad de causar daños espantosos amparadas en disfraces inocentes.

Gracias a uno de los guerreros de la tribu, que en cierta ocasión se había tropezado con la guarida de Bukawai, la madre de Tibo, que conocía ese

detalle, se enteró dónde y cómo podía encontrar al impuro: cerca de un manantial que brotaba en una pequeña cañada rocosa, entre dos montes. El que se alzaba en la parte oriental era fácil de reconocer porque en su cima descansaba un gigantesco peñasco de granito. El monte occidental era más bajo que su compañero y estaba completamente desprovisto de vegetación, salvo una mimosa que crecía un poco más abajo de la cumbre.

Según le informó el indígena, aquellos dos cerros eran visibles desde bastante distancia y constituían un excelente punto de referencia para llegar al destino que buscaba Momaya. No obstante, el negro trató de quitar de la cabeza de la mujer la idea de emprender una aventura tan insensata y peligrosa y subrayó algo que Momaya sabía perfectamente: que si lograba escapar indemne de las manos de Bukawai y sus demonios, no dejaban de existir muchas probabilidades de que no tuviera tanta suerte con los grandes carnívoros de la jungla, de una selva cuya espesura debería atravesar en un doble trayecto de ida y vuelta.

El guerrero incluso fue a avisar al marido de Momaya, quien, a su vez, al comprender la poca autoridad que tenía sobre el basilisco que eligió por esposa, recurrió a Mbonga, el jefe. Éste convocó a Momaya y cuando la tuvo ante su presencia la amenazó con aplicarle el más atroz de los castigos posibles si se arriesgaba a tan impía excursión. En realidad, el interés del anciano cacique se debía en exclusiva a la secular alianza que existe entre Iglesia y Estado. El hechicero local, que conocía sus propios remedios mejor que nadie, no estaba dispuesto a permitir competidores en el ramo de la magia negra. Estaba celoso de Bukawai, de cuyos poderes tenía noticia desde mucho tiempo atrás, y le inquietaba el temor de que, si el impuro conseguía que Momaya recuperara a su hijo, una parte significativa de su parroquia, con los correspondientes honorarios, se convertiría en clientela de Bukawai. Y como Mbonga, en su condición de jefe de la aldea, cobraba una parte de las retribuciones del brujo de plantilla de la tribu y no podía esperar nada de Bukawai, era natural que se entregase en cuerpo y alma a la protección de la iglesia oficial.

Pero si Momaya había preparado con corazón sereno la osadía de aquel intrépido recorrido por la selva para visitar el temible cubil de Bukawai, era muy improbable que se echara atrás por la amenaza del futuro castigo que pudiese aplicarle el anciano Mbonga, al que despreciaba en secreto. Sin embargo, pareció plegarse a sus mandatos y regresó a su choza sumida en un engañoso silencio. La mujer hubiera preferido ponerse en marcha de día,

pero eso quedaba ahora descartado puesto que le era preciso llevar provisiones de boca y alguna clase de arma, cosas que nunca podría sacar de la aldea a plena luz del día sin provocar preguntas curiosas y comentarios que indudablemente llegarían de inmediato a oídos de Mbonga.

Así, pues, Momaya aguardó hasta que cayó la noche y, momentos antes de que cerraran los portones del poblado, se deslizó entre las sombras y se adentró por la selva. Aunque la dominaba un miedo atroz, se encaminó hacia el norte con paso decidido, si bien se detenía de vez en cuando para escuchar, contenida la respiración, por si algún ruido delataba la presencia de grandes felinos, que era lo que más terror le inspiraba. Tras unos segundos sin captar nada, reanudaba la marcha. Llevaba varias horas de camino cuando un leve gemido, que se produjo a su espalda, un poco a la derecha, la hizo detenerse bruscamente, en seco.

Con el palpitante corazón en un puño se quedó inmóvil, casi sin atreverse a respirar. Percibió entonces, débil pero inconfundible para su aguzados oídos, el sigiloso chasquear de ramas y el rumor de hierbas oprimidas por el peso de unas patas acolchadas.

Alrededor de Momaya se alzaban gigantescos árboles, orlados de colgantes enredaderas y más o menos recubiertos de musgo. La mujer se agarró a una rama del que tenía más cerca y trepó como un mono hacia la fronda superior. A su espalda se produjo el súbito envite de un cuerpo que se había precipitado tras ella, un rugido fragoroso que hizo temblar la tierra y el crujido de algo que topaba con las mismas enredaderas que ella acababa de abandonar… pero por debajo de donde Momaya se encontraba.

La mujer ascendió hasta alcanzar un punto seguro entre el follaje y agradeció el haber tenido la previsión de llevar al cuello, colgada de un cordón, la oreja humana momificada. Siempre supo que aquel amuleto era una medicina estupenda. Se la había regalado, cuando era una niña, el hechicero de su tribu, y no tenía nada que ver con los poco eficaces remedios del brujo curandero de Mbonga.

Momaya permaneció toda la noche aferrada a las ramas donde se había refugiado, porque aunque el león no tardó en alejarse en busca de otra presa, la indígena no se atrevió a bajar de nuevo al suelo, por temor a qué, en aquella oscuridad selvática, volviera a tropezarse con el felino o con otro de su especie. Sin embargo, cuando llegó la claridad del día, descendió a tierra firme y continuó su marcha.

Como quiera que su *balu* seguía mostrándose aterrado en presencia de los simios de la tribu y dado que la mayor parte de los adultos de la misma seguían siendo una amenaza constante para la vida de Gobubalu, hasta el punto de que no se atrevía a dejarlo solo entre ellos, Tarzán de los Monos se llevaba siempre consigo al negrito, cuando salia de caza y, poco a poco, fue alejándose con él cada vez más de los terrenos que solían frecuentar los antropoides.

Sus ausencias de la tribu fueron prolongándose paulatinamente, ya que de una vez para otra se distanciaba más, hasta que por último se alejó tanto por el norte, en una ocasión, que llegó a una zona en la que nunca había estado. Era una región en la que abundaba el agua, la caza y la fruta, por lo que Tarzán no se sintió nada propenso a volver a la tribu de Kerchak.

El pequeño Gobubalu evidenciaba un mayor interés por la vida, interés que aumentaba en razón directamente proporcional a la distancia que le separaba de los simios de Kerchak. Ahora trotaba alegremente detrás de Tarzán, cuando éste marchaba por el suelo e, incluso en los árboles, el muchacho se esforzaba por seguir a su imponente padre adoptivo. Aún seguía triste y retraído. Su cuerpo menudo, ya de por sí delgado, había enflaquecido todavía más desde que llegó a la tribu de antropoides, porque, si bien dada su condición de joven caníbal no se andaba con excesivos remilgos en cuestión de dieta alimenticia, tampoco a su estómago le hacían tilín siempre los extraños manjares que deleitan el paladar de los monos sibaritas.

Sus ojos, grandes de por sí, habían aumentado de tamaño aún más, al tiempo que los carrillos estaban hundidos y las costillas resaltaban de tal modo en su escuálido tronco que se las podía contar. Tal vez el constante miedo que le atenazaba tenía tanta culpa de su deficiente condición física como la inadecuada alimentación. Tarzán, al que no se le escapaba aquel cambio, estaba muy preocupado. Deseaba ver a su *balu* robusto y fuerte. No sucedía así y la decepción del hombre mono era tremenda. Gobubalu sólo parecía progresar en un aspecto: empezaba a bandeárselas en el lenguaje de los antropoides. Tarzán y él podían ya mantener una conversación de manera bastante satisfactoria, aunque recurriendo a las señas cuando el escaso léxico del chico no daba para más. Pero como no fuese para responder a las preguntas que Tarzán le formulaba, Gobubalu permanecía en silencio la mayor parte del tiempo. La pena que había caído sobre él era demasiado reciente y demasiado lacerante para apartarla, ni

siquiera provisionalmente. Echaba mucho de menos a Momaya, a la tal vez para nosotros malévola, iracunda, espantosa y repulsiva Momaya, pero que para Tibo era la madre, la personificación de ese gran cariño que no conoce el egoísmo y que no se consume jamás en sus propias llamas.

Mientras ambos cazaban, mejor dicho, mientras Tarzán cazaba y Gobubalu le seguía a trancas y barrancas, el gigante blanco observaba muchas cosas y relexionaba en otras. Una vez encontraron a Sabor gimoteando entre las altas hierbas. A su alrededor saltaban y jugueteaban alegremente dos bolas de piel, pero Sabor sólo tenía ojos para otra bola que yacía entre sus enormes patas delanteras y que no retozaba, que nunca más volvería a saltar y jugar.

Tarzán comprendió la angustia y sufrimiento de aquella madre felina. Su primera intención había sido incordiarla un poco. A tal fin se le acercó subrepticiamente a través de las enramadas hasta situarse encima de la fiera, casi en su vertical. Pero al ver la pena que irradiaba de la leona, con su cachorro muerto entre las patas, Tarzán se contuvo. Con la adquisición de Gobubalu, el hombre mono había empezado a percatarse de las responsabilidades y aflicciones que comportaba la paternidad, sin disfrutar de ninguna de sus alegrías. El corazón de Tarzán se compadeció de Sabor como no lo hubiera hecho unas semanas antes. Mientras la observaba, surgió espontáneamente en su cerebro la imagen de Momaya con la nariz atravesada por el pasador y con el labio inferior colgando bajo el peso que tiraba de él hacia abajo. En Momaya no vio su falta de belleza, sino su angustia, que era la misma que afloraba en los ojos de la leona. No pudo reprimir una mueca de dolor. Ese extraño movimiento reflejo del cerebro que a veces se denomina asociación de ideas puso a Teeka y Gazán ante la visión mental del hombre mono. ¿Y si se presentara alguien y arrebatase a Gazán de los brazos de Teeka? Tarzán emitió un gruñido sordo y amenzador, como si Gazán le perteneciese. Gobubalu alzó la cabeza y le dirigió una mirada aprensiva, dando por supuesto que su protector había detectado a un enemigo. Sabor se incorporó automáticamente, fulgurantes sus pupilas amarillo-verdosas y ondulante la cola, mientras se le erizaban las orejas y levantaba el hocico para ventear cualquier posible peligro. Los dos cachorrillos dejaron al instante de jugar, se le acercaron rápidamente y, de pie bajo el vientre de la madre, asomaron la mirada entre las patas delanteras de la leona, rectas las orejas a la vez que inclinaban la cabeza, ora a un lado, ora al otro.

Tarzán de los Monos sacudió su negra melena y dio media vuelta, dispuesto a reanudar la cacería por otros derroteros. Pero durante toda la jornada no cesaron de surgir en su mente, franqueando el umbral de sus objetivos, las imágenes de Sabor, de Momaya y de Teeka… Una leona, una caníbal y una simia, a las que la maternidad, sin embargo, igualaba a los ojos de Tarzán.

Al mediodía de su tercera jornada de marcha Momaya avistó la cueva de Bukawai, el impuro. El anciano hechicero había preparado un bastidor de ramas entretejidas con el que cerraba la boca de su cubil a las fieras depredadoras. En aquel momento, el tupido armazón estaba a un lado y la negra, abertura de la caverna bostezaba misteriosa y repulsiva. Momaya empezó a temblar como si la azotasen los gélidos vientos de la estación lluviosa. No se apreciaba el menor indicio de vida en la cueva y sus aledaños, pero la mujer tuvo la ominosa sensación de que unos ojos invisibles la espiaban con aviesas intenciones. Volvió a estremecerse. Trataba de obligar a sus remolones pies a dirigirse a la gruta cuando de las profundidades de ésta surgió un extraño sonido que no era de animal ni de hombre, un sonido sobrenatural semejante al de una risotada carente de alegría.

Momaya sofocó el grito que nacía en su garganta, dio media vuelta y huyó selva adentro. Lanzada a toda velocidad, recorrió cien metros antes de poder dominar su terror; entonces se detuvo y aguzó el oído. ¿Es que todos sus esfuerzos, todos los terrores y peligros que había soportado iban a resultar estériles? Intentó armarse de valor para encaminarse de nuevo hacia la cueva, pero el pánico volvió a apoderarse de ella.

Triste y desmoralizada regresó despacio al sendero, de vuelta a la aldea de Mbonga. Sus jóvenes hombros se encorvaban ya como los de una anciana que llevara sobre ellos la pesada carga de muchos años, con los dolores y pesadumbres acumulados a lo largo de los mismos, y avanzaba con paso cansino y piernas vacilantes. Momaya había dejado atrás ya la primavera de la juventud.

Arrastró los pies fatigosamente a lo largo de otro centenar de metros, medio paralizado el cerebro por el sufrimiento y el terror; luego acudió a su memoria el recuerdo de una criatura recién nacida que mamaba en su pecho y de un chico esbelto que jugaba y reía a su alrededor. ¡Y los dos eran Tibo… su Tibo!

Sus hombros se enderezaron. Sacudió la cabeza con férrea

determinación, dio media vuelta y echó a andar audazmente hacia la boca de la caverna de Bukawai, el impuro, de Bukawai, el hechicero.

Del fondo de la cueva salió otra vez aquella espantosa risa que no era risa. En esa ocasión, Momaya la reconoció como lo que era: el grito extraño de una hiena. Ningún escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer negra, que mantuvo el venablo enarbolado y a punto y llamó a voces a Bukawai, instándole a que saliera.

Pero en vez del brujo, lo que apareció en la entrada de la caverna fue la cabeza de una hiena. Momaya la aguijoneó con la punta del venablo y el desagradable y hosco animal emitió un gruñido colérico, pero se retiró. Momaya repitió su llamada a Bukawai, pronunciando su nombre claramente. En esa ocasión obtuvo respuesta en un tono farfullante que apenas resultaba más humano que el de la hiena.

—¿Quién acude a Bukawai? —inquirió la voz.

—Momaya —replicó la mujer—. Momaya, de la aldea de Mbonga, el jefe.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero un buen ensalmo, un conjuro mejor de los que puede preparar el hechicero de Mbonga —explicó Momaya—. El gran dios blanco de la jungla ha secuestrado a mi Tibo, y quiero un hechizo que me lo devuelva o que me permita descubrir dónde está oculto para que pueda ir a buscarlo.

—¿Quién es Tibo? —quiso saber Bukawai.

Momaya se lo dijo.

—La medicina de Bukawai es poderosa —manifestó la voz—. Cinco cabras y un jergón nuevo apenas serán suficiente para pagar el conjuro de Bukawai.

—Dos cabras bastarán —replicó Momaya, porque el arte del regateo es algo profundamente arraigado en el ánimo de los negros.

El placer de chalanear fue suficiente incentivo para que Bukawai se decidiese a aparecer en la boca de la cueva. Al verle, Momaya lamentó que el anciano no hubiera continuado dentro. Hay cosas demasiado horribles, demasiado espeluznantes, demasiado repulsivas para describirlas… y el semblante de Bukawai era una de esas cosas. En cuanto sus ojos se posaron en él, Momaya comprendió por qué le resultaba casi imposible articular las palabras.

A su lado estaban las dos hienas que, según afirmaban los rumores, eran sus dos únicas y constantes compañeras. Formaban un trío magnífico: los

animales más inmundos con el más repulsivo de los seres humanos.

—Cinco cabras y una estera de dormir nueva —farfulló Bukawai.

—Dos cabras y una esterilla —aumentó Momaya su oferta.

Pero Bukawai se mostraba irreductible. Durante media hora sostuvo su petición de cinco cabras y la estera, mientras las hienas husmeaban, gruñían y reían odiosamente. Momaya estaba dispuesta a dar a Bukawai lo que le pidiera, si no tenía más remedio, pero regatear es para los tratantes negros algo así como una segunda naturaleza y, al final, Momaya vio recompensados en parte sus esfuerzos, ya que el trato se cerró con el compromiso, por su parte, de entregar tres cabras rollizas, una estera de dormir nueva y un trozo de alambre de cobre.

—Vuelve esta noche —indicó Bukawai—, cuando la luna lleve dos horas en el cielo. Entonces te prepararé el ensalmo que te devolverá a Tibo. Trae contigo las tres cabras bien cebadas, la estera nueva y el trozo de alambre de la longitud del antebrazo de un hombre.

—No puedo traerlo —repuso Momaya—. Tendrás que ir tú a buscarlo. Cuando me hayas devuelto a Tibo, lo tendrás todo a tu disposición en el poblado de Mbonga.

Bukawai denegó con la cabeza.

—No prepararé el conjuro —determinó— hasta que tenga las cabras, la estera y el alambre de cobre.

Momaya suplicó y amenazó, pero en vano. Por último, dio media vuelta y emprendió el regreso a través de la selva, rumbo a la aldea de Mbonga. No sabía cómo iba a arreglárselas para sacar del poblado y trasladar por la jungla, hasta la cueva de Bukawai, las cabras y la esterilla, pero de lo que sí estaba completamente segura era de que acabaría consiguiéndolo… o moriría en el empeño. Tenía que recobrar a Tibo.

Tarzán vagaba apáticamente por la jungla, acompañado del pequeño Gobubalu, cuando su olfato detectó el olor de Bara, el ciervo. A Tarzán se le hizo la boca agua. Nada deleitaba su paladar tanto como la carne de ciervo; tenía hambre de ella. Pero acechar a Bara, con Gobubalu en sus talones, era impensable de todo punto. Así que aposentó al chiquillo en la horqueta de un árbol, oculto tras la densa cortina del follaje, y se lanzó rápida y silenciosamente tras el rastro de Bara.

A solas, Tibo se sentía más aterrado aún que cuando estaba entre los monos. Los peligros reales y evidentes son menos turbadores que los que uno imagina, y sólo los dioses de su pueblo sabían hasta donde era capaz de

llegar la imaginación de e Tibo.

Apenas llevaba unos minutos en su escondite de la enramada del árbol cuando oyó que algo se acercaba por la selva. Se encogió más sobre la rama en que estaba oculto y rezó pidiendo que regresara Tarzán en seguida. Sus desorbitados ojos escrutaron la jungla en la dirección por la que se acercaba el ser en movimiento.

¡Como fuese el leopardo, que quizás hubiera percibido su olor! En cuestión de un minuto se habría abalanzado sobre él. Abrasadoras lágrimas de miedo brotaron de los ojos del pequeño Tibo. En la cortina vegetal de la selva, muy cerca de donde se encontraba, se produjo un susurro de follaje. ¡Lo que se acercaba parecía estar ya a sólo unos cuantos pasos del árbol! En el semblante del chiquillo negro, los ojos parecían a punto de salir de las órbitas mientras aguardaba la aparición de la horripilante criatura cuyas rugientes fauces asomarían de un momento a otro entre los bejucos y enredaderas.

La cortina de vegetación se abrió de pronto y una mujer apareció a la vista de Tibo. Al tiempo que porrumpía en un grito ahogado, el chiquillo saltó del árbol y corrió hacia ella. Sobresaltada, Momaya hizo amago de echarse atrás mientras enarbolaba el venablo, pero un segundo después apartaba el arma y acogía en sus robustos brazos el cuerpo del muchacho.

Mientras le oprimía con fuerza contra su pecho, la madre lloraba y reía al mismo tiempo y sus cálidas lágrimas de alegría se mezclaban con las de Tibo y descendían por el canalillo formado entre los senos desnudos de la mujer.

Aquel ruido alteró y despertó la atención de Numa, el león, que rondaba por allí y que al escrutar por entre la maleza divisó a Momaya y a su hijo. El felino se relamió los hocicos y calculó la distancia que le separaba de la pareja. Una carrerita y un salto le pondrían encima de la presa. El león sacudió el extremo de la cola y emitió un suspiro.

Una ráfaga de brisa se levantó de súbito y llevó el olor de Tarzán al receptivo olfato de Bara, el ciervo. Se pusieron tensos los músculos del animal, las orejas se erizaron bruscamente y las patas desencadenaron un rápido salto, el ciervo salió disparado y la carne que ya paladeaba Tarzán desapareció en unos segundos. Desencantado y furibundo, Tarzán meneó la cabeza y emprendió el regreso hacia el punto donde había dejado a Gobubalu. Se desplazaba silenciosamente, de acuerdo con su costumbre. Antes de llegar oyó ruidos insólitos: la risa y el llanto de una mujer, que al

parecer procedían de una sola garganta y que se mezclaban con los sollozos convulsivos de un chico. Tarzán aceleró la marcha y, cuando lo hacía, sólo las aves y el viento podían aventajarle en velocidad.

Cuando se aproximaba a los sonidos, uno nuevo resaltó sobre los otros: una especie de suspiro profundo. Momaya no lo captó, como tampoco lo oyó Tibo, pero el oído de Tarzán era tan sensible como el de Bara, el ciervo. Percibió aquel suspiro, comprendió al instante lo que significaba y le faltó tiempo para echar mano al pesado venablo que llevaba colgado a la espalda. Al tiempo que volaba de un árbol a otro, desprendió el venablo de la cuerda que lo sujetaba, con la misma soltura con que cualquiera de nosotros se sacaría un pañuelo del bolsillo mientras paseaba por una senda campestre. En un abrir y cerrar de ojos, Tarzán de los Monos tenía empuñado y listo para cualquier eventualidad el pesado venablo de caza.

Numa, el león, no se lanzó enloquecidamente al ataque. Reflexionó de nuevo y la razón le dijo que la presa ya era suya, de modo que llevó su enorme volumen entre el fóllaje y luego se detuvo, erguido, y contempló con siniestros y fulgurantes ojos la carne que tenía al alcance de sus mandíbulas.

Momaya lo vio y en sus labios estalló un alarido, a la vez que apretaba más fuerte a Tibo contra su pecho. ¡Había encontrado a su hijo y lo iba a perder, todo en unos segundos! Alzó el venablo y echó el brazo hacia atrás. Numa rugió mientras avanzaba con lento paso. Momaya disparó el venablo. El arma sólo rozó la rojiza paletilla de la fiera, causándole un arañazo poco profundo pero que provocó la terrorífica bestialidad del carnívoro. Numa desencadenó su ataque.

Momaya intentó cerrar los párpados, pero no le fue posible. Vio el raudo centelleo de la muerte que se precipitaba sobre ella… y luego vio algo más. Vio un poderoso hombre blanco desnudo que cayó del cielo y se interpuso en el camino del león lanzado a la carga. Vio los músculos de un brazo formidable fulgurar al recibir los rayos del sol ecuatorial que se filtraban, como si goteasen, a través de las frondas. Vio un pesado venablo que surcaba el aire y en su vuelo encontraba al león en pleno salto.

Numa aterrizó sobre los cuartos traseros. Sus rugidos eran espeluznantes mientras las patas delanteras golpeaban el asta del venablo que sobresalía de su pecho. Sus zarpazos doblaron y retorcieron el arma. Encorvado y con el cuchillo en la diestra, Tarzán describió cautelosamente un círculo alrededor del frenético felino. Con ojos como platos, Momaya

contemplaba la escena, fascinada, inmóvil como si estuviese plantada en el suelo como un árbol.

Con repentino arrebato de furor, Numa se abalanzó ciegamente hacia el hombre mono, pero éste ágil, rápido y flexible, esquivó la ciega embestida con un quiebro lateral, que le permitió atacar de inmediato a su enemigo. La hoja del cuchillo de caza fulguró dos veces en el aire. Dos veces se hundió en el lomo de Numa, debilitado ya por el venablo, cuya punta había llegado muy cerca del corazón. La segunda cuchillada atravesó la espina dorsal de la fiera, que agitó convulsivamente las patas delanteras, en un vano intento de alcanzar a su verdugo. Fue su postrer sacudida, antes de desplomarse contra el suelo, paralizado y agonizante.

Temeroso de perder toda compensación por sus servicios, Bukawai había seguido a Momaya con la intención de convencerla para que le entregase sus adornos de hierro y cobre, como garantía de que iba a volver con el precio estipulado a cambio del conjuro. O sea, un anticipo a cuenta de sus prestaciones, como la cantidad que se le adelanta, por ejemplo, a un abogado, porque, como un abogado, Bukawai conocía el valor de su medicina y que lo mejor era siempre cobrar por anticipado lo máximo posible.

El hechicero llegó al escenario de los hechos en el preciso instante en que Tarzán saltaba para hacer frente al ataque de Numa. Presenció todo el episodio y, maravillado, supuso de inmediato que aquel gigante debía de ser el extraño demonio blanco acerca de cuyas hazañas ya había oído confusos rumores antes de que Momaya recurriese a él.

En cuanto comprobó que el león ya no se encontraba en condiciones de causar el menor daño, ni a ella ni a su hijo, Momaya volvió su aterrorizado rostro hacia Tarzán. Él fue quien le robó a Tibo. Indudablemente, querría quitárselo de nuevo. Momaya apretó aún más al muchacho contra su pecho. Estaba firmemente dispuesta a perecer antes que permitir que le arrebatasen a Tibo otra vez.

Tarzán los contempló en silencio. Ver al sollozante niño aferrado a su madre despertó en el pecho del hombre mono una profunda sensación de melancólica soledad. Nadie se aferraba de aquel modo a Tarzán, que tanto anhelaba el cariño de alguien o de algo.

Tibo levantó la cabeza al cabo de un momento, extrañado ante la calma que había caído sobre la jungla, y miró a Tarzán. No se acobardó.

—Tarzán —pidió, en el lenguaje de los grandes monos de la tribu de

Kerchak—, no me separes de Momaya, mi madre. No me vuelvas a llevar al territorio de los peludos hombres de los árboles, porque Taug, Gunto y los otros me dan mucho miedo. ¡Deja que me quede con Momaya, oh, Tarzán, dios de la selva! Permite que me quede con Momaya, mi madre, y hasta el fin de nuestros días te bendeciremos y te pondremos alimento ante la puerta de la aldea de Mbonga, para que nunca tengas hambre.

Tarzán suspiró.

—Volved —dijo— al poblado de Mbonga. Tarzán os seguirá para cuidar de que no os ocurra nada malo.

Tibo tradujo a su madre las palabras del hombre mono y ambos dieron media vuelta y echaron a andar rumbo a su casa. Un temor enorme y un júbilo no menos inmenso colmaban el corazón de Momaya, porque nunca había caminado junto a Dios y porque nunca se había sentido tan dichosa. Estrechaba a Tibo contra sí y le acariciaba la mejilla. Tarzán lo observó y un nuevo suspiro brotó de sus labios.

—Hay un *balu* para Teeka —monologó—; hay *balus* para Sabor, lo mismo que para la gomangani, y para Bara, y para Manu, e incluso para Pamba, la rata… Pero no hay ninguno para Tarzán de los Monos. Para Tarzán de los Monos no hay hembra ni *balu*. Tarzán de los Monos es un hombre y sin duda el hombre tiene que caminar solo.

Bukawai los vio alejarse y de su medio corrompido rostro brotó una serie de murmullos. Farfullaba un juramento solemne: costara lo que costara, se encargaría de conseguir las tres cabras cebadas, la estera de dormir nueva y el trozo de alambre de cobre.

Capítulo Seis

CAPÍTULO VI

LA VENGANZA DEL HECHICERO

LORD Greystoke estaba cazando, o, para ser más precisos, se dedicaba a disparar a los faisanes en Chamston-Hedding. Lord Greystoke iba inmaculada y apropiadamente ataviado. A su elegancia no le faltaba el más mínimo detalle, según los cánones de la última moda. Desde luego, en aquella batida marchaba entre las escopetas de avanzada, al no considerársele tirador de primera, pero lo que le faltaba en cuanto a destreza cinegética lo suplía con creces con su presencia y distinción. Sin duda, al término de la jornada contaría con muchas piezas en su haber, ya que disponía de dos armas y un ayudante diligente como él solo. Iba a cobrar más faisanes de los que podría consumir en un año, incluso aunque tuviera apetito. Cosa que no le ocurría en aquel momento, ya que acababa de desayunarse.

Los ojeadores —veintitrés en total, todos con blusones blancos— acababan de conducir las aves a un terreno poblado de aulagas y se disponían a dar la vuelta para situarse en el lado opuesto y levantarlas hacia la zona donde estaban las escopetas. Lord Greystoke se encontraba todo lo eufórico que podía permitirse. Aquel deporte llevaba inherente en su práctica una excitación jubilosa que no se podía negar. Notó que la sangre le cosquilleaba en las venas cuando los ojeadores fueron acercándose cada vez más a las aves. Lord Greystoke sintió, como le ocurría siempre en tales ocasiones, que experimentaba algo así como una regresión al tipo prehistórico… como si la sangre de algún remoto antepasado circulase ahora por su organismo, la sangre de un ancestro cubierto de pelo, medio desnudo, que hubiese subsistido gracias a la caza.

Simultáneamente, muy lejos de allí, en la enmarañada espesura de una selva ecuatorial, otro lord Greystoke, el verdadero lord Greystoke, también cazaba. De acuerdo con las normas imperantes en su territorio y en las que se había impuesto, se ceñía asimismo a la moda… la suya era la suprema

elegancia de su primer padre, antes del primer desahucio. Era un día de calor sofocante y el verdadero lord Greystoke se había desprendido incluso de la piel de leopardo. Por supuesto, el verdadero lord Greystoke no contaba con dos escopetas, ni siquiera con una, como tampoco disponía de un ayudante diligente, pero sí tenía algo infinitamente más eficaz que las armas de fuego, que los ayudantes que las recargasen y que, incluso, los veintitrés ojeadores de blanco blusón: poseía un apetito, un extraordinario conocimiento del bosque y unos músculos que eran como muelles de acero.

Aquel mismo día, un poco más tarde, en Inglaterra, un lord Greystoke ingería copiosamente alimentos que no había cazado y que regaba con bebidas que al descorcharse producían sonoros estampidos. Se aplicaba a los labios leves toquecitos con una servilleta de hilo, blanca como la nieve, a fin de eliminar las posibles huellas de su ágape, ajeno por completo a la circunstancia de que era un impostor y de que el auténtico propietario legítimo del título nobiliario estaba en aquel preciso instante terminando de cenar en la lejana África. Pero este último no usaba nívea servilleta de hilo, sino que se limpiaba los labios pasándose por ellos el dorso de la mano y el bronceado antebrazo, y los dedos manchados de sangre los enjugaba frotándoselos en los muslos. Después se encaminaba lentamente a través de la jungla hacia el abrevadero, se ponía a gatas en la orilla y bebía lo mismo que los demás animales de la selva, sus compañeros en aquel mundo.

Mientras saciaba la sed, por la senda que conducía a la corriente acuática se acercaba otro habitante de la jungla. Era Numa, el león, de cuerpo pardo rojizo y negra melena que, hosco y siniestro, emitía sordos rugidos carraspeantes. Tarzán de los Monos le oyó mucho antes de que el felino apareciese ante su vista, pero continuó bebiendo hasta que el cuerpo no le pidió más. Entonces se levantó, despacio, con la gracia airosa de una criatura de las soledades y con la tranquila dignidad que constituía su patrimonio.

Numa se detuvo al ver al hombre erguido en el punto donde le correspondía beber al rey de los animales. Abrió las mandíbulas y sus crueles pupilas fulguraron amenazadoras. Tarzán también dejó oír un gruñido y retrocedió apartándose a un lado, con la vista fija, no en la cara de Numa, sino en su cola. En el caso de que ésta empezara a agitarse a derecha e izquierda, con rápidas sacudidas nerviosas, sería conveniente mantenerse alerta; si de pronto se levantaba y permanecía erecta y rígida, entonces era cosa de aprestarse a luchar o emprender la retirada. Pero como

Numa dejó la cola tranquila, Tarzán se limitó a retroceder, quitándose de en medio, y el león se llegó a la orilla del abrevadero y empezó a beber, a unos quince metros de donde se encontraba el hombre mono.

Era muy posible que al día siguiente se abalanzaran el uno sobre la garganta del otro, pero aquel día respetaron una de esas extrañas e inexplicables treguas que a menudo suelen darse entre los salvajes pobladores de la jungla. Antes de que Numa hubiese terminado de beber, Tarzán ya había vuelto a adentrarse por la floresta y se dirigía a la aldea de Mbonga, el cacique negro.

Hacía por lo menos una luna que el hombre mono no se presentaba de visita en el poblado de los gomanganis. Desde que devolvió Tibo a su consternada madre, no había vuelto a asaltarle el capricho de acercarse por allí. El episodio del *balu* adoptado ya había concluido para él. Su intención consistía en encontrar a alguien sobre quien volcar el cariño que Teeka prodigaba sobre Gazán, pero aquella breve y fallida experiencia con el negrito hizo comprender al hombre mono que un afecto así no podía existir entre ellos.

El hecho de haber tratado durante una temporada al negrito como hubiera tratado a un *balu* propio no había alterado en ningún aspecto el sentimiento vindicativo que Tarzán experimentaba hacia los que consideraba asesinos de Kaki. Los gomanganis eran sus enemigos mortales y jamás podrían ser otra cosa. Aquel día, Tarzán deseaba quebrar la monótona rutina y divertirse un poco a costa de los negros, jugándoles alguna trastada.

Aún no había oscurecido cuando llegó a la aldea y se acomodó en el árbol gigante que extendía sus ramas por encima de la empalizada. Desde las profundidades de una choza próxima llegaba el gemebundo sonido de unos lamentos. Algo que sonó de modo desagradable en los oídos de Tarzán…, un sonido rechinante, insoportable. Como le molestaba sobremanera, el hombre mono decidió alejarse unos momentos, con la esperanza de que pudiera cesar. Pero aunque estuvo ausente de allí un par de horas, a su vuelta seguía sonando el incordio de los sollozos.

Animado por la intención de poner fin, aunque fuera violentamente, a aquel fastidioso ruido, Tarzán descendió en silencio del árbol. Se deslizó entre las sombras, con sigilo y aprovechando la protección que le brindaban las otras chozas, hasta llegar a aquella de la que salian los lamentos. Ante su puerta crepitaba el fuego de una hoguera. Fogatas análogas ardían frente

a los demás umbrales de la aldea. Sentadas por allí, varias mujeres añadían sus lastimeros clamores a los de la virtuosa plañidera del interior.

Tarzán esbozó una tenue sonrisa al imaginarse la desazón que se produciría cuando su salto le situara de pronto en medio de las mujeres, iluminado de lleno por la claridad de la fogata. Acto seguido, sacándole partido al desconcierto general, irrumpiría dentro de la choza, silenciaría a la llorona principal y regresaría a la jungla antes de que los negros tuvieran tiempo de recobrarse, dominar sus nervios y pensar en atacarle.

Tarzán había actuado muchas veces de forma similar en la aldea de Mbonga, el jefe. Sus misteriosas e inesperadas apariciones siempre inundaban de pavor el ánimo de los pobres y supersticiosos negros. Al parecer, nunca se acostumbrarían a verle. Ese pánico cerval que provocaba su presencia era lo que proporcionaba a la aventura ese acicate de interés y diversión con el que soñaba el cerebro humano del hombre mono. No bastaba con matar simplemente. Acostumbrado a la vista de la muerte, Tarzán no encontraba excesivo placer en ella. Hacía ya mucho tiempo que vengara el asesinato de Kala, pero durante el cumplimiento de esa venganza había comprobado que la emoción y el deleite que se derivaban de amargar la vida a los negros era algo superlativo. De eso no se cansaba nunca.

En el preciso momento en que se aprestaba a saltar hacia adelante y proferir el oportuno rugido salvaje, en la puerta de la choza apareció una figura. Era la de la mujer que emitía los lamentos que tanto le molestaban y a la que pretendía acallar para siempre, la figura de una mujer joven con el puente de la nariz atravesado por un pasador de madera, con el labio inferior caído, deformado espantosa y repulsivamente por el pesado adorno de metal que colgaba de él, con la frente, las mejillas y los senos decorados con extraños tatuajes y luciendo en la cabeza un espectacular tocado dispuesto a base de barro y alambre.

Una súbita llamarada resaltó con su fulgor la grotesca figura y Tarzán reconoció a la mujer: era Momaya, la madre de Tibo. La claridad que difundían las llamas llegó también hasta las sombras en las que Tarzán estaba al acecho e iluminaron el cuerpo bronceado del hombre mono, poniéndolo de relieve entre la negrura que le envolvía. Momaya lo vio y lo reconoció al instante. La mujer profirió un grito y se lanzó hacia adelante, al tiempo que Tarzán corría a su encuentro. Las demás mujeres, al volver la cabeza, también vieron al hombre mono, pero no se precipitaron hacia él.

Lo que sí se apresuraron a hacer, en cambio, fue levantarse todas a una, chillar todas a una y huir todas a una.

Momaya se arrojó a los pies de Tarzán, elevó sus manos en actitud suplicante hacia él y proyectó a través de sus mutilados labios una auténtica catarata de palabras, ninguna de las cuales logró entender el gigante blanco. La mirada de éste contempló durante unos momentos el horroroso semblante de la mujer, vuelto hacia arriba. El hombre mono se había acercado allí con intenciones homicidas, pero aquel abrumador torrente de palabras le llenaba de consternación y de horror. Miró aprensivamente a su alrededor y luego clavó la vista de nuevo en la mujer. Se apoderó de él un torbellino de encontrados sentimientos. No podía matar a la madre del pequeño Tibo, ni tampoco le era posible seguir allí y soportar aquel géiser verbal. Tras un brusco ademán de impaciencia, enfurecido al habérsele estropeado la diversión, Tarzán dio media vuelta y de un salto se hundió en la oscuridad. Instantes después atravesaba la negrura de la noche de la jungla, mientras la distancia debilitaba en sus oídos el llanto, los gritos y los lamentos de Momaya.

Cuando por fin llegó a un punto donde dejaron de oírse, un suspiro de alivio brotó de sus labios. Buscó una horqueta alta, en la copa de un árbol, y se dispuso a pasar una noche de sueño tranquilo, mientras en el suelo, a sus pies, carraspeaba y gruñía un león y en la lejana Inglaterra el otro lord Greystoke, asistido por una ayuda de cámara, se desvestía y se acomodaba entre sábanas impolutas, sin dejar de proferir irritadas maldiciones porque un gato maullaba bajo su ventana.

A la mañana siguiente, cuando seguía el rastro fresco de Horta, el jabalí, Tarzán se cruzó con las huellas de dos gomanganis, uno grande y otro pequeño. Acostumbrado a examinar de cerca cuanto captaban sus sentidos, el hombre mono hizo una pausa para leer la historia escrita en el barro blando de la senda de caza. Cualquiera de nosotros no hubiese encontrado nada interesante en aquel rastro, en el improbable caso de haberlo descubierto. Quizás, si alguien nos hubiese hecho reparar en ello, habríamos observado las mellas que presentaba el barro, pero aquellas leves depresiones se superponían unas a otras de un modo tan confuso que nos habrían parecido carentes de significado. A Tarzán, sin embargo, cada una de ellas le refería su historia. Tantor, el elefante, había pasado por allí tres soles antes. Numa anduvo de caza por el lugar la noche pasada, y Horta, el jabalí, caminó despacio por aquel sendero apenas hacía una

hora… Pero lo que despertó la atención de Tarzán fue la historia que contaba el rastro de los gomanganis. Decía que la jornada anterior un viejo pasó por aquel camino, hacia el norte, acompañado de un muchacho, y que con ellos iban dos hienas.

Tarzán se rascó la cabeza, tan desconcertado como incapaz de creerlo. Por la disposición de las huellas observó que los animales no marchaban en pos de la pareja, ya que a veces una de las hienas iba delante y otra detrás de las personas, después ambas fieras caminaban juntas en vanguardia y a continuación se retrasaban y se ponían detrás. Aquello resultaba de lo más extraño y absolutamente inexplicable, sobre todo cuando las huellas indicaban que, en los puntos donde el camino se hacía más ancho, las hienas caminaban una a cada lado de los dos humanos y casi pegadas a ellos. Por otra parte, Tarzán percibió en la huella del gomangani más pequeño un terror que parecía impulsarle a contraerse cuando la fiera le rozaba el costado, mientras que en el otro hombre no se apreciaba temor alguno en las mismas circunstancias.

Al principio, Tarzán sólo se extrañó de la notable yuxtaposición de las pisadas de Dango y los gomanganis, pero su aguda mirada captó algo en el rastro del gomangani chico que le hizo detenerse en seco. Fue como si, al encontrar una carta en un camino, uno descubriese en el papel la caligrafía familiar de un amigo.

—¡Gobubala! —exclamó Tarzán y, automáticamente, en la pantalla de su memoria centelleó el recuerdo de la actitud implorante de Momaya cuando, la noche antes, se arrojó hacia él en la aldea de Mbonga. Al instante, todo quedó explicado: los gemidos, llantos y lamentos, la súplica de la madre, los aullidos de condoliente solidaridad de las mujeres reunidas alrededor de las fogatas. Habían secuestrado otra vez al pequeño Gobubalu y el autor de la tropelía no era Tarzán. Indudablemente, la madre suponía que el niño estaba de nuevo en poder del dios blanco de la selva y le imploraba que le devolviera su *balu*.

Sí, ahora todo estaba perfectamente claro, pero ¿quién podía haberse llevado a Gobubalu? La perplejidad y la desorientación se apoderaron de Tarzán de los Monos, al que todavía intrigaba más la presencia allí de Dango. Tendría que investigar. Las huellas eran del día anterior y se dirigían hacia el norte. Tarzán procedió a seguirlas. En algunos puntos, el paso de muchos otros animales las había borrado por completo, y en los tramos de piso rocoso, hasta el mismo Tarzán de los Monos tenía

dificultades para detectarlas. Pero aún flotaba el tenue efluvio que despedía el rastro humano, sólo apreciable para sensibilidades olfativas tan avezadas como las de Tarzán.

El rapto del pequeño Tibo se produjo inopinadamente y se desarrolló en el breve espacio temporal de dos soles. Primero se presentó Bukawai, el brujo —Bukawai, el impuro—, con los jirones de carne medio desgarrada que colgaban de su rostro putrefacto. Se llegó solo y durante el día al lugar del río al que Momaya bajaba diariamente a lavar su cuerpo y el de Tibo, su hijito. Bukawai salió repentinamente de detrás de unos arbustos, cerca de Momaya, y dio a Tibo tal susto que el chiquillo empezó a chillar y corrió en busca de los brazos protectores de su madre.

Alarmada, pero con todo el salvajismo de una feroz tigresa, Momaya dio media vuelta dispuesta a plantar cara y mantener a raya a aquel ser horripilante. Al reconocer al hechicero dejó escapar un suspiro de alivio parcial, aunque continuó apretando contra sí al asustado Tibo.

—Vengo —declaró Bukawai sin ambages— a recoger las tres cabras cebadas, la estera de dormir nueva y el trozo de alambre de cobre de la longitud del brazo de un hombre alto.

—No tengo ninguna cabra para ti —replicó Momaya—, ni estera de dormir, ni alambre. Tu ensalmo no intervino para nada. El dios blanco de la jungla me devolvió a mi Tibo. Tú no tuviste nada que ver.

—Sí que tuve que ver —farfulló Bukawai a través de sus descarnadas mandíbulas—. Fui yo quien ordenó al dios blanco de la jungla que te devolviera a tu Tibo.

Momaya se le rió en la cara.

—Charlatán mentiroso —motejó la mujer—. Vuélvete con tus hienas al apestoso cubil en que vives. Lárgate y esconde tu maloliente jeta en la barriga de la montaña, para que el sol no la vea y tenga que taparse la suya con una nube negra.

—He venido —insistió Bukawai— a recoger las tres cabras cebadas, la estera nueva de dormir y el trozo de alambre de cobre largo como el brazo de un hombre alto que tienes que pagarme por la devolución de tu Tibo.

—Se acordó que la longitud sería la del antebrazo de un hombre —corrigió Momaya—, pero de todas formas no recibirás nada, viejo ladrón. No ibas a preparar ningún conjuro hasta que hubiese vuelto para pagarte por adelantado, y cuando me dirigía a mi aldea, el gran dios blanco de la jungla me devolvió a mi Tibo, arrebatándoselo a Numa de sus mismas

fauces. Su medicina sí que es una verdadera medicina, la tuya es la medicina débil e ineficaz de un anciano con la cara agujereada.

—He venido —repitió Bukawai pacientemente— a recoger las tres cabras ce…

Pero Momaya no siguió escuchándole, porque ya se sabía de memoria la cantinela. Cogió a Tibo de la mano y, con el chico a su lado, apretó el paso rumbo a la cercada aldea del cacique Mbonga.

Al día siguiente, mientras Momaya trabajaba en los campos de llantén con otras mujeres del poblado y Tibo jugaba junto a la orilla de la jungla, lanzando un pequeño venablo como adiestramiento con vistas a la lejana fecha en que fuera un guerrero con todas las de la ley, Bukawai volvió a presentarse.

Tibo había visto trepar por el tronco de un árbol a una ágil ardilla que la imaginación del muchacho convirtió en feroz guerrero enemigo. Tibo enarboló el pequeño venablo, rebosante el ánimo del sanguinario instinto selvático propio de su raza, mientras saboreaba por anticipado el placer de la orgía de aquella noche, cuando bailara exultante alrededor del cadáver de su vencido adversario, en tanto las mujeres de la tribu preparaban los alimentos para el banquete que seguiría.

Pero cuando arrojó el venablo, no sólo falló el tiro que dirigió a la ardilla, sino que ni siquiera acertó al tronco del árbol, por lo que el arma se perdió entre la maraña de matorrales de la jungla. Sin embargo, no estaría más que a unos cuantos pasos dentro del laberinto prohibido. Todas las mujeres se encontraban en el campo de cultivo. Había guerreros montando guardia al alcance de la voz, de modo que el pequeño Tibo se aventuró audazmente por el oscuro paraje.

Justo al otro lado de la pantalla que formaban las enredaderas y el entramado de follaje acechaban tres figuras sobrecogedoras. Una de ellas era un viejo muy viejo, negro como el carbón, con la cara corroída por la lepra y unos dientes afiladísimos, dientes de antropófago, que se mostraban amarillos y repulsivos en el enorme agujero abierto donde antes estuvieron la boca y la nariz. Las otras dos figuras eran las de un par de hienas, situadas junto al anciano, dos animales igualmente horribles y repugnantes, dos bichos carroñeros acostumbrados a alternar con la carroña.

Tibo no los vio hasta que, agachada la cabeza, buscando su venablo, se hubo abierto paso a través de la densa vegetación. Y entonces ya fue demasiado tarde. En cuanto levantó la mirada y sus ojos tropezaron con el

rostro de Bukawai, el hechicero le agarró y ahogó sus gritos tapándole la boca con una mano. Tibo forcejeó, pero inútilmente.

Segundos después, el repugnante brujo lo arrastraba por la horrible y tenebrosa selva. El hediondo anciano seguía sofocando los gritos de Tibo, mientras las dos hienas marchaban con ellos, unas veces a su lado, otras delante y otras veces detrás, pero siempre rondándolos, sin dejar de rugir, gruñir, enseñar los dientes o, lo que era peor, reír de aquel modo espeluznante.

Para el pequeño Tibo, que en su corta vida había pasado por lances que muy pocos hombres experimentarían en toda su existencia, aquel recorrido hacia el norte fue una auténtica pesadilla de terror. El chiquillo recordó la temporada que estuvo con el gran dios blanco de la jungla y oró con toda su alma, pidiendo al cielo que le permitiera volver junto al gigante de piel blanca que alternaba con los hombres peludos de los árboles. Aterrorizado había vivido entonces en su territorio, pero aquel miedo no era nada en comparación con el que ahora le angustiaba.

El viejo rara vez dirigió la palabra a Tibo, aunque ni un instante dejó de murmurar incoherentemente a lo largo de todo el día. El chico captó repetidas referencias a cabras cebadas, esteras de dormir y trozos de alambre de cobre.

—Diez cabras cebadas, diez cabras cebadas —repetía su refunfuñado estribillo una y otra vez.

Eso le hizo suponer a Tibo que el precio de su rescate había aumentado. ¿Diez cabras cebadas? ¿De dónde iba a sacar su madre diez cabras, ni cebadas ni esqueléticas, para el caso era lo mismo, con las que pagar la devolución de un mísero chiquillo? Mbona nunca le permitiría poseerlas y Tibo sabía que su padre nunca, en toda su vida, había contado con más de tres cabras. ¡Diez cabras cebadas! Tibo se sonó. Aquel viejo asqueroso le mataría y se lo comería, porque jamás iba a recibir las cabras. Bukawai echaría sus huesos a las hienas. Al negrito le sacudió un escalofrío, estaba tan débil que poco le faltó para caer redondo. Bukawai le arreó un cachete en la oreja y tiró de él, obligándole a seguir adelante.

Al cabo de lo que a Tibo le pareció una eternidad, llegaron a la boca de una caverna abierta entre dos colinas rocosas. Era una entrada baja y angosta. Unos cuantos arbolitos jóvenes, sujetos sus troncos con tiras de cuero crudo, cerraban el paso a cualquier fiera perdida que tuviese la tentación de entrar. Bukawai apartó aquella tosca puerta y empujó a Tibo al

interior de la caverna. Las hienas gruñeron, se adelantaron al muchacho y se perdieron de vista en las negruras del fondo. Bukawai volvió a colocar en su sitio la puerta de trabados árboles jóvenes y maleza, agarró bruscamente a Tibo por un brazo y lo arrastró por un estrecho pasadizo de paredes de piedra. El suelo era relativamente llano, porque infinidad de pies lo habían pisoteado tanto que la densa capa de polvo que cubría el piso apenas conservaba irregularidades.

Era un corredor serpenteante y como aquello estaba muy, oscuro y la piedra de las paredes era muy áspera Tibo sufrió varios arañazos y magulladuras a consecuencia de los roces y golpes que recibía. Bukawai avanzaba por aquel tortuoso y oscuro pasadizo como alguien que caminase a plena luz del día por una calle de ciudad con la que estuviese familiarizado. Conocía cada vuelta y revuelta como una madre conoce la cara de su hijo y daba la impresión de tener bastante prisa. Le asestaba al pobre Tibo unas sacudidas y trastazos que parecían improcedentemente violentos, más bruscos de lo preciso, incluso al ritmo de marcha de Bukawai, pero la verdad es que el viejo hechicero, un marginado de la sociedad humana, enfermo, rechazado, rehuido, odiado y temido, distaba mucho de tener un carácter angelical. La naturaleza le había concedido algunas, aunque pocas, de las características más bondadosas y amables del hombre, pero después el destino se encargó de arrebatárselas. Bukawai, el hechicero, era taimado, astuto, cruel y vengativo.

Circulaban rumores escalofriantes acerca de las atroces torturas que infligía a sus víctimas. A los niños se les amenazaba con ponerlos en las aterradoras manos de Bukawai si no eran buenos y obedientes. Tibo había sufrido a menudo aquella intimidación, cuya pavorosa cosecha, sembrada inocentemente por su madre, estaba recogiendo ahora el asustado chiquillo. Las tinieblas, la presencia del temido hechicero, el dolor de las contusiones, junto con el presentimiento de un futuro angustioso y el miedo que le producían las hienas se combinaban hasta casi paralizar al muchacho. Tibo avanzaba a trompicones, tropezaba, caía, se rezagaba… Más que conducirlo, Bukawai lo llevaba en volandas, por no decir a rastras.

El chico vislumbró entonces un débil asomo de luz que brillaba por delante y al cabo de un momento desembocaban en una cámara más o menos circular en la que se filtraban unos rayos de luz diurna a través de una grieta de la roca del techo. Las hienas se les habían adelantado y los estaban esperando allí. Cuando Bukawai y el chico entraron en la estancia,

se les acercaron con los amarillentos colmillos al aire. Tenían hambre. Se llegaron a Tibo y una de ellas le tiró una dentellada a las piernas desnudas del chico. Bukawai cogió un palo del suelo de la cámara y arreó un estacazo tremendo al animal, al tiempo que farfullaba una andanada de maldiciones. La hiena se retiró a un lado de la estancia, donde permaneció emitiendo gruñidos. Bukawai avanzó un paso hacia ella y la hiena se erizó furiosa al ver que se le acercaba. En sus perversos ojos fulguraba el odio y el miedo pero, por suerte para Bukawai, el miedo predominó.

Al percatarse de que estaba pasando inadvertida, la segunda hiena lanzó una rápida intentona sobre Tibo. El chico soltó un alarido y salió disparado en pos del hechicero, que entonces proyectó su atención sobre la segunda hiena. Descargó el palo sobre ella; la golpeó repetidamente y la acorraló contra el muro de piedra. Las dos carroñeras empezaron a dar vueltas por la cámara, mientras que la carroña humana, su amo, presa de una frenética y endemoniada cólera, corría de un lado para otro, tratando de interceptarlas, mientras sacudía garrotazo tras garrotazo y las fustigaba con el látigo de la lengua, volcando sobre aquellas fieras todas las maldiciones de dioses y demonios que acudían a su memoria y describiendo con enorme fuerza expresiva retórica y gran riqueza imaginativa la abyecta ignominia de sus antepasados.

Varias veces, una u otra de aquellas fieras se detuvo y trató de plantar cara al hechicero. En tales ocasiones, Tibo contenía la respiración, dominado por una angustiosa inquietud, ya que en su corta existencia nunca había visto un odio tan espeluznante reflejado en el rostro de bestia u hombre alguno. Sin embargo, el temor siempre se imponía a la rabia en aquellas criaturas, por lo que al final acababan por reanudar la huida, gruñendo y enseñando los dientes, justo en el instante en que Tibo tenía la certeza de que iban a abalanzarse sobre la garganta de Bukawai.

Al final, el brujo se cansó de aquella persecución inútil. Lanzó un gruñido casi tan bestial como el de los animales y se volvió hacia Tibo.

—Voy a cobrar las diez cabras cebadas, la estera de dormir nueva y los dos pedazos de cobre que tu madre tiene que pagarme por el conjuro que haré para que vuelvas con ella —comunicó al chico—. Te quedarás aquí. —Indicó el pasillo por el que había llegado a la cámara—. Voy a dejar ahí a las hienas. Si intentas escapar, te devorarán.

Arrojó el palo y llamó a las fieras. Las hienas acudieron, remolonas, de mala gana, gruñendo, con el rabo entre las piernas. Bukawai las llevó al

interior del pasadizo. Luego abandonó él también la cámara y colocó en la abertura de su entrada un tosco enrejado.

—Esto les impedirá acercarse a ti —dijo a Tibo—. Si no consigo las diez cabras cebadas y todo lo demás, esos animalitos tendrán a su disposición unos cuantos huesos, cuando yo haya terminado.

Y se alejó, dejando al muchacho sumido en ominosas cavilaciones acerca del significado de aquellas por otro lado más que sugerentes palabras.

Cuando el hechicero se hubo ido, Tibo se echó en el suelo de tierra y estalló en infantiles sollozos de terror y soledad. Sabía perfectamente que su madre no contaba con las diez cabras y que, cuando Bukawai volviese, mataría al pequeño Tibo y se lo comería. No supo cuánto tiempo permaneció tendido allí en el suelo. De pronto le despertaron los gruñidos de las hienas. Habían vuelto por el corredor y le contemplaban con ojos fulgurantes desde el otro lado de la rudimentaria celosía. Tibo vio el fulgor de sus ojos amarillos a través de la oscuridad. Las fieras se levantaban sobre las patas traseras y lanzaban feroces zarpazos a la barrera. Con un estremecimiento, Tibo se retiró al fondo del pétreo recinto. Observó que el enrejado se combaba y temblaba bajo los asaltos de las bestias. Temió que de un momento a otro se desplomase hacia adentro, franqueando el paso a las hienas para que se abalanzaran sobre él.

Lenta, cansinamente, fueron transcurriendo las horas, saturadas de horror. Cayó la noche y Tibo durmió un poco, pero al parecer aquellas fieras hambrientas no dormían nunca. No se apartaban del otro lado de la celosía, sin dejar de emitir sus espeluznantes gruñidos y sus no menos pavorosas risas. Por la pequeña hendidura del techo de roca, Tibo podía ver algunas estrellas y, en un momento determinado, el disco de la luna al pasar por encima de la grieta. La aurora anunció por fin con sus claridades la llegada del día. Tibo tenía un hambre y una sed tremendas, ya que no había probado bocado en toda la jornada anterior y, en todo el trayecto, sólo una vez se le permitió beber. A pesar de todo, el terror de la situación en que se encontraba casi le hacía olvidar el hambre y la sed.

Entrada la mañana, el chiquillo descubrió la existencia de una segunda abertura en el muro de roca, más o menos en frente de la puerta desde la que las hienas famélicas seguían contemplándole. No era más que un pequeño resquicio en la piedra. ¡Lo mismo podía adentrarse sólo unos cuantos palmos en el muro que conducirle a la libertad! Tibo se acercó a la

grieta y miró al interior. No vio nada. Alargó el brazo, introduciéndolo en las negruras, pero sin decidirse a ir más lejos. Se dijo que Bukawai no iba a dejarle en un sitio del que pudiera fugarse, por lo que aquella supuesta salida no conduciría a ninguna parte o, en todo caso, a un peligro todavía más espantoso.

Al miedo que le producían los peligros reales que le amenazaban —Bukawai y las dos hienas— la superstición añadía una cantidad incalculable de otros, demasiado horribles para nombrarlos siquiera, porque, para los negros, las sombras diurnas y los horrores nocturnos de la jungla están pobladas de formas fantásticas y extrañas, que revolotean siniestras por el aire y se suman a los habitantes visibles de los bosques… Como si el león, el leopardo, la serpiente, la hiena y la infinita variedad de insectos venenosos no fueran suficientes para colmar de pánico el corazón de las pobres y sencillas criaturas a las que el destino colocó en la zona más aterradora del planeta.

De modo que al pequeño Tibo no sólo le ponían la piel de gallina las amenazas reales, sino también las que producía su imaginación. No se atrevía a aventurarse por aquel camino que tal vez le llevara a la libertad, temeroso de que Bukawai hubiera apostado allí algún terrible demonio de la jungla.

Pero las amenazas reales eliminaron en seguida a las imaginarias en la mente del mozalbete, porque, con la llegada de la luz del día, las hienas medio muertas de hambre renovaron sus esfuerzos para derribar la frágil barrera que les impedía alcanzar su presa. Erguidas sobre las patas posteriores sacudían tremendos zarpazos a la verja. Desorbitados los ojos por el terror, Tibo vio que el enrejado se arqueaba, a punto ya de quebrarse. El chico pensó que no podría resistir mucho tiempo los embates furibundos de aquellas dos poderosas y resueltas bestias. Una esquina de la verja ya había rebasado la rocosa protuberancia que la sujetaba. Una pata peluda irrumpía en el recinto. Tibo tembló como si tuviera fiebre, convencido de que el fin estaba a punto de producirse.

Con la espalda aplastada contra la pared del fondo, permaneció inmóvil, lo más lejos de las fieras que le era posible. Vio que el enrejado se combaba todavía más y que una cabeza rugiente y salvaje se abría paso a través de la celosía, con las entreabiertas mandíbulas dispuestas a tirarle sus dentelladas. Unos segundos más y la deplorable verja se derrumbaría hacia adentro, las dos hienas se le echarían encima, le arrancarían la carne,

separándola de los huesos, roerían éstos y se enzarzarían en una pelea para apoderarse de sus entrañas.

Bukawai se dirigió a Momaya fuera de la empalizada de la aldea de Mbonga, el jefe. Al verlo, la mujer retrocedió con gesto de repugnancia, pero luego se abalanzó contra él, con las uñas por delante y los dientes prestos al mordisco. Sin embargo, Bukawai iba preparado y la mantuvo a distancia con el venablo que empuñaba.

—¿Dónde está mi hijo? —chilló Momaya—. ¿Dónde está mi pequeño Tibo?

Bukawai abrió mucho los ojos, con bien disimulada sorpresa.

—¡Tu hijo! —exclamó—. ¿Cómo quieres que sepa algo de él, aparte de que te lo rescaté del dios blanco de la selva y de que aún no he recibido la paga que me corresponde? He venido en busca de las cabras, la estera de dormir y el pedazo de alambre de cobre de la longitud del brazo de un hombre alto, desde el hombro hasta la yema de los dedos.

—¡Hijo de hiena! —chilló Momaya—. Me han secuestrado a mi hijo y tú, podrida viruta de hombre, eres el que se lo llevó. Si no me lo devuelves, te sacaré los ojos, te arrancaré el corazón y se lo echaré a los cerdos salvajes.

Bukawai se encogió de hombros.

—¿Qué puedo saber de tu hijo? —preguntó—. Yo no me lo he llevado. Si te lo han vuelto a secuestrar, ¿qué puede saber Bukawai del asunto? ¿Acaso te lo robó Bukawai la otra vez? No, te lo robó el dios blanco de la jungla, y si lo hizo una vez, seguro que te lo ha vuelto a robar. Eso no tiene nada que ver conmigo. Te lo devolví una vez y he venido a cobrar mis honorarios. Si el chico ha desaparecido y quieres recuperarlo, Bukawai te lo devolverá otra vez…, por diez cabras cebadas, una estera de dormir nueva y dos pedazos de cobre largos como el brazo de un hombre, desde el hombro hasta la yema de los dedos. Y Bukawai no_ volverá a reclamarte más las cabras, la estera de dormir y el alambre de cobre que tenías que pagar por el primer ensalmo.

—¡Diez cabras cebadas! —protestó Momaya—. ¡No podría pagarte diez cabras cebadas ni en otros tantos años! ¡Qué barbaridad, diez cabras cebadas!

—Diez cabras cebadas —repitió Bukawai. Diez cabras cebadas, la estera nueva de dormir y los dos pedazos de alambre de cobre largos como…

Momaya le interrumpió con un gesto brusco.

—¡Aguarda! —pidió—. No tengo cabras. Estás gastando tu saliva en balde. Aguarda aquí mientras voy a hablar con mi hombre. No tiene más que tres cabras, pero algo podrá arreglarse. ¡Espera!

Bukawai se sentó al pie de un árbol. Se sentía muy satisfecho, porque estaba seguro de que iba a conseguir la paga… o la venganza. No temía sufrir daño alguno por parte de aquellas gentes de otra tribu, aunque sabía muy bien que le odiaban y le temían. La lepra bastaba para que se lo pensaran mucho antes de ponerle las manos encima, mientras que su reputación de hechicero le hacía doblemente inmune a cualquier ataque. Estaba pensando en la forma de obligarlos a trasladar las cabras hasta la misma entrada de su guarida cuando regresó Momaya. La acompañaban tres indígenas del poblado: Mbonga, el cacique; Rabba Kega, el hechicero; e Ibeto, el padre de Tibo. En circunstancias ordinarias distaban mucho de ser precisamente dechados de belleza masculina, pero con la expresión colérica que contraía sus rostros, el corazón del más pintado se hubiera encogido de temor. Sin embargo, de sentir algún miedo, Bukawai no lo dio a entender de ninguna manera. En vez de ello, los acogió con mirada insolente, intentando amedrentarlos, cuando se le acercaron y se sentaron en cuclillas, formando un semicírculo delante de él.

—¿Dónde está el hijo de Ibeto? —interrogó Monga.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Bukawai. Sin duda está en poder del dios-demonio blanco. Si se me paga, prepararé un conjuro poderoso y entonces sabremos dónde está el hijo de Ibeto y podremos rescatarlo. Fue mi ensalmo lo que consiguió que volviera la última vez, pero luego no me pagaron.

—Para preparar ensalmos tengo a mi propio hechicero —replicó Mbonga en tono digno.

Bukawai hizo un gesto de burla y se puso en pie.

—Muy bien —dijo, desdeñoso—. Pues que prepare su ensalmo y veamos si logra recuperar al hijo de Ibeto. —Se alejó unos pasos y luego, bruscamente, se volvió para decir con voz airada—: Los conjuros de ese brujo no os devolverán al chico…, lo sé. Como también sé que, cuando encontréis al hijo de Ibeto, será demasiado tarde para que os lo devuelva ensalmo alguno, porque estará muerto. Acabo de enterarme de ello en este preciso momento: ha venido a comunicármelo el espíritu de la hermana de mi padre.

La verdad es que ni Mbonga ni Rabba Kega podían tener mucha confianza en su propia magia, e incluso puede que se sintieran escépticos respecto a la de los demás, pero siempre existía la posibilidad de que en ella hubiese *algo*, en especial al no tratarse de la suya. ¿No decía todo el mundo que el viejo Bukawai se trataba con los mismos demonios y que incluso compartía su cubil con dos de ellos en forma de hiena? No obstante, tampoco convenía acceder precipitadamente a sus demandas. Había que discutir la tarifa: Mbonga no albergaba la menor intención de desprenderse a la ligera de diez hermosas cabras a cambio de la recuperación de un simple muchachito que acaso muriese luego de viruelas mucho antes de alcanzar la condición de guerrero hecho y derecho.

—Un momento —dijo Mbonga—. Veamos una demostración de tu magia, para comprobar si es o no una magia eficaz. Después hablaremos de la paga. Rabba Kega hará también una demostración de la suya y veremos cuál de las dos es mejor. Siéntate, Bukawai.

—La paga ha de ser diez cabras —bien cebadas—, una estera de dormir nueva y dos trozos de alambre de cobre de la longitud del brazo de un hombre, desde el hombro hasta la punta de los dedos. Se me entregará por adelantado y tendréis que llevar las cabras hasta la entrada de mi cueva. Entonces prepararé la medicina y, al segundo día, el chico volverá junto a su madre. No es posible hacerlo con mayor prontitud, porque preparar un ensalmo tan poderoso lleva una barbaridad de tiempo.

—Haznos ahora un poco de tu medicina —instó Mbonga—. Veamos qué clase de medicina eres capaz de hacer.

Traedme fuego —pidió Bukawai— y os ofreceré una pequeña demostración de mi magia.

Enviaron a Momaya en busca del fuego y, mientras la mujer estaba ausente, Mbonga empezó a tratar con Bukawai la cuestión del precio. Alegó que diez cabras ya era demasiado caro para un guerrero adulto en plenitud de facultades físicas y bélicas. También llamó la atención de Bukawai sobre la circunstancia de que él, Mbonga, era muy pobre, que su pueblo era muy pobre, y que diez cabras eran ocho más de la cuenta, por no hablar de la estera de dormir nueva y del alambre de cobre. Pero Bukawai se mantuvo en sus trece. Su ensalmo era costosísimo y por lo menos tendría que ceder cinco cabras a los dioses que le ayudarían a prepararlo. Aún seguían discutiendo cuando llegó Momaya con el fuego.

Bulawai colocó en el suelo frente a sí un poco de lumbre, tomó un

pellizco del polvo que contenía una bolsa que llevaba colgada al costado y roció las brasas con él. Se elevó una súbita nubecilla de humo, como una bocanada. Bukawai cerró los ojos y se balanceó de atrás adelante. Luego trazó en el aire unos cuantos pases y fingió un desmayo. Mbonga y los demás se quedaron impresionadísimos. Rabba Kega empezó a ponerse nervioso; se daba cuenta de que su prestigio se esfumaba. Aún quedaba algo de fuego en el caldero de Momaya. Con disimulo, cuando nadie miraba, el chamán de la tribu de Mbonga echó un puñado de hojas secas, al tiempo que profería un alarido terrible, que atrajo sobre su persona la atención de la audiencia de Bukawai. Incluso sacó a éste, milagrosamente, de su éxtasis, pero en cuanto vio el motivo de aquella alteración regresó de inmediato a su estado de inconsciencia, antes de que nadie se percatara de su *faux pas*.

Al comprobar que Mbonga, Ibeto y Momaya habían vuelto la cabeza para mirarle, Kabba Kega lanzó un rápido soplido al interior del recipiente y, como consecuencia, las hojas empezaron a prender y por la boca del caldero salió una densa humareda. Rabba Kega tuvo buen cuidado de que nadie viese el truco de las hojas secas. Los tres indígenas del poblado de Mbonga contemplaron el prodigio con ojos como platos, maravillados ante aquella demostración de los poderes del hechicero de su tribu. El chamán, eufórico, se dejó llevar por la embriaguez del éxito. Se puso a gritar, entre saltos y cabriolas, todo ello aderezado con espantosas muecas. Después acercó la cara a la boca del caldero y pretendió dar la impresión de que estaba comunicándose directamente con los espíritus del interior del recipiente.

Mientras se dedicaba con entusiasmo a semejante farsa, Bukawai volvió de su trance, al haberse apoderado la curiosidad de lo mejor de sí mismo. Nadie le prestaba la menor atención. Parpadeó indignado su único ojo, de su putrefacta boca brotó luego un sonoro rugido y, cuando el brujo tuvo la absoluta certeza de que Mbonga había vuelto la mirada hacia él, envaró el cuerpo, poniéndolo rígido, y procedió a ejecutar una serie de movimientos espasmódicos con los brazos y las piernas.

—¡Lo veo! —exclamó teatralmente—. Está muy lejos. No se encuentra en poder del dios-demonio blanco. Está solo y en un gran peligro… Pero si se me entregan en seguida las diez cabras cebadas y todas las demás cosas aún tendremos tiempo para salvarle.

Rabba Kega había hecho un alto para escuchar. Mbonga le miró. El

cacique se encontraba con un dilema entre manos. Ignoraba cuál de las dos medicinas era mejor.

—¿Qué te dice tu magia? —le preguntó a Rabba Kega.

—También yo lo veo —chilló Rabba Kega—, pero no está donde Bukawai dice que está. Está muerto en el fondo del río.

Al oírlo, Momaya prorrumpió en agudos y resonantes alaridos. Tarzán siguió el rastro del viejo hechicero, las dos hienas y el muchacho hasta la boca de la caverna abierta en la cañada rocosa, entre los dos montes. Se detuvo un instante ante la barrera de ramas y arbolitos jóvenes que Bukawai había colocado allí. Escuchó los rugidos y gruñidos que llegaban débilmente desde los profundos recovecos de la gruta.

Entonces, mezclado con los bestiales bramidos de las hienas, los sensibles oídos del hombre mono captaron el gemido angustioso de un chiquillo. Tarzán no titubeó. Apartó de golpe la puerta que se oponía a su paso e irrumpió por la oscura entrada. El corredor era negro y angosto, pero los ojos del hombre mono llevaban mucho tiempo acostumbrados a las tinieblas estigias de las noches de la jungla y disponían de buena parte de las facultades visuales nocturnas de las criaturas salvajes con las que alternaba desde la más tierna infancia.

Tarzán avanzó con rapidez, aunque con precauciones, ya que el lugar, con toda su densa negrura y su trazado tortuoso, le resultaba además desconocido por completo. A medida que se aventuraba por el corredor oía cada vez más fuerte los feroces gruñidos de las dos hienas, que se mezclaban con el rasgar de las uñas contra la madera del enrejado. También aumentaba el volumen de los sollozos del niño y Tarzán reconoció la voz del negrito al que tiempo atrás quiso adoptar como *balu*.

En la marcha del hombre mono a través de la oscuridad del corredor no había el menor asomo de histerismo. La vida en la selva le había acostumbrado de tal modo a contemplar la muerte que ni siquiera la de un ser al que conocía le alteraba en exceso; pero el acicate de la pelea le incitaba a seguir adelante. En el fondo no era más que una fiera salvaje, cuyo corazón aceleraba sus latidos ante la estimulante ilusión que para él representaba la lucha.

En la cámara de roca de las entrañas del monte, Tibo permanecía encogido contra la pared del fondo, todo lo lejos que le era posible de las dos hienas enloquecidas por el hambre. Vio que la verja cedía bajo los zarpazos frenéticos de las fieras. Comprendió que en cuestión de minutos

su miserable vida se consumiría entre los desgarradores colmillos amarillentos de aquellas odiosas criaturas.

Las acometidas de los robustos cuerpos de las bestias acabaron por quebrantar la resistencia de la celosía, que se vino abajo con un chasquido y dejó libre el paso a los carnívoros para que se abalanzasen sobre el muchacho. Tibo lanzó un aterrado vistazo hacia las dos hienas y luego cerró los ojos y hundió la cara entre los brazos, mientras sollozaba lastimosamente.

Las hienas se detuvieron un instante: la cautela y la cobardía pareció retenerlas, como si no se atrevieran a lanzarse sobre la presa. Permanecieron así unos segundos, mirando al chico con fulgurantes pupilas y luego, pegado el cuerpo contra el suelo, sigilosa, lentamente, fueron deslizándose hacia él. Y así las encontró Tarzán, que entró entonces en la cámara, rápida y silenciosamente, aunque no tan silenciosamente como para que el agudo oído de las fieras no percibiese su llegada. Las hienas prorrumpieron en rabiosos gruñidos mientras desviaban su atención de Tibo para proyectarla sobre el hombre mono, que esbozó una sonrisa al tiempo que corría hacia ellas. Una de las fieras trató de mantenerse firme, sin ceder terreno, pero el hombre mono ni siquiera se dignó empuñar el cuchillo para emplearlo contra el despreciable Dango. Se precipitó sobre el animal, lo agarró por el pescuezo, en el momento en que trataba de eludirle, y lo arrojó hacia el otro lado de la cámara, contra su congénere, que trataba de escurrir el bulto y escapar por el pasillo.

A continuación, Tarzán levantó a Tibo del suelo y cuando el chico notó que lo que se había asentado sobre su cuerpo eran las manos de un hombre y no las zarpas y los colmillos de las hienas, alzó la cabeza y abrió los ojos, sorprendido, sin atreverse a creerlo. Al ver que su salvador era Tarzán, un estallido de sollozos de alivio brotó de los labios infantiles y las manos del chiquillo se aferraron a su protector, como si el dios-demonio blanco no fuese la más temida de las criaturas de la jungla.

Cuando Tarzán regresó a la entrada de la cueva, de las hienas no había ni rastro y, después de dejar que Tibo saciara la sed en una fuente que brotaba cerca de allí, se puso al chico sobre los hombros y partió rumbo a la selva a paso ligero. Estaba decidido a acallar cuanto antes los fastidiosos alaridos de Momaya, ya que había supuesto, sagazmente, que la desaparición de su balu era la causa de la plañidera aflicción de la mujer.

—¡No está muerto en el fondo der río! —protestó Bukawai—. ¿Qué

sabe ese individuo de hacer magia? ¿Y quién es él para atreverse a decir que la magia de Bukawai no es buena? Bukawai ve al hijo de Momaya, que está solo y en peligro. Daos prisa en entregarme las diez cabras cebadas, la…

Pero no pudo seguir. Por encima de sus cabezas llegó una súbita interrupción. Se produjo en las ramas del mismo árbol al pie del cual se encontraban sentados en cuclillas. Los cinco indígenas miraron hacia arriba y, al hacerlo, en un tris estuvieron de desmayarse: el gigantesco diablo-dios blanco los contemplaba desde la enramada. Pero antes de que reaccionasen y emprendieran la huida, vieron otra cara: la del perdido Tibo, que reía y se mostraba muy feliz.

Tarzán se dejó caer osadamente entre ellos, con el chico todavía sobre los hombros. Depositó a Tibo delante de la madre. Momaya, Ibeto, Rabba Kega y Mbonga se agruparon alrededor del muchacho y empezaron a asaetearlo a preguntas, todos a la vez. De pronto, Momaya se revolvió con feroz movimiento para precipitarse sobre Bukawai, porque Tibo había dicho cuánto sufrió en poder de aquel cruel anciano. Sin embargo, Bukawai ya no estaba allí: no precisaba recurrir a la magia negra para que le informase de que el lugar donde se encontrase Momaya, una vez que Tibo refiriese su historia, no era un paraje saludable para el hechichero. De modo que éste corría en aquel momento a través de la selva, con toda la rapidez con que sus viejas piernas podían llevarle, rumbo a su distante madriguera, donde sabía que ningún negro se atrevería a perseguirle.

Tarzán también se había desvanecido en el aire, según su costumbre, para sembrar el desconcierto entre los indígenas. Los ojos de Momaya se clavaron luego en Rabba Kega. El hechicero de la aldea de Mbonga detectó en las pupilas de la mujer una expresión que no presagiaba nada bueno para él, por lo consideró saludable para él echarse hacia atrás prudentemente.

—De modo que mi Tibo estaba muerto en el fondo del río, ¿verdad? —clamó la mujer—. Así que está muy lejos, solo y en gran peligro, ¿no es cierto? ¡Magia! —En la declamación de esta última palabra puso Momaya tan elocuente ironía, tan teatral desprecio que por sí sola habría consagrado a cualquier primera figura del arte de Tespis. Insistió a voz en grito—: ¡Menuda magia! ¡Momaya os hará una demostración en vivo de su propia magia!

Cogió del suelo una rama caída del árbol y asestó con ella un tremendo estacazo en la cabeza a Rabba Kega. El hechicero soltó un aullido de dolor,

dio media vuelta y emprendió la huida a todo correr.

Momaya le persiguió, sin dejar de sacudirle en la espalda con la rama rota, y de tal guisa cruzaron la puerta de la aldea y recorrieron la calle de un extremo a otro, con gran regocijo por parte de los guerreros, las mujeres y los niños que tuvieron la fortuna de presenciar aquel espectáculo, porque el que más y el que menos temía a Rabba Kega, y temer es odiar.

Y así fue como aquel día Tarzán de los Monos añadió a su ejército de enemigos pasivos un par de enemigos activos, los cuales se mantuvieron aquella noche en vela hasta altas horas de la madrugada, dedicados a tramar planes de venganza contra el dios-demonio blanco que los había desacreditado y puesto en ridículo, aunque en sus malintencionados proyectos se infiltraba una veta de auténtico terror que les resultaba imposible eliminar.

El joven lord Greystoke ignoraba lo que tramaban contra él, aunque, de saberlo, poco le hubiera importado. Aquella noche durmió exactamente igual que cualquier otra noche, y aunque sobre su cabeza no había techo, ni puerta cerrada alguna que impidiera el paso a los intrusos, su sueño fue más tranquilo que el de su aristocrático pariente de Inglaterra, que durante la cena de aquella noche se excedió en la ingestión de langosta y trasegó mucho más vino de la cuenta.

Capítulo Siete

CAPÍTULO VII

EL FIN DE BUKAWAI

CUANDO Tarzán de los Monos era todavía niño aprendió, entre otras cosas, a fabricarse cuerdas flexibles con las hierbas de la selva cuya fibra era resistente. Eran unas cuerdas fuertes y sólidas, las de Tarzán, el pequeño tarmangani. Tublat, su padre adoptivo, no sólo os hubiera dicho eso, sino también un montón de cosas más. De haberle tentado con un puñado de rollizas orugas, seguro que Tublat se hubiera sentido lo bastante contento como para extenderse en toda clase de detalles, al referiros las mil y una ignominias a que le sometió Tarzán con aquella odiada cuerda. Aunque dado que Tublat siempre se ponía hecho un basilisco en cuanto pensaba en Tarzán o en su maldita cuerda, puede que no resultase nada cómodo para vosotros permanecer lo bastante cerca de Tublat como para escuchar lo que tuviese que contar.

Aquel dogal con nudo corredizo que parecía una serpiente se había cerrado con tanta frecuencia alrededor de su cuello, tantas veces le había levantado del suelo, inopinada, ridícula y lamentablemente, aquella dichosa cuerda, que no es de extrañar que en el corazón selvático de Tublat existiese poco espacio, mejor dicho, ningún espacio para el cariño hacia aquel hijastro suyo de piel blanca, ni para sus ocurrencias e inventos. Hubo también ocasiones en las que Tublat se vio suspendido en el aire, pataleando, con el lazo ceñido implacablemente en tomo al cuello y los ojos de la muerte clavados en su rostro, mientras el pequeño Tarzán bailoteaba en una rama próxima, mofándose del simio, dedicándole las burlas y las muecas más indecorosas de su repertorio.

Sin embargo, hubo una vez en que la cuerda tuvo un papel destacado, una ocasión, la única, que Tublat recordaba complacido. Tarzán, cuyo cerebro era tan dinámico como activo era su cuerpo, siempre estaba ideando nuevas diversiones y juegos que poner en práctica. Merced a tal deporte aprendió infinidad de cosas durante la niñez. Aquel día aprendió

algo, y el hecho de que no perdiera la vida en el proceso de ese aprendizaje constituyó una agradable sorpresa para Tarzán y una enorme contrariedad para Tublat.

Al echar el lazo a un compañero de juegos que estaba en lo alto de un árbol, por encima de él, el niño no alcanzó al cachorro de mono, sino que la cuerda se enganchó en una rama que sobresalía. Cuando el mono trató de soltar el nudo, lo que hizo fue apretarlo más. En vista de ello, el pequeño Tarzán trepó por la cuerda para desprender el lazo de la rama. Se encontraba en plena ascensión cuando otro compañero de juegos, retozón él, cogió el cabo de la cuerda que se arrastraba por el suelo y echó a correr con él, alejándose todo lo que pudo. Cuando Tarzán le gritó que dejase de hacer lo que estaba haciendo, el joven mono aflojó un poco la cuerda, momentáneamente, y luego la tensó de nuevo. Como consecuencia de aquella maniobra, el cuerpo de Tarzán empezó a balancearse, en un movimiento de columpio que le resultaba de lo más agradable y comprendió de súbito que acababa de descubrir un nuevo y divertido entretenimiento. Animó al mono a que continuara aflojando y tirando de la cuerda, mientras él se mecía en el aire, yendo de un lado a otro en todo lo que permitía la longitud de la cuerda. Sin embargo, la distancia no era lo bastante amplia y tampoco se encontraba a la suficiente altura del suelo como para que el juego le produjera esa imprescindible tensión emotiva que tan sugestivos hace los pasatiempos de los jóvenes.

De modo que Tarzán trepó a la rama donde estaba prendido el lazo y, tras soltarlo, ascendió con la cuerda y la ató a una gruesa rama situada mucho más arriba. Una vez asegurado allí un extremo, cogió el cabo suelto y descendió con él a través de la enramada todo lo que la cuerda dio de sí. A continuación, empezó a columpiarse, colgado del extremo, torciendo y retorciendo su ágil cuerpo, como un plomo humano suspendido de un péndulo de hierba… a diez metros del suelo.

¡Ah, qué delicia! Verdaderamente, era un nuevo juego de primera magnitud. Tarzán estaba en la gloria. En seguida comprobó que, si contorsionaba el cuerpo de la manera apropiada, podía refrenar o acelerar la oscilación y, al ser un jovencito inquieto y revoltoso, optó, naturalmente, por acelerar. En seguida, su balanceo cobró velocidad y largo vuelo, mientras abajo, en tierra firme, los simios de la tribu de Kerchak contemplaban sus evoluciones con ligero asombro.

De haber sido cualquiera de nosotros el que se columpiaba allí, lo que

sucedió entonces no habría ocurrido nunca, porque no habríamos aguantado tanto tiempo suspendidos del extremo de la cuerda de hierba. Pero balanceándose colgado, agarrado a ella con las manos, Tarzán se encontraba tan a gusto como si estuviera de pie en el suelo. O, al menos, casi tan a gusto. Sea como fuere, no sentía el menor cansancio después de seguir allí un rato tan largo como para que a cualquier mortal comente y moliente se le hubieran quedado los músculos entumecidos a causa de la tensión del esfuerzo físico. Y esa fue su perdición.

Lo mismo que los demás miembros de la tribu, Tublat no le quitaba ojo. De todos los seres que poblaban la selva, a ninguno odiaba de todo corazón Tublat tanto como a aquella espantosa caricatura de simio, blanco y sin pelo. De no ser por la ágil destreza de Tarzán y por la celosa vigilancia que el salvaje amor maternal de Kala proyectaba sobre su hijo adoptivo, Tublat hubiera eliminado mucho tiempo atrás aquel baldón que mancillaba el honor de su familia.

Había transcurrido tanto tiempo desde que Tarzán se convirtió en integrante de la tribu que Tublat había olvidado las circunstancias que concurrieron en el ingreso en la familia de aquel huérfano de la jungla. Como resultado de ese olvido, imaginaba que Tarzán era vástago suyo, lo cual acentuaba enormemente su disgusto.

El balanceo del péndulo había cobrado un gran impulso y su recorrido era alto y amplio. De pronto, cuando Tarzán de los Monos se encontraba en el punto más alto del arco que trazaba la cuerda, ésta se partió, como consecuencia del desgaste producido por su prolongado roce con la áspera corteza de la rama del árbol. La atenta mirada de los simios espectadores vio salir disparado el moreno cuerpo del tarmangani, que abandonó el árbol, surcó el aire y luego cayó a plomo. Tublat dio un tremendo salto, a la vez que profería lo que en un ser humano habría sido un eufórico grito de júbilo. Aquello iba a ser el fin de Tarzán y de casi todos los problemas de Tublat. A partir de entonces, llevaría una existencia pacífica, tranquila y feliz.

Tarzán se desplomó desde una altura de más de doce metros y su cuerpo cayó de espaldas sobre un arbusto de denso follaje. La primera en llegar junto a él fue Kala… la feroz, la espantosa, la tierna y cariñosa Kala. Años atrás había visto perder la vida a su propio *balu*, estrellándose de modo semejante. ¿Iba a perder de la misma manera también a aquél? Cuando lo encontró, Tarzán yacía completamente inmóvil entre las ramas

del arbusto, bastante hundido en ellas. A Kala le costó varios minutos extraerle de la maraña del follaje, pero Tarzán no estaba muerto. Ni siquiera sufría heridas graves. Las ramas del arbusto habían amortiguado la violencia del impacto. El corte que presentaba en la nuca indicaba el punto donde la cabeza chocó con el tronco y explicaba el que hubiera perdido el sentido.

En cuestión de minutos, Tarzán se mostró tan activo como siempre. Tublat estaba furioso. Su indignación le llevó a provocar a un congénere sin comprobar previamente su identidad, cosa que le valió una zuna de las buenas, ya que había tenido la desgracia de ir a desahogar las malas pulgas producto de su desilusión con un fornido y belicoso macho joven que se encontraba en la plenitud de su vigor físico.

Tarzán, por su parte, había aprendido algo nuevo: que el roce continuado desgastaba la cuerda. Aunque tuvieron que pasar largos años antes de que ese conocimiento hiciera por él algo más que simplemente impedirle columpiarse durante demasiado tiempo o, también, a demasiada altura del suelo.

Día llegó, sin embargo, en que lo mismo que estuvo a punto de matarle sirvió para salvarle la vida.

Por entonces ya no era un niño, sino un robusto y selvático mocetón. Nadie velaba solícitamente por él, ni tampoco lo necesitaba. Kala había muerto. Tublat también. Y aunque con Kala se fue la única criatura que había querido realmente a Tarzán de los Monos, después de que Tublat fuera a reunirse con sus difuntos antepasados, aún quedaban en este mundo muchos otros seres que odiaban al hombre mono. Ello no se debía a que Tarzán fuese más cruel o más salvaje que los que le aborrecían, porque aunque no dejaba de mostrarse cruel y salvaje en la medida en que lo eran los demás animales de la selva, a veces tenía rasgos de delicadeza ajenos por completo a las otras fieras. No, lo que le hizo ganarse la antipatía de quienes le miraban con ojos hostiles consistía, principalmente, en el hecho de que era poseedor de algo que no podían entender, un don especial que a ellos les estaba negado: el sentido del humor, la capacidad de crear y explotar situaciones cómicas. Puede que, en ocasiones, Tarzán exagerase un poco la nota, ya que algunas de las bromas que gastaba a sus amigos eran más bien pesadas y dolorosas, del mismo modo que las trampas y acosos a los que sometía a sus enemigos solían ser bastante crueles.

Pero ninguno de estos motivos era la causa de la enemistad de

Bukawai, el infame hechicero que habitaba la cueva sita entre los dos montes, a mucha distancia, hacia el norte, de la aldea de Mbonga. Bukawai sentía celos de Tarzán, y Bukawai estuvo en un tris de provocar la destrucción del hombre mono. Largos meses llevaba Bukawai alimentando su odio, cuando la venganza le parecía algo remotísimo, dado que Tarzán de los Monos frecuentaba otras zonas de la selva, a muchos kilómetros de distancia de la guarida de Bukawai. Sólo en una ocasión se habían cruzado los caminos del hechicero y del dios-demonio, como los negros llamaban frecuentemente a Tarzán, una ocasión en la que éste escamoteó al brujo unos pingües honorarios, al mismo tiempo que demostró que su boca mentía y que los conjuros que preparaba eran más falsos y engañosos aún. Bukawai nunca podría perdonar aquella faena, aunque parecía muy improbable que se le presentara la oportunidad de tomar cumplida venganza.

Sin embargo, esa oportunidad se presentó, y de un modo verdaderamente inesperado. Un día, en su expedición de caza, Tarzán se aventuró mucho en dirección norte. Se encontraba a bastante distancia de la tribu, ya que a medida que se acercaba al estado adulto, el hombre mono se alejaba cada vez más en sus cacerías en solitario, que prolongaba durante varias jornadas. De niño siempre disfrutó saltando y jugando con los monos jóvenes, sus compañeros; pero estos amigotes de la infancia se habían convertido en grandes machos, hoscos, esquivos y malhumorados, o en madres desconfiadas y suspicaces, que velaban celosamente por sus desvalidos *balus*. Así que Tarzán encontraba en su propio espíritu y mentalidad humana una compañía mucho más amplia, franca y abierta que la que pudiese brindarle cualquiera de los monos de la tribu de Kerchak.

Aquel día, mientras Tarzán cazaba, el cielo fue encapotándose poco a poco. Nubes desgarradas, que el viento sacudía e impulsaba de aquí para allá, corrían por el cielo a baja altura, casi rozando las copas de los árboles. A Tarzán le recordaron a aterrados antílopes huyendo de la acometida del león hambriento. Pero aunque las nubes se desplazaban a gran velocidad, la selva permanecía quieta. Ni una hoja se estremecía y el silencio era un peso enorme, muerto…, insoportable. Hasta los insectos parecían paralizados por el miedo a algún peligro inminente y los animales de mayor tamaño guardaban un silencio sobrenatural. Un bosque semejante, una jungla así pudo haber existido allí mismo al principio de los tiempos, en una época desaparecida siglos y siglos antes de que Dios sembrase la vida sobre la

Tierra, cuando los sonidos eran algo inexistente, ya que tampoco había oídos para escucharlos.

Y por encima de todo se extendía un pálido celaje ocre, a través de cuya transparencia se desplazaban las azotadas nubes. Tarzán había visto muchas veces desarrollarse aquellas condiciones meteorológicas, pero nunca dejaba de asaltarle una sensación extraña cuando se repetían de nuevo ante sus ojos. El miedo era algo desconocido para él, pero frente a las manifestaciones de los crueles e inconmensurables poderes de la Naturaleza se sentía muy pequeño, insignificante y solitario.

Percibió de pronto un leve y lejano gemido.

—Los leones andan a la busca de presa —murmuró para sí. Alzó la mirada hacia las fugitivas nubes. El gemido aumentó de volumen—. ¡Ahí vienen! —silabeó Tarzán de los Monos, al tiempo que se refugiaba bajo las ramas de un árbol frondoso. De pronto, las copas de todos los árboles se inclinaron simultáneamente hacia el suelo, como si Dios hubiese bajado una mano y Su palma se apoyara en la Tierra. Tarzán musitó—: ¡Ya llegan! ¡Los leones ya llegan! —Estalló en el cielo un deslumbrante relámpago, seguido de un trueno ensordecedor. Tarzán gritó—: ¡Los leones han saltado y ahora rugen feroces sobre los cuerpos de sus víctimas!

Los árboles se bamboleaban furiosamente en todas direcciones, agitados por un vendaval demoníaco que fustigaba despiadamente a la selva en peso. Y entonces empezó a llover… Pero no era una lluvia como la que cae en nuestras tierras del norte, sino un diluvio impresionante, repentino, cegador, asfixiante. «La sangre de las víctimas», pensó Tarzán, al tiempo que se acurrucaba contra el tronco del árbol bajo el que se había cobijado.

Se encontraba cerca del extremo de la jungla y, antes de que se desencadenara la tormenta, había vislumbrado a lo lejos las moles de dos pequeños montes. Ahora no distinguía nada. Se lo estaba pasando en grande escudriñando a través de aquella lluvia torrencial, tratando de localizar las dos colinas e imaginando que la catarata que soltaba el cielo se las había llevado por delante, las había barrido. Con todo, no ignoraba que acabaría por escampar, que el sol volvería a brillar en las alturas y que todo seria otra vez como antes, con la excepción de que se habrían quebrado unas cuantas ramas y de que algún anciano patriarca del bosque, medio putrefacto ya, se habría desplomado para enriquecer con el abono de su corrupción el suelo que lo había estado alimentando y robusteciendo

durante, quizás, varios siglos. Alrededor del hombre mono, ramas y hojas saturaban el aire o iban a parar al suelo, arrancadas por la violencia del tornado o por el peso del agua que se abatía sobre ellas. Un tronco seco se quebró y cayó a pocos metros de distancia, pero a Tarzán le protegían de tales peligros las largas, fuertes y frondosas ramas del robusto gigante bajo cuyo amparo le llevó el profundo conocimiento que tenía de todo lo relativo a la selva. Allí no existía más que un solo peligro, y éste era muy remoto. Sin embargo, le alcanzó. Sin previo aviso, el árbol bajo el que se encontraba atrajo sobre sí la furia eléctrica de un rayo, y cuando la lluvia cesó y el sol volvió a salir, Tarzán yacía desmadejado en el suelo, en el lugar donde había caído, de bruces, entre los restos del coloso de la jungla que debería haberle protegido.

Bukawai salió a la entrada de su cubil una vez cesó la lluvia y la tormenta hubo pasado. El hechicero contempló el panorama. El anciano sólo podía ver con su único ojo, pero aunque hubiese tenido una docena no habría hallado el menor asomo de belleza en la fresca dulzura de la selva reanimada, porque tales cosas, según la química de su personalidad, no provocaban reacción ninguna en su cerebro. Del mismo modo que, aunque hubiese tenido nariz —que le faltaba desde hacía muchos años— tampoco habría encontrado placer ni deleite en el aroma del aire, límpido, traslúcido, recién purificado.

Una a cada lado, las únicas y constantes compañeras del leproso, las dos hienas, olfateaban la atmósfera. En aquel momento, una de ellas emitió un sordo gruñido, aplastó el hocico contra el suelo y echó a andar, serpenteante y cautelosa, hacia la jungla. La otra le siguió. Ello despertó la curiosidad de Bukawai que, con su gruesa estaca en la mano, emprendió la marcha tras ellas.

Los dos animales se detuvieron a unos metros del caído Tarzán. Husmearon y gruñeron. Luego llegó Bukawai, que al principio no podía dar crédito a lo que contemplaban sus ojos. Pero cuando comprobó que se trataba verdaderamente del dios-demonio su furor no conoció fronteras, al creer que estaba muerto y, en consecuencia, considerar que se le había birlado la venganza con la que tanto tiempo llevaba soñando.

Con los colmillos al aire, las hienas se acercaron al hombre mono. Al tiempo que prorrumpía en un chillido inarticulado, Bukawai se precipitó sobre ellas y procedió a aplicarles un chaparrón de bestiales estacazos, ya que cabía la posibilidad de que en aquel cuerpo en apariencia inerte

quedase aún vida. Rugiendo y chasqueando los dientes, las fieras parecieron a punto de revolverse contra su amo y verdugo, pero el miedo cobarde al que tanto tiempo llevaban sometidas les impidió arrojarse contra la garganta de Bukawai. Retrocedieron unos metros y se sentaron sobre las patas traseras, con el odio y el hambre fulgurando salvajemente en sus pupilas.

Bukawai se agachó y aplicó el oído al pecho de Tarzán, sobre el corazón. Aún latía. En las corroídas facciones del hechicero se reflejó todo el placer que podía manifestar su rencoroso espíritu, pero la imagen no resultaba agradable para la vista. En el suelo, junto al hombre mono estaba la cuerda de hierba trenzada. Apresuradamente, Bukawai ató a la espalda las inertes muñecas de su ahora prisionero y luego se lo echó sobre uno de los hombros, porque, aunque Bukawai era viejo y estaba enfermo, no dejaba de ser todavía un hombre fuerte. Las hienas se quedaron atrás mientras el hechicero emprendía la marcha hacia la cueva. Siguieron a Bukowai por los negros pasillos, a lo largo de los cuales trasladó el brujo a su presa, rumbo a las profundas entrañas del monte. El peso de su carga hacía vacilar a Bukawai mientras atravesaba las cámaras subterráneas, comunicadas entre sí por zigzagueantes corredores. Tras doblar una esquina, la luz del día los inundó súbitamente y Bukawai entró en un pequeño cuenco circular del monte, al parecer el cráter de un antiguo volcán, uno de esos cráteres sin la categoría suficiente como para alcanzar la dignidad de abrirse en la cima de una verdadera montaña y que no pasan de ser hoyos insignificantes con filo de lava, un círculo que se dibuja sobre la superficie de la tierra.

Bordeaban aquella pequeña cavidad unas paredes empinadas. La única salida del recinto era el pasillo por el que Bukawai había entrado. En el suelo rocoso crecían unos cuantos árboles achaparrados. A una altura de cosa de treinta metros se veían los mellados rebordes de aquella helada y muerta boca del infierno.

Bukawai apoyó a Tarzán contra un árbol y lo ligó al tronco, siempre con la propia cuerda del hombre mono. Le dejó las manos libres, pero atando los nudos separados de forma que no pudiera alcanzarlos. Las hienas zascandileaban de un lado a otro, sin dejar de gruñir. El hechicero las odiaba tanto como las hienas le odiaban a él. Bukawai sabía que sólo esperaban el momento de verle indefenso… o bien que se produjera una circunstancia en la que su odio alcanzase tal punto de furiosa ebullición que

les hiciera olvidar el rastrero temor que les infundía su amo.

En lo más profundo de su corazón, Bukawai sentía un pánico atroz hacia aquellas bestias repulsivas, y a causa de ese miedo las mantenía siempre bien alimentadas, A veces, incluso, llegaba a cazar para ellas, cuando las hienas fracasaban en sus intentos de procurarse comida por sí solas. A pesar de todo, el brujo nunca dejaba de tratarlas con la crueldad propia de un cerebro mezquino, enfermo, bestial y primitivo.

Las tenía desde que eran cachorros. Aquellos animales no conocían más vida que la que arrastraban con él, y aunque salian a veces a cazar solas, por su cuenta, siempre regresaban a la cueva. Últimamente, Bukawai había llegado a pensar que volvían no tanto por costumbre como por poseer una paciencia diabólica, que les permitía soportar toda clase de humillaciones y sufrimientos con tal de darse el gusto de paladear la venganza definitiva… Y poca fantasía necesitaba el hechicero para imaginar en qué iba a consistir esa venganza; aunque, después, otra persona le sustituiría.

En cuanto tuvo a Tarzán bien atado, Bukawai volvió al pasillo, no sin antes hacerse preceder por las hienas. Preparó un enrejado de ramas entretejidas, para cerrar el hoyo, a fin de poder dormir seguro durante la noche, ya que pensaba dejar a las hienas encerradas en el cráter, al objeto de que no pudieran deslizarse subrepticiamente y caer sobre él en la oscuridad, mientras estuviera dormido.

Bukawai salió por la boca de la cueva exterior, se llegó al manantial que brotaba en la cañada próxima, llenó de agua un recipiente y regresó hacia el hoyo. Las hienas estaban junto al enrejado de la verja, con la hambrienta mirada fija en Tarzán. Anteriormente, ya las habían alimentado otras veces así.

Bukawai se acercó a Tarzán y volcó parte del agua del recipiente sobre el hombre mono. El gigante blanco agitó las pestañas y, cuando la segunda ración de agua cayó sobre él, abrió los ojos del todo y miró a su alrededor.

—¡Dios-demonio! —anunció Bukawai—. ¡Tienes ante ti al gran hechicero! Mi medicina es poderosa y la tuya débil. Si no, ¿cómo es que te encuentras atado aquí, como una cabra que sirve de cebo para cazar leones?

Tarzán no entendió una palabra de lo que dijo Bukawai y, en consecuencia, se abstuvo de responder, limitándose a mirar impávida, gélida y fijamente al hechicero. Las hienas se le acercaron, sigilosas, por la espalda. El hombre mono las oyó gruñir, pero ni se molestó en volver la cabeza. Era una fiera con cerebro de hombre. La fiera que anidaba en su

interior se negaba a mostrar temor alguno ante una muerte que su cerebro humano ya reconocía como inevitable.

Bukawai aún no estaba dispuesto a permitir que se arrojaran sobre la víctima y, para impedirlo, se precipitó contra ellas, enarbolada la estaca. Sucedió una breve refriega, en la que los repulsivos animales llevaron la peor parte, como de costumbre. Tarzán observó la contienda. Se percató del odio existente entre las dos fieras y aquel siniestro simulacro de hombre.

Una vez sometidas las hienas, Bukawai volvió a entregarse con entusiasmo a la tarea de incordiar a Tarzán, pero al darse cuenta de que su prisionero no comprendía nada de lo que le estaba diciendo, acabó por desistir. Después se retiró al pasadizo y colocó el enrejado como barrera para cortar la salida a las hienas. Se dirigió a la cueva, cogió su estera de dormir, regresó a la verja que cerraba el cráter y se tendió allí, dispuesto a presenciar cómodamente el espectáculo de la consumación de su venganza.

Furtivas y subrepticias, las hienas rondaban a Tarzán. Éste dio varios tirones a sus ligaduras, pero no tardó en comprender que la cuerda que había trenzado para que sostuviera a Numa, el león, le retendría a él con idéntica eficacia. No albergaba el menor deseo de morir, pero podía mirar a la muerte cara a cara, como tantas veces había hecho anteriormente, sin el más leve estremecimiento.

Al tensar la cuerda se dio cuenta de que rozaba con el tronco del arbolito al que le habían atado. Como una relampagueante secuencia cinematográfica, en la pantalla de su cerebro se proyectó una escena surgida del depósito de imágenes de su memoria. Vio la ágil e infantil figura de un chico que se columpiaba a bastante altura sobre el suelo, agarrado al extremo de una cuerda. Un nutrido grupo de monos le observaba desde abajo. Vio entonces que la cuerda se rompía y el chico caía hacia el suelo. Tarzán sonrió. Se apresuró de inmediato a frotar la cuerda rápidamente de un lado a otro contra la áspera superficie del tronco del árbol.

Las hienas habían hecho acopio de valor y se le acercaban. Empezaron a husmearle las piernas, pero cuando Tarzán las sacudió con los brazos, se retiraron. El hombre mono sabía que, en cuanto el hambre las acuciase un poco más, volverían a la carga. Fría, metódicamente, sin prisa, pero sin pausa, Tarzán continuó frotando la cuerda contra la fragosa superficie del tronco del arbolito.

En la entrada del hueco, Bukawai se quedó dormido, con la idea de que

transcurriría algún tiempo antes de que las fieras reuniesen suficiente coraje o se encontraran lo bastante famélicas como para atacar al prisionero. Los ladridos de las hienas y los gritos de la víctima le despertarían. Bukawai se dijo que, entre tanto, bien podía descansar un poco.

Fueron pasando las horas del día sin que se produjera novedad alguna, porque las hienas aún no tenían bastante hambre y porque la cuerda que sujetaba a Tarzán era mucho más fuerte que aquella de su infancia, que no resistió tanto tiempo el roce con la corteza del árbol. A pesar de todo, el apetito no dejó de ir apoderándose de las hienas, ni la cuerda dejó de irse debilitando paulatinamente. Bukawai seguía durmiendo.

Bastante entrada la tarde, el tormento del hambre hizo mella en una de las hienas, que gruñó colérica y se abalanzó súbitamente sobre Tarzán. El ruido despertó al hechicero. Se incorporó automáticamente y, sentado en el jergón, miró hacia el interior del cráter. Vio a la famélica hiena lanzarse sobre el hombre, tratando de tirarle una dentellada al cuello. Vio a Tarzán extender la mano y agarrar al rugiente animal. Vio a la segunda hiena saltar sobre el hombro del dios-demonio. El gigantesco y terso cuerpo se adelantó con poderoso impulso. Músculos impresionantes, voluminosos, resaltaron bajo la bronceada piel; el hombre mono dio un impetuoso tirón hacia el frente, las cuerdas se rompieron y tres figuras rodaron por el piso del cráter, entre rugidos, zarpazos y mordiscos ávidos de desgarrar la carne.

Bukawai se puso en pie de un brinco. ¿Seria posible que aquel dios-demonio se impusiera a sus dos servidoras? ¡Era inconcebible! Aquella criatura estaba desarmada y había caído al suelo con las dos hienas encima. Pero Bukawai no conocía a Tarzán.

El hombre mono cerró sus dedos de acero en torno a la garganta de una de las hienas y se levantó sobre una rodilla, pese a que la otra fiera le lanzaba frenéticos envites tratando de volver a derribarlo. Tarzán sujetó con una mano al primer Dango, al tiempo que alargaba la otra con la intención de agarrar a la segunda fiera y atraerla hacia sí.

Al ver que el desenlace de la batalla se decantaba en contra de sus huestes, Bukawai abandonó la cueva para irrumpir en el cráter, con el garrote levantado. Tarzán lo vio acercarse y se puso en pie, con una hiena en cada mano. Arrojó uno de los furibundos animales a la misma cara del hechicero. Bukawai y su hiena fueron a parar al suelo, en confuso montón, donde todo eran rugidos y mordiscos. Tarzán despidió a la segunda hiena hacia el otro lado del cráter, mientras la primera le hincaba el diente al

carcomido rostro de su amo. Pero eso no era lo que deseaba el hombre mono. Propinó un feroz puntapié a la fiera, que salió disparada, entre aullidos, y fue a reunirse con su compañera. Tarzán se llegó de un salto junto al postrado brujo y lo levantó de un tirón.

Todavía consciente, Bukawai vio la muerte, inmediata y terrible, en las pupilas de su captor y se revolvió contra él, con uñas y dientes. Tarzán se estremeció al ver tan cerca del suyo aquel repugnante rostro en carne viva. Las hienas consideraron que ya tenían bastante y decidieron perderse de vista a través de la abertura que conducía al pasillo de la cueva. Pocas dificultades tuvo Tarzán para someter y atar al hechicero. Luego lo trasladó al mismo árbol a cuyo tronco Bukawai le había sujetado a él. Claro que, al atarlo, se cercioró de que el brujo no pudiera escaparse como había hecho Tarzán. Y allí lo dejó.

Mientras recorría de vuelta los sinuosos corredores y cámaras subterráneas, el dios blanco de la selva no vio ni rastro de las hienas.

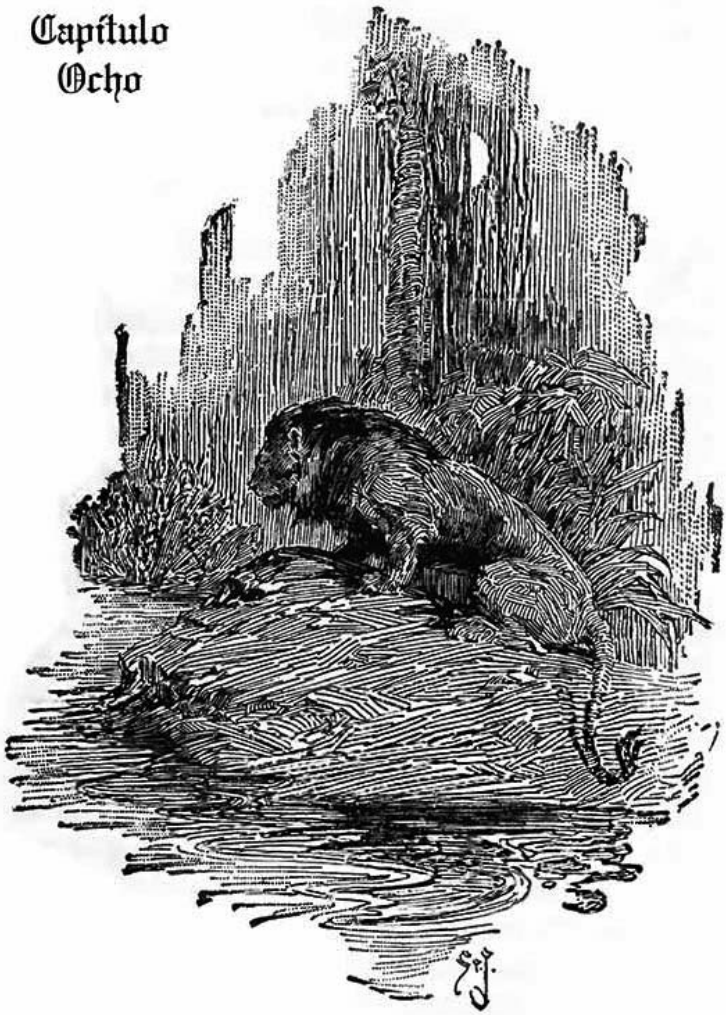
«Volverán», se dijo.

En el cráter, rodeado de aquellas paredes casi cortadas a pico, Bukawai, helado de miedo, tiritaba como si tuviese fiebre.

—¡Volverán! ¡Vendrán a devorarme! —gritó, y su estridente voz fue aumentando de volumen hasta convertirse en aterrado alarido.

Y volvieron.

Capítulo Ocho



CAPÍTULO VIII

NUMA, EL LEÓN

AGAZAPADO detrás de un arbusto espinoso, en las proximidades del abrevadero, nada más pasada la curva del río donde las aguas formaban un remolino, Numa, el león, estaba al acecho. Había allí un vado y en ambas márgenes de la corriente fluvial un sendero transitadísimo, por el que a lo largo de una infinidad de siglos los animales salvajes de la jungla y de la llanura extendida más allá acudían a beber: los carnívoros con majestuosa intrepidez, los herbívoros con ánimo timorato, vacilantes, sin tenerlas todas consigo.

A Numa, el león, le acosaba un hambre atroz, por eso se mantenía en absoluto silencio. Durante su marcha hacia el abrevadero había dejado oír bastantes plañidos y no pocos rugidos, pero al acercarse al punto donde se apostaría a la espera de Bara, el ciervo, Horta, el jabalí, o cualquier otro de los muchos suculentos moradores de la selva que iban allí a saciar la sed, Numa, el león, mantuvo un silencio total. Un silencio lúgubre, terrible, que parecía dispararse desde el fulgor verde amarillo de sus ojos feroces y que subrayaban las ondulantes sacudidas de la sinuosa cola.

Pacco, la cebra, fue la primera en aparecer \1 Numa, el león, a duras penas logró contener un rugido de indignación, porque de todos los pobladores de la llanura, ninguno era más precavido que Pacco, la cebra. Detrás del garañón llegaba una manada de treinta o cuarenta cabezas de aquellos animales rollizos y maliciosamente desconfiados, semejantes a caballos de pequeña alzada. Durante la aproximación al río, el guía del rebaño efectuaba frecuentes altos, para erizar las orejas, levantar el belfo y ventear la brisa, a fin de captar los efluvios de los pavorosos devoradores de carne que pudieran andar por allí.

Numa cambió de postura, inquieto, introdujo bajo el rojizo cuerpo las patas traseras y se aprestó a desencadenar el repentino y salvaje ataque. Sus pupilas despedían llamaradas famélicas. Vibraron sus poderosos músculos

bajo la excitación del instante.

Pacco avanzó unos trancos más, se detuvo de nuevo, relinchó y volvió grupas. Se oyó el repicar de unos cascos que se alejaban y la manada desapareció. Pero Numa, el león, no se movió. Conocía bien las costumbres, las argucias de Pacco, la cebra. Estaba completamente seguro de que volvería, aunque tal vez repitiese aquella maniobra de dar media vuelta y emprender la huida antes de reunir la cantidad de agallas que necesitaba para conducir su harén y sus retoños hasta el agua. Sin embargo, cabía la posibilidad de que Pacco se dejase dominar por el miedo y no volviera. Numa había visto darse tal circunstancia en ocasiones anteriores, por lo que continuó inmóvil, casi rígido, no fuera caso de que se percataran de su presencia y el pánico impulsara a las cebras a alejarse al galope, sin abrevar, de regreso a la pradera.

Una y otra vez, Pacco y su familia se aproximaron al río, y una y otra vez dieron media vuelta y emprendieron la retirada antes de llegar. Pero en cada una de aquellas operaciones se acercaban más a la orilla fluvial, hasta que, por fin, el rellenito garañón hundió delicadamente en el agua el aterciopelado belfo. Con paso cauteloso, los demás fueron aproximándose al cabeza de familia. Numa le echó el ojo a una yegua lustrosa, rozagante y bien alimentada; las pupilas del león llamearon vorazmente mientras la devoraba con la vista, porque a Numa, el león, le encanta la carne de Pacco casi más que ninguna otra de cuantas ha saboreado, tal vez porque Pacco es, de todos los herbívoros, el más difícil de cazar.

El felino empezó a levantarse despacio y, al hacerlo, una ramita chasqueó bajo una de sus grandes patas almohadilladas. Como el proyectil disparado por un rifle, Numa se lanzó al asalto de la yegua, pero el crujido de la ramita había sido suficiente para asustar a la miedosa presa: todos los miembros de la manada, como un solo individuo, emprendieron la fuga en el preciso instante en que Numa iniciaba el ataque.

El garañón fue el último integrante del rebaño en retirarse y, con un salto prodigioso, Numa surcó el aire catapultado hacia él. Pero la chasqueante ramita había escamoteado a Numa su festín, si bien sus largas y aceradas uñas consiguieron arañar la brillante piel de la grupa de la cebra, trazando sobre ella cuatro rayas de color carmesí.

Hecho una auténtica furia infernal, Numa abandonó la orilla del río y se fue a merodear por el interior de la selva, terrible, peligroso, hambriento. Tal era su apetito que no le hubiera hecho ascos a nada; hasta el mismísimo

Dango, la hiena, le habría parecido a sus tragonas fauces un bocado digno de dioses. Y en ese estado de famélica cólera fue Numa, el león, a tropezarse con la tribu de Kerchak, el gran simio.

Nadie espera encontrarse a Numa, el león, a aquella hora tan avanzada de la mañana. En esos momentos suele estar dormido junto a la pieza capturada durante la noche anterior. Pero Numa no había cobrado ninguna pieza aquella noche. Aún estaba de caza, más hambriento que nunca.

Los antropoides andaban matando el tiempo por el claro, ya que habían satisfecho los primeros apetitos matinales. Numa los olió mucho antes de echarles la vista encima. Normalmente, habría dado media vuelta y se habría alejado en busca de otra presa, porque hasta Numa sentía un saludable respeto hacia los formidables músculos y los afilados colmillos de los grandes machos de la tribu de Kerchak, pero aquel día continuó avanzando directamente hacia ellos, erizado el bigote y fruncido el hocico mientras su garganta emitía gruñidos espeluznantes.

Sin un segundo de vacilación, Numa desencadenó su ataque en cuanto tuvo a los simios al alcance de su mirada. Por el pequeño claro deambulaban ociosamente una docena de aquellas peludas criaturas de aspecto grotescamente humano. Encaramado en la rama de un árbol, al borde del calvero, un joven de piel bronceada vio el celérico ataque de Numa. Vio también a los monos dar media vuelta y emprender la huida a la desbandada; los machos adultos tropezaron y pisotearon a los *balus* sin detenerse en consideraciones. Sólo una hembra tuvo los arrestos suficientes para quedarse allí y afrontar el asalto del león, una hembra joven, que había dado a luz recientemente y a la que la maternidad impulsaba al sacrificio, a cambio de que su *balu* pudiera escapar.

Tarzán saltó de la rama donde estaba sentado y empezó a dar voces a los simios que huían y a los que se encontraban a salvo en los árboles circundantes. Si los simios le hubieran plantado cara, Numa no hubiera continuado desarrollando su ataque, a no ser que le impulsara una rabia desmedida o las punzadas del hambre amenazasen con acabar con su vida. Y ni siquiera entonces hubiera salido ileso de la aventura.

Si los monos oyeron o no a Tarzán, lo cierto es que tardaron más de la cuenta en reaccionar, porque Numa tuvo tiempo de apoderarse de la hembra y llevársela a rastras al interior de la jungla antes de que los machos se recuperaran del susto y reunieran el valor suficiente para lanzarse en defensa de su compañera. La indignada voz de Tarzán

consiguió despertar en el ánimo de los simios una cólera semejante a la suya. Ladrando y rugiendo se precipitaron todos en pos de Numa por la laberíntica espesura en la que el colosal felino pretendía ocultarse de ellos. El gigante blanco marchaba en cabeza; su avance era rápido pero no exento de cautela y, para localizar el paradero del león, se valia más del oído y del olfato que de la vista.

Resultaba facilísimo seguir aquella pista, porque él cuerpo de la víctima dejaba en el suelo un rastro de sangre y en el aire un olor muy fuerte. Incluso a unos seres tan negados para ello como pudiéramos ser cualquiera de nosotros les resultaría sencillo seguirla. Para Tarzán y los monos de Kerchak era tan evidente como si se tratase de huellas impresas en la acera de una ciudad.

Tarzán supo que se acercaban al gigantesco felino incluso antes de oír el iracundo gruñido de aviso casi frente a él. A voces, indicó a los simios que imitaran su ejemplo, trepó a un árbol y al cabo de un momento Numa se vio rodeado por un círculo de rugientes fieras, que se encontraban fuera del alcance de sus colmillos y zarpas, pero dentro de su campo visual. El carnívoro permanecía agazapado, con las patas delanteras apoyadas en la mona. Tarzán se dio cuenta en seguida que la hembra ya estaba muerta, pero algo en su interior le hizo comprender que, aunque aquel cadáver era un cuerpo inútil, resultaba indispensable de todo punto arrancarlo de las garras del enemigo e infligir a éste el correspondiente castigo.

Dedicó a Numa unas cuantas pullas e insultos, arrancó varias ramas secas del árbol en el que se había encaramado y procedió a arrojárselas al león. Los monos hicieron lo mismo. Furibundo y ultrajado, Numa llenó el aire de rabiosos rugidos. Le acosaba el hambre, pero en aquellas condiciones no podía satisfacerla.

De haberlos dejado solos, es indudable que los simios no hubiesen tardado mucho en retirarse, dejando tranquilo al león para que disfrutase pacíficamente de su banquete, puesto que ¿no estaba muerta ya la hembra? Arrojar palos a Numa no devolvería la vida a la mona y, en vez de hacer semejante memez, bien podían ellos seguir comiendo también plácidamente. Pero Tarzán de los Monos no opinaba lo mismo. Había que castigar a Numa y expulsarlo de aquel territorio. Era preciso demostrarle que, aunque matara a una mangani, no se le iba a permitir que la devorase. El hombre mono miraba al futuro, mientras que los simios sólo veían el presente. Se conformaban con poder quitarse de encima aquel día la

amenaza que constituía Numa, mientras que para Tarzán era una necesidad perentoria eliminar esa amenaza para los días venideros.

De modo que siguió instando y animando a los grandes antropoides para que no dejasen de hostigar al león, que se vio sometido a un verdadero diluvio de proyectiles, que le obligaba a mover la cabeza continuamente, tratando de evitarlos, mientras dejaba oír gruñidos de protesta… Pero ni un segundo dejó de mantenerse aferrado desesperadamente a su presa.

No tardó el hombre mono en comprobar que las ramas y ramitas que caían sobre Numa no le ocasionaban ningún daño, ni siquiera aunque le alcanzasen de lleno, ya que en el cuerpo del león no se abría herida alguna. Así que Tarzán empezó a explorar con la vista el terreno, a su alrededor; no tuvo que mirar mucho. Un afloramiento de granito en descomposición, cerca del punto donde estaba Numa, parecía brindarle un arsenal de municiones susceptibles de resultar más eficaces y dolorosas. Tras decir a los monos que se fijaran en lo que iba a hacer, Tarzán descendió al suelo y cogió un puñado de pequeños fragmentos de piedra. Sabía que, en cuanto le vieran llevar a la práctica su idea, los demás simios imitarían su ejemplo con mayor rapidez que si se atuvieran simplemente a seguir sus instrucciones, en el caso de que les ordenara que fuesen a buscar guijarros y bombardeasen a Numa con ellos. Y es que, por entonces, Tarzán aún no era rey de los monos de la tribu de Kerchak. Eso llegaría años después. En aquellas fechas no era más que un simple joven, aunque ya se había ganado a pulso un puesto en los consejos que celebraban aquellas bestias salvajes entre las cuales le había situado un extraño destino. Los ariscos machos de la generación de más edad todavía le odiaban, como los animales suelen odiar a aquellos de los que desconfían, cuyo olor peculiar es el olor característico de una especie distinta, extraña y, por ende, enemiga. Los machos más jóvenes, los que habían crecido con Tarzán desde la infancia y compartido con él juegos y travesuras, estaban tan habituados al olor de Tarzán como con el de cualquier otro miembro de la tribu. No desconfiaban de Tarzán más que de cualquier otro macho que conociesen. Sin embargo, tampoco le apreciaban, porque no sentían afecto por nadie fuera de la época de celo, cuando buscaban pareja, y, por otra parte, las animosidades que se despertaban en el ánimo de los machos durante esa época de apareamiento solían prolongarse hasta la siguiente. En el mejor de los casos, eran un conjunto de individuos taciturnos y malhumorados, aunque entre ellos figuraban algunos en los que parecían germinar semillas primitivas de

humanidad, regresiones al tipo original, sin duda; regresiones al remoto progenitor que dio el primer paso del mono al hombre, que ya andaba con frecuencia sobre los pies y que descubrió que le era posible hacer otras cosas con las manos, hasta entonces desocupadas.

De modo que Tarzán se limitaba a dirigir, ya que aún no podía dar órdenes. Había descubierto mucho tiempo atrás la tendencia de los simios al mimetismo y aprendió a sacarle partido. Tras cargarse un montón de trozos de granito desprendidos del peñasco, se subió de nuevo al árbol y comprobó satisfecho que, como había previsto, los monos le imitaban.

Durante el breve momento de respiro que los monos le concedieron mientras bajaban a buscar proyectiles, Numa se dispuso a comer; pero apenas se había aprestado a tirar la primera dentellada a la pieza cuando recibió en plena mejilla la afilada arista de la primera pedrada que la hábil diestra de Tarzán le dirigía. El súbito rugido de dolorida cólera que profirió Numa se vio acallado por la cerrada descarga de proyectiles disparados por los simios, que habían visto e imitaban la acción de Tarzán. Numa sacudió su formidable cabeza y alzó la mirada hacia sus torturadores. Durante media hora estuvieron lanzándole piedras y ramas, hostigándole incansablemente, y aunque el carnívoro arrastraba a su presa y buscaba los puntos donde la vegetación era más densa, los simios encontraban siempre el modo de alcanzarle con sus proyectiles, sin proporcionarle la menor oportunidad de alimentarse y acosándole sin tregua.

El mono carente de pelo y que olía a hombre era el peor de todos, porque tenía incluso la temeridad de acercarse hasta escasos metros del señor de la selva, a fin de que los agudos trozos de granito y las ramas que le lanzaba fueran más certeros y llevasen más fuerza. Una y otra vez lanzó Numa sus ataques —súbitos, feroces ataques—, pero el ágil y veloz verdugo se las arreglaba siempre para eludir las acometidas. Y lo hacía con tan insultante facilidad que el león llegó a olvidarse de su hambre inmensa para dejarse obsesionar por la pasión devoradora de su cólera, hasta el punto de dejar abandonada su alimenticia presa durante considerables espacios de tiempo, en sus inútiles esfuerzos para echar la zarpa a su enemigo.

Tarzán y los simios persiguieron al gran felino hasta un claro natural, donde evidentemente Numa había decidido plantear su última batalla, dado que se situó en el mismo centro de aquel espacio abierto, lo bastante lejos de todo árbol como para resultar prácticamente inmune a los más bien

erráticos lanzamientos de los monos, aunque Tarzán aún continuó acertándole con insultante precisión e insistencia.

Sin embargo, eso no era lo que el hombre mono deseaba, ya que cuando Numa sufría el impacto de un proyectil lo único que se lograba con ello era que emitiese un gruñido de fastidio, en tanto aplazaba su festín que, a pesar de todo, acabaría celebrando. Tarzán se rascó la cabeza, mientras meditaba algún sistema de ataque más eficaz, ya que estaba firmemente resuelto a impedir que el león sacase provecho alguno de su ataque a la tribu de Kerchak. Los razonamientos de la mente del hombre se proyectaban hacia el futuro, mientras que los peludos simios sólo pensaban en el odio presente que sentían por aquel enemigo ancestral. Tarzán daba por supuesto que, si a Numa le resultaba fácil conseguir su alimento a base de los miembros de la tribu de Kerchak, antes que transcurriera mucho tiempo la existencia de ésta sería una pesadilla de terror y vigilancia constantes. A Numa había que darle una lección, demostrarle que matar a un mono comportaba un inmediato castigo y, desde luego, ninguna recompensa. No harían falta muchas lecciones para garantizar la seguridad posterior de la tribu. Aquel debía de ser un león viejo, al que ya le fallaban las fuerzas y la agilidad, por lo que se veía obligado a cobrar cualquier pieza que se le pusiera por delante en condiciones favorables; pero incluso un solo león, si no se le plantaba cara, podría acabar con toda la tribu o, por lo menos, amargarles la vida, hacérsela tan precaria y espantosa que perdería todo aliciente y dejaría de ser una experiencia agradable.

«Que vaya a cazar gomanganis —se dijo Tarzán—. Entre ellos encontrará presas fáciles. Le enseñaré a ese Numa feroz que no puede cazar manganis».

Pero el primer problema que debía resolver era el modo de arrebatar al león el cuerpo de la presa que pretendía comerse. Por fin, dio con el plan. A cualquiera que no fuese Tarzán de los Monos tal vez le hubiese parecido un plan más bien arriesgado; y es posible que también se lo pareciera a él. Pero a Tarzán le gustaban las cosas que incluyeran un considerable factor de peligro. Sea como fuere, me inclino a dudar que cualquiera de nosotros hubiese elegido un plan semejante para jugársela a un león irritado y hambriento.

Para llevar a cabo su proyecto, Tarzán necesitaba un colaborador, el cual debía poseer tanta audacia y ser casi tan ágil y dinámico como el propio hombre mono. Los ojos de éste se posaron en Taug, su compañero

de juegos en la infancia, el rival que le disputó su primer amor y el único, entre todos los machos de la tribu, que en opinión de Tarzán abrigaba en su salvaje cerebro un sentimiento hacia el hombre mono que nosotros podríamos describir como amistad. Al menos, a Tarzán le constaba que Taug era valiente, joven, ligero de movimientos y dotado de unos músculos espléndidos.

—¡Taug! —le llamó. El gigantesco simio levantó la vista de la rama seca que trataba de arrancar del tronco de un árbol alcanzado por un rayo. Tarzán le aleccionó—: Acércate a Numa todo lo que puedas y dedícate a incordiarle. Hostígale hasta que decida atacar. Aléjale del cadáver de Mamka. Manténlo apartado de allí el máximo de tiempo que puedas.

Taug asintió con la cabeza. Estaba en el lado opuesto del claro. Logró por fin arrancar la rama del árbol, se echó al suelo y avanzó hacia Numa, al que dirigió sus gruñidos e insultos. El asediado león alzó la cabeza y se puso en pie. La cola erecta comunicó a Taug que debía dar media vuelta y salir huyendo. El mono sabía que aquella era la señal indicadora de que Numa iba a desencadenar su ataque.

A espaldas del león, Tarzán echó a correr hacia el centro del claro, donde yacía el cadáver de Mamka. Numa, que sólo tenía ojos para el insolente Taug, no vio al hombre mono. Siguió lanzado en persecución del macho fugitivo, que había emprendido su rauda retirada justo a tiempo y que alcanzó el árbol salvador apenas un par de metros por delante del furibundo demonio que iba tras él. El antropoide trepó por el tronco de su refugio como un auténtico felino. Por centímetros no hicieron presa en su cuerpo las garras de Numa.

El león se detuvo unos segundos al pie del árbol, fulminando con los ojos al simio que se le escapaba y lanzando rugidos que hacían temblar la tierra. Después dio media vuelta para regresar junto a su víctima y, al hacerlo, la cola se puso rígida y erecta de nuevo y Numa desencadenó otra embestida, tan fiera como la anterior, pero en sentido contrario, porque acababa de ver al hombre desnudo, que corría hacia los árboles con la sanguinolenta víctima atravesada sobre sus hombros de gigante.

Desde la seguridad de su refugio en los árboles, los simios que presenciaban aquella carrera a vida o muerte dirigían gritos injuriosos para Numa y de ánimo para Tarzán. En las alturas celestes, un sol caluroso y brillante proyectaba su luz como un foco sobre los personajes que se movían en el pequeño calvero y resaltaba el relieve de sus formas a los ojos

de los espectadores acomodados entre las umbrías frondas de los árboles circundantes. Los músculos destacaban bajo la lisa y aterciopelada piel del moreno cuerpo desnudo del joven, sobre cuyos hombros discurría la sangre roja del primate que transportaba. Animal de pura raza selvática, nacido y criado en la jungla, el león de negra melena corría Lias él, agachada la cabeza, extendida la cola, lanzado a toda velocidad a través del claro.

¡Ah, pero aquello sí que era vida! Con la muerte en los talones, Tarzán disfrutaba jubiloso de la emoción de aquella existencia: ¿alcanzaría la seguridad de los árboles antes de que la desenfrenada muerte que le acosaba se abatiera sobre él?

Gunto se balanceaba en la rama de un árbol, delante de Tarzán.

Gunto le gritaba consejos y avisos.

—¡Agárrame! —le chilló Tarzán.

Con su pesada carga siempre sobre los hombros, saltó hacia el enorme simio macho, suspendido de la rama, a la que se sujetaba con las extremidades posteriores y una de sus manos delanteras. Y Gunto los cogió, a Tarzán y al peso muerto de la hembra sacrificada. Los atrapó en el aire con su peluda mano libre y los impulsó hacia arriba hasta que los dedos de Tarzán se cerraron en torno a la salvación una rama próxima.

En el suelo, Numa también saltó; pero, con todo lo torpe y pesado que Gunto pudiera parecer, en realidad era rápido como Manu, el mico, de forma que las garras del león apenas consiguieron rozarle, sólo trazaron en su peludo brazo la línea sangrienta de un rasguño.

Tarzán llevó el cuerpo sin vida de Mamka a una horqueta alta, a donde ni siquiera Sheeta, la pantera, podía llegar. Al pie del árbol, Numa acompañaba sus coléricos paseos con rugidos sobrecogedores. Le habían escamoteado no sólo la presa sino también la venganza. Estaba desesperadamente furioso, pero los expoliadores se encontraban fuera de su alcance y, tras lanzarle unos cuantos insultos y proyectiles como despedida, se alejaron saltando de árbol en árbol, sin olvidarse de obsequiarle con andanadas de feroces pullas.

Mucho reflexionó Tarzán sobre la pequeña aventura de aquel día. Adivinaba lo que podría ocurrir en el caso de que a los grandes carnívoros les diera por dedicar su atención seriamente a la tribu de Kerchak, el gran mono, pero también consideró a fondo la espantosa desbandada que protagonizaron los antropoides huyendo en busca de la salvación cuando Numa los atacó. El sentido del humor no florece gran cosa en la selva, a no

ser que vaya asociado a lo torvo y ominoso. Los animales desconocen todo concepto de lo cómico, pero ello no era óbice para que el joven inglés le encontrara la gracia a muchas cosas que para sus compañeros no tenían el más leve rasgo humorístico.

Desde su más tierna infancia, Tarzán siempre había buscado el lado divertido de las cosas, generalmente con gran disgusto por parte de los monos con los que convivía. Y en aquella funesta aventura de la jungla que se había cobrado la vida de Mamka y puso en peligro la de tantos miembros de la tribu, Tarzán no podía por menos que ver ahora lo ridículo que resultaba el aterrado pánico de los simios y la rabia que la frustración hizo sentir a Numa.

Apenas unas semanas después sucedió que Sheeta, la pantera, irrumpió súbitamente entre los simios de la tribu y se llevó un *balu* del árbol donde su madre lo había dejado escondido mientras se entregaba a la búsqueda de comida. Sheeta se alejó tranquilamente con su pequeña presa. Tarzán se puso hecho una furia. Reprochó a los machos lo fácil que les fue a Numa y a Sheeta, en una misma luna, matar a dos integrantes de la tribu.

—Seremos su despensa y nos devorarán a todos —exclamó—. Vamos de caza despreocupadamente por la selva, sin prestar atención a los enemigos que se nos acercan. Ni siquiera Manu, el mico, actúa así. Siempre hay dos o tres que montan guardia y vigilan por si acaso se aproximara algún enemigo. En las manadas de Pacco, la cebra, y Wappi, el antílope, nunca faltan varios centinelas que se encargan de la vigilancia en tanto pastan los demás, mientras que nosotros, los magníficos manganis, dejamos que Numa, Sabor y Sheeta vengan cuando les plazca y se nos lleven para alimentar a sus *balus*.

—Grrrrr —rugió Numgo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Taug.

—Nosotros también debemos de tener dos o tres machos que monten guardia para avisarnos de la aproximación de Numa, Sabor y Sheeta —respondió Tarzán—. No hay por qué tener miedo a los demás, salvo a Histah, la serpiente, y si vigilamos para evitar que los otros nos sorprendan, también veremos a Histah, si se acerca, aunque se deslice por el suelo todo lo silenciosamente que quiera.

Y así fue como, en adelante, los grandes monos de la tribu de Kerchak apostaron centinelas que vigilaban por las alas y por retaguardia, mientras la tribu cazaba, menos desplegada ya de lo que hasta entonces tuvo por

costumbre.

Sin embargo, Tarzán salia de caza en solitario, porque Tarzán era un hombre y buscaba la aventura, la diversión y el humor que la lúgubre y terrible selva brinda a todos aquellos que la conocen y no la temen… El enigmático humor que centellea con fulgores de ojos fulminantes y está salpicado de motas de sangre carmesí. Mientras los demás buscaban sólo alimento y afecto, Tarzán de los Monos buscaba alimento y placer.

Se encontraba un día en las ramas del árbol que dominaba la cercada aldea de Mbonga, el jefe, aquel caníbal de piel azabache de la selva primigenia. Como en multitud de ocasiones anteriores, vio al hechicero, Rabba Kega, ataviado con la cabeza y la piel de Gorgo, el búfalo. A Tarzán le hacía mucha gracia ver a un gomangani ir por ahí presumiendo de Gorgo, pero aquella pantomima no le sugirió nada de particular hasta que su mirada tropezó con la piel de un león, a la que aún no habían quitado la cabeza y que aparecía estirada contra la pared de la choza de Mbonga. Una amplia sonrisa iluminó entonces el bien parecido rostro del joven salvaje blanco.

Volvió a adentrarse por la selva, donde anduvo hasta que el azar, asociado a su agilidad, astucia y fuerza física, respaldado todo ello por su maravillosa capacidad de percepción, le proporcionaron un alimento fácil. Si Tarzán tenía la sensación de que el mundo estaba obligado a poner a su alcance lo necesario para subsistir, no dejaba de comprender, también, que a él le correspondía agenciarse esos medios de subsistencia, y nunca hubo nadie que supiese buscar y recoger mejor dichos medios de subsistencia que aquel hijo de un lord inglés, un aristócrata que ignoraba que lo era y que de las costumbres de sus antepasados sabía menos aún que de los propios antepasados, de los que no sabía absolutamente nada.

El negro manto de la noche había caído ya cuando Tarzán volvió al poblado de Mbonga y se situó en su ya pulimentada atalaya del árbol cuyas ramas pasaban por encima de la empalizada. Dado que no había nada que festejar, la calle de la aldea presentaba un aspecto mortecino, sin la menor animación, porque sólo una orgía a base de carne y cerveza indígena sacaba de sus chozas a los vecinos de la aldea de Mbonga. Aquella noche, cotilleaban sentados alrededor de las fogatas donde se guisaba la cena; los adultos de más edad, claro, porque los jóvenes se había retirado por su cuenta y por parejas, para hundirse en las cómplices sombras que proyectaban las chozas con techo de palma.

Tarzán se dejó caer dentro de la aldea y se desplazó sigilosamente al abrigo de las sombras más densas, rumbo a la choza de Mbonga, el cacique. Encontró allí lo que buscaba. Estaba rodeado de guerreros, pero éstos ignoraban que el temido dios-demonio transitaba furtivo y silencioso tan cerca de ellos. Naturalmente, tampoco le vieron apoderarse de lo que anhelaba ni abandonar la aldea tan subrepticiamente como había entrado en ella.

Aquella noche, más tarde, cuando Tarzán se acurrucó para dormir, se pasó un buen rato contemplando los encendidos luceros, las parpadeantes estrellas y la enigmática Goro, la luna. El hombre mono sonreía. Recordó lo ridículos que le parecieron los grandes machos de la tribu de Kerchak mientras huían a la desbandada en busca de la salvación de las ramas de los árboles, aquel día en que Numa irrumpió inesperadamente entre ellos y se llevó a Mamka Sin embargo, Tarzán sabía que eran fieros y valientes. El impacto repentino de la sorpresa era lo que siempre los ponía en fuga impulsados por el pánico. Aunque las cosas tal vez hubieran cambiado. Pero eso aún no lo sabía Tarzán. Era algo que aprendería en un futuro inmediato.

Se quedó dormido con una amplia sonrisa animando su rostro.

A la mañana siguiente, Manu, el mico, le despertó dejando caer sobre su cara vuelta hacia arriba unas vainas vacías. El mico se comía las semillas y soltaba las vainas desde una rama situada un poco más arriba de la ocupada por el hombre mono. Éste alzó la mirada y sonrió. Le habían despertado así muchas veces. Manu y él se llevaban bastante bien; la suya era una amistad establecida sobre una base de reciprocidad. Unas veces, Manu llegaba corriendo por la mañana temprano y despertaba a Tarzán para informarle de que Bara, el ciervo, pastaba por allí cerca, o de que Horta, el jabalí, dormía tumbado en un lodazal próximo. A cambio de esos favores, el hombre mono, por su parte, rompía para el mico las cáscaras más duras de los frutos secos o le ahuyentaba a las terribles Histah, la serpiente, y Sheeta, la pantera.

El sol llevaba cierto tiempo brillando en el cielo y la tribu de Kerchak se había alejado ya en busca de comida. Mediante un movimiento de la mano y unos cuantos trinos de su vocecita de pito chirriante, Manu le indicó la dirección que habían tomado los grandes simios.

—Ven, Manu-invitó Tarzán, —y contemplarás algo que te hará dar saltos de alegría y hasta puede que te arranque de encima de los hombros

esa arrugada y chillona cabecita tuya. Anda, sigue a Tarzán de los Monos.

Dicho eso, emprendió la marcha en la dirección señalada y, siempre por encima de él, sin dejar de parlotear, refunfuñar y chillar le acompañó Manu, el mico. Tarzán llevaba sobre los hombros lo que la noche anterior había sustraído en la aldea de Mbonga, el jefe.

La tribu estaba comiendo en el bosque, junto al claro donde Gunto, Taug y Tarzán hostigaron a Numa hasta conseguir arrebatarle la víctima que había matado. Algunos miembros de la tribu se encontraban en el propio calvero. Comían con toda la tranquilidad del mundo, contentos y en paz porque, ¿no había tres centinelas, situados en otros tantos puntos alrededor de la manada, cada uno de los cuales miraban en una dirección distinta? Tarzán les había enseñado aquella medida de precaución y aunque el hombre mono estuvo varias jornadas ausente, cazando en solitario, como solía hacer con frecuencia, o visitando la cabaña próxima al mar, los monos aún no habían olvidado sus admoniciones y continuaban colocando centinelas. Si seguían haciéndolo durante una temporada, aquello acabaría por convertirse en una costumbre de la tribu y se perpetuaría indefinidamente.

Pero Tarzán, que los conocía mucho mejor de lo que se conocían ellos mismos, daba por supuesto que en el momento en que él se ausentó de la tribu, los simios se habrían olvidado de apostar los vigilantes, y ahora intentaba no sólo divertirse un poco a su costa, sino darles también una lección de estrategia preventiva que, dicho sea de paso, es una cuestión de importancia mucho más vital en la selva que en la sociedad civilizada. El hecho de que nosotros existamos se debe sin duda alguna a las precauciones adoptadas por algún peludo antropoide del oligoceno. Naturalmente, los monos de Kerchak siempre estaban preparados para cualquier eventualidad, a su propio modo… Tarzán no había hecho más que recomendar una nueva y adicional medida de seguridad.

Gunto se encontraba apostado aquel día en la parte norte del claro. Permanecía sentado en la horqueta de un árbol, desde donde podía otear una amplia extensión de terreno. Fue el primero en descubrir al enemigo. Llamó su atención un susurro que se produjo en la maleza y un momento después vislumbró parcialmente una melena enmarañada y un lomo de color amarillo rojizo. Sólo pudo entreverlo fugazmente a través de la espesura del follaje, pero fue suficiente para que los pulmones de Gunto entraran en acción con un estridente «¡Kriiieg-ah!», voz con la que los

monos dan la alarma o advierten de un peligro.

Automáticamente, los demás miembros de la tribu repitieron el «¡Kriüeg-ah!», cuyos ecos se extendieron por la selva que circundaba el calvero, mientras unos simios se ponían a salvo desde las ramas inferiores y los grandes machos echaban a correr en dirección a Gunto.

De pronto, imponente y majestuoso, Numa, el león, se presentó en el claro y de las profundidades de su pecho brotó un carraspeo, al que siguieron un gemido y un rugido sordo que puso de punta los pelos del cráneo y de la espina dorsal de los formidables antropoides.

Ya dentro del claro, Numa se detuvo e inmediatamente cayó sobre él, procedente de los árboles cercanos, un auténtico diluvio de piedras de agudas aristas y ramas secas arrancadas de los troncos de añosos gigantes del bosque. Recibió una docena de impactos y, a continuación, los monos bajaron de las enramadas, se aprovisionaron de piedras y le acribillaron despiadadamente.

Numa dio media vuelta, dispuesto a emprender la retirada, pero una nutrida descarga de proyectiles de cortante filo le cerró el paso y entonces, en la orilla del calvero, el gran Taug le acertó de lleno con una roca del tamaño de la cabeza de un hombre. El rey de la selva se desplomó, aturdido por la tremenda pedrada.

Al tiempo que interpretaban su ensordecedor concierto de alaridos, ladridos y rugidos, los grandes monos de la tribu de Kerchak se precipitaron sobre el desplomado león. Piedras, palos y colmillos amarillentos se cernieron amenazadores sobre la inmóvil figura. En cuestión de segundos, antes de recobrar el conocimiento, Numa hubiera sido apaleado y desgarrado hasta quedar reducido a una masa sanguinolenta de carne destrozada, huesos rotos y pelos revueltos. Sólo eso habría quedado de la que poco antes era la criatura más temible y temida de la selva.

Pero cuando los palos y las piedras ya estaban en el aire, cuando los colmillos se disponían a hundirse en el cuerpo de Numa, de los árboles descendió a plomo una figura diminuta, de largas patillas blancas y semblante arrugado. Se plantó encima del león y empezó a bailotear, a chillar y a desafiar con chirriante vocecita a los machos de Kerchak.

Los simios interrumpieron su ataque, paralizados por el asombro que les producía aquello. Tenían ante sus ojos a Manu, el mico, a Manu, el diminuto cobarde, que desafiaba insolente la ferocidad de los grandes

manganis, mientras daba saltos encima del cuerpo de Numa, el león, y les ordenaba a gritos que no volvieran a pegarle.

Y cuando los machos se quedaron quietos, Manu alargó el brazo y sus dedos se cerraron sobre una rojiza oreja. Tiró de ella con todas sus fuerzas, que no eran demasiadas, y, poco a poco, la pesada cabeza de Numa fue retirándose hacia atrás, hasta dejar al descubierto la desgreñada cabellera negra y el bien trazado perfil de Tarzán de los Monos.

Algunos de los simios de más edad votaban por rematar la tarea que habían empezado, pero Taug, el taciturno e impresionante Taug, se llegó de una rápido salto junto a Tarzán, se puso a horcajadas sobre la inconsciente figura del hombre mono y obligó a retroceder, a base de amenazas, a los que pretendían golpear al que durante la infancia había sido su compañero de juegos. Y Teeka, la consorte de Taug, se colocó a su lado y enseñó los dientes. Varios simios más siguieron su ejemplo y, por último, en tomo a Tarzán quedó formado un círculo de peludos paladines dispuestos a impedir que se acercara a él enemigo alguno.

Minutos después abría los ojos a la consciencia un sorprendido y escarmentado Tarzán. Lanzó una mirada en derredor, observó a los monos que le rodeaban y empezó a comprender lo que había sucedido.

Poco a poco una sonrisa fue iluminando sus facciones. No eran pocas las magulladuras que le laceraban y dolían, pero los beneficios de aquel lance le compensaban con creces. Merecía la pena el coste en contusiones. Había comprobado, por ejemplo, que tenía buenos amigos entre los sombríos monos de Kerchak, a los que consideraba animales sin sentimientos. Asimismo, había descubierto que Manu, el mico —el pequeño y cobarde Manu— acababa de arriesgar la vida saliendo en su defensa.

Conocer todo eso alegró enormemente a Tarzán, pero la otra lección que le impartió el caso le sacó los colores de la vergüenza. Siempre había sido un bromista, el único espíritu burlón de toda aquella comunidad de antropoides hoscos y malhumorados; pero en aquel momento, tendido allí, medio muerto a consecuencia de las lesiones que acababa de sufrir, a punto estuvo de jurar solemnemente que, en adelante, nunca más gastaría bromas pesadas… Casi lo juró, pero le faltó el casi.

Capítulo Nueve

CAPÍTULO IX

PESADILLAS

LOS NEGROS del poblado de Mbonga, el jefe, se estaban regalando con un festín espléndido, mientras por encima de ellos, en el gigantesco árbol donde tenía su atalaya, Tarzán de los Monos los observaba torvo, terrible, envidioso: tenía el estómago dolorosamente vacío. Aquel día, la caza se le había dado fatal, porque incluso para los mejores cazadores de la selva hay jornadas de escasez y días de opulencia. A veces, Tarzán pasaba todo un sol completo sin probar bocado e incluso hubo lunas enteras en las que poco le faltó para morir de inanición, pero esas ocasiones eran poco frecuentes.

En cierta época se abatió sobre los herbívoros una epidemia cuyos efectos devastadores se prolongaron durante varios años, en los que la región quedó prácticamente desprovista de caza. Y también hubo otro período en el que los grandes felinos se reprodujeron y proliferaron con tal rapidez que sus presas, que eran asimismo las de Tarzán, se alejaron aterradas de la zona y permanecieron ausentes una temporada considerablemente larga.

Pero lo normal era que Tarzán no tuviera problemas para alimentarse a gusto. Aquel día, sin embargo, tuvo que retirarse sin hincar el diente a nada, ya que cada vez que localizó una pieza, la mala suerte hizo que se le escapara, de modo que mientras permanecía en su punto de observación, viendo cómo los indígenas se daban el gran banquete, los ramalazos del hambre que sacudían su estómago intensificaban las llamas del odio hacia los enemigos de toda la vida que ardían en su pecho. Era realmente todo un suplicio de Tántalo, estar allí sentado, muerto de hambre, mientras los gomanganis comían a dos carrillos y llenaban el estómago hasta el punto de que las barrigas parecían a punto de estallar. ¡Y se hinchaban nada menos que de filetes de elefante!

Cierto que Tarzán y Tantor eran los mejores amigos del mundo y que

Tarzán aún no había probado la carne de elefante, pero era evidente que los gomanganis habían matado uno y como se lo estaban pasando en grande degustando la carne de su víctima, a Tarzán no le asaltó duda alguna en cuanto a la ética de proceder del mismo modo, de presentársele la oportunidad. Si hubiera sabido que el elefante había muerto enfermo y que llevaba varios días sin vida cuando los indígenas encontraron su cadáver, no se habría sentido tan deseoso de participar en el banquete, porque Tarzán de los Monos no comía carroña. A pesar de todo, el hambre puede embotar los paladares más exquisitos y Tarzán no era precisamente un sibarita.

En aquellos instantes era una famélica fiera salvaje, a la que sólo mantenía a raya la cautela, porque numerosos guerreros negros hormigueaban alrededor del gran caldero situado en el centro de la aldea y ni siquiera el formidable Tarzán de los Monos podía pasar a través de ellos sin sufrir daño. Por lo tanto, no le quedaba más remedio que continuar allí, aguantándose el hambre, hasta que los indígenas, a fuerza de engullir, cayeran en el estupor para, entonces, bajar y, si habían dejado algunas sobras, aprovecharlas y echarse algo al coleto. Pero al impaciente Tarzán le parecía que aquellos glotones gomanganis reventarían antes que dejar un solo bocado sin consumir. Durante unos momentos interrumpieron su monótono festín para lanzarse a la interpretación de unos pasos de danza guerrera, una breve maniobra cuyo objetivo era estimular la digestión lo suficiente como para caer con renovado y vigoroso entusiasmo sobre las tajadas y seguir atiborrándose a conciencia. Pero el consumo de tremendas cantidades de carne de elefante, regada con litros y litros de cerveza indígena, no tardó en dejar a los indígenas demasiado aturdidos como para entregarse a cualquier clase de ejercicio físico; algunos habían llegado a tal estado de sopor que ni siquiera les era posible levantarse del suelo y optaban por seguir tendidos, aunque lo bastante cerca del gran caldero como para continuar atracándose hasta perder el conocimiento.

La medianoche había quedado bastante atrás cuando Tarzán empezó a vislumbrar el fin de la orgía. Los guerreros negros se desplomaban ya a un ritmo bastante acelerado, pero unos cuantos aún resistían tenazmente. A la vista de su lamentable estado, sin embargo, Tarzán no dudaba de que le sería fácil entrar en la aldea y arrancar un puñado de carne ante las mismas narices de los indígenas, pero un puñado de carne no era suficiente. Sólo atiborrarse a modo aplacaría el hambre espantosa de su vacío estómago.

Por consiguiente, necesitaba disponer de tiempo para satisfacer en paz su inmenso apetito.

Por último, sólo un guerrero se mantenía obstinadamente fiel a sus ideales… un individuo entradísimo en años cuya barriga, antes arrugada, aparecía ahora tan lisa y tersa como la piel de un tambor.

Con evidentes dificultades e incluso muestras de dolor, el viejo se arrastró hasta el caldero, logró ponerse de rodillas, penosamente, y esa postura le permitió alargar la mano, hundirla en el recipiente y coger un pedazo de carne. Luego rodó hacia el suelo, quedó boca arriba y, en tal postura, se introdujo lentamente el trozo de carne entre los dientes y, a la fuerza, trató de empujarlo garganta abajo hacia el repleto estómago.

Tarzán tuvo la absoluta certeza de que el anciano estaba dispuesto a seguir comiendo hasta reventar, o hasta que no quedase una brizna de carne. El hombre mono meneó la cabeza, asqueado. ¿Cómo podían ser aquellos gomanganis unos seres tan repugnantes? Sin embargo, de todos los habitantes de la selva, eran los únicos que en el aspecto se parecían a Tarzán. Tarzán era un hombre y ellos también debían de ser alguna especie de hombres, de la misma manera que los pequeños micos, los grandes monos y Bolgani, el gorila, pertenecían evidentemente a una sola familia, aunque su tamaño, su aspecto y sus costumbres eran distintos. Tarzán se sintió avergonzado, porque de todos los animales de la selva, el hombre era el más repulsivo… El hombre y Dango, la hiena. Sólo Dango y el hombre comían hasta que se hinchaban como una rata muerta. Tarzán había visto a Dango meterse a bocado limpio en el cadáver de un elefante, seguir profundizando y comiendo hasta atiborrarse de tal modo que luego no pudo salir por el túnel a través del cual había abierto paso a dentelladas. Tarzán estaba ahora predispuesto a creer que, caso de presentársele semejante oportunidad, el hombre actuaría exactamente igual. El hombre también era el menos estético de los animales, con sus piernas esqueléticas y su abultado estómago, con su dentadura desgastada y deteriorada y sus labios gruesos y rojos. El hombre era una criatura repelente. La mirada de Tarzán de los Monos no podía apartarse de la figura de aquel asqueante viejo guerrero que, a sus pies, seguía revolcándose en la inmundicia.

¡Anda! El nauseabundo individuo volvía a incorporarse trabajosamente hasta ponerse de rodillas para echar mano a otro pedazo de carne. El dolor le arrancaba sonoros gemidos y, sin embargo, seguía empeñado en comer, comer, comer, comer sin parar. Al no poder soportarlo por más tiempo —ni

el hambre ni el repugnante espectáculo—, Tarzán se deslizó hasta el suelo por el tronco del árbol, poniendo buen cuidado en situar éste entre su persona y la del indígena tragaldabas. El cual continuaba de rodillas ante el caldero, casi doblado sobre sí mismo a causa de la angustia. Daba la espalda al hombre mono. Tarzán se le acercó rápida y silenciosamente. Sus dedos de acero se cerraron alrededor de la negra garganta sin producir el más leve ruido. El forcejeo apenas duró unos segundos, porque el guerrero era viejo y estaba medio idiotizado por los efectos de tanto engullir carne y trasegar cerveza.

Tarzán soltó la masa inerte del viejo y extrajo del caldero unos cuantos trozos gruesos de carne —suficientes para saciar incluso su hambre tremenda— y luego levantó el cuerpo del indígena y lo soltó dentro del recipiente. ¡Cuando los demás negros despertaran de su embriaguez tendrían algo en qué pensar! Tarzán sonrió. Al tiempo que se volvía para regresar con sus vituallas al árbol cogió una vasija de cerveza y se la llevó a los labios, pero apenas probó aquel liquido se apresuró a escupirlo y a arrojar al suelo la primitiva jarra. Estaba completamente seguro de que hasta el mismísimo Dango repudiaría un liquido que tenía tan mal sabor. Tal convencimiento hizo que el desprecio que a Tarzán le inspiraba el hombre aumentase de manera sustancial.

El hombre mono se internó en la selva cosa de kilómetro y medio antes de hacer un alto para dar buena cuenta de la carne requisada. Notó que despedía un olor extraño y desagradable, pero supuso que eso tal vez se debiera a haber estado en un recipiente de agua sobre el fuego. Naturalmente, Tarzán no estaba acostumbrado a la carne hervida. Nunca le había gustado, pero el hambre le acuciaba de tal modo que consumió una parte considerable del botín que se llevó de la aldea antes de darse cuenta definitivamente de que aquello era asqueroso de veras. Para satisfacer su apetito necesitó mucha menos cantidad de la que en principio había imaginado.

Arrojó al suelo la que le quedaba, se acurrucó en una horqueta que le pareció cómoda y se dispuso a dormir; pero al parecer no había forma de conciliar el sueño. Por regla general, Tarzán de Los Monos se quedaba dormido en menos tiempo del que tarda un perro en enroscarse sobre una alfombra colocada delante de una chimenea animada por la alegría de un buen fuego, pero aquella noche no paraba de retorcerse y de dar vueltas y vueltas, porque una sensación rara le removía la boca del estómago, como

si algunos de los trozos de carne que reposaban allí dentro pretendieran abandonar la barriga, salir por la boca y lanzarse a través de la noche en busca del elefante del que los arrancaron. Tarzán, sin embargo, era duro como el diamante. Apretó los dientes y los obligó a quedarse en el estómago. Después de haber tenido que esperar tanto para agenciársela, no quería verse privado de aquella carne.

Había logrado adormilarse cuando le despertó el rugido de un león. Se sentó en la rama y comprobó sorprendido que era completamente de día. Se frotó los ojos. ¿Sería posible que hubiese dormido de verdad? No se sentía fresco y descansado como debía estarlo después de un sueño reparador. Un ruido atrajo su atención y al bajar la mirada vio un león que, plantado al pie del árbol, le observaba con ojos famélicos. Tarzán le dirigió una mueca de burla y Numa, con gran sorpresa por parte del hombre mono, empezó a trepar por las ramas del árbol, en dirección a él. Era la primera vez en su vida que Tarzán veía que un león se subiera a un árbol y, no obstante, por alguna razón inexplicable, no le sorprendía gran cosa el que aquel león particular lo hiciese.

En vista de que el felino continuaba ascendiendo hacia él, Tarzán buscó ramas más altas. Y comprobó, atribulado, que trepar por ellas le costaba un esfuerzo ímprobo. Resbalaba una y otra vez, y en cada retroceso perdía todo el terreno que acababa de ganar, mientras que el león seguía subiendo de modo uniforme y acercándose cada vez más a él. Tarzán veía el brillo voraz que iluminaba los ojos verde amarillos. Veía los hilos de babas que pendían de las mandíbulas entreabiertas. Veía los enormes colmillos preparados para cerrarse sobre él y destrozarlo. Aferrándose desesperadamente a las ramas, el hombre mono consiguió sacarle un poco de ventaja a su perseguidor. Llegó a la copa del árbol, donde las ramas eran más delgadas y altas y a donde sabía perfectamente que a ningún león le era posible seguirle. Sin embargo, aquel Numa de rostro diabólico continuaba adelante. Increíble, pero cierto. Y lo que más maravillaba a Tarzán era que, aunque comprendía la inverosimilitud de todo ello, al mismo tiempo lo aceptaba como cosa normal: primero, que un león trepase por la enramada de un árbol y después que ascendiera hasta las alturas de la copa, donde las ramas eran más delgadas y a donde ni siquiera Sheeta, la pantera, osaría aventurarse.

Hasta lo más alto del árbol llegó Tarzán en su torpe ascenso, y tras él fue Numa, emitiendo lúgubres gemidos. Por último, el hombre mono se

detuvo, manteniendo el equilibrio en el cimbreante extremo de una rama, en las alturas del bosque. Ya no podía subir más. Por debajo de él, Numa continuaba ascendiendo; Tarzán comprendió que había sonado su hora final. Sobre aquella débil rama le resultaba imposible plantar batalla a Numa, el león, en especial a aquel Numa que, sobre las bamboleantes ramas, a sesenta metros de altura sobre el suelo, parecía encontrarse tan seguro como si pisara tierra firme.

El león se iba acercando y acercando. Unos segundos más y podría alcanzarle con sólo alargar la pata; le hundiría entonces las uñas de sus enormes garras y lo arrastraría hacia aquellas tremendas fauces. Un ronroneo que sonó por encima de su cabeza indujo a Tarzán a levantar aprensivamente la vista. Un ave gigantesca volaba en círculo a su alrededor, casi rozándole la cabeza. En su vida había visto el hombre mono un ave tan grande; sin embargo, lo reconoció en seguida porque, ¿no la había visto centenares de veces representada en uno de los libros de la cabaña construida junto a la playa de la bahía?… En aquella cabaña recubierta de musgo que, con su contenido, era la única herencia que su difunto y desconocido padre dejó al joven lord Greystoke.

En el libro ilustrado, el ave aparecía volando a gran altura y llevaba un chiquillo en las garras, mientras, en el suelo, la madre del niño elevaba los brazos al cielo y se mostraba afligidísima. El león extendía ya su pata, con las uñas alargadas para atrapar a Tarzán de los Monos, cuando el ave descendió en picado y hundió sus no menos formidables garras en la espalda del hombre mono. El dolor resultó paralizante, pero el hombre mono experimentó una enorme sensación de alivio al comprobar que el ave le alejaba de las mortíferas garras de Numa.

Aquel pájaro gigantesco remontó el vuelo rápidamente, con susurrante aleteo, y la selva quedó a enorme distancia. Al verse a tanta altura del suelo, el vértigo y el mareo se apoderaron de Tarzán, que cerró los párpados con fuerza y contuvo la respiración. El ave siguió ascendiendo en el aire. Tarzán volvió a abrir los ojos. La selva quedaba ya tan lejos que sólo vio una verde mancha borrosa allá abajo; en cambio, por encima, el sol parecía encontrarse muy cerca. Tarzán tenía las manos medio heladas y las extendió para calentárselas. Le asaltó de pronto un acceso de locura. ¿A dónde le llevaba aquel pájaro? ¿Tenía que someterse pasivamente, sin más ni más, a aquella criatura emplumada, por gigantesca que fuese? Él, Tarzán de los Monos, el poderoso luchador, ¿iba a morir sin descargar un solo

golpe para defenderse? ¡Jamás!

Empuñó el cuchillo que llevaba sujeto al taparrabos y lo hundió una, dos, tres veces en el pecho del ave que tenía inmediatamente encima de la cabeza. Las formidables alas batieron el aire unas cuantas veces más, espasmódicamente, las garras aflojaron su presa y Tarzán de los Monos cayó dando volteretas rumbo a la lejana selva.

Al hombre mono le pareció que su vertiginoso descenso duró varios minutos antes de que su cuerpo chocara con el frondoso follaje de las copas de los árboles. Las ramas más débiles pararon el golpe, de forma que al cabo de un instante se encontró en la misma horqueta donde había tratado de conciliar el sueño la noche anterior. Vaciló sobre aquella rama y titubeó durante un segundo, tratando frenéticamente de conservar el equilibrio; pero al final perdió pie, aunque, al extender las manos a la desesperada, consiguió agarrarse a la rama y colgarse de ella.

Abrió de nuevo los ojos, cuyos párpados había cenado al caer. Volvía a ser de noche. Con su agilidad de siempre, subió a la horqueta que acababa de abandonar. En el suelo, rugió un león y, al mirar hacia abajo, Tarzán vio el fulgor de las pupilas verde amarillas que brillaban a la luz de la luna, al perforar famélicas las tinieblas de la noche selvática para localizarle a él.

El hombre mono jadeó en busca de aire. Le brotaba un sudor frío por todos los poros del cuerpo y sentía una náusea terrible en la boca del estómago. Tarzán de los Monos acababa de tener su primera pesadilla.

Permaneció largo rato sentado en la rama, sin apartar la vista de Numa, no fuera caso que al león le diera por trepar árbol arriba con ánimo de atacarle, y aguzando el oído para captar el batir de las grandes alas en las alturas, porque para Tarzán de los Monos el sueño era realidad.

No podía creer lo que había vivido y, no obstante, al haber visto aquellas cosas increíbles, tampoco le era posible negar la evidencia de lo experimentado por sus propios sentidos. Éstos nunca le habían engañado y, como es natural, su fe y su confianza en ellos eran absolutas. Todas las impresiones que siempre habían transmitido a su cerebro fueron precisas, de una exactitud poco menos que invariable. Le resultaba inconcebible siquiera la posibilidad de que aparentemente hubiese protagonizado aquella aventura sin que en ella hubiera un mínimo de verdad. Que un estómago alterado por la ingestión de carne de elefante en malas condiciones, un león que ruge en la selva, un libro ilustrado y un sueño se combinaran para presentarle todos los detalles del lance que al parecer había vivido era algo

situado más allá de su conocimiento. Sin embargo, sabía perfectamente que a Numa le era imposible trepar a un árbol, como sabía también que en la selva no existía un ave como la que acababa de ver y que tampoco era posible que siguiera viviendo después de haber descendido en caída libre, no toda la distancia que cayó, sino sólo una minúscula parte de ella.

Tarzán trató de ponerse cómodo para dormir un poco más. Sin exagerar nada, estaba confuso a todo estarlo… Confuso y absolutamente asqueado.

Mientras permanecía sumido en profundas cavilaciones acerca de los extraños acontecimientos de la noche, fue testigo de otro suceso notable. Algo verdaderamente absurdo, pero que vio con sus propios ojos: se trataba nada menos que de Histah, la serpiente, cuyo cuerpo ondulante y viscoso, reptaba hacia él tronco arriba. Pero la cabeza de Histah era la del viejo guerrero que Tarzán había hundido en el caldero donde hervía la carne; y el vientre de Histah era también el redondo, hinchado, tenso y negro vientre del viejo. Cuando la espeluznante cara del indígena, con los ojos en blanco, vidriosas y hundidas las pupilas, se acercaba a Tarzán, Histah abrió la boca para engullirle. El hombre mono golpeó con furia aquel semblante espantoso y entonces la aparición se desvaneció en el aire.

Tarzán se sentó en la rama, tembloroso de pies a cabeza, desorbitados los ojos y jadeante la respiración. Lanzó una mirada a su alrededor, pero sus agudos ojos, tan adaptados a la jungla, no vieron ni rastro del viejo con el cuerpo de Histah, la serpiente; lo único que vieron fue una oruga, desprendida de una rama superior, que se le deslizaba por el desnudo muslo. Al tiempo que esbozaba una mueca, la arrojó de un manotazo a la oscuridad de abajo.

Así fue transcurriendo la noche, de un breve rato de sueño a otro breve rato de sueño, de una pesadilla a otra pesadilla, hasta que el angustiado Tarzán se sobresaltaba como un ciervo empavorecido al percibir el susurro del viento entre el follaje que le rodeaba o se ponía en pie de un salto cuando la extraña risa de una hiena restallaba inopinadamente en medio de un momentáneo silencio de la jungla. Pero, aunque se hizo esperar mucho, por fin se presentó la mañana y, debilitado y febril, Tarzán empezó a serpentear lentamente por la húmeda penumbra de los laberintos de la jungla, en busca de agua. Le parecía que todo su cuerpo ardía y unas náuseas tremendas se elevaban desde el estómago hacia la garganta. Vio ante sí una espesura de maleza y arbustos prácticamente impenetrable y, como la fiera salvaje que era, penetró por ella para morir a solas, sin que le

vieran, a salvo de los carnívoros de presa.

Pero no murió. Deseó la muerte durante mucho tiempo pero, al final, la naturaleza sacó a relucir su propia terapia y el estómago se alivió mediante sus propios recursos curativos; el hombre mono empezó a sudar copiosa y hasta violentamente y acabó por sumirse en un sueño apacible y normal, que se mantuvo hasta bien entrada la tarde. Al despertarse, Tarzán se sintió débil, pero no enfermo.

Volvió a ir en busca de agua y, cuando hubo bebido hasta saciarse, se dirigió despacio a la cabaña situada junto al mar. Cada vez que le agobiaban la soledad y las dificultades, acudía allí en busca de la quietud, la paz y el sosiego que no encontraba en ningún otro sitio. Era una costumbre adquirida mucho tiempo atrás.

Mientras se acercaba a la cabaña y levantaba el tosco cerrojo que su padre había construido tantos años antes, dos ojillos diminutos y sanguinolentos le espiaban ocultos tras la pantalla del follaje de la selva. Desde debajo de unas cejas hirsutas y pobladas, aquellos ojos estuvieron observándole perversamente, con malevolencia y curiosidad, hasta que Tarzán entró en la cabaña y cerró la puerta tras de sí. En aquel recinto, aislado del mundo, podía soñar sin miedo a que le interrumpiesen. Podía acurrucarse y contemplar las imágenes que ilustraban aquellos objetos extraños que eran los libros. Podía descubrir el significado de aquella palabra impresa que había aprendido a leer sin conocer la palabra hablada que representaba. Podía vivir en aquel mundo maravilloso que le era desconocido más allá de las cubiertas de sus queridos libros. Que Numa y Sabor fueran a merodear por las cercanías, que la furia de los elementos se desencadenara en toda su violencia… Al menos, Tarzán podía estar allí completamente despreocupado, en una deliciosa relajación que le permitía entregarse sin reservas a la búsqueda y disfrute del mayor de todos sus placeres.

Aquel día fue allí para mirar la ilustración que representaba al enorme pájaro que llevaba en sus garras al pequeño tarmangani. Frunció Tarzán el entrecejo al contemplar aquella imagen a todo color. Sí, se trataba de la misma ave que el día anterior lo había trasladado por el aire a él, ya que para Tarzán la pesadilla era una realidad tan firme que tenía la absoluta certeza de que habían transcurrido un día y una noche desde que se echó a dormir en el árbol.

Pero cuánto más pensaba en la cuestión, menor era su seguridad en que

fuese cierta la aparente aventura que había vivido; y, sin embargo, le era completamente imposible determinar dónde cesó lo real y dónde había empezado lo irreal. ¿Estuvo verdaderamente en la aldea de los negros? ¿Mató al viejo gomangani? ¿Comió carne de elefante?

¿Estuvo enfermo? Tarzán se rascó la desgreñada cabeza, sin saber responderse a aquellas preguntas. Todo resultaba de lo más extraño y, no obstante, sabía que no había visto a Numa trepar por un árbol, ni a Histah con la cabeza y el vientre del viejo negro a quien el propio Tarzán había dado muerte.

Por último, exhaló un suspiró y renunció a todo intento de comprender lo incomprensible, aunque en el fondo de su corazón sabía que en su vida no dejaba de haber ocurrido algo nunca experimentado hasta entonces, que existían otros hechos que se desarrollaban mientras dormía y que perduraban en su consciencia durante las horas en que permanecía despierto.

Empezó a preguntarse luego si no podrían matarle alguna de aquellas extrañas criaturas que encontraba en sus sueños, porque en tales momentos y situaciones Tarzán de los Monos parecía ser un Tarzán distinto, indolente, indefenso, timorato… deseoso de salir huyendo ante sus enemigos como hacía Bara, el ciervo, el más asustadizo y cobarde de los animales.

Así, a través de un mal sueño, tuvo Tarzán el primer asomo de conocimiento del miedo, un conocimiento que el hombre mono nunca había sentido estando despierto. Y acaso experimentaba lo que sus primeros padres vivieron y transmitieron a la posteridad en forma de superstición primero y después en forma de religión. Porque ellos, lo mismo que Tarzán, vieron durante la noche cosas que ni mediante la razón ni mediante la percepción de los sentidos podían explicarse de acuerdo con las normas imperantes a la luz del día, por lo que crearon para sí mismos explicaciones más o menos sobrenaturales que incluían figuras grotescas poseedoras de extraños poderes ultra-terrenales, a las que acabaron por atribuir todos aquellos fenónemos de la naturaleza que les resultaban inexplicables y cuya repetición los llenaba de reverente sobrecogimiento, de maravilla o de pavor.

Y mientras Tarzán concentraba su mente en los pequeños insectos de la página impresa que tenía ante los ojos, el recuerdo vivo de las extrañas aventuras recientes se entremezclaba con el texto que estaba leyendo: una

historia sobre Bolgani, el gorila, que estaba en cautividad. Había una ilustración en color que representaba con bastante realismo a Bolgani dentro de una jaula, frente a la cual, acodados en una barandilla, un buen número de tarmanganis de curioso aspecto contemplaban con interés a la fiera, que no dejaba de gruñir. A Tarzán le sorprendía no poco, como siempre le pasaba, aquel ridículo y aparentemente inútil adorno de plumas de colores que cubría a las tarmanganis. Siempre esbozaba una sonrisita al mirar a aquellas extrañas criaturas. Se preguntaba si el motivo de que se taparan así el cuerpo consistía en que les avergonzaba tener la piel lisa, sin pelo, o si lo harían porque daban por supuesto que aquellas raras prendas que vestían les proporcionaban un aspecto más atractivo. A Tarzán le divertían, sobre todo, los grotescos tocados de las personas representadas allí.

Se preguntó cómo se las arreglarían las hembras para mantener rectas y en equilibrio aquellas cosas que se colocaban en la cabeza y estuvo a punto de soltar una sonora carcajada, como siempre, al contemplar aquellos extraños chismes redondos que coronaban la testa de los machos.

Poco a poco, el hombre mono fue captando el significado de las diversas combinaciones de caracteres de la página impresa y mientras leía, los insectos, los bichitos que siempre habían sido las letras para él, empezaron a correr confusamente de un lado para otro, lo que enturbió y sembró el desorden en sus pensamientos. Se frotó dos veces los ojos con el dorso de la mano, pero sólo logró que los bichitos recobrasen su forma coherente e inteligible durante unos segundos. La noche anterior se la había pasado casi en blanco y ahora se encontraba exhausto a causa de la falta de sueño, los trastornos estomacales y la ligera fiebre que había sufrido, de modo que cada vez le resultaba más difícil concentrar la atención e incluso mantener los ojos abiertos.

Tarzán comprendió que el sueño estaba a punto de vencerle, y en el preciso momento en que empezaba a darse cuenta de ello y decidía rendirse a una querencia que casi había adquirido las proporciones de dolor físico le despabiló el ruido que produjo la puerta de la cabaña al abrirse. Tarzán volvió rápidamente la cabeza ante aquella interrupción y se quedó momentáneamente estupefacto al ver en el umbral el gigantesco y peludo corpachón de Bolgani, el gorila.

De todos los pobladores de la selva, Bolgani, el gorila, era acaso el animal con el que menos hubiera deseado Tarzán entendérselas en el

interior de la cabaña; lo que no quiere decir que experimentase miedo alguno, ni siquiera cuando, al lanzarle una rápida ojeada, observó que Bolgani estaba en aquellos instantes poseído de esa locura de la jungla que suele apoderarse de muchos de los machos más feroces. Normalmente, los grandes gorilas evitan los conflictos, se ocultan de los demás habitantes de la selva y son los mejores vecinos; pero cuando se los ataca o cuando la locura hace presa en ellos, no hay animal de la selva, por audaz, temerario y feroz que sea, que busque camorra deliberadamente con Bolgani.

Para Tarzán, sin embargo, no había escapatoria. El gorila le contemplaba fijamente con sus ojos perversos inyectados en sangre. De un momento a otro se abalanzaría sobre el hombre mono y lo agarraría con todas su fuerzas. Tarzán alargó la mano para coger el cuchillo de caza, que había dejado sobre la mesa, junto a él, pero como sus dedos no localizaron el arma de inmediato, volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada. Al hacerlo, sus ojos tropezaron con el libro que estaba mirando y que seguía abierto en la página ilustrada con la imagen de Bolgani. Tarzán encontró el cuchillo, pero se limitó a acariciarlo distraídamente con los dedos, al tiempo que dirigía una sonrisa al gorila que avanzaba hacia él.

¡No iba a dejarse engañar otra vez por aquellas ilusiones irreales que se le presentaban cuando dormía! Sin duda, dentro de un segundo Bolgani se habría convertido en Pamba, la rata, con la cabeza de Tantor, el elefante. Tarzán había visto ya últimamente bastantes sucesos extraños de aquellos para haberse hecho una idea de lo que podía esperar. Pero en aquella ocasión Bolgani no cambió de forma mientras se dirigía despacio hacia el joven hombre mono.

A Tarzán también le dejó un tanto perplejo el hecho de que no sintiese el menor deseo de emprender una frenética retirada en busca de un refugio seguro, que había sido la sensación preponderante en el caso de sus recientes y notables aventuras previas. En la situación actual volvía a ser el Tarzán de siempre, listo para el combate, si era necesario. Pero aún albergaba la certeza absoluta de que el gorila que tenía frente a sí no era de carne y hueso.

Aquella alucinación debía estar ya esfumándose en el aire, pensó Tarzán, o transformándose en algún otro ser ilusorio. Sin embargo, no se desvanecía. En cambio, su aspecto era de lo más real, exactamente como el del auténtico Bolgani: su espléndido pelaje oscuro relució pleno de vitalidad y salud al caer sobre su figura los rayos del sol que irrumpían por

la alta ventana de la cabaña situada detrás del joven lord Greystoke. Ésta es la más real de todas sus aventuras que he soñado, se dijo Tarzán, mientras aguardaba pasivamente el sin duda divertido desarrollo de los acontecimientos.

Y entonces el gorila atacó. Dos manazas callosas y de fuerza impresionante agarraron al hombre mono, unos colmillos aterradores aparecieron ante su rostro, un gruñido espeluznante brotó de la cavernosa garganta y una ráfaga de aliento cálido sopló sobre las mejillas de Tarzán, que aún permanecía sentado y sonriente ante la aparición. ¡A Tarzán se le podía enredar una vez, dos veces, pero no tantas veces seguidas! Ni por asomo ignoraba que aquel Bolgani no era ningún Bolgani de verdad, porque ningún Bolgani había podido entrar nunca en la cabaña, puesto que Tarzán era el único que sabía manejar el cerrojo.

Al gorila pareció desconcertarle un poco la inexplicable apatía del mono sin pelo. Se detuvo un instante, con las abiertas mandíbulas a escasos centímetros de la garganta de su antagonista y acto seguido, como si acabara de tomar una decisión repentina, se echó al hombre mono sobre los peludos hombros, con la misma facilidad con que cualquiera de nosotros pudiera coger en brazos a un niño de pecho, dio media vuelta, salió por la puerta de la cabaña y echó a correr a través del espacio abierto rumbo a los grandes árboles.

Tarzán tuvo entonces la absoluta seguridad de que aquella aventura pertenecía a un sueño y la sonrisa que decoraba su rostro no podía ser más amplia, mientras el gigantesco gorila se lo llevaba sin que él opusiera resistencia. Tarzán pensaba que no tardaría en despertarse y se volvería a encontrar en la cabaña donde se quedara dormido. Aquella idea le indujo a volver la cabeza y vio que la puerta de la cabaña estaba abierta de par en par. ¡Eso no era posible! Siempre tenía buen cuidado en cerrar bien y asegurar el cerrojo para impedir la entrada a posibles intrusos. ¡Menudo desbarajuste organizaría Manu, el mico, entre los tesoros de Tarzán si accediese al interior de la cabaña y permaneciera allí cinco minutos! En el cerebro de Tarzán surgió un interrogante que le dejó completamente desorientado. ¿Dónde concluían las aventuras soñadas y comenzaba la realidad? ¿Cómo podía tener la certeza de que la puerta de la cabaña no estaba abierta de verdad? A su alrededor, todo tenía aspecto normal, sin que notase ninguna de las grotescas exageraciones de las pesadillas anteriores. Valia más, por lo tanto, actuar sobre seguro y comprobar que la

puerta de la cabaña estaba cerrada… No le perjudicaría nada, ni siquiera en el caso de que todo lo que parecía estar sucediendo no estuviera sucediendo.

Tarzán trató de deslizarse fuera de los hombros de Bolgani, pero la enorme bestia dejó oír un gruñido ominoso y le sujetó con más fuerza. El hombre mono volvió a intentarlo, esa vez con más energía, y logró soltarse. Pero cuando ponía pie en el suelo, el gorila del sueño se revolvió con ferocidad, lo agarró de nuevo y hundió sus enormes colmillos en uno de los tersos y morenos hombros de Tarzán.

La sonrisa burlona desapareció de los labios del hombre mono cuando el dolor y la sangre despertaron sus instintos bélicos. Dormido o despierto ¡aquello no era ninguna broma! Ambos rodaron por el suelo entre gruñidos, dentelladas y golpes desgarradores. El gorila estaba frenético, poseído de un furor demencial. Una y otra vez sus colmillos abandonaban el hombro para intentar clavarse en la yugular de su adversario, pero Tarzán de los Monos ya había luchado en otras ocasiones con fieras cuya finalidad prioritaria era hundir los colmillos en la vena vital, y siempre se las arregló para esquivar tales mordiscos al tiempo que bregaba para asentar los dedos sobre la garganta de su contrincante. Lo logró por fin… Bajo su piel, los formidables músculos se tensaron y comprimieron mientras recurría a todas sus fuerzas para apartar de sí el peludo torso del gorila. Y al tiempo que estrangulaba a Bolgani y lo mantenía separado, su otra mano se deslizó despacio hacia arriba, entre ambos cuerpos, hasta que la punta del cuchillo de caza se apoyó en el corazón salvaje del gorila… Un rápido movimiento de aquella muñeca dotada de músculos de acero y la afilada hoja se hundió hasta encontrar su objetivo.

Bolgani, el gorila, profirió un alarido estremecedor, sólo uno, se apartó de Tarzán, se puso en pie, dio varios pasos tambaleándose y finalmente se desplomó contra el suelo. Sus extremidades ejecutaron unas cuantas sacudidas espasmódicas, antes de quedarse inmóvil.

En pie, Tarzán de los Monos contempló el cadáver del vencido adversario y después se deslizó los dedos por la espesa y negra cabellera. Se agachó para tocar el cuerpo sin vida de Bolgani. La sangre roja del gorila tiñó de rojo sus dedos. Se los llevó a la nariz y los olfateó. Después meneó la cabeza y se encaminó de vuelta a la cabaña. La puerta seguía abierta. La cerró y aseguró el cerrojo. Regresó hacia el cadáver de su víctima y, una vez más, hizo allí un alto y se rascó la cabeza.

Si aquello era una aventura vivida durante el sueño, ¿qué era entonces la realidad? ¿Cómo distinguir un suceso de otro? De todo lo ocurrido a lo largo de su vida, ¿cuánto fue real y cuánto irreal?

Apoyó un pie en la figura tendida en el suelo, RIZO la cara hacia las alturas y lanzó a los cuatro vientos el grito de victoria del mono macho. A mucha distancia de allí, un león respondió. Aquello era muy real y, a pesar de todo, tampoco podía saberlo a ciencia cierta. Hecho un mar de dudas y perplejidades, se adentró en la selva.

No, no sabía qué era real y qué no lo era, pero lo que sí sabía era que, en su vida, nunca jamás volvería a comer carne de Tantor, el elefante.

Capítulo Diez

CAPÍTULO X

EL SECUESTRO DE TEEKA

ERA un día magnífico. Una fresca brisa suavizaba los ardientes rigores del sol ecuatorial. La paz reinaba en la tribu de Kerchak desde hacía varias semanas y ningún enemigo había tenido la audacia de invadir su territorio. Para la mentalidad de los simios aquello era prueba suficiente de que en el futuro todo iba a seguir desarrollándose de modo idéntico a como lo había hecho en el pasado inmediato…, de que la Utopía iba a mantenerse.

Apostar centinelas ya se había convertido en hábito fijo de la tribu, en norma de obligado cumplimiento, pero los encargados de montar guardia solían descuidar la vigilancia o abandonaban sus puestos sin más ni más, de acuerdo con su capricho. La tribu se hallaba bastante dispersa en su búsqueda de alimento. Era un ejemplo de cómo la paz y la próspera ventura pueden socavar la seguridad de cualquier pueblo primitivo, de la misma forma que suele hacerlo con la sociedad más culta.

Los propios miembros de la tribu se mostraban menos cuidadosos y atentos, y cualquiera hubiese podido pensar que Numa, Sabor y Sheeta no figuraban ya en el panorama de la existencia cotidiana. Las hembras y los *balus* deambulaban a sus anchas, sin que nadie velase por ellos en la peligrosa jungla, mientras los machos más voraces se alimentaban a bastante distancia. Y así ocurrió que Teeka y Gazán, su cachorro, andaban a la búsqueda de comida en el extremo sur de la tribu, sin tener cerca a ningún gran macho que pudiera protegerlos.

Algo más al sur, avanzaba por el bosque una figura siniestra: un gigantesco mono macho, trastornado por la soledad y la derrota. Una semana antes había luchado por la jefatura de una tribu lejana, y ahora, apaleado y dolorido, vagaba por la espesura como un paria. Más adelante acaso pudiera volver a su tribu y someterse a la voluntad de la peluda bestia a la que pretendió derrocar, pero de momento no se atrevía a hacerlo, puesto que no sólo había pretendido arrebatar la corona a su rey y señor,

sino que también quiso apoderarse de sus esposas. Habría de transcurrir por lo menos toda una luna para que el tupido velo del olvido cubriese su mala acción. Tal era la causa por la que Toog vagabundeara por una selva desconocida, avieso, terrible y rebosante de odio.

En tal estado de ánimo fue a tropezarse Toog inopinadamente con una joven hembra que comía sola en aquella jungla… Una hembra desconocida, fuerte, ágil y preciosa como ella sola. Toog contuvo la respiración y se apresuró a desplazarse hacia un lado de la senda, donde la espesa vegetación le ocultaba a los ojos de Teeka, mientras sus ávidas pupilas se regodeaban en la contemplación de aquella belleza.

Pero el simio no sólo tenía ojos para Teeka… La mirada en seguida procedió a recorrer los alrededores, para localizar a los machos, hembras y cachorros de la tribu, aunque principalmente buscaba a los machos. Cuando uno ambiciona la posesión de una hembra de otra tribu, debe tener en consideración a los grandes, feroces y peludos celadores, que no suelen andar muy lejos de sus protegidas y que siempre estarán dispuestos a luchar a muerte contra cualquier extraño para proteger a la esposa o al *balu* de un compañero, lo mismo que pelearían en defensa de los suyos.

Toog no vio por allí el menor rastro de mono alguno, aparte la hembra extraña y el cachorro que jugaba cerca. Los ojos malignos y sanguinolentos de Toog se entornaron mientras repasaba morosamente los encantos de la mona… En cuanto al *balu*, un mordisco bien aplicado a la nuca del pequeño bastaría para impedir que profiriese un innecesario chillido de alarma.

Toog era un macho colosal, espléndido, semejante en muchos aspectos a Taug, el compañero de Teeka. Uno y otro se encontraban en la primavera de la vida, tenían una musculatura impresionante, unos colmillos magníficos y eran todo lo atrozmente feroces que pudiese desear la hembra más quisquillosa y exigente. De haber pertenecido Toog a su misma tribu, Teeka muy bien hubiera podido entregarse a él con la misma buena disposición con que se entregó a Taug al llegar la época del apareamiento. Pero ahora Teeka pertenecía a Taug y ningún otro macho podía hacerla suya sin derrotar previamente a Taug en combate personal. Incluso en tal caso, Teeka conservaría ciertas prerrogativas al respecto. Si el nuevo pretendiente no le hacía tilín, ella podía intervenir en la cuestión, parar los pies al nuevo galán y, llegadas las cosas a un último extremo, participar en la lucha junto a su pareja legítima, lo que constituía una nada despreciable

ayuda para su amo y señor, puesto que aunque de menor tamaño que los de un macho, los colmillos de Teeka eran dignos de tenerse en cuenta y la hembra sabía emplearlos con singular eficacia.

En aquellos instantes Teeka estaba absorta en la fascinante tarea de buscar escarabajos y había perdído de vista todo lo demás. No se daba cuenta de que ella y Gazán se habían separado del resto de la tribu, como tampoco sus sentidos estaban tan alerta como debieran a los peligros de la selva. Los largos meses de seguridad completa de la protectora vigilancia de los centinelas, que empezaron a apostarse por consejo e instrucción de Tarzán, habían proporcionado a la tribu una apacible y engañosa confianza, basada en la misma falacia que a tantas comunidades civilizadas ha hundido en el pasado y que a tantas más hundirá en el futuro: la idea de que por el hecho de que no se han visto atacadas, nunca las atacarán.

Una vez tuvo la certeza de que la hembra y su *balu* eran los únicos miembros de aquella tribu que andaban por allí, Toog se les fue acercando sigilosamente. La hembra estaba de espaldas a Toog cuando éste se precipitó hacia ella; pero un sexto sentido advirtió a Teeka de la inminencia de un peligro y la hembra dio media vuelta y quedó de cara al mono desconocido un segundo antes de que éste tuviese tiempo de llegar a ella. Toog se detuvo a unos pasos de Teeka. Los seductores encantos femeninos de aquella hembra habían borrado del ánimo de Toog toda su cólera anterior. Dejó oír una serie de sonidos conciliatorios, una especie de chasquidos cloqueantes ejecutados con los anchos y aplastados labios, que no se diferenciaban gran cosa de los que producen los besos.

Pero Teeka los acogió enseñando los dientes y gruñendo. El pequeño Gazán echó a correr hacia su madre, pero Teeka le dirigió un rápido «¡Kriieg-ah!» de aviso, seguido de la orden de que se apresurara a refugiarse en un árbol alto. Saltaba a la vista que el nuevo pretendiente no le causaba a Teeka una impresión muy favorable. Toog se percató de ello y obró en consecuencia, cambiando de táctica. Hinchó el gigantesco pecho y se lo golpeó con los callosos puños, al tiempo que se pavoneaba paseando por delante de la hembra.

—Yo soy Toog —alardeó, jactancioso—. Mira mis colmillos de combate, mis enormes brazos y mis piernas poderosas. De una sola dentellada puedo destrozar al macho más fuerte de tu tribu. He matado a Sheeta yo solo. Toog te desea.

Guardó silencio, a la espera del efecto de sus palabras, pero no tuvo que

esperar mucho. Teeka dio media vuelta con una celeridad impropia de su enorme volumen y salió disparada en dirección contraria. Con un gruñido iracundo, Toog se lanzó en su persecución; pero la hembra, más ágil y menuda, era demasiado rápida para él. Toog corrió tras su presa unos metros y luego se detuvo y empezó a ladrar, a echar espumarajos de rabia por la boca y a descargar furibundos puñetazos contra el suelo.

Desde lo alto del árbol donde se había cobijado, Gazán bajó la mirada para ser testigo del disgusto de aquel macho desconocido. Demasiado joven todavía y considerándose seguro, fuera del alcance del enorme simio, el *balu* cometió el error de dedicar al extraño una inoportuna andanada de insultos. Toog alzó la vista. Teeka se había detenido a escasa distancia; no quería alejarse de su cachorro. Toog lo comprendió así al instante y al instante decidió aprovechar la circunstancia. Comprobó que el árbol en cuyas ramas permanecía el pequeño simio estaba aislado y que, para trasladarse a otro, el *balu* tendría que bajar al suelo. Sí, él, Toog, se apoderaría de la madre merced al amor de ésta por su hijo.

Saltó hacia las ramas bajas del árbol. Gazán suspendió su derroche de insultos y transformó su expresión de diablillo travieso por otra de recelo, que no tardó en cambiar de nuevo por una de pavor, al ver que Toog empezaba a acercársele por la enramada. Teeka le gritó a su hijo que se alejara árbol arriba y el *balu* empezó a trepar hacia las delgadas ramas superiores, lo bastante débiles como para no soportar el peso del gigantesco macho. A pesar de todo, Toog siguió ascendiendo. Teeka no estaba realmente asustada. Sabía que era imposible que aquel simio extraño pudiera llegar a las alturas en las que Gazán podía refugiarse, por lo que la hembra se mantuvo a cierta distancia del árbol y se dedicó a calificar al mono forastero con lo más escogido del repertorio de insultos de la selva. Como hembra, era una consumada virtuosa en ese arte.

Pero lo que desconocía era la malévola astucia que anidaba en el reducido cerebro de Toog. Daba por supuesto que el macho subiría todo lo que pudiera en persecución de Gazán y luego, cuando se diera cuenta de que no podría alcanzarle, volvería a perseguirla a ella, una persecución que le resultaría igualmente infructuosa. Tan segura estaba Teeka de que su *balu* se encontraría a salvo y tal era la confianza que tenía en su habilidad para cuidar de sí misma que no se molestó en gritar pidiendo ayuda a los demás miembros de la tribu, que se apresurarían a acudir en masa a su lado.

Poco a poco, Toog llegó al punto limite, a partir del cual no se atrevía a

confiar en que las ramas, más delgadas ya, soportasen el peso de su enorme cuerpo. Gazán se encontraba aún a tres metros por encima de él. Toog se asentó con firmeza en aquel último peldaño, agarró con sus potentes manazas la rama principal y procedió a sacudirla vigorosamente. Una profunda consternación se apoderó de Teeka. Comprendió automáticamente lo que se proponía el macho. Gazán se aferraba a una rama oscilante, a gran altura. Perdió el equilibrio con la primera sacudida, pero no cayó a plomo porque logró seguir agarrado con las cuatro manos. Toog, sin embargo, redobló sus esfuerzos y la siguiente sacudida arrancó un siniestro chasquido a la rama a la que Gazán permanecía asido. Teeka vio con absoluta claridad cuál iba a ser el desenlace y, olvidándose del peligro que pudiera correr ella, que quedó sumido en las profundidades de su amor de madre, se precipitó hacia adelante dispuesta a trepar por el árbol y plantar batalla a aquella criatura espantosa que amenazaba la vida de su pequeño.

Pero antes de que llegara al tronco, Toog había logrado su propósito: sus violentas sacudidas provocaron el que Gazán se soltara de la rama. El pequeño *balu* exhaló un grito y se desplomó a través del follaje; durante la caída trató desesperadamente de encontrar un nuevo asidero. No lo consiguió y fue a estrellarse con un golpe sordo y estremecedor a los pies de su madre, donde permaneció inmóvil y silencioso. Teeka exhaló un gemido, se agachó y tomó en sus brazos la inerte figura. Pero no había hecho más que recoger a Gazán del suelo cuando ya tenía a Toog encima.

Teeka bregó y recurrió a los mordiscos para liberarse, pero los gigantescos músculos de aquel macho colosal eran demasiado para las fuerzas de la mona. Toog la golpeó y le apretó el cuello reiteradamente, hasta que, por último, medio desvanecida, Teeka se sometió. El macho se la echó al hombro y tomó el camino del sur, de donde procedía.

En el suelo quedó el inerte cuerpo de Gazán. No gemía. Estaba completamente inmóvil. El sol se elevó lentamente hacia su meridiano. Una alimaña sarnosa levantó la cabeza para ventear la brisa de la jungla y luego se deslizó entre la maleza. El desgradable hocico de aquel animal asomó entre el follaje y unos ojos crueles se clavaron en Gazán.

Aquella mañana, muy temprano, Tarzán de los Monos había ido a la cabaña próxima al mar, donde solía pasarse muchas horas siempre que su tribu deambulaba por aquellos pagos. Yacía en el suelo el esqueleto de un hombre —lo único que quedaba del antiguo lord Greystoke—, tal como

había caído cosa de veinte años atrás, cuando Kerchak, el gran mono, lo arrojó allí sin vida. Hacía bastante tiempo que las termitas y los pequeños roedores dieron buena cuenta de lo demás, dejando mondos y lirondos los sólidos huesos del inglés. Tarzán había visto durante años aquella osamenta sin dedicarle más atención de la que le merecían los innumerables huesos que veía sembrados por la selva durante sus cacerías. Sobre el lecho reposaba otro esqueleto, algo más pequeño, del que el joven también hacía caso omiso. ¿Cómo iba a imaginar que uno era el de su padre y que el otro pertenecía a su madre? El montoncito de huesos que había en la tosca cuna construida con tan amoroso esmero por el antiguo lord Greystoke tampoco significaba nada para él. Que aquel pequeño cráneo sirviera algún día para demostrar sus derechos a un título nobiliario era algo tan distante de su pensamiento como los planetas del sistema solar de Orión. Para Tarzán no eran más que huesos…, huesos vulgares y nada más. No le hacían falta, puesto que no conservaban absolutamente nada de carne, y tampoco le estorbaban, puesto que no sentía ninguna necesidad de acostarse en una cama, de modo que pasaba por encima del esqueleto del suelo tranquilamente, casi sin reparar en él.

Aquel día estaba un poco intranquilo. Pasaba las páginas primero de un libro y luego de otro. Lanzaba un vistazo a unas ilustraciones que ya se sabía de memoria y después apartaba los volúmenes y los dejaba a un lado. Por milésima vez rebuscó en el armario. Sacó una bolsa que contenía cierto número de piezas de metal pequeñas y redondas. En el curso de los años anteriores había jugado infinidad de veces con aquellas piezas; pero siempre las había vuelto a guardar cuidadosamente en la bolsa, para dejarlas acto seguido en el estante del armario donde las había encontrado. Las atávicas costumbres hereditarias se manifestaban en el hombre mono a través de extraños caminos. Descendiente de una raza cultivadora del orden, Tarzán era también ordenado, sin saber por qué. Los simios abandonaban las cosas allí donde perdían su interés por ellas, bien fuese dejándolas caer entre las hierbas altas o soltándolas desde lo alto del árbol en que estuviesen. A veces volvían a encontrar lo que habían abandonado, pero sólo si el azar lo propiciaba. Tarzán, sin embargo, no tenía esa costumbre. Practicaba escrupulosamente el «un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio». Y colocaba cada una de sus escasas pertenencias en el lugar que le había asignado. Los pequeños discos de metal que contenía la bolsita siempre le habían interesado. En la parte lateral llevaban imágenes

en relieve, pero no había conseguido entender del todo lo que significaban. Eran unas piezas bruñidas y relucientes. Tarzán se divertía formando con ellas figuras sobre la superficie de la mesa. Había jugado así centenares de veces. Aquel día, cuando estaba entregado a tal entretenimiento, se le cayó al suelo una bonita moneda amarilla —una libra de oro inglesa— que rodó por debajo de la cama en la que yacían los restos mortales de la en otro tiempo preciosa lady alicia.

Fiel a sus costumbres, Tarzán se puso a gatas y buscó por debajo de la cama la perdida moneda. Por extraño que pueda parecer, nunca había explorado aquella zona. Encontró la pieza de oro, y también algo más: una cajita de madera cuya tapa, suelta, se abría fácilmente. Sacó ambas cosas de debajo de la cama y después de devolver el soberano al interior de la bolsita y dejar ésta en su sitio dentro del armario, procedió a examinar la cajita. Contenía unos cuantos pedazos de metal cilíndricos, que por un extremo tenían forma cónica y eran planos por el otro, con un reborde que sobresalía ligeramente. Eran completamente verdes, aunque de tono apagado, mate, ya que el paso de los años los había recubierto con una capa de cardenillo.

Tarzán extrajo un puñado y los examinó de cerca. Frotó uno contra otro y comprobó que el verdín desaparecía, para dejar una superficie brillante en dos tercios de la longitud de aquellos cilindros, mientras que el resto, la parte en forma de cono, adoptaba un tono gris mate. Buscó un trozo de madera, frotó con él, a base de rápidos movimientos, uno de los tubitos y se vio recompensado con la aparición de un brillo rutilante que le encantó.

Colgada del costado llevaba una especie de faltriquera que había arrancado del cadáver de uno de los numerosos guerreros negros a los que liquidara. Metió en aquella bolsa un puñado de sus nuevos juguetes, con la idea de sacarles brillo más adelante, en sus ratos de ocio. Después volvió a poner la cajita debajo de la cama y, al no encontrar por allí nada que le resultase divertido, salió de la cabaña y emprendió el regreso hacia la tribu.

Cuando se acercaba a ella, una enorme algarabía llegó a sus oídos, un alboroto formado por los lamentos que emitían a voz en grito hembras y cachorros y que se mezclaban con los aullidos salvajes y los coléricos rugidos que proferían los grandes machos. Tarzán aceleró automáticamente el ritmo de marcha, porque aquellos «¡Kriieg-ah!» le advertían de que algo extraordinariamente grave les estaba sucediendo a sus camaradas.

Mientras el hombre mono se entretenía con sus juguetes en la cabaña

del difunto lord Greystoke, Taug, el corpulento compañero de Teeka, cazaba a kilómetro y medio de la tribu, por el norte. Cuando por fin tuvo lleno el estómago, regresó sin prisas hacia el claro donde había visto a la tribu por última vez y empezó a cruzarse con diversos congéneres, que andaban desperdigados por el territorio de uno en uno, por parejas o en grupos de tres. Al no ver por ninguna parte a Teeka ni a Gazán, empezó a preguntar a los otros simios si sabían dónde podría encontrarlos. Pero nadie los había visto desde bastante rato antes.

A diferencia de lo que ocurre con nosotros, que en seguida nos hacemos un cuadro mental de lo que puede haber ocurrido, los animales pertenecientes a órdenes inferiores no se distinguen por poseer una imaginación exuberante; de modo que a Taug no se le pasó por la cabeza la posibilidad de que les hubiera ocurrido algo malo a su consorte y a su vástago. Lo único que pensó fue que deseaba encontrar a Teeka cuanto antes para poder tenderse a la sombra con ella y que le rascara la espalda mientras hacía la digestión del desayuno. Pero por más que la llamó a gritos, la buscó y preguntó por ella a cuantos se cruzaron con él, no encontró el menor rastro de Teeka ni de Gazán.

Empezó a enfadarse y a decirse que debería adoptar la firme determinación de castigar a Teeka por haberse ido tan lejos cuando él la necesitaba. Avanzaba hacia el sur por un sendero de caza, sin que sus encallecidas plantas y nudillos produjeran el menor ruido, cuando descubrió la presencia de Dango en la parte opuesta de un pequeño claro. La carroñera no detectó la presencia de Taug, porque sólo tenía ojos para algo que yacía en la hierba, al pie de un árbol, algo a lo que se aproximaba con la sigilosa cautela propia de los miembros de su especie.

Siempre precavido, como corresponde a quien se desplaza por la selva y quiere sobrevivir, Taug trepó silenciosamente por la enramada de un árbol, hacia un punto desde donde pudiera disponer de una panorámica total del claro. Dango no le asustaba, pero quería ver qué era lo que acechaba la hiena. En cierto modo, posiblemente, actuaba impulsado más por la curiosidad que por la precaución.

Y cuando Taug llegó a una altura de las ramas desde la que le era posible ver el claro sin obstáculos, comprobó que Dango olfateaba algo que tenía bajo su hocico: un cuerpo en el que Taug reconoció instantáneamente la figura inerte de su pequeño Gazán.

Al tiempo que lanzaba un grito tan aterrador, tan bestial que paralizó

automáticamente a la sobresaltada hiena, el gigantesco simio se arrojó con todo su peso y volumen sobre Dango, que apenas tuvo tiempo para salir de su sorpresa. Reaccionó soltando un rugido, aplastándose contra el suelo y volviéndose para quedar boca arriba, dispuesto a hundir sus garras en el atacante. Pero su intento iba a tener la misma efectividad que el de un gorrioncillo que se revolviera contra un halcón. Los formidables y nudosos dedos de Taug se cerraron sobre la garganta y el lomo de la hiena, las mandíbulas se clavaron en la sarnosa nuca, quebrantaron las vértebras y, por último, Taug arrojó desdeñosamente a un lado el cadáver de Dango.

Volvió a levantar la voz, emitiendo la llamada del mono macho, para convocar a su compañera, pero siguió sin obtener respuesta. Acto seguido, agachó la cabeza y olfateó el cuerpo de Gazán. En el pecho de aquella fiera salvaje y terrible latía, no obstante, un corazón capaz de sentir y de dejarse conmover, aunque fuese ligeramente, por emociones de amor paternal similares a las que experimentamos nosotros. Aunque no tenemos ninguna prueba real de ello, debemos suponerlo así, puesto que casi lo único que podría explicar la supervivencia del género humano es que el egoísmo y las rivalidades de los machos, en las etapas anteriores o iniciales de la especie, habrían borrado de la faz de la Tierra a los hijos con la misma rapidez con que los traían al mundo, de no haber implantado Dios en sus salvajes pechos el amor paternal que se manifiesta de modo más profundo e intenso en el instinto protector del macho.

En Taug, el instinto protector no era lo único que se había desarrollado extraordinariamente, también contaba el cariño hacia su vástago, porque Taug era un ejemplar cuya inteligencia destacaba entre sus congéneres, una raza de grandes simios de aspecto humano de quienes los indígenas del Gobi hablan en murmullos, pero a los que jamás vio ningún blanco hasta que Tarzán de los Monos llegó a su tribu. Y, caso de verlos, no vivió para contarlo.

Así que Taug experimentó el mismo dolor que pudiera sentir cualquier otro padre ante la pérdida de un hijo. Es posible que a nosotros el pequeño Gazán nos pareciese una criatura fea y espantosa hasta la repulsión, pero para Taug y Teeka era una preciosidad, tan adorable como para cualquier padre pudiera ser su Mary, su Johnnie o su Elizabeth Ann. Era su primogénito, su hijo único y, por si fuera poco, era macho: tres peculiaridades susceptibles de convertir a un retoño de simio en el ojito derecho de su afectuoso padre.

Taug olfateó la inmóvil forma durante unos segundos. Luego acarició y alisó el desgreñado pelaje con el hocico y la lengua. Por último, un desconsolado gemido se escapó de sus labios, pero el dolor se vio inmediatamente sustituido por un abrumador deseo de venganza.

Se incorporó de un salto y lanzó al aire una andanada de «¡Krüeg-ah!», alternados de vez en cuando por el escalofriante y colérico alarido de desafío del mono macho…, de un mono macho enloquecido por el furor y sediento de sangre.

Se oyeron en seguida los gritos de respuesta de los miembros de la tribu, que acudían a su llamada saltando de árbol en árbol. Aquella algarabía era la que oyó Tarzán cuando regresaba de la cabaña. Añadió también su voz al griterío y aumentó la velocidad hasta el punto de que parecía volar a través de las frondas del nivel medio de la arboleda.

Cuando llegó por fin al punto donde estaba la tribu vio que todos se apiñaban alrededor de Taug y de algo que yacía muy quieto en el suelo. Tarzán echó pie a tierra y se abrió paso hasta el centro del grupo. Taug aún seguía rugiendo desafíos, pero al ver a Tarzán cesó en sus voces, se inclinó para recoger a Gazán, lo levantó en brazos y lo acercó al hombre mono para que lo viera. De todos los machos de la tribu, Taug era el único que apreciaba a Tarzán. Además de confiar en él, consideraba que era más sabio e ingenioso que ninguno de ellos. Y a Tarzán recurría en aquella circunstancia, al compañero de juegos de su niñez y juventud y al camarada con el que compartió innumerables combates en la madurez.

Al ver el cuerpo del *balu* en los brazos de Taug, un sordo gruñido brotó de labios de Tarzán, ya que también quería mucho al hijo de Teeka.

—¿Quién ha sido? —preguntó—. ¿Dónde está Teeka?

—No lo sé —respondió Taug—. Lo he encontrado aquí tendido, en el momento en que Dango estaba a punto de devorarlo. Pero Dango no lo ha matado… No hay huellas de colmillos en Gazán.

El hombre mono se acercó y aplicó el oído al pecho del *balu*.

—No está muerto —diagnosticó—, y es posible que no muera.

Se abrió paso entre la multitud de simios congregados allí y dio una vuelta en torno al grupo, mientras examinaba el terreno centímetro a centímetro. Se detuvo de pronto, acercó la nariz al suelo y olfateó la tierra. A continuación se puso en pie y lanzó un extraño grito. Taug y el resto de la tribu se apelotonaron en torno suyo, porque aquel sonido les dijo que el cazador había encontrado el rastro de su presa.

—Un macho forastero ha merodeado por aquí —explicó Tarzán—. Él fue quien dejó a Gazán en este estado. También fue él quien se llevó a Teeka.

Taug y el resto de miembros de la tribu empezaron a rugir y a soltar amenazas, pero sin pasar de ahí. Si aquel mono desconocido se hubiese encontrado a la vista, lo habrían destrozado, pero a ninguno se le ocurrió emprender la persecución.

—Si los centinelas que debían estar apostados en tres puntos de vigilancia alrededor de la tribu hubiesen cumplido con su obligación, esto no habría pasado —acusó Tarzán—. Os volverán a ocurrir estas cosas una y otra vez mientras no coloquéis machos que tengan los ojos bien abiertos para descubrir a los enemigos que se acerquen. La selva está llena de enemigos y, a pesar de que lo sabéis perfectamente, dejáis que vuestras hembras y vuestros hijos anden buscando comida por donde les venga en gana, solos y sin protección. Tarzán se va ahora; se marcha a buscar a Teeka, a rescatarla y traerla de nuevo a la tribu.

La idea sedujo a los demás machos.

—Iremos todos contigo —se brindaron, a coro.

—No —se opuso Tarzán—, nada de eso. No podemos llevar a las hembras y a los balus en una expedición de caza y de combate. Tenéis que quedaros para defenderlos, so pena de correr el riesgo de perderlos a todos.

Los simios se rascaron la cabeza. La sensatez de las palabras de Tarzán empezó a calar en su cerebro y a imponerse sobre aquella nueva idea que tanto los había entusiasmado de entrada: la idea de perseguir a un enemigo que los habían ultrajado, acosarle, arrebatarle la presa y aplicarle un castigo ejemplar. Siglos de atávica costumbre había estampado de forma indeleble en su carácter el instinto de conservación a escala de comunidad. Ignoraban por qué no se les ocurrió perseguir y castigar al agresor que los había agraviado… No podían saber que ello era debido a que ese instinto de conservación comunal los impulsaba a mantenerse unidos en compacto rebaño, de forma que los grandes machos, mediante el peso de su fortaleza y ferocidad combinadas, pudieran proteger mejor a la tribu frente al enemigo. La idea de separarse para plantar batalla a un adversario aún no se les había ocurrido, resultaba demasiado ajena a sus costumbres, demasiado contraria a los intereses de la comunidad. Para Tarzán, en cambio, fue el primer pensamiento que acudió a su mente. El más lógico y natural.

Sus sentidos le informaban de que el ataque contra Teeka y Gazán era obra de un solo macho. Y un solo contrincante no requería la acción de la tribu en peso para aplicarle el castigo que merecía. Dos machos que se movieran con rapidez lo alcanzarían en seguida y rescatarían con prontitud a Teeka.

En el pasado, a nadie se le hubiera pasado por el magín marchar en busca de una hembra de las que, de vez en cuando, alguien despojaba a la tribu. Si Numa, Sabor, Sheeta o algún macho vagabundo de otra tribu se tropezaba casualmente con alguna doncella o matrona cuando nadie mirase, allí acababa todo…, la hembra había desaparecido y punto. El atribulado esposo, si la víctima tenía pareja, se pasaba un par de días gruñendo y deambulando sin rumbo y luego, si tenía fuerzas suficientes para imponerse, tomaba nueva compañera en la tribu o, si no, vagaba por la selva a ver si tenía suerte y se le presentaba la oportunidad de apoderarse de alguna hembra de otra comunidad.

Hasta entonces, Tarzán de los Monos había aprobado esta práctica, por la sencilla razón de que las hembras robadas le tenían sin cuidado; pero Teeka fue su primer amor y el *balu* de Teeka tenía en su corazón el mismo lugar que hubiese podido ocupar un hijo propio. En el pasado, sólo una vez experimentó Tarzán el deseo de acosar y vengarse de un enemigo. Ocurrió varios años antes, cuando Kulonga, el hijo de Mbonga, el jefe, mató a Kala. Entonces, en solitario, Tarzán siguió la pista al criminal y vengó el asesinato. Ahora, aunque en menor medida, le impulsaba el mismo apasionado sentimiento.

Se volvió hacia Taug.

—Deja a Gazán al cuidado de Mumga —dijo—. Es vieja, tiene rotos los colmillos y tampoco es buena; pero puede cuidar de Gazán hasta que volvamos con Teeka. Y si Gazán ha muerto cuando volvamos —se dirigió a Mumga—, te mataré también a ti.

—¿A dónde vamos? —preguntó Taug.

—Vamos a rescatar a Teeka —contestó Tarzán— y a matar al macho que la secuestró. ¡En marcha!

Volvió a localizar el rastro del mono forastero, evidente para sus avezados sentidos, y ni siquiera volvió la cabeza para comprobar si Taug iba tras él. Éste depositó el cuerpo de Gazán en los brazos de Mumga.

—Si muere, Tarzán te matará —advirtió el simio antes de partir. Y emprendió la marcha en pos de la figura de piel bronceada que se alejaba

ya a paso ligero por la senda de la jungla.

Tarzán era, con mucha ventaja, el mejor rastreador de la tribu de Kerchak; ningún macho podía competir con él, porque a la agudeza de sus sentidos sumaba la inteligencia de un cerebro superior al de cualquiera de ellos. Su capacidad de discernimiento le indicaba el camino natural que tomaría la presa, de forma que lo único que necesitaba para mantenerse en la pista que seguía era observar las señales más evidentes. Aquel día, las huellas de Toog estaban tan claras para él como pudieran estarlo los caracteres de una página impresa para cualquiera de nosotros.

El gigantesco y velloso Taug seguía de cerca a la ágil figura del hombre mono. No intercambiaban palabra. Se movían tan silenciosamente como dos sombras que se desplazaran entre la minada de sombras del bosque. El olfato de Tarzán, su nariz aristocrática, estaba tan alerta como la vista y el oído. El rastro era reciente y ahora que habían dejado atrás el fuerte efluvio a simio que despedía la tribu, Tartán no tenía dificultad alguna para seguir la pista de Toog y Teeka sólo con el olfato. El olor familiar de Teeka, que Tarzán y Taug tan bien conocían, les comunicaba que seguían en el buen camino. Y el olor de Toog no tardó en resultarles tan familiar como el de la hembra.

Avanzaban rápidamente y, de pronto, densos nubarrones ocultaron el sol. Tarzán aceleró el paso. Casi volaba por el sendero de jungla y, en los tramos que Toog cubrió por la enramada de los árboles, lo seguía con la agilidad de una ardilla por la zigzagueante y ondulante ruta de las frondosas ramas, saltando de árbol en árbol como Toog lo había hecho poco antes que él, pero con mayor celeridad porque no tenía la desventaja de llevar la carga que llevaba Toog.

Tarzán comprendió que estaba a punto de dar alcance a su presa, dado que el olor que emanaba del rastro se acentuaba por momentos, cuando el cárdeno resplandor de un relámpago surcó los aires y el ensordecedor rugido de un trueno repercutió a través del cielo y de la jungla e hizo estremecer la tierra. Luego llegó la lluvia, no como lo hace en las zonas templadas, sino en forma de impresionante alud de agua, de diluvio que, en vez de gotas, desencadena metros cúbicos de liquido elemento sobre los combados gigantes de la selva y las aterrorizadas criaturas que buscan refugio bajo sus ramas.

Y la lluvia hizo lo que Tarzán se temía: borrar de la faz de la tierra el rastro de la presa. El agua cayó torrencialmente durante media hora…

Luego, de pronto, el sol volvió a brillar y engalanó la jungla con millones de fulgurantes joyas. Pero el hombre mono, normalmente atento a las cambiantes maravillas de la selva, no se fijó en aquella exposición de alhajas. En lo único que pensaba era en que el rastro de Teeka y su secuestrador se había perdido.

Incluso entre las ramas de los árboles hay rutas bien señaladas, lo mismo que en la superficie del suelo. Pero en los árboles se bifurcan y entrecruzan con mayor frecuencia, ya que es una vía mucho más abierta que la de la superficie, por lo general revestida de densa maleza. Después de que escampara, Tarzán y Taug continuaron la persecución por una de aquellas rutas bien señaladas, puesto que al hombre mono le constaba que era el camino más lógico entre los que podía tomar el secuestrador. Pero al llegar a la primera bifurcación se encontraron perdidos. Hicieron un alto y Tarzán empezó a examinar cada rama y cada hoja que el simio fugitivo pudiese haber tocado.

Olfateó el tronco del árbol y su perspicaz mirada se esforzó en descubrir en la corteza algún indicio o señal susceptible de indicarle la dirección que había seguido el secuestrador. Era una labor lenta y, mientras se entregaba a ella, Tarzán tenía plena conciencia de que, durante todo aquel espacio de tiempo, el macho de la tribu ajena se iba alejando constantemente de ellos, iba ganándoles preciosos minutos que seguramente le servirían para ponerse a salvo antes de que lo alcanzasen.

Primero estudió uno de los ramales de la bifurcación y después el otro. Aplicó a su examen todos sus prodigiosos conocimientos de la ciencia de la selva. Pero la decepción coronó una y otra vez sus esfuerzos, porque el diluvio que se acababa de abatir sobre la selva había bañado a fondo todos los puntos expuestos a la precipitación acuosa. Tarzán y Taug buscaron durante media hora, hasta que por fín, en el dorso de una hoja, el agudo olfato de Tarzán captó el olor de Toog, ya que aquella hoja había rozado uno de los peludos hombros del gigantesco simio cuando pasó por la fronda.

Encontraron la pista de nuevo, pero seguirla constituía ahora una tarea lenta y laboriosa, sujeta a continuos y desalentadores retrasos, sobre todo cuando, en ocasiones, el rastro parecía perdido por completo. La verdad es que para nosotros ese rastro sería algo inexistente, antes y después del chaparrón, salvo, quizás, en los tramos que Toog recorrió por el suelo, tras bajarse de los árboles y seguir una senda de caza. En esos lugares, la huella

de una manaza correspondiente a la extremidad inferior y de los nudillos de la mano anterior aparecían lo bastante claras como para que cualquier mortal corriente pudiese detectarlas. Aquellas y otras indicaciones permitieron a Tarzán comprender que el mono forastero aún iba cargado con Teeka. La profundidad de la marca impresa por las extremidades posteriores señalaba que el peso que las había dejado era mayor que el de cualquier simio grande, al tiempo que el detalle de que en el suelo no se veía más que la huella de los nudillos de una mano venía a indicar que la otra se ocupaba en otra cosa: aguantar a la prisionera sobre el hombro peludo. Tarzán llegaba a observar, en lugares resguardados, los puntos donde el fugitivo se había cambiado el peso de un hombro a otro, porque lo revelaban la huella correspondiente al costado que llevaba el peso y el cambio de la marca de los nudillos, que pasaba de un lado de la senda al otro.

El simio había recorrido tramos de considerable longitud completamente erecto, erguido sobre las extremidades posteriores, caminando como camina el hombre; pero lo mismo podía haber ocurrido con cualquiera de los grandes antropoides de la misma especie, que, a diferencia del chimpacé y del gorila, pueden desplazarse sin ayuda de las manos delanteras con la misma soltura que con ellas. Tales pormenores, sin embargo, ayudaban sobremanera a Taug y a Tarzán en la identificación de las características y aspecto del secuestrador. Y con el olor peculiar del mismo impreso de forma indeleble en su memoria se encontraban en una situación estupenda para reconocerle cuando lo encontraran, incluso aunque se hubiera desembarazado ya de Teeka. Lo reconocerían con más facilidad que cualquier investigador moderno provisto de fotografías y medidas de Bertillon para perseguir y reconocer a un fugitivo de la justicia civilizada.

Pero con todas sus facultades perceptivas afinadas al máximo, los dos miembros de la tribu de Kerchak se las veían y se las deseaban muchas veces para seguir sobre la pista y, en el mejor de los casos, localizar el rastro perdido los retrasó de tal manera que llegada la tarde de la segunda jornada de persecución aún no habían alcanzado al fugitivo. El olor de éste ya era bastante acusado, porque después de la lluvia había vuelto a quedar flotando, y Tarzán estaba seguro de que no tardarían en avistar al secuestrador y a su presa. Por encima de ellos, mientras avanzaban sigilosamente, parloteaban Manu, el mico, y miles de contertulios de su

especie; graznaban y chillaban aves de garganta insolente y plumaje multicolor; zumbaban y ronroneaban una infinidad de insectos entre el susurro de follaje de la jungla y, al pasar Taug y Tarzán por debajo de la oscilante rama en que se había posado, un mico viejo que refunfuñaba y gruñía con el ceño fruncido inclinó la cabeza y los vio. Suspendió automáticamente sus farfullantes gruñidos, se olvidó de seguir con las cejas enarcadas y el pobre emprendió veloz huida, agitando su larga cola, como si en aquel preciso instante a Sheeta, la pantera, le hubiesen dotado de alas y estuviera a punto de cazarlo. A juzgar por las apariencias, no era más que un mico aterrorizado, que huía para salvar el pellejo…, en él no parecía haber nada siniestro.

Y ¿qué habría sido de Teeka durante todo ese tiempo? ¿Había acabado por resignarse a su suerte y acompañaba a su nuevo compañero con la adecuada humildad propia de una amante esposa dócil y sumisa? Una simple mirada a la pareja hubiera bastado para que el más curioso o exigente obtuviera una respuesta de lo más satisfactorio. Teeka tenía la piel desgarrada y sangraba por las numerosas heridas que el arisco Toog le había infligido en el curso de sus infructuosos esfuerzos para someterla a su voluntad. Toog, a su vez, también estaba mutilado y desfigurado, aunque, con terca ferocidad, seguía aferrado a la idea de conservar a toda costa su ya inútil presa.

Continuaba abriéndose camino en dirección al territorio de su tribu. Confiaba en que el rey hubiese olvidado la traición, pero de no ser así, se resignaría a su suerte… Cualquier destino sería mejor que sufrir solo por más tiempo la compañía de aquella tremebunda hembra. Por otra parte, además, quería enseñar la cautiva a sus compañeros. Tal vez deseara ofrecérsela al rey como presente…, es posible que tal pensamiento apresurara sus pasos.

Encontraron finalmente a dos machos que comían en un bosquecillo semejante a un parque, una preciosa arboleda salpicada de enormes peñascos medio enterrados en fértil légamo, silenciosos monumentos, quizás, de una era olvidada durante la cual imponentes glaciares avanzaron despacio por un territorio batido ahora por el sol inclemente que cae sobre la selva tropical.

Cuando Toog apareció a lo lejos, los dos machos alzaron la cabeza y enseñaron sus poderosos colmillos de combate. Toog los reconoció como amigos.

—Soy Toog —gruñó—. Toog ha vuelto con una nueva hembra.

Los simios aguardaron a que se acercase más. Teeka los miró con expresión hostil, les gruñó y enseñó los dientes. En aquel momento no tenía un aspecto agradable para la vista; sin embargo, a pesar de las heridas, de la sangre y del odio que expresaba su rostro, los dos machos comprendieron que era una hembra hermosa y envidiaron a Toog… ¡Ay!, no conocían a Teeka.

Mientras intercambiaban miradas sentados en cuclillas, a través de los árboles llegaba corriendo hacia ellos un mico de larga cola y patillas grises. Era un pequeño mico, rebosante de excitación, que se detuvo en la rama de un árbol situado inmediatamente encima de los grandes simios.

—Se acercan dos machos desconocidos —anunció a gritos—. Uno es un mangani, el otro es un mono espantoso, sin nada de pelo en el cuerpo. Siguen el rastro de Toog. Los he visto.

Los cuatro simios volvieron la cabeza para mirar a lo largo del camino por el que Toog y Teeka acababan de llegar. Después se pasaron un minuto mirándose unos a otros.

—Vamos —tomó la iniciativa el más alto y corpulento de los amigos de Toog—, esperaremos a esos desconocidos detrás de esos matorrales que hay al otro lado del claro.

Dio media vuelta y se alejó a través del espacio de terreno abierto; los demás le siguieron. El mico bailoteaba a su alrededor, animadísimo. Su diversión principal consistía precisamente en armar gresca ajena, en provocar sangrientas disputas entre los habitantes de la selva de mayor tamaño. Una vez estallaba el enfrentamiento, se dedicaba a contemplar el espectáculo de la lucha encarnizada desde la seguridad de los árboles. Aquel mico encizañador, de patillas grises y larga cola era un glotón de sangre, siempre y cuando, naturalmente, esa sangre fuera de los demás.

Los monos se ocultaron en la espesura de los matorrales que crecían al lado del camino por el que pasarían los dos machos forasteros. Teeka temblaba de emoción. Había oído lo que dijo Manu y estaba completamente segura de que el mono sin pelo era Tarzán, mientras que, sin duda, el otro sería Taug. Nunca, ni en sus más ilusionadas esperanzas, pudo concebir que le llegase tal ayuda. En lo único que había pensado fue en escapar por sus propios medios y volver como pudiera a la tribu de Kerchak Pero incluso eso le pareció imposible en todo momento, ya que Toog no dejó un segundo de vigilarla estrechamente.

Cuando Taug y Tarzán llegaron al bosquecillo en el que Toog se tropezó con sus compañeros, el olor a simio era ya tan intenso que ambos perseguidores tuvieron la certidumbre de que la presa les llevaba muy poca delantera. De modo que extremaron las precauciones, porque querían sorprender al secuestrador, si era posible, abordándole por la espalda y atacándole antes de que se percatara de su presencia. Ignoraban que un minúsculo mico de grises patillas se les había adelantado y que tres pares de ojos salvajes espiaban ya todos sus movimientos, mientras esperaban a que se pusieran al alcance de sus nerviosas garras y sus babeantes fauces.

Taug y Tarzán atravesaron el bosquecillo y cuando empezaban a recorrer la vereda que conducía al interior de la espesura del bosque del otro lado, resonó por delante de ellos, muy cerca, el súbito y estridente «¡Krüeg-ah!» con que la voz familiar de Teeka les avisaba. A los obtusos cerebros de Toog y sus satélites no se les ocurrió la posibilidad de que Teeka pudiera delatarlos y, el hecho consumado de aquel grito de advertencia los enfureció. Toog descargó un golpe terrible sobre la hembra, que fue a parar al suelo, y acto seguido los tres antropoides se lanzaron a plantar batalla a Tarzán y Taug. El mico bailoteaba en la rama y chillaba entusiasmado.

Verdaderamente, podía sentirse complacido, porque fue una pelea magnífica. No hubo preámbulos, formalismos, tanteos ni presentaciones, los cinco machos embistieron sin más ni más, se fajaron y rodaron por el estrecho camino y la densa vegetación que lo flanqueaba. Mordían, hundían las uñas, arañaban, desgarraban y golpeaban bestialmente, a la vez que inundaban el aire con el más espantoso coro de gruñidos, aullidos y rugidos. A los cinco minutos, los cinco simios tenían la piel rasgada por infinidad de puntos y la sangre manaba de numerosas heridas, mientras el mico de grises patillas daba saltos jubilosos y dirigía a los combatientes primarios y agudos chillidos de ánimo. Pero su actitud era siempre de condena, de «pulgares abajo». Quería ver la muerte de alguien. Le tenía sin cuidado que fuese amigo o enemigo. Anhelaba sangre…, sangre y muerte.

Toog y otro de los monos se las tenían con Taug, mientras Tarzán hacía frente al tercero de los simios agresores, una bestia gigantesca, con la fortaleza física de un búfalo. Pero el atacante de Tarzán jamás se las había tenido que entender con una criatura como aquella, un macho escurridizo y sin pelo. La sangre y el sudor resbalaban por la tersa piel bronceada del hombre mono. Una y otra vez eludía las garras de aquel enorme simio,

mientras se esforzaba en desenvainar el cuchillo de caza que llevaba a la cintura.

Al final, el éxito coronó sus esfuerzos: una mano se alargó con gesto celérico para cerrarse en torno a la peluda garganta, al tiempo que la otra, empuñada la hoja, se elevaba con idéntica rapidez. Tres cuchilladas tan potentes como vertiginosas y el macho se debilitó, dejó de forcejear y, al tiempo que exhalaba un gruñido, cayó desmadejado bajo su antagonista. Tarzán se zafó inmediatamente de las zarpas del simio moribundo y acudió en ayuda de Taug. Toog le vio llegar y dio media vuelta para plantarle cara. A consecuencia del impacto, al encontrarse ambos, a Tarzán se le escapó el cuchillo de las manos, y Toog apresó entre sus brazos al hombre mono. El combate ya se había equilibrado —eran dos contra dos—, en tanto en la periferia del campo de batalla, Teeka se había recuperado del golpe que la derribara y permanecía atenta a la espera de una ocasión favorable para intervenir en ayuda de sus compañeros. Vio el caído cuchillo de Tarzán y lo empuñó automáticamente. Nunca lo había usado, pero sabía cómo lo empleaba Tarzán. Siempre le inspiró temor aquel objeto capaz de quitar la vida a los animales más poderosos de la selva con la misma facilidad con que los grandes colmillos de Tantor daban muerte a sus enemigos.

Teeka observó que la bolsa que Tarzán llevaba al costado se desprendía e iba a parar al suelo y, con la curiosidad típica del mono, que ni el peligro ni la excitación pueden disipar, se apresuró a cogerla también.

Los machos estaban ahora de pie, roto el cuerpo a cuerpo. La sangre se deslizaba costados abajo y tenían el rostro teñido de carmesí. El dichoso mico de barba gris se encontraba tan fascinado que ya ni siquiera se acordaba de gritar y bailar, sino que permanecía sentado en su rama, hechizado por el propio placer que le producía el espectáculo.

Taug y Tarzán obligaban a sus enemigos a retroceder hacia el bosquecillo. Teeka los seguía, despacio. No sabía qué hacer. La terrible prueba por la que había pasado la dejó exhausta, dolorida y renqueante y, por otro lado, tenía la confianza de las de su sexo en el arrojo y la capacidad de lucha de su compañero y del otro macho de su tribu: estaba segura de que Tarzán y Taug no necesitarían la ayuda de una hembra para derrotar a aquellos dos simios forasteros.

Los gritos y rugidos de los contendientes repercutían a través de la selva y despertaban ecos en los montes lejanos. De la garganta del antagonista de Tarzán surgieron una veintena de «¡Kriieg-ah!». No tardó en

llegar, por retaguardia, la respuesta que el simio esperaba. Entre gruñidos y ladridos, a través del bosquecillo llegaban cosa de veinte enormes machos: los efectivos de combate de la tribu de Toog.

Teeka fue la primera en verlos. Dirigió un grito de aviso a Tarzán y Taug. Luego echó a correr y dejó atrás a los luchadores, en su carrera hacia la parte opuesta del claro. Una huida impuesta por el miedo. Nadie podía censurarla por ello, después de la espantosa prueba que acababa de soportar y cuyas consecuencias aún sufría.

Aquella hueste de simios gigantes se abatirían sobre ellos. En cuestión de segundos quedarían destrozados y, posteriormente, constituirían la *pièce de résistance* de la orgía salvaje de un *dum dum*. Teeka volvió la cabeza para echar un vistazo. Al ver el inminente destino mortal que aguardaba a sus paladines, en el pecho salvaje de Teeka saltó la chispa del martirio, del morir matando, que algún antecesor común había transmitido tanto a Teeka, la selvática simia, como a las gloriosas mujeres del orden superior humano dispuestas a sacrificar la vida por sus hombres. La mona profirió un agudo alarido y corrió hacia los combatientes que luchaban en confuso montón, rodando por el suelo al pie de uno de los enormes peñascos que se alzaban al borde del bosque. Pero ¿qué podía hacer ella? Su fuerza física era inferior a la de los machos y eso le impedía sacar la debida ventaja al empleo del cuchillo. Había visto a Tarzán arrojar proyectiles, sistema ofensivo que aprendió, como otras muchas cosas, del compañero de juegos en la infancia. Buscó algo que lanzar al enemigo y sus dedos tropezaron con la dureza de las cosas que contenía la bolsa que poco antes se le cayera a Tarzán. Abrió la boca del pequeño zurrón y sacó de su interior un puñado de aquellos cilindros brillantes. Le pareció que pesaban más de lo que su tamaño sugería y que eran unos proyectiles estupendos. Los arrojó con todas sus fuerzas contra los simios que contendían delante del peñasco de granito. El resultado sorprendió a Teeka tanto como a los machos. Se produjo una explosión tremenda, que ensordeció a los luchadores y formó en el aire una cortina de humo acre. Nunca se había escuchado allí un estruendo tan horroroso. Los machos extraños se incorporaron como impulsados por un resorte, prorrumpieron en gritos de terror y emprendieron la huida, batiendo el piso a toda velocidad rumbo al territorio de su tribu, mientras Taug y Tarzán se levantaban despacio, doloridos y sangrantes. También ellos hubieran huido corriendo de no haber visto allí a Teeka, erguida, con el cuchillo y la faltriquera en las manos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Tarzán.

Teeka sacudió la cabeza.

—Arrojé estas cosas a los machos desconocidos.

Sacó otro puñado de aquellos brillantes cilindros de metal rematados por un extremo en forma de cono de color gris mate.

Tarzán los contempló, al tiempo que se rascaba la cabeza.

—¿Qué son? —quiso saber Taug.

—No lo sé —repuso Tarzán—. Me los encontré.

El mico de la barba gris se detuvo en un árbol, a más de kilómetro y medio de distancia, y se acurrucó, despavorido, contra una rama. Ignoraba que el difunto padre de Tarzán de los Monos había regresado en el tiempo, a través de un lapso de veinte años, para salvar la vida de su hijo.

Como también lo ignoraba el propio Tarzán, lord Greystoke.

Capítulo Once

CAPÍTULO XI

BROMAS DE LA SELVA

EL ABURRIMIENTO era algo prácticamente desconocido para Tarzán. Incluso allí donde impera la rutina de la uniformidad, la monotonía no puede tomar carta de naturaleza si dicha uniformidad rutinaria consiste en esquivar la muerte primero de una manera y después de otra, o en causar la muerte a los demás. Tal existencia azarosa no deja de tener su gracia y su sabor, pero es que, además, Tarzán de los Monos sabía sazonarla con diversas actividades producto de su propia imaginación.

Ya era un hombre adulto, dotado de la gracia de un dios griego y de la fuerza de un toro. Según los principios y características de los grandes simios, debería ser un individuo huraño, malhumorado y taciturno, pero no lo era. Conservaba su sentido del humor, sin que el transcurrir del tiempo lo menoscabase; seguía siendo el chiquillo retozón y zaragatero de siempre, con gran desconcierto por parte de sus compañeros antropoides. Éstos no podían comprenderle, ni a él ni a su forma de comportarse, porque, con la madurez, los simios olvidaban rápidamente su juventud y perdían las ganas de divertirse.

Claro que, a su vez, Tarzán tampoco era capaz de entenderlos a ellos. Le parecía inconcebible que apenas unas lunas antes hubiera enlazado con su cuerda el tobillo de Taug para, tras arrastrarlo un trecho, soltarlo y enzarzarse ambos en un simulacro de batalla mientras chillaban, rodaban y triscaban alegremente entre las altas hierbas. En cambio, ahora, cuando se acercó a Taug por detrás y lo arrojó al suelo de un empujón, en vez del joven simio dispuesto a jugar, con lo que se encontró Tarzán fue con un bestia gigantesca y gruñona, que giró en redondo y se abalanzó sobre él, con las manos por delante, prestas para cerrarse alrededor de su garganta.

Tarzán esquivó la acometida con facilidad y la cólera de Taug se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos, pero no la reemplazó ningún deseo de jugar. Tarzán comprendió que Taug ni se divertía ni resultaba un tipo

divertido. El gran macho parecía haber perdido por completo el poco o mucho sentido del humor que otrora pudiese haber animado su talante. Con un gruñido de decepción, el joven lord Greystoke puso rumbo hacia terrenos más propicios para el entretenimiento. Le caía sobre uno de los ojos un mechón de pelo negro. Lo apartó de un manotazo, al tiempo que echaba la cabeza atrás. Aquello le sugirió algo que hacer y fue en busca de la aljaba, escondida en el hueco del tronco de un árbol herido por un rayo. Sacó las flechas, puso el carcaj boca abajo y vació en el suelo todo su contenido: los escasos tesoros de Tarzán. Entre ellos había una pequeña piedra plana y una concha que había recogido en la playa contigua a la cabaña de su padre.

Frotó cuidadosamente el borde de la concha con la superficie plana de la piedra, hasta conseguir un corte fino y aguzado. Procedió a la manera de un barbero que afilase la navaja y parecía poseer una habilidad semejante a la de tal profesional, pero lo cierto es que su competencia en tal menester era fruto de muchos años de esmerada práctica. Sin ayuda de nadie había descubierto un sistema propio para dotar a la concha de un filo estupendo —incluso lo probó en la yema del pulgar— y cuando se sintió satisfecho de su corte, cogió el mechón de pelo que le caía sobre la frente, sujetó la concha con el pulgar y el índice de la mano izquierda y aplicó el filo a la guedeja, pasándolo por el pelo hasta cortarlo. Repitió la operación alrededor de la cabeza y acabó por dejar reducida la melena a una serie de trasquilones capitaneados por el que decoraba su frente, el primero que perpetrara. La estética de su aspecto le tenía sin cuidado, la comodidad y la seguridad era lo que realmente le importaba. Un mechón de pelo que cae por delante de los ojos de uno puede representar la diferencia entre la vida y la muerte, del mismo modo que una pelambrera larga que cae por la espalda resulta de lo más incómodo, sobre todo si está húmeda o mojada a causa del rocío, la lluvia o el sudor.

Mientras se entregaba a sus tareas de peluquería, las ruedecitas de su dinámico cerebro no cesaban de dar vueltas. Recordó su reciente combate con Bolgani, el gorila. Las heridas que sufrió en aquella pelea casi estaban totalmente curadas. Repasó mentalmente las extrañas aventuras que vivió durante sus primeras pesadillas y sonrió al evocar el doloroso resultado de la última broma que gastó a la tribu, cuando, disfrazado con la piel de Numa, el león, se acercó a los antropoides y trató de asustarlos a base de rugidos…, para acabar recibiendo una paliza que estuvo a punto de costarle

la vida, cuando los gigantescos machos se precipitaron en masa sobre él y pusieron en práctica todo lo que les había enseñado para defenderse de un ataque de su enemigo ancestral.

Trasquilada la cabellera a su gusto y como quiera que no vislumbraba la menor posibilidad de diversión entre los miembros de la tribu, Tarzán subió a la enramada y emprendió el vuelo en dirección a su cabaña. Sin embargo, no había recorrido más que una pequeña parte de la distancia cuando atrajo su atención el intenso olor de un rastro que procedía del norte. Era el efluvio de los gomanganis.

La curiosidad, ese superdesarrollado deseo de aprender, herencia común del hombre y el simio, siempre inducía a Tarzán a investigar todo lo que se relacionase con los gomanganis. Tenían la virtud de estimular la imaginación del hombre mono. Posiblemente ello se debiera a la diversidad de actividades e intereses de los indígenas. La vida de los simios consistía en comer, dormir y reproducirse. Y lo mismo era válido para todos los habitantes de la jungla, salvo para los gomanganis.

Aquellos individuos negros bailaban y cantaban, escarbaban la tierra después de desembarzarla de los árboles y matorrales que la cubrían; observaban el nacimiento y desarrollo de las cosas que plantaban, y cuando veían madurar los frutos, los cosechaban y los guardaban en sus chozas con tejado de bálago. Fabricaban venablos, arcos y flechas, veneno, calderos para guisar y objetos de metal con los que se adornaban brazos y piernas. De no ser por sus rostros de color negro, por sus facciones espantosamente desfiguradas y porque uno de ellos había matado a Kala, Tarzán muy bien hubiera podido desear ser miembro de aquella tribu. Al menos, así lo pensaba a veces, pero siempre que se le ocurría tal idea experimentaba una extraña sensación de repulsión, que no le era posible comprender ni interpretar: sabía simplemente que odiaba a los gomanganis y que prefería mil veces convertirse en Histah, la serpiente, antes que en uno de aquellos negros.

Pero sus costumbres, acciones y movimientos le resultaban interesantes y Tarzán nunca se cansaba de espiarlos. Aprendió de ellos mucho más de lo que él mismo suponía, aunque su intención principal consistía siempre en amargarles la vida cuanto pudiera. Hostigar y jugarles malas pasadas a los negros era la diversión principal de Tarzán.

Se percató de que los indígenas estaban demasiado cerca y de que eran muchos, de modo que fue aproximándose a ellos en silencio y con grandes

precauciones. Se desplazó sin ruido a través de las lujuriantes hierbas y los espacios abiertos y, en los puntos donde el bosque era espeso, subía a los árboles y volaba de una rama a otra o saltaba ágilmente por encima de los árboles caídos y amontonados, cuando las enramadas bajas no le brindaban una vía por la que desplazarse y el suelo no le ofrecía camino transitable.

Pronto avistó a los guerreros negros de Mbonga, el jefe. Estaban empeñados en una tarea que a Tarzán le resultaba más o menos familiar, ya que los había visto realizar aquella obra en otras ocasiones. Colocaban y cebaban una trampa para Numa, el león. En el interior de una jaula provista de ruedas tenían un cabrito, atado de forma que, cuando Numa echara la zarpa a aquel desdichado animal, la puerta de la jaula caería, deslizándose por detrás del león y dejándole encerrado allí dentro.

Eran artimañas que los negros habían aprendido en su antigua tierra, antes de huir a través de la enmarañada selva hacia su nueva aldea. La tribu estaba asentada en el Congo belga, donde sus miembros residieron hasta que las crueldades de sus despiadados opresores los indujeron a emigrar en busca de una región más segura y tranquila, aunque ello representara aventurarse por las inexploradas soledades selváticas que se extendían más allá de las fronteras de los dominios del rey Leopoldo.

En su pretérita existencia solían poner trampas con las que cazaban animales para los agentes europeos, de los que aprendieron diversos trucos como aquel que estaban poniendo en práctica, artificios que les permitían capturar incluso a fieras como Numa sin producirles el menor daño y transportarlas de manera segura y con relativa facilidad hasta la aldea.

No tenían mercado en el que ofrecer a los compradores blancos la salvaje mercancía, pero no por ello les faltaban a los indígenas estímulos para cazar a Numa… vivo. El primero era la necesidad de limpiar la selva de devoradores de hombres: sólo a raíz de alguna incursión depredadora de aquellos terribles carnívoros se organizaba una cacería de leones. En segundo lugar estaba la posiblemente feliz circunstancia de que, si el éxito coronaba la cacería, eso procuraba la excusa perfecta para montarse una orgía al objeto de festejarlo debidamente y, desde luego, además de la celebración en sí, se contaba con el doble placer de la presencia de una criatura viva a la que se podía torturar hasta matarla.

Tarzán había presenciado en ocasiones anteriores alguno de aquellos ritos crueles. Al ser más salvaje que los salvajes guerreros gomanganis, la barbarie del espectáculo no le conmovía tanto como debiera haberlo hecho,

pero no por eso dejaba de impresionarle. Aunque no lograba comprender la extraña sensación de repugnancia que le acosaba en tales ocasiones. No sentía ningún cariño hacia Numa, el león, y, sin embargo, se le erizaba el pelo de pura indignación cuando los negros infligían a su enemigo atrocidades y vilezas como sólo puede concebir el cerebro de la criatura moldeada a imagen y semejanza de Dios.

Tarzán había liberado a Numa de la trampa antes de que los indígenas volvieran de la aldea para comprobar el éxito o el fracaso de su empresa. Aquel día iba a repetir la operación… Lo decidió instantáneamente, al comprender la naturaleza de las intenciones de los indígenas.

Tras dejar la jaula en mitad de la amplia senda de elefantes cerca de la poza a la que acudían a beber los animales de la jungla, los guerreros iniciaron el regreso a su aldea. Volverían a la mañana siguiente. Tarzán observó su marcha, mientras sus labios se curvaban inconscientemente en una despectiva mueca burlona, legado de un linaje insospechado para él. Los vio alejarse por el ancho camino, bajo la vegetación y las enredaderas que pendían de las frondosas ramas. Los hombros de ébano rozaban la preciosidad de unas flores que la inescrutable Naturaleza parecía haber distribuido profusamente por allí, como si se complaciera en ponerlas lejos del alcance de los ojos humanos.

Mientras, entornados los párpados, veía desaparecer tras un recodo del camino al último guerrero de la fila, una idea que se le ocurrió de pronto le hizo cambiar la expresión. Una sonrisa torva se fue dibujando lentamente en sus labios. Bajó la mirada sobre el asustado cabrito el cual encadenó sus balidos al percatarse simultáneamente de su indefensión y de la presencia del hombre mono.

Tarzán descendió al suelo, se acercó y entró en la jaula. Sin mover la cuerda de fibra, dispuesta para dejar caer la puerta en el momento oportuno, soltó al cebo, se lo puso bajo el brazo y salió de la trampa.

Mediante el drástico procedimiento de seccionarle la yugular con el cuchillo de caza, silenció al aterrado ternasco y luego, mientras el animal se desangraba, lo arrastró por el camino hasta el abrevadero. En el semblante de Tarzán, normalmente grave, bailoteaba una semisonrisa. Al llegar al borde del agua, el hombre mono se agachó y con el filo del cuchillo y los dedos de acero extrajo diestramente las vísceras del cabrito sacrificado. Excavó un hoyo en el barro, enterró allí las entrañas del animal, que nunca se comía, se echó la pieza al hombro y subió a la enramada.

Durante un corto trecho se desplazó por los árboles en la misma dirección que seguían los guerreros negros. Luego descendió al suelo para enterrar la carne de su víctima en un lugar en el que estaba a salvo del pillaje de Dango, la hiena, o de cualquier otra bestia o ave de presa de las que pululan por la selva. Tenía hambre. De haber sido exclusivamente animal, se habría puesto a comer; pero su espíritu tenía suficiente fuerza de voluntad para, cuando era preciso, satisfacer otras urgencias antes que las del estómago. Y en aquellos instantes le animaba la idea que mantenía viva en sus labios aquella sonrisa y fulgurante en sus ojos la chispa de la diversión. Era esa idea lo que le permitía olvidarse del hambre.

Puesta la carne a buen recaudo, Tarzán reanudó la marcha a paso ligero en pos de los gomanganis. Los alcanzó a cosa de cuatro o cinco kilómetros más allá de la jaula y entonces se subió a una rama y continuó la persecución por los árboles y a cierta distancia…, a la espera de su oportunidad.

Con los guerreros negros iba Rabba Kega, el hechicero. Tarzán los odiaba a todos, pero a Rabba Kega más que a ninguno. En su marcha en fila india por el culebreante sendero, Rabba Kega, perezoso y pesado, fue rezagándose. Al observarlo, una gran satisfacción inundó el ánimo de Tarzán; todo su ser empezó a irradiar un jubiloso y terrible contento. Como un ángel de la muerte la figura de Tarzán se cernió ominosa sobre el desprevenido negro.

Como sabía que la aldea estaba ya cerca, Rabba Kega decidió tomarse un respiro y se sentó. ¡Descansa a gusto, oh, Rabba Kega! ¡Es tu última oportunidad de hacerlo!

Tarzán se deslizó sigilosamente por la enramada dispuesto a situarse inmediatamente encima del bien alimentado y orgulloso de sí mismo hechicero. El hombre mono no produjo ningún ruido que los obtusos oídos del brujo pudieran percibir, distinguiéndolo de los murmullos que la brisa de la selva levantaba entre el levemente agitado follaje de las copas de los árboles. Oculto tras la cortina formada por la tupida fronda y las enredaderas, Tarzán se detuvo muy cerca del indígena.

Rabba Kega estaba sentado, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, de cara a Tarzán. No era precisamente la posición que un depredador al acecho desearía que hubiera adoptado su presa, por lo que, con la infinita paciencia del cazador avezado, Tarzán se mantuvo inmóvil y silencioso como una figura tallada, a la espera de que el fruto madurase para

cosecharlo. Un insecto con el aguijón cargado de veneno surcó el aire y lo hizo vibrar a base de zumbidos furiosos. Revoloteó ociosamente en círculo, casi rozando el semblante de Tarzán. El hombre mono vio y reconoció a aquel insecto. El virus que inoculaba su aguijón ocasionaba una muerte inmediata a los seres más pequeños que él; para Tarzán significaría pasar unos cuantos días aquejado por diversos dolores. Se mantuvo inmóvil. Tras tomar nota de la presencia de la tortura alada y lanzarle un rápido vistazo, las rutilantes pupilas de Tarzán se clavaron en Rabba Kega y sobre él permanecieron fijas. Su aguzado oído percibía y seguía los movimientos del insecto. Notó entonces que se le posaba en la frente. No movió un músculo, porque los músculos de los seres como Tarzán están al servicio del cerebro. El horripilante artrópodo se deslizó rostro abajo: pasó por la nariz, los labios y la barbilla. Hizo una pausa en la garganta, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Tarzán continuaba vigilando a Rabba Kega. Ahora ni siquiera se le movían los ojos. Tan impresionantemente quieto estaba que sólo la muerte podía competir con él en inmovilidad. El insecto ascendió por la bronceada mejilla y se detuvo con las antenas acariciando las pestañas del párpado inferior. Cualquiera de nosotros hubiera echado la cabeza hacia atrás, cerrado los ojos y aplicado un manotazo al dichoso bicho; pero nosotros somos esclavos, no amos, de nuestros nervios. Es verosímil que, de haber llegado el insecto al globo del ojo, el hombre mono hubiera continuado rígido y con los párpados abiertos, pero el artrópodo no llegó. Anduvo unos segundos por las cercanías del párpado inferior y luego desplegó las alas, remontó el vuelo y se alejó zumbando.

Descendió hacia Rabba Kega y el negro oyó el zumbido, vio al insecto y trató de sacudirlo con la mano. Consiguió matarlo, pero no antes de que el insecto le hubiera picado en la mejilla. El hechicero se incorporó al tiempo que lanzaba un aullido de dolor y rabia. Cuando se dispuso a lanzarse camino adelante rumbo a la aldea de Mbonga, el jefe, su amplia y negra espalda quedó expuesta a las intenciones del hombre que aguardaba la ocasión propicia, apostado por encima del indígena.

En el preciso instante en que Rabba Kega se volvía, una figura ágil salió disparada hacia adelante y hacia abajo, desde las ramas del árbol, y cayó sobre las anchas espaldas. El impacto envió a Rabba Kega contra el suelo. Unas mandíbulas poderosas se cerraron sobre la parte posterior del cuello y, cuando el brujo intentó gritar, unos dedos de hierro le apretaron la

garganta hasta casi asfixiarle. El vigoroso indígena trató de resistir, pero era como un niño bajo la potente presa de su adversario.

Tarzán aflojaba a intervalos la presión sobre la garganta del negro, pero cada vez que Rabba Kega intentaba gritar, los dedos crueles volvían a poner allí la dolorosa angustia de la asfixia. Al final, el hechicero desistió. Tarzán medio se incorporó entonces, apoyó una rodilla en la espalda de su víctima y cuando Rabba Kega bregaba para levantarse, el hombre mono le obligaba a bajar, a morder el polvo, con la cara pegada al suelo. Con un trozo de la cuerda que sirviera para sujetar al cabrito, Tarzán ligó las muñecas de Rabba Kega a la espalda. Acto seguido se levantó, obligó de un tirón a su prisionero a ponerse en pie, lo puso de cara al lado contrario del sendero y le empujó camino adelante.

Hasta que estuvo de pie, frente a su atacante, Rabba Kega no pudo verle el rostro. Cuando descubrió que se trataba del dios-demonio blanco, al hechicero se le cayó el alma a los pies y empezaron a temblarle las rodillas. Pero a medida que caminaba y pasaban los minutos sin que su captor se ensañara con él, hiriéndole o molestándole, la moral del indígena fue elevándose y Rabba Kega casi recuperó el valor. Cabía la posibilidad de que, después de todo, el dios-demonio no tuviera intención de matarle. ¿Acaso no había tenido en su poder a Tibo durante varios días sin causarle el menor daño? ¿Y no perdonó también la vida a Momaya, la madre de Tibo, cuando fácilmente podía haberla matado?

En estas llegaron al lugar donde Rabba Kega y los otros guerreros negros del poblado de Mbonga, el jefe, habían colocado la jaula, la trampa destinada a cazar a Numa. Rabba Kega observó que el cebo había desaparecido, aunque dentro de la jaula no había ningún león, ni tampoco había caído la puerta. Ver aquello y sentirse invadido por una mezcla de asombro y temor fue todo uno. En su romo cerebro empezó a filtrarse la sospecha de que aquella combinación de circunstancias se relacionaba de algún modo con su presencia allí en calidad de prisionero del dios-demonio blanco.

No se equivocaba. Tarzán le empujó de mala manera al interior de la jaula y Rabba Kega sólo tardó un segundo en comprender de qué iba el asunto. Un sudor frío brotó de todos los poros de su cuerpo y empezó a tiritar como si la fiebre palúdica le hubiese atacado de pronto. Y es que Tarzán lo estaba atando en el mismo punto que antes ocupara el cabrito. El hechicero imploró, al principio para que le perdonase la vida y después

para que le aplicase una muerte menos cruel. Pero lo mismo podía haber reservado sus súplicas para presentárselas a Numa, puesto que las dirigía a una fiera salvaje que no entendía una palabra de lo que le estaba diciendo.

Su continuo parloteo, sin embargo, no sólo incomodó a Tarzán, que trabajaba en silencio, sino que le sugirió que aquel negro podía aumentar el volumen de su voz y pedir socorro a gritos, por lo que el hombre mono salió de la jaula, arrancó un puñado de hierbas, cogió un trozo de rama, regresó, introdujo las hierbas en la boca de Rabba Kega, colocó el trozo de rama cruzado entre los dientes del hechicero y sujetó aquella tosca mordaza con la correa del taparrabos del propio indígena. El hechicero ya no podía hacer nada, salvo mover los ojos en todas direcciones, ponerlos en blanco y sudar. Y en tal tesitura lo dejó Tarzán.

El hombre mono se encaminó primero al sitio donde había escondido el cuerpo del ternasco. Lo desenterró, se subió con él a un árbol y procedió a matar el hambre. Después enterró de nuevo el resto de la carne y, a través de los árboles, se dirigió al punto donde, entre dos rocas, burbujeaba el agua de un fresco manantial. Apagó la sed a gusto. Los demás animales solían meterse en la poza y beber el agua estancada, pero eso no iba con Tarzán de los Monos. En tales cuestiones era realmente delicado. Se lavó las manos para eliminar de ellas todo vestigio oloroso del gomangani y después limpió del rostro las manchas de sangre que había dejado el cabrito. Se levantó, se estiró, poco más o menos como lo haría un enorme felino perezoso y, finalmente, subió a un árbol próximo y volvió a echarse a dormir.

Había oscurecido cuando se despertó, aunque una tenue luminosidad ponía una pincelada rosa en el cielo occidental. Gimió y carraspeó un león que cruzaba la selva rumbo al agua. Se acercaba ya al abrevadero. Tarzán sonrió adormilado, cambió de postura y volvió a conciliar el sueño.

Al llegar al poblado de Mbonga, el jefe, los indígenas se percataron de que Rabba Kega no iba con ellos. Transcurridas varias horas sin que apareciese, acabaron por deducir que debía de haberle ocurrido algo y la mayoría de los miembros de la tribu albergaron la esperanza de que ese algo fuera fatal. No les caía nada bien el hechicero. El cariño y el miedo no suelen hacer buenas migas, pero como un guerrero es un guerrero, Mbonga organizó una partida de búsqueda. Aunque, dicho sea de paso, lo que pudiera haberle ocurrido a Rabba Kega no atribulaba, ni mucho menos, a Mbonga hasta llevarle al borde del desconsuelo, como se infiere del hecho

de que se quedó en la aldea y se fue tranquilamente a dormir. Los jóvenes guerreros que constituyeron la patrulla de búsqueda llevaban media hora cumplida entregados con entusiasmo y tenacidad a la tarea, cuando, por desgracia para Rabba Kega —el destino de un hombre puede depender a veces de circunstancias insignificantes—, un abejaruco atrajo la atención de los integrantes de la partida, que optaron por renunciar a la búsqueda y dirigirse hacia la exquisita despensa que el ave había señalado previamente, lo cual representó la sentencia de muerte de Rabba Kega.

Cuando los expedicionarios regresaron con las manos vacías, Mbonga se puso hecho un basilisco, pero en cuanto le echó el ojo al espléndido botín de miel que llevaban, la indignación del jefe se volatilizó automáticamente. Un joven llamado Tabuto, ágil y de endemoniado cerebro, con el rostro espantosamente pintarrajeado, que alimentaba la ilusión de heredar el cargo y los momios de Rabba Kega, hacía prácticas ya entrenándose en la magia negra con un niño enfermo.

Aquella noche, las viudas del hechicero gemirían, llorarían y ululárían. Pero, por la mañana, todos se habrían olvidado de Rabba Kega. Así es la vida, así es la fama, así es el poder, tanto en el centro de la civilización más desarrollada del mundo como en las profundidades de la negra selva primitiva. Siempre, en todas partes, el hombre es el hombre y no ha evolucionado gran cosa desde que hace seis millones de años se coló por el agujero abierto entre dos rocas para escapar del tiranosaurio.

A la mañana siguiente a la desaparición de Rabba Kega, los guerreros, con Mbonga, el jefe, a la cabeza, emprendieron la marcha para comprobar si Numa había caído en la trampa. Mucho antes de llegar a la jaula oyeron los rugidos de un gran león, lo que les hizo creer que tenían una buena presa, de modo que, exultantes y sin dejar de proferir gritos de jubilo, se acercaron al lugar donde daban por supuesto encontrarían a su prisionero.

¡Sí! Allí estaba, un ejemplar enorme, magnífico…, un gigantesco león de negra melena. Los guerreros se volvieron locos de alegría. Daban saltos y cabriolas en el aire, lanzaban gritos salvajes, roncos alaridos de victoria… Pero luego, al acercarse más, los gritos se agostaron en sus labios, se les desorbitaron los ojos hasta ponérseles en blanco y sus labios inferiores quedaron colgando bajo las mandíbulas abiertas de par en par. Retrocedieron aterrados, a la vista de lo que había dentro de la jaula: el maltratado y mutilado cadáver del que, hasta el día anterior, fuera Rabba Kega, el hechicero.

El león capturado estaba excesivamente furioso y amedrentado como para alimentarse del cuerpo de su víctima, pero había descargado sobre él gran parte de su ira, de forma que el desgraciado negro constituía un espectáculo demasiado horrible de soportar.

Desde su oculta atalaya en lo alto de un árbol próximo, Tarzán de los Monos, lord Greystoke, presenció la escena interpretada por los indígenas y sonrió divertido. Una vez más se enorgulleció de sus aptitudes como virtuoso de la broma. Su ingenio y habilidad para la guasa permanecieron dormidos desde aquella vez en que disfrazado con la piel de Numa intentó gastar una bonita jugarreta a los simios de la tribu de Kerchak y recibió una tunda que en un tris estuvo de acabar con él. Pero esta broma de ahora había constituido un éxito concluyente.

Al cabo de unos instantes, los negros lograron sobreponerse al terror y se aproximaron a la jaula. La rabia sustituía al miedo…, la rabia y la curiosidad. ¿Cómo había ido a parar Rabba Kega al interior de la jaula? ¿Dónde estaba el cabrito? Allí no quedaba el menor rastro del cebo. Al mirar con más atención observaron con horror que el cadáver de su antiguo compatriota estaba atado con la misma cuerda que ellos utilizaron para sujerar al cabrito. ¿Quién podía ser el autor de aquello? Se miraron unos a otros.

Tubuto fue el primero que habló. Había acompañado aquella mañana a los expedicionarios animado por una esperanza: la de que era posible que encontrasen pruebas de la muerte de Rabba Kega. El muchacho se había salido con la suya y fue el primero en adelantar una posible explicación.

—El dios-demonio blanco —susurró—. ¡Esto es obra del dios-demonio blanco!

Nadie llevó la contraria a Tubuto, porque, realmente, ¿qué otro podía haber sido, aparte aquel mono blanco sin pelo que tanto pánico producía en el espíritu de todos? De forma que el odio que sentían hacia él se incrementó un poco más. Y en la misma proporción aumentó su temor. Y, mientras, Tarzán se congratulaba, sentado en una rama del árbol.

Ninguno de los allí presentes lamentaba la muerte de Rabba Kega, pero todos los indígenas experimentaron un miedo personal hacia el ingenioso cerebro capaz de idear para cada uno de ellos una muerte tan horrible como la que había sufrido el hechicero. Abatidos y meditabundos, los negros empujaron la jaula con el cautivo león a lo largo de la ancha senda de elefantes en dirección a la aldea de Mbonga, el jefe.

Cuando por fin entraron con la jaula en la aldea y cerraron los portones de la empalizada, el que más y el que menos exhaló su correspondiente suspiro de alivio. Durante todo el trayecto, desde el mismo instante en que dejaron atrás el punto donde habían montado la trampa, todos tuvieron la sensación de que alguien los espiaba, aunque ninguno de ellos oyó ni vio nada tangible que diese pábulo a sus temores.

Al ver dentro de la jaula el cadáver que acompañaba al león, las mujeres y niños del poblado prorrumpieron a coro en los más angustiosos lamentos, llegando incluso a caer en una especie de histeria gozosa que incluso trascendía el duelo feliz que se deriva de sus prototipos más civilizados, que dividen su tiempo entre la asistencia a las salas cinematográficas y a los entierros y funerales de amigos y de desconocidos que se celebran en la vecindad…, sobre todo a los de los desconocidos.

Desde un árbol cuyas ramas se extendían por encima de la empalizada, Tarzán observó cuanto ocurría dentro del poblado. Vio a las frenéticas mujeres que hostigaban al león lanzándole piedras y pinchándole con palos. La crueldad con que los indígenas trataban a sus prisioneros siempre promovía en Tarzán un irritado desprecio hacia los gomanganis. De haber intentado analizar tal sentimiento, es harto posible que le hubiera sido difícil conseguirlo, ya que el sufrimiento y la crueldad eran cosas que había visto a lo largo de toda su vida y a las que estaba más que acostumbrado. Él mismo, sin ir más lejos, era cruel. Todos los animales de la jungla eran crueles, pero la crueldad de los negros era de un género distinto. Era la crueldad de la tortura gratuita e inútil a los seres indefensos, mientras que la de Tarzán y los otros animales era la de la necesidad o la del arrebato apasionado.

Tal vez, de conocerla, habría atribuido a la herencia genética el sentimiento de repugnancia que le producía la contemplación del sufrimiento innecesario… Al germen de la inclinación que los británicos sienten por el juego limpio, que su padre y su madre le habían transmitido. Claro que Tarzán lo ignoraba, puesto que aún seguía creyendo que su madre había sido Kala, la gran simia.

Y en la misma proporción en que crecía su cólera hacia los gomanganis se incrementaba su salvaje simpatía hacia Numa, el león, porque, aunque Numa era su enemigo de toda la vida, en los sentimientos que Tarzán experimentaba respecto a él no había amargura ni menosprecio. En el ánimo del hombre mono, por consiguiente, fue arraigando la firme

determinación de liberar al felino y dejar a los negros una vez más con dos palmos de narices. Y debía lograrlo de forma que ocasionara a los gomanganis la máxima decepción y desconcierto posibles.

Mientras permanecía agazapado allí, dedicado a presenciar lo que sucedía a sus pies, vio que los guerreros arrimaban de nuevo el hombro a la jaula para empujarla y dejarla entre dos chozas. Tarzán comprendió que permanecería allí hasta la noche y que los indígenas preparaban ya el banquete y la orgía con que iban a celebrar la captura del león. Cuando vio que junto a la jaula se apostaban dos guerreros, los cuales procedían a alejar de allí a cuantas mujeres, niños y jóvenes que se acercaban más o menos dispuestos a atormentar a Numa hasta acabar con su vida, Tarzán comprendió que el león estaría a salvo hasta que se le necesitara para interpretar el papel de víctima en la diversión proyectada para la noche, cuando llegase el momento de torturarlo más cruel y científicamente, como ejemplo edificante para la tribu en peso.

Tarzán prefirió fustigar a los indígenas de la manera más teatral que su fértil imaginación pudiese tramar. Tenía medio formado su concepto de los temores supersticiosos que angustiaban a los indígenas y del pánico que les inspiraba la noche, así que decidió aguardar a que cayera la oscuridad nocturna y los negros estuviesen parcialmente afectados por la histeria a la que los conducían la danza y las ceremonias religiosas. Entonces él daría los pasos precisos para liberar a Numa. Mientras llegaba ese momento, confió en que se le ocurriera alguna idea adecuada a las posibilidades de los diversos elementos que tenía a mano. No tardó mucho tiempo en llegarle esa idea.

Recorría la selva contigua, en busca de comida, cuando brotó el plan en su mente. Al principio, el proyecto le hizo sonreír y luego empezó a dudar de sus posibilidades, porque aún conservaba en la memoria el recuerdo del desastroso desenlace que tuvo para él aquella aparentemente maravillosa idea cuando la puso en práctica por primera vez, desarrollada siguiendo casi los mismos pasos que ahora planeaba. A pesar de todo, no la desechó e, instantes después, olvidada momentáneamente la necesidad de comer, el hombre mono se desplazaba en rápido vuelo por las ramas de los árboles hacia los pagos de la tribu de Kerchak, el gran simio.

Como de costumbre, aterrizó en medio de la pequeña comunidad, sin más aviso previo que el espantoso alarido que profirió desde la última rama, ya encima de la tribu. Por suerte para ellos, los monos de Kerchak no

tenían problemas cardiacos, ya que, de ser así, más de uno habría fallecido de un ataque al corazón a causa de las normas de comportamiento de Tarzán, que los sometía a un sobresalto tras otro, de acuerdo con su peculiar sentido del humor.

En aquella ocasión, al ver quién era el que se presentaba de modo tan intempestivo, los simios de Kerchak se limitaron a emitir unos cuantos gruñidos y refunfuños irritados y en seguida reanudaron su rebusca de cosas comestibles o volvieron a tratar de conciliar de nuevo el interrumpido sueño. Realizada su pequeña broma, Tarzán se dirigió al árbol hueco donde ocultaba sus tesoros a los ojos inquisitivos y los largos dedos de sus camaradas y de los traviesos micos. Retiró del escondite una piel enrollada, la piel de Numa con la cabeza adherida —una obra de fina artesanía, ejemplo de perfecta labor de curtido y de diestro montaje—, que en otro tiempo perteneció a Rabba Kega y al que Tarzán se la robó en la aldea.

Cargado con la piel de Numa, el hombre mono regresó a través de la jungla hacia el poblado de los negros. Se detuvo por el camino para cazar y tomar un bocado, e incluso descabezó un sueñecito de una hora, y al atardecer llegó al árbol cuyas ramas pasaban por encima de la empalizada y lanzó un vistazo al conjunto de la aldea. Observó que Numa continuaba vivo y que los centinelas incluso dormitaban al lado de la jaula. Un león no constituye ninguna gran novedad para el negro que vive en una región cuajada de leones, y una vez mellado el filo de su deseo inicial de hostigar a Numa, los habitantes de la aldea dejaron de prestar atención al enorme felino y prefirieron esperar la hora del gran acontecimiento de la noche.

Una vez las sombras nocturnas descendieron sobre el poblado, la celebración no tardó en comenzar. Al ritmo del tamtan, un guerrero que permanecía solo y medio doblado por la cintura, dio un tremendo salto y, a la claridad de la hoguera, se plantó en el centro de un amplio círculo formado por otros guerreros, detrás de los cuales las mujeres y los niños se encontraban de pie o en cuclillas. El danzante llevaba las pinturas y armas de caza y todos sus gestos y movimientos eran los propios del que trata de detectar el rastro de una pieza. Se agachaba hasta casi tocar el suelo, a veces descansando momentáneamente sobre una rodilla, y examinaba el piso a la búsqueda de huellas; luego se inmovilizaba, como una estatua, aguzado el oído. El guerrero era joven, ágil, juncal y airoso; tenía músculos bien desarrollados y una figura esbelta, capaz de mantenerse rígida como una flecha. El resplandor de la fogata relucía sobre su cuerpo de ébano y

hacía resaltar los grotescos dibujos que decoraban su rostro, pecho y abdomen.

El guerrero se inclinó hasta tocar el suelo y a continuación dio un salto y se elevó en el aire. Todos los rasgos de su cara y de su cuerpo indicaban que había descubierto el rastro. Inmediatamente, un brinco le llevó a la línea de guerreros que formaban el círculo, a los que informó del hallazgo e invitó a participar en la caza. Era pura mímica, pero tan perfectamente representada que incluso Tarzán pudo entenderlo todo hasta el último detalle.

El hombre mono vio que los otros guerreros empuñaban sus venablos de caza y se ponían en pie dispuestos a integrarse en la grácil y sigilosa «danza del acecho». Era un espectáculo muy interesante, pero Tarzán comprendió que si deseaba llevar a buen término su objetivo debía actuar con rapidez. Ya había presenciado otras veces aquella danza y sabía que al preludio del acecho sucedería la fase de acoso y, como remate, el sacrificio, durante el cual Numa estaría rodeado de guerreros y aproximarse a él sería imposible.

Con la piel del león bajo el brazo, el hombre mono descendió al suelo entre las densas sombras que oscurecían el espacio al pie del árbol. Luego avanzó rodeando las chozas para llegarse directamente a la parte posterior de la jaula, dentro de la cual Numa paseaba inquieto de un lado a otro. Ningún centinela guardaba la jaula, ya que los dos guerreros apostados allí habían abandonado la vigilancia para ocupar su sitio entre los demás danzarines.

Detrás de la jaula, Tarzán se ajustó la piel de león, tal como hiciera en aquella otra ocasión memorable, cuando los monos de Kerchak, al no reconocerle bajo el disfraz, a punto estuvieron de liquidarlo. Luego se puso a gatas, se desplazó hacia adelante, emergió de entre las dos chozas y se detuvo a unos cuantos pasos por la retaguardia del sombrío auditorio, cuya atención se concentraba exclusivamente en la actuación de los bailarines.

Tarzán observó que los negros alcanzaban ya al apropiado punto de excitación nerviosa y estaban maduros para encargarse del león. En cuestión de segundos, el círculo se rompería en el lugar más próximo a la jaula y los espectadores la empujarían hasta el centro del anillo. Era la oportunidad que Tarzán esperaba.

Por fin había llegado. A la señal de Mbonga, el jefe, las mujeres y los niños que se encontraban inmediatamente delante de Tarzán se pusieron en

pie y se apartaron lateralmente, abriendo un amplio espacio para dar paso a la jaula del león. Al mismo tiempo, Tarzán emitió un sordo rugido, perfecta imitación del que suelta un león érico, y avanzó despacio, majestuosamente, por el recién abierto camino, en dirección a los frenéticos danzarines.

Una mujer fue la primera en verle. Le faltó tiempo para ponerse a chillar. De inmediato, se desencadenó el pánico alrededor del hombre mono. La luminosa claridad que irradiaba la hoguera cayó de lleno sobre la cabeza de león y, tal como Tarzán sabía que iba a ocurrir, los indígenas llegaron a la automática conclusión de que el prisionero Numa había escapado de la jaula.

Tarzán soltó otro rugido y siguió avanzando. Los bailarines interrumpieron momentáneamente su danza. Hasta entonces habían estado cazando un león prisionero en una jaula de fuertes barrotes y de pronto se encontraron con que tenían a la fiera entre ellos y gozando de entera libertad: el asunto presentaba un aspecto completamente distinto. Los nervios de los indígenas no estaban preparados para aquella emergencia. Las mujeres y los niños ya habían huido hacia la problemática seguridad de las chozas próximas y los guerreros no tardaron mucho en imitar su ejemplo, de modo y manera que Tarzán se quedó solo como absoluto dueño y señor de la calle de la aldea.

Claro que no por mucho tiempo. Tampoco él quería que lo dejasen así. No convenía a su plan. Al poco, una cabeza asomó cautelosa por la puerta de una choza cercana; después apareció otra, y otra, y otra, hasta que al cabo de varios minutos más de una veintena de guerreros le contemplaban, a la espera de su inmediato movimiento… O sea, aguardaban a ver si el león se lanzaba al ataque o intentaba huir del poblado.

Los guerreros empuñaban sus venablos, dispuestos a obrar en consecuencia, según se diera la primera o la segunda circunstancia. Y entonces el león se levantó sobre los cuartos traseros, la rojiza piel se desprendió de su cuerpo y a la claridad de las llamas de la hoguera apareció erguida en toda su talla la joven figura del dios-demonio blanco.

Durante unos segundos, los negros se quedaron demasiado estupefactos para reaccionar. Aquella aparición les aterraba más que el propio Numa, aunque de mil amores se habrían lanzado de inmediato a dar muerte a aquel ser…, si hubieran podido recuperarse del sobresalto con la suficiente prontitud. Pero el miedo y la superstición, unidos a su natural escasez de

luces, mantuvieron paralizados a los indígenas mientras el hombre mono se agachaba y recogía del suelo la piel de león. Después le vieron dar media vuelta y desaparecer engullido por las sombras del fondo más alejado de la aldea. Hasta aquel instante no fueron capaces de reunir el valor suficiente para emprender la persecución, pero cuando salieron en masa, blandiendo las lanzas y llenando el aire de gritos de guerra, la presa se había esfumado.

Tarzán no se entretuvo en el árbol ni un segundo. Arrojó la piel sobre una rama y saltó de nuevo al interior de la aldea, por el lado contrario del grueso tronco, se zambulló luego en las sombras de una choza y se dirigió a todo correr hacia el lugar donde estaba el león enjaulado. Se subió de un brinco al techo de la jaula, tiró de la cuerda que levantaba la puerta e, instantes después, un león impresionante, en la primavera de su esplendidez fisica, en la plenitud de su vigor y energía, salió a la calle del poblado.

Al regresar de su infructuosa búsqueda de Tarzán, los guerreros vieron al felino iluminado por las claridades del fuego. ¡Ah! Allí estaba otra vez el dios-demonio con su viejo truco. ¿Es que pensaba que podía engañar con la misma añagaza a los hombres de Mbonga, el jefe, dos veces seguidas? ¡Ya le enseñarían! Llevaban mucho tiempo aguardando una ocasión como aquella para desembarazarse de una vez por todas de aquel terrible diablo de la jungla. Como un solo hombre se lanzaron a la carrera hacia él, enarbolados los venablos.

Salieron de las chozas las mujeres y los niños para ser testigos de la muerte del dios-demonio. Centelleantes las pupilas, el león volvió la cabeza para echarles una mirada y luego se encaró con los guerreros que avanzaban en su dirección.

Entre salvajes gritos de júbilo y triunfo, los indígenas se acercaron a Numa, en alto las amenazadoras lanzas. ¡Ya era suyo el dios-demonio! Y entonces, con un rugido espeluznante, Numa, el león, atacó. Las huestes de Mbonga, el jefe, se enfrentaron a Numa con los venablos a punto y la boca llena de gritos burlones. Formaban una masa sólida y compacta de músculos de ébano deseosa de parar los pies al dios-demonio que se abalanzaba sobre ellos. Sin embargo, bajo la valentía superficial acechaba un miedo latente: el temor de que aquello no les saliera todo lo bien que habían dado por supuesto…, de que aquella enigmática criatura resultara invulnerable a sus armas y les infligiera un castigo atroz por su temeraria insolencia. Aquel león que los atacaba era demasiado real, demasiado auténtico. Así se lo pareció en el fugaz instante de la acometida; pero

sabían que bajo la piel rojiza se ocultaba la carne blanda y suave del hombre blanco, y ¿cómo podía éste resistir el alanceamiento de tantos venablos de guerra?

Delante de aquella aguerrida tropa se encontraba un colosal guerrero, erguido en toda la arrogancia de su juventud y fortaleza física. ¿Miedo? ¡No, él no! Se echó a reír cuando Numa proyectó su atención sobre él. Preparó el venablo, con intención de hundirlo en el amplio pecho del felino. Un segundo después tenía encima al león.

Un violento zarpazo se abatió sobre la lanza de guerra y la astilló como la mano de un hombre podría partir una ramita seca.

La pata de Numa descargó otro zarpazo y el negro se desplomó contra el suelo, con el cráneo destrozado. Al instante, el león estuvo en medio de los guerreros, clavando las uñas y desgarrando cuerpos a diestro y siniestro. Los negros no tardaron mucho en abandonar el campo de batalla, pero una docena de guerreros cayeron heridos antes de que el grueso del derrotado ejército pudiera escapar de las espantosas garras y de los fulgurantes colmillos.

Aterrados, los habitantes de la aldea huyeron en todas direcciones, sin saber dónde meterse. Con Numa dentro de la empalizada, no había choza lo bastante segura para que se pudieran considerar a salvo. En su desbandada, corrían de una a otra, mientras en el centro del poblado Numa permanecía sobre los cadáveres de sus víctimas, sin dejar de gruñir ni de echar chispas por los ojos.

Al final, uno de los miembros de la tribu abrió las puertas de la aldea y buscó la salvación entre las ramas de los árboles del bosque que se extendía más allá. Como un rebaño de corderos, los demás indígenas marcharon tras él, hasta que en la aldea no quedaron más que el león y los indígenas que había matado.

Desde las ramas de los árboles próximos, los hombres de Mbonga vieron al león agachar su enorme cabeza, hundir las mandíbulas en el hombro de una de sus víctimas para, con paso lento y majestuoso, arrastrarla calle adelante, salir por los abiertos portones y adentrarse en la selva. Los negros contemplaron la secuencia entre escalofríos, mientras Tarzán de los Monos, que también la presenció desde la enramada de otro árbol, sonreía.

Tuvo que transcurrir una hora, a partir del momento en que el león desapareció con su festín, para que los negros se aventurasen a descender

de los árboles y regresar a la aldea. Sus desorbitados ojos iban de un lado a otro consternada y aceleradamente y sus carnes desnudas se estremecían más a causa del pánico que de la frialdad de la noche de la jungla.

—Las dos veces era él —murmuró uno—. ¡El dios-demonio!

—Primero se transformó de león en hombre y después volvió a convertirse en león —musitó otro.

—Y arrastró a Mweeza al interior del bosque y ahora lo está devorando —añadió un tercero, estremecido.

Aquí ya no estamos seguros —se lamentó un cuarto indígena—. Recojamos nuestras pertenencias y emigremos en busca de otro sitio donde establecer una nueva aldea, lejos de los dominios del perverso dios-demonio.

Pero con el amanecer del nuevo día recuperaron el ánimo y el valor, de forma que las experiencias de la noche pasada apenas surtieron sobre ellos más efecto que el de aumentar el miedo que les inspiraba Tarzán y fortalecer su creencia en el origen sobrenatural del hombre mono.

Así creció la fama, la influencia y la autoridad de éste en los misteriosos espacios de la jungla por los que circulaba, erigido en el más poderoso de los animales gracias a su inteligencia humana, que regía sus gigantescos músculos y su valor intachable.

Capítulo Doce

CAPÍTULO XII

TARZÁN RESCATA A LA LUNA

LA LUNA brillaba en un cielo sin nubes… Una luna inmensa, que parecía tan cerca de la tierra que uno llegaba a sorprenderse de que no rozara las susurrantes copas de los árboles. Era noche cerrada y Tarzán recorría la jungla. Tarzán, el hombre mono, poderoso luchador, formidable cazador. Ni él mismo hubiera podido explicarle a uno por qué surcaba las oscuras sombras del bosque. No lo hacía porque el hambre le acuciara: aquel día comió hasta saciarse y conservaba en un escondite seguro los restos de la pieza que había cazado, listos para satisfacer su apetito futuro. Tal vez fue la mera alegría de vivir lo que le apremió a abandonar su lecho en la rama de un árbol para poner a prueba los músculos y los sentidos frente a los retos de la noche de la selva… Aparte de que a Tarzán siempre le estimulaba el intenso deseo de aprender.

La jungla que preside Kudu, el sol, es muy distinta a la jungla de Goro, la luna. La jungla diurna posee su propio aspecto, sus propias luces y sombras, sus propios pájaros, sus propias flores, sus propios animales. Sus ruidos son los ruidos del día. Las luces y sombras de la jungla nocturna son tan distintas como uno pudiera imaginar que fuesen las luces y sombras de otro mundo ajeno al nuestro; sus animales, sus flores y sus pájaros no son los de la jungla de Kudu, el sol.

Esas diferencias eran la causa de que a Tarzán le encantase sobremanera salir a inspeccionar la selva durante la noche. No sólo se trataba de que la vida nocturna fuese otra vida, sino también de que esa otra vida era más rica en cosas, en seres y en aventura. Era asimismo más rica en peligros y, para Tarzán de los Monos, el peligro constituía la sal y la pimienta de la vida. Además, los ruidos de la noche de la selva —el rugido del león, el chillido del leopardo, la nauseabunda risa de Dango— era música para los oídos de Tarzán de los Monos.

El suave rumor de unas almohadilladas patas invisibles, el murmullo

que arrancaba a las hojas y las hierbas el paso de las fieras salvajes, el fulgor de las pupilas opalescentes cuyo destello rasgaba la oscuridad, los y mil y un sonidos que proclamaban el hervidero de vida que uno podía percibir con el oído y el olfato, aunque rara vez le era posible verlo, componían la llamada de la jungla nocturna, a cuyo atractivo Tarzán no podía resistirse.

Aquella noche había trazado un amplio círculo, primero hacia el oeste y después hacia el sur, para concluir regresando en dirección norte. Sus ojos, sus oídos y su agudísimo olfato se mantenían en continua alerta. Con los ruidos que conocía se mezclaban otros que le resultaban extraños —ruidos enigmáticos que sólo empezaba a percibir cuando Kudu había ido a refugiarse en su guarida situada más allá del limite de las aguas grandes—, ruidos que pertenecían a Goro, la luna, y al misterioso período de su reinado. Con frecuencia, aquellos sonidos provocaban en la mente del hombre mono una larga sucesión de profundas especulaciones. Por lo pronto, le desconcertaban porque creía conocer a fondo la selva y cuanto con ella se relacionaba. A veces pensaba que lo mismo que las formas y los colores parecían ser distintos por la noche a como lo eran durante el día, también los ruidos se veían alterados al marcharse Kudu y llegar Goro. Ese pensamiento despertaba en su cerebro la ambigua conjetura de que tal vez Goro y Kudu influyesen en tales modificaciones. ¿Y no era natural que acabase por atribuir al sol y a la luna una personalidad tan real como la suya propia? El sol era un ser vivo que gobernaba el día. La luna, dotada de inteligencia y de facultades milagrosas, regía la noche.

Así funcionaba el escasamente instruido cerebro humano de Tarzán, que avanzaba a través de las oscura noche de la ignorancia en busca de una explicación para las cosas que no podía tocar, oír ni oler, así como para los inmensos y desconocidos poderes de la naturaleza que le era imposible captar.

Cuando el hombre mono regresaba hacia el norte en la última etapa de su amplio círculo, le llegaron a las fosas nasales efluvios de gomanganis, mezclados con el acre olor a humo de leña quemada. Tarzán avanzó rápidamente en la dirección de donde procedía aquel olor que la suave brisa llevaba hasta él. No tardó en vislumbrar los rojos resplandores de una fogata, que se filtraban entre el follaje, y cuando se detuvo en lo alto de un árbol próximo vio media docena de guerreros negros acurrucados al amor de la hoguera. Evidentemente se trataba de una partida de caza de la aldea

de Mbonga, el jefe, a la que la noche había sorprendido en mitad de la jungla. Habían construido a su alrededor una *boma* de espinos que, con la colaboración de las llamas de la hoguera, confiaban mantendría a raya a los grandes carnívoros que se acercasen con aviesas intenciones.

Que tal esperanza no estaba respaldada por la convicción lo indicaba el casi palpable terror con que los indígenas permanecían allí encogidos, trémulos, con los ojos desorbitados, porque oían los gemidos que exhalaban Numa y Sabor, en camino ya hacia ellos. También hormigueaban otros animales por las sombras que se extendían más allá de la lumbre. Tarzán vio centellear allí el brillo azufrado de sus ojos. Los negros también los veían y de ahí sus temblores. Uno de ellos tuvo la determinación de levantarse, coger de la hoguera una rama encendida y arrojarla hacia aquellos ojos, que desaparecieron de inmediato. El guerrero volvió a sentarse. Tarzán continuó observando y al cabo de unos cuantos minutos comprobó que los brillantes ojos, de dos en dos o de cuatro en cuatro, volvían a aparecer en tomo a la *boma*.

A continuación se presentaron Numa, el león, y Sabor, su compañera. Los otros ojos se diseminaron a derecha e izquierda ante los gruñidos amenazadores de los grandes felinos y sólo quedaron allí, llameando en la oscuridad, las enormes órbitas de los devoradores de hombres. Varios indígenas se tendieron de bruces en el suelo y estallaron en gemidos, pero el que antes había arrojado la rama encendida repitió la operación lanzando otra tea a la cara de los leones famélicos, los cuales se apresuraron también a desaparecer cuando tuvieron ante sí aquellas luces llameantes. Tarzán estaba interesadísimo. Comprendió que existía un motivo más para justificar el que los negros mantuviesen hogueras encendidas durante la noche…, además de los de calentarse y de guisar. A las fieras de la selva les asustaba el fuego, por lo que las llamas eran, en cierta medida, una protección frente a ellas. Tarzán también sentía una sana prevención hacia el fuego. Una vez, al inspeccionar en el poblado indígena una fogata abandonada, tuvo la infeliz idea de coger un ascua con las manos. Desde entonces se mantuvo siempre a una respetuosa distancia de cualquier lumbre. Con aquella experiencia había tenido más que suficiente.

Durante unos minutos, a raíz del instante en que el negro arrojó el tizón encendido, no apareció ojo alguno, aunque Tarzán oía el rumor de las suaves patas almohadilladas que se movían por allí. Chispearon una vez más los dos puntos ígneos gemelos que indicaban la reaparición del señor

de la jungla y al cabo de unos segundos, a un nivel ligeramente inferior, aparecieron los de Sabor, su pareja.

Durante cierto tiempo permanecieron fijos e inmóviles una constelación de estrellas de intenso fulgor brillando en la noche de la selva y luego el león macho avanzó con lentitud hacia la *boma*, donde sólo aguantaba el tipo un único indígena, sentado en cuclillas, tembloroso. Cuando aquel guardián solitario vio que Numa no parecía dispuesto a interrumpir su marcha, le lanzó otra rama encendida y, como en la ocasión precedente, Numa se retiró y, con él, Sabor, la leona. Pero aquella vez no se alejaron tanto, ni permanecieron distanciados el mismo lapso. Regresaron casi instantáneamente y empezaron a dar vueltas alrededor de la *boma*, sin apartar la mirada de la hoguera y manifestando su creciente disgusto a base de constantes gruñidos sordos y guturales. Más allá de los leones fue incrementándose paulatinamente el número de centelleantes pupilas, pertenecientes a satélites menores, hasta que la negrura de la selva, alrededor del campamento de los indígenas, estuvo tachonada por multitud de brillantes puntitos de fuego.

Una y otra vez el guerrero negro arrojó sus pequeñas teas a los felinos, pero Tarzán comprobó que, tras retroceder unas cuantas veces, muy pocas, Numa empezó a prestarles escasa atención. Por el tono de los rugidos del león, supo que estaba hambriento y supuso que había adoptado la firme decisión de regalarse con una cena a base de carne de gomangani; pero ¿se atrevería a acercarse tanto a las temidas llamas de la hoguera?

Mientras tal pregunta cruzaba por la mente de Tarzán, Numa interrumpió su inquieto paseo alrededor de la *boma* y se encaró con la barrera de espinos. Permaneció un momento completamente inmóvil, a excepción de la rápida y nerviosa curva que trazó su cola al levantarse, y luego se adelantó, despacio, en tanto Sabor se removía desasosegada, en el punto donde Numa la había dejado. El negro advirtió a sus compañeros que el león se aproximaba, pero los indígenas habían recorrido ya demasiado trecho por el camino del pánico cerval para hacer otra cosa que no fuera apretarse unos contra otros y arreciar en sus gemidos con más intensidad que antes.

El indígena cogió otra rama encendida y se la lanzó al león en plena cara. Se elevó en el aire un rugido colérico, al que siguió el raudo ataque del felino. De un salto, Numa franqueó la barrera de la *boma* y, casi con idéntica agilidad, el indígena hizo lo propio por el lado opuesto y, sin parar

mientes en los peligros que acechaban en la oscuridad, salió disparado hacia el árbol que tenía más a mano.

Numa salió de la *boma* casi con la misma rapidez con que había irrumpido en ella, pero al retirarse, saltando de nuevo por encima del pequeño parapeto de espinos, se llevó consigo a un indígena que no paraba de chillar. Llevó arrastrando a su víctima hasta el punto donde aguardaba Sabor, la leona, que se unió a él y ambos continuaron hacia las tinieblas. Sus gruñidos salvajes se mezclaron con los penetrantes alaridos del aterrorizado y sentenciado negro.

Los leones se detuvieron un poco más allá del punto al que llegaban los resplandores de la hoguera. Se produjo entonces una breve sucesión de gruñidos y rugidos anormalmente atroces, durante la cual los gritos gemebundos del indígenas cesaron… para siempre.

Numa reapareció poco después frente a la hoguera. Llevó a cabo una segunda incursión al interior de la *boma* y la sobrecogedora tragedia anterior se repitió de nuevo, con otro indígena que era todo alaridos de terror.

Tarzán se levantó y se estiró perezosamente. Aquel entretenimiento empezaba a aburrirle. Bostezó y emprendió el regreso hacia el claro donde la tribu de Kerchak estaría durmiendo en los árboles circundantes.

Sin embargo, cuando encontró la horqueta en la que solía descansar y se acomodó en ella no experimentó el menor deseo de dormir. Permaneció desvelado largo rato, dedicado a reflexionar y a soñar despierto. Levantó la mirada hacia el cielo y contempló la luna y las estrellas. Se preguntó qué serían y qué fuerza les impediría caer. Tarzán tenía una mente inquisitiva. Su cabeza rebosaba preguntas acerca de todo lo que sucedía a su alrededor, pero nunca encontró a nadie que respondiese a sus interrogantes. Durante la infancia quiso saber y, como no dispuso de prácticamente ninguna fuente de conocimiento que le ilustrase, continuaba invadido, ahora ya en pleno estado viril, por la enorme e insatisfecha curiosidad de un niño.

Jamás se conformaba con limitarse a observar las cosas que sucedían: deseaba saber *por qué* sucedían. Necesitaba averiguar qué era lo que determinaba el que ocurrieran las cosas. El secreto de la vida le interesaba de manera inconmensurable. El milagro de la muerte era algo que no conseguía entender en absoluto. Había examinado en innúmeras ocasiones la estructura interior de sus víctimas y una o dos veces les abrió la caja torácica a tiempo de ver que el corazón todavía palpitaba.

La experiencia le había enseñado que cuando el cuchillo se clavaba en aquel órgano, nueve de cada diez veces provocaba la muerte instantánea, mientras que si las cuchilladas las infería en otras partes del cuerpo de un adversario, podía repetirlas y repetirlas, sin que el antagonista quedase anulado, sin capacidad para seguir en pie. De modo que llegó a pensar que el corazón o, como él lo llamaba, «la cosa roja que respira», era la sede y el origen de la vida.

Ignoraba por completo cuanto se refería al cerebro y sus funciones. Quedaba lejos de sus entendederas el proceso mediante el cual las percepciones sensoriales se transmiten al cerebro, donde se traducen, se clasifican y se etiquetan. Pensaba que el conocimiento estaba en sus dedos cuando tocaban algo, en sus ojos cuando lo veían, en sus oídos cuando escuchaban y en su olfato cuando olía.

Consideraba que la garganta, la epidermis y los cabellos que cubrían su cabeza eran los tres centros principales de la emoción. Cuando mataron a Kala, una peculiar sensación de ahogo se apoderó de su garganta; el contacto con Histah, la serpiente, desplegaba por la piel de todo su cuerpo una impresión de lo más desagradable; y cuando se aproximaba un enemigo, lo pelos de la nuca siempre se le ponían de punta.

Imaginad, si os es posible, a un chiquillo frente a las maravillas de la naturaleza, un mozalbete repleto de preguntas y rodeado exclusivamente por animales de la selva para quienes los interrogantes que Tarzán pudiera plantearles resultarían tan extraños como el sánscrito. Si preguntaba a Gunto qué producía la lluvia, el viejo simio se le quedaría mirando durante unos segundos con expresión atónita y luego, sin más, volvería a reanudar su interesante y edificante búsqueda de pulgas; y cuando se dirigió a Mumga, que era aún más viejo y en consecuencia debía saber más, aunque no ocurría así, y le interrogó acerca del motivo por el que ciertas flores se cerraban cuando Kudu abandonaba el cielo, mientras otras se abrían durante la noche, le sorprendió mucho comprobar que Mumga ni siquiera se había percatado de que se produjeran esos hechos interesantes, aunque el viejo simio podía determinar sin equivocarse en dos centímetros dónde estaba oculta la lombriz más gruesa y suculenta.

Para Tarzán aquellas cosas eran auténticos prodigios. Cautivaban su inteligencia y su imaginación. Veía que las flores se cerraban y se abrían; observó que algunas siempre tenían vuelta su cara hacia el sol; notó que había hojas que no cesaban de moverse aunque no soplara airecillo alguno;

comprobó que las enredaderas se deslizaban y trepaban como seres animados por los troncos y las ramas de los grandes árboles; para Tarzán de los Monos las flores, las enredaderas y los árboles eran seres ya vivos. Les hablaba a menudo, lo mismo que hablaba a Goro, la luna, y a Kudu, el sol, y siempre se sentía decepcionado cuando no le contestaban. Les formulaba preguntas, pero ellos no le podían responder, aunque él estaba seguro de que el susurro de las hojas era el lenguaje en que ellas se hablaban unas a otras.

Atribuía la existencia del viento a los árboles y las hierbas. Creía que éstos lo creaban al agitarse de un lado a otro. No podía explicarse de otra manera aquel fenómeno. La lluvia había acabado por asignársela a las estrellas, la luna y el sol; pero esta hipótesis resultaba poco atractiva y nada poética.

Aquella noche, mientras permanecía tendido en el lecho de la rama, dedicado a pensar, en su fértil fantasía se encendió de pronto la chispa de una explicación para las estrellas y la luna. Le dominó una oleada de excitación. Taug dormía en una horqueta próxima. Tarzán fue a situarse junto a él.

—¡Taug! —llamó. El enorme simio se despertó instantáneamente, erizado el pelo al suponer que aquella llamada nocturna representaba algún peligro. Tarzán señaló las estrellas y exclamó—: ¡Mira, Taug! Mira los ojos de Numa y Sabor, de Sheeta y Dango. Aguardan alrededor de Goro, al acecho, para saltar sobre él y matarlo. Mira los ojos, la nariz y la boca de Goro. Y la luz que resplandece en su cara es el fulgor de la gran fogata que ha encendido para ahuyentar a Numa y Sabor y a Dango y Sheeta.

»¡Como ves, todo lo que hay a su alrededor son ojos, Taug! Pero no se acercan mucho al fuego… Pocos son los ojos que están cerca de Goro. ¡El fuego los asusta! Es el fuego lo que libra a Goro de caer en poder de Numa. ¿Lo ves, Taug? Cualquier noche, Numa estará muy hambriento y muy furioso… Entonces saltará por encima de los arbustos espinosos que rodean a Goro y ya no habrá más luz cuando Kudu se retire en busca de su refugio… La noche será tenebrosa, con esa negrura que la invade cuando Goro tiene pereza y duerme hasta bien entrada la noche, o cuando vaga por el cielo diurno, olvidado de la selva y de los que la habitan.

Con expresión estúpida, Taug miró al cielo y después a Tarzán. Una estrella fugaz descendió meteóricamente, dibujando en el cielo una línea flamígera.

—¡Mira! —exclamó Tarzán—. Goro ha arrojado a Numa una rama encendida.

Taug rezongó:

—Numa está ahí abajo. Numa no caza por encima de los árboles.

Pero miró con curiosidad y con cierta dosis de aprensión a las estrellas que brillaban sobre su cabeza, como si las viese por primera vez. Y es que, indudablemente, era la primera vez que las veía, aunque habían estado en el cielo todas las noches de la vida de Taug. Para éste, venían a ser lo mismo que las preciosas flores silvestres de la jungla: no podía comerlas y, por lo tanto, no les prestaba la menor atención.

Taug se removió, nervioso. Permaneció largo tiempo allí tendido, sin poder dormir, con la mirada puesta en las estrellas —los ojos centelleantes de los animales de presa que rodeaban a Goro, la luna— y en Goro, bajo cuya claridad bailaban los monos al ritmo de los tambores de barro. Si Numa devorase a Goro, ya no habría más *dum dum*. Tal idea dejó a Taug abatidísimo. Miró a Tarzán con ojos medio temerosos. ¿Por qué era su amigo tan distinto a los demás miembros de la tribu? De cuantos monos había conocido Taug hasta entonces, ninguno tenía ideas tan extrañas como Tarzán. El simio se rascó la cabeza y, confusamente, se preguntó si Tarzán sería un compañero de fiar.

Luego, a través de un laborioso proceso mental, fueron acudiendo lentamente a su memoria los servicios que le había prestado y comprendió que le había ayudado más y mejor que cualquiera de los otros monos, incluidos los más robustos y sabios machos de la tribu.

Tarzán fue quien le liberó de los indígenas precisamente en aquellos días en que él, Taug, creía que su compañero deseaba a Teeka. Fue Tarzán quien salvó de la muerte al pequeño *balu* de Taug. Fue Tarzán quien concibió y llevó a cabo la persecución del simio que secuestró a Teeka y quien hizo posible el rescate. Tarzán había luchado y derramado su sangre por Taug en tantas ocasiones que éste, aunque no era más que un simio bestial, llevaba grabada a fuego en su cerebro una lealtad hacia su compañero tan inquebrantable que nada podía alterar… Su amistad hacia Tarzán se había convertido en una costumbre, casi en una tradición, que perduraría en tanto Taug viviese. Éste nunca le manifestaba a Tarzán la menor demostración de afecto —le gruñía con el mismo entusiasmo feroz que a cualquiera de los otros machos que se le acercase mientras estaba comiendo— pero hubiera dado la vida por él. Lo sabía, lo mismo que lo

sabía Tarzán; pero los simios no hablan de tales cosas: su vocabulario, en lo que se refiere a los instintos y sentimientos más nobles, consiste más en actos que en palabras. Sin embargo, Taug estaba ahora preocupado y se durmió con las extrañas palabras de su amigo aún dándole vueltas en la cabeza.

Volvió a pensar en ellas al día siguiente y, sin que ello representara deslealtad alguna, le contó a Gunto lo que Tarzán había sugerido acerca de los ojos que rodeaban a Goro y la posibilidad de que tarde o temprano Numa atacase a la luna y la devorase. Los monos asignan el género masculino a todas las cosas grandes de la naturaleza, de forma que Goro, al ser la criatura de mayor tamaño que había en el cielo durante la noche, era para ellos un macho.

Gunto se arrancó con los dientes un trocito de uña y recordó que Tarzán había comentado una vez que los árboles conversaban entre sí. Gozán, por su parte, contó una vez más que en cierta ocasión había visto al hombre mono bailar a solas, a la luz de la luna, con Sheeta, la pantera. Lo que ignoraban era que Tarzán había enlazado a la fiera y que ató la cuerda a un árbol antes de descender al suelo y ponerse a dar saltos y cabriolas ante el encabritado felino, para incordiarle un poco.

Otros monos aportaron su grano de arena explicando que habían visto a Tarzán cabalgando a lomos de Tantor, el elefante. No faltó quien recordara que había traído a Tibo, el chico negro, a la tribu. También hubo quien sacó a relucir la costumbre que tenía Tarzán de entretenerse con aquellos objetos misteriosos que había en el extraño refugio situado junto al mar. Nunca supieron entender lo que representaban los libros y, después de habérselo enseñado a un par de miembros de la tribu y comprobar que ni siquiera las ilustraciones causaban impresión alguna en su cerebro, el hombre mono renunció a sus intentos educativos.

Tarzán no es un mono —dictaminó Gunto—. Traerá aquí a Numa para que nos devore, como lo está llevando allá arriba para que se coma a Goro. Deberíamos matar a Tarzán.

Taug se erizó automáticamente. ¡Matar a Tarzán!

—¡Antes tendréis que matar a Taug! —exclamó.

Y se alejó, en busca de cosas que comer.

Pero unos cuantos monos se unieron a los conspiradores. Recordaban muchas de las cosas que había hecho Tarzán, cosas que los monos no hacían y que eran incapaces de comprender. Gueto expresó en voz alta de

nuevo su opinión de que había que eliminar al tarmangani, el mono blanco, y los otros, aterrados por las historias que habían oído de Tarzán y pensando que éste pretendía acabar con Goro, manifestaron su conformidad a la propuesta mediante gruñidos.

Toda oídos, Teeka formaba parte de aquel grupo, pero su voz fue la única que no se alzó para votar a favor del proyecto. Lo que hizo la simia, en cambio, fue erizarse, enseñar los colmillos y marcharse de allí, en busca de Tarzán. Pero no dio con él, porque el hombre mono se había alejado mucho, en busca de comida. Sin embargo, encontró a Taug y le refirió lo que Gunto y sus acólitos estaban planeando. Taug pateó el suelo y rugió. Sus ojos sanguinolentos echaron chispas iracundas, su labio superior se contrajo hacia arriba para dejar al descubierto los colmillos de combate y se le erizaron los pelos del espinazo. En aquel preciso instante, un imprudente roedor apareció en el claro y Taug dio un salto para atraparlo. En cuestión de un instante pareció haber olvidado su cólera contra los enemigos de Tarzán; pero así funciona el cerebro del simio.

A varios kilómetros de distancia, Tarzán de los Monos se repantigaba encima de la amplia cabeza de Tantor, el elefante. Con la afilada punta de un palo rascaba la piel del proboscidio por debajo de las orejas, al tiempo que contaba al colosal paquidermo todos los pensamientos que le bullían bajo la negra cabellera.

Tantor entendía poco, o nada, de lo que le estaba diciendo, pero Tantor era un buen oyente. Oscilando de un lado a otro, disfrutaba de la compañía de su amigo, un amigo al que apreciaba mucho, y asimilaba las deliciosas sensaciones que le producía la áspera caricia del palo.

Numa, el león, percibió el olor a hombre y fue aproximándose cautelosamente hasta avistar la posible presa acomodada en la cabeza del formidable elefante. Defraudado al verla allí, dio media vuelta, gruñó, rezongó y marchó en busca de algún terreno de caza más propicio.

El elefante captó también las emanaciones de Numa, que la tenue brisa llevó hasta su olfato, alzó la trompa y barritó con estruendo. Tarzán se estiró placenteramente sobre el lomo, tendido boca arriba cuán largo era encima de la ruda piel. Una nube de moscas se puso a zumbar encima de su cara, pero las ahuyentó agitando perezosamente una frondosa rama que arrancó de un árbol.

—Tantor —se dirigió al elefante—, es estupendo estar vivo. Es bueno tenderse a la sombra y disfrutar de su frescura. Es bueno contemplar las

hojas verdes de los árboles y el brillante colorido de las flores… Admirar todo lo que *Bulamutumumo* ha puesto aquí para nuestra satisfacción. Es muy bueno con nosotros, Tantor. Él te proporciona cortezas, hojas tiernas y espléndidas hierbas para que te alimentes. Para mí ha puesto en la selva a Bara, Horta y Pisah, además de frutas, cocos y raíces. A cada uno le facilita el alimento que más le gusta. Y lo único que pide es que seamos lo bastante fuertes o lo bastante listos para echarnos adelante y cogerlo. Sí, Tantor, vivir es algo estupendo. No me gustaría nada morir.

Tantor produjo un ruidillo con la garganta y elevó la trompa, curvándola para acariciar con la punta una de las mejillas de Tarzán.

—Tantor-dijo entonces Tarzán, —vuélvete y sigue apacentando en dirección a la tribu de Kerchak, el gran mono, a fin de que Tarzán pueda regresar a casa encima de tu cabeza y sin tener que caminar.

El paquidermo dio media vuelta y anduvo despacio por la amplia senda, que los árboles cubrían con la bóveda de sus ramas. Hacía un alto de vez en cuando para arrancar una ramita tierna o un trozo de corteza comestible de un árbol contiguo al camino. Tarzán iba tendido boca abajo sobre la cabeza y el lomo del animal, con las piernas colgando a ambos costados, la cabeza apoyada en las palmas de las manos y los codos sobre el ancho cráneo. Así efectuaron su lento regreso hacia el lugar donde se reunían los monos de la tribu de Kerchak.

Poco antes de que llegaran al claro, desde el norte, accedía a él por el sur otra figura, la de un robusto y bien formado guerrero negro, que emergió cautelosamente de la jungla, alertas todos los sentidos para no dejarse sorprender por alguno de los numerosos peligros que podían acecharle a lo largo del camino. Sin embargo, pasó sin que lo molestaran por debajo del centinela apostado en la copa de un árbol del ángulo sur que dominaba la ruta por esa dirección. El simio de guardia permitió el paso del gomangani porque vio que iba solo, pero en cuanto el indígena puso el pie en el calvero, resonó a su espalda un estruendoso «¡Kriiegah!», al que siguió un inmediato coro de respuestas que llegaban de todas direcciones, para indicar que los machos se apresuraban a saltar de árbol en árbol para acudir a la llamada de su compañero.

El negro se había detenido en seco al oír el primer grito. Miró a su alrededor. No vio a nadie, pero había reconocido la voz de los hombres peludos de los árboles a los que tanto temían los de su pueblo, no sólo por la fuerza y ferocidad de aquellos seres salvajes, sino también por el terror

supersticioso que engendraba en sus espíritus el aspecto aparentemente humano de los simios.

Pero Bulabantu no era ningún cobarde. Oyó a los monos que lo cercaban; comprendió que la huida era probablemente imposible, de modo que se mantuvo en sus trece, con el venablo dispuesto en la mano y el grito de guerra vibrándole en los labios. Vendería cara su vida Bulabantu, lugarteniente de Mbonga, el jefe.

Tarzán y Tantor se encontraban a escasa distancia del claro cuando el primer grito de aviso del centinela surcó el aire tranquilo de la jungla. Como un relámpago, el hombre mono saltó del lomo de Tantor a la rama de un árbol próximo y se desplazó a toda velocidad rumbo al calvero, al que llegó antes de que se hubieran extinguido los ecos del primer «¡Kriieg-ah!». Al presentarse allí vio que una docena de machos rodeaban a un solo gomangani. Al tiempo que emitía un grito que helaba la sangre, Tarzán se lanzó al ataque. Odiaba a los negros incluso más que los monos y allí se le presentaba la ocasión de acabar con uno en terreno descubierto. ¿Qué era lo que había hecho el gomangani? ¿Había matado a un miembro de la tribu de Kerchak?

Tarzán se lo preguntó al simio que tenía más cerca. No, el gomangani no había hecho daño a nadie. Gozán, que montaba guardia en el sur, lo había visto llegar por el bosque y avisó a la tribu… Eso era todo. El hombre mono se abrió paso a través de los simios congregados en tomo al negro, ninguno de los cuales había alcanzado el punto de exaltación frenética imprescindible para desencadenar un ataque. Se colocó en un lugar desde el que pudo ver de lleno al indígena. Lo reconoció al instante. Era el mismo que la noche anterior se había enfrentado a los ojos que brillaban en la oscuridad, mientras sus compañeros permanecían encogidos, aplastándose contra el suelo, a sus pies, demasiado estremecidos por el pánico para defenderse siquiera. Era un hombre valiente y el valor inspiraba a Tarzán una profunda admiración. Incluso el odio que sentía hacia los negros no constituía una pasión tan intensa como su amor a la valentía. Para él representaba un placer tremendo luchar con un guerrero negro casi en cualquier momento y circunstancia; pero a aquel no deseaba matarlo… Tarzán tuvo la vaga sensación de que el hombre se había ganado el derecho a seguir viviendo por la arrojada defensa que hizo de su vida la noche anterior. Y tampoco le gustaba lo más mínimo que el solitario guerrero indígena se encontrara en semejante inferioridad frente a tanto

antropoide enemigo.

Tarzán se dirigió a los monos.

—Volved a vuestro almuerzo —articuló— y dejad que el gomangani se vaya en paz. No nos ha hecho ningún daño y anoche le vi enfrentarse a Numa y Sabor combatiéndolos con fuego, él solo en medio de la jungla. Es un valiente. ¿Por qué vamos a matar a un valiente que no nos ha atacado? Dejadle marchar.

Los simios refunfuñaron. Se sentían contrariados.

—¡Matemos al gomangani! —gritó uno.

—Sí —rugió otro—. Matemos al gomangani y también al tarmangani.

—¡Matemos al mono blanco! —arengó Gozán—. ¡No es un mono, sino un gomangani que se ha quitado la piel!

—¡Matemos a Tarzán! —mugió Gunto—. ¡Matad! ¡Matad! ¡Matad!

Los machos empezaban ya a entrar en la dinámica del frenesí asesino, pero la dirigían más contra Tarzán que contra el negro. Una forma peluda se abrió paso entre ellos, apartando a empujones a los que se le interponían, arrojándolos a un lado como un hombre pudiera hacerlo con un niño. Era Taug…, el gigantesco y salvaje Taug.

—¿Quién ha dicho «¡Matemos a Tarzán!».? —preguntó—. Quien pretenda matar a Tarzán tendrá que pasar antes por encima de mi cadáver. ¿Quién puede matar a Taug? Taug os arrancará las entrañas y se las echará a Dango para que se las coma.

—Podemos mataros a todos —replicó Gunto—. Nosotros somos muchos y vosotros sois pocos.

Tenía razón. Tarzán comprendió que tenía razón. Taug también lo sabía, pero ninguno de los dos iba a admitir tal posibilidad. Eso no entraba en las pautas de los monos machos.

—¡Yo soy Tarzán! —proclamó el hombre mono—. Soy Tarzán. Poderoso cazador; invencible luchador. ¡En toda la selva no hay nadie tan formidable como Tarzán!

Acto seguido, los machos del bando contrario enumeraron uno tras otro sus virtudes y sus hazañas. Y durante todo el tiempo los adversarios fueron acercándose unos a otros. Así se comportan los machos para entrar en situación y prepararse antes de entablar combate.

Con las piernas envaradas, rígido y erguido, Gunto se adelantó hasta situarse ante Tarzán. Lo olfateó, con los colmillos al aire. Tarzán correspondió con un gruñido sordo, retumbante y amenazador.

Podían repetir aquel rito una docena de veces, pero tarde o temprano uno de los machos se abalanzaría sobre el otro y a continuación los dos belicosos bandos se enzarzarían en el cuerpo a cuerpo, dispuestos a desgarrar al enemigo a dentellada y zarpazo limpio.

Bulabantu, el indígena, se había quedado inmóvil en el instante en que vio a Tarzán abrirse paso entre los simios y contemplaba la escena con los ojos desorbitados por el asombro. Había oído hablar mucho de aquel dios-demonio que convivía con la peluda gente arbórea, pero nunca lo había visto a plena luz del día. Lo conocía de oídas bastante bien gracias a las descripciones de los que le habían visto y los fugaces vistazos que pudo echar al merodeador en el curso de algunas de las diversas ocasiones en que el hombre mono irrumpió por la noche en la aldea de Mbonga, el jefe, para perpetrar una de sus fantasmales bromas.

Naturalmente, Bulabantu no podía entender nada de lo que ocurría entre Tarzán y los simios; pero sí pudo darse cuenta de que el hombre mono y uno de los machos de mayor tamaño estaban empeñados en una discusión con los demás. Observó que ambos, de espaldas a él, se interponían entre su persona y el resto de la tribu y supuso, aunque le parecía improbable, que podían haber salido en su defensa. El indígena sabía que, en cierta ocasión, Tarzán perdonó la vida a Mbonga, y que también había ayudado a Tibo y a Momaya, la madre de éste. De modo que tampoco era imposible que echase una mano a Bulabantu; pero de lo que el negro no tenía idea era cómo podría intentarlo o conseguirlo ya que, a decir verdad, la inferioridad en que se encontraba Tarzán era abrumadora.

Gunto y los otros obligaban a Tarzán y Taug a retroceder poco a poco hacia Bulabantu. El hombre mono recordó las palabras que poco antes había derramado sobre Tantor «Sí, Tantor, vivir es algo estupendo. No me gustaría nada morir». Ahora comprendía que estaba a punto de morir, porque la irritación de los grandes machos contra él aumentaba por segundos. Todos desconfiaban de él y había muchos que siempre le odiaron. Sabían que era diferente a ellos. Tarzán también lo sabía, pero se alegraba de que fuera así: él era un HOMBRE; lo había aprendido en los libros ilustrados, y se enorgullecía de esa diferencia. Aunque estuviese a punto de ser hombre muerto.

Gunto se disponía a descargar su ataque. Tarzán conocía los indicios. Y no ignoraba que el resto de los machos se lanzarían a la carga en cuanto lo hiciera Gunto. Y en cuestión de segundos todo habría terminado. Algo se

movió entre la vegetación de la parte opuesta del claro. Tarzán lo vislumbró en el preciso instante en que Gunto lanzaba el aterrador alarido de desafío del mono macho y se precipitaba hacia adelante. Tarzán emitió una llamada singular y encogió el cuerpo para hacer frente a la acometida de Gunto. Taug también se agachó y Bulabantu, ya con la certeza de que aquellos dos individuos estaban de su parte, enarboló el venablo y de un salto se colocó entre ellos para recibir el primer asalto del enemigo.

Simultáneamente irrumpió en el claro una masa de colosal volumen que salió de la jungla por la retaguardia de los machos lanzados al ataque. El barritar de un elefante loco furioso se elevó penetrante por encima de los gritos que emitían los antropoides, cuando Tantor se precipitó veloz a través del claro en ayuda de su amigo.

Gunto no llegó a caer sobre el hombre mono, ni los colmillos de nadie se clavaron en carne enemiga. El rimbombante trompeteo del desafío de Tantor impulsó a los machos a abandonar el campo de batalla y emprender la huida a la desbandanda hacia los árboles, aunque, eso sí, sin dejar de gruñir y refunfuñar, con cara de malas pulgas. Taug huyó con ellos. Sólo permanecieron donde estaban Tarzán y Bulabantu. Éste se quedó porque vio que el dios-demonio no salia corriendo y porque tenía el valor suficiente para plantar cara a aquella muerte cierta y terrible junto a alguien que, evidentemente, había expuesto su vida para intentar salvar la de él.

Pero, con enorme sorpresa, el gomangani vio que el formidable elefante se detenía frente al hombre mono y le acariciaba con su larga y sinuosa trompa.

Tarzán se dirigió al negro.

—¡Vete! —dijo en el lenguaje de los simios, y señaló en dirección a la aldea de Mbonga.

Bulabunto comprendió el gesto, si no la palabra, y no perdió tiempo en obedecer. Tarzán estuvo observando su marcha hasta que el indígena se perdió de vista. Sabía que los monos no iban a perseguirle. Entonces dijo al elefante:

—¡Súbeme!

Y Tantor lo cogió con la trompa y se lo puso encima de la cabeza.

Tarzán va a la guarida que tiene junto al agua grande —voceó el hombre mono, dirigiéndose a los simios que ocupaban los árboles—. Todos vosotros, salvo Taug y Teeka, sois más estúpidos que Manu, el mico. Taug y Teeka pueden ir allí a ver a Tarzán, pero los otros vale más que se

mantengan a distancia. Para Tarzán, la tribu de Kerchak ha terminado.

Espoleó a Tantor con los encallecidos dedos del pie y el monumental paquidermo atravesó el claro, salió de él y los monos se dedicaron a observar a la pareja hasta que la selva se los tragó.

Antes de que cayera la noche, Taug mató a Gunto, al que desafió a una pelea a muerte por haber atacado a Tarzán.

Durante una luna, la tribu no vio ni rastro de Tarzán de los Monos. Probablemente a muchos de sus miembros les tenía sin cuidado, pero no faltaban los que le echaron en falta mucho más de lo que Tarzán podía imaginar. Taug y Teeka deseaban a menudo que volviera y, en una docena de ocasiones, Taug se mostró decidido a ir a visitarle a su refugio de la playa, pero primero una cosa y después otra, siempre había algo que se lo impedía.

Una noche, cuando Taug yacía despierto en su lecho arbóreo, con la mirada en el estrellado cielo, recordó las cosas extrañas que Tarzán le había sugerido una vez: que aquellos puntos brillantes eran los ojos de los devoradores de carne que acechaban en la oscuridad de la selva del cielo a la espera del momento oportuno para abalanzarse sobre Goro, la luna, y comérsela. Cuanto más meditaba en aquello, más inquieto se sentía.

Y entonces sucedió algo rarísimo. Mientras contemplaba a Goro, Taug vio que de pronto desaparecía un trozo del borde, justo como si alguien estuviera royéndola. El corte en el costado de Goro fue haciéndose cada vez mayor. Taug se puso en pie al tiempo que soltaba un grito. Su frenético «¡Kriieg-ah!» atrajo sobre él a la tribu en pleno, que, aterrorizada, era todo gritos y parloteos.

—¡Mirad! —señaló Taug la luna—. ¡Mirad! ¡Es como Tarzán lo anunció! Numa ha saltado por encima de las llamas y está devorando a Goro. Insultasteis a Tarzán y lo echasteis de la tribu. Ved ahora lo sabio que es Tarzán y la razón que tenía. Uno de vosotros, los que odiabais a Tarzán, que acuda ahora en ayuda de Goro. Observad los ojos que brillan en la selva oscura alrededor de Goro. Goro está en peligro y nadie puede ayudarlo… Nadie, salvo Tarzán. Numa no tardará en devorar del todo a Goro y cuando Kudu se retire a su cubil ya no tendremos luz. ¿Cómo bailaremos el *dum dum* sin la luz de Goro?

Los simios gemían y temblaban. Cualquier manifestación de los poderes de las naturaleza siempre los llenaba de pavor, porque no podían entenderla.

—¡Id y traed a Tarzán! —exclamó uno de los simios y, a continuación, el grito de «¡Tarzán!» fue un clamor general.

—¡Tarzán! ¡Traed a Tarzán! ¡Tarzán salvará a Goro! —¿Pero quién se atrevería a aventurarse por la selva en la oscuridad de la noche para ir a buscar a Tarzán?

—Iré yo —se brindó Taug.

Un instante después atravesaba las tinieblas estigias en dirección a la pequeña bahía.

Y mientras esperaban, los integrantes de la tribu de Kerchak contemplaron la paulatina desaparición de la luna, que se veía devorada poco a poco. Numa ya se había comido un gran trozo semicircular. A aquel ritmo, Goro habría dejado de existir completamente antes de que Kudu se presentara de nuevo. Los monos trepidaban de miedo ante la idea de una perpetua oscuridad durante la noche. No podían dormir. Se movían nerviosos e inquietos de un lado a otro, por las ramas de los árboles, sin quitarle ojo al Numa del cielo entregado a su mortífero banquete. Aguzaban el oído, anhelantes de oír el regreso de Taug acompañado de Tarzán.

Goro estaba a punto de desaparecer totalmente cuando los simios oyeron acercarse a través de la fronda a los dos seres que estaban esperando. Tarzán no tardó en aparecer en un árbol cercano. Le seguía Taug.

El hombre mono no malgastó tiempo en palabras ociosas. Empuñaba en la mano su largo arco y a la espalda, colgada del hombro, llevaba una aljaba llena de flechas envenenadas que había robado en la aldea de los negros, lo mismo que había escamoteado el arco. Trepó hacia la copa de aquel gigante del bosque, ascendió y ascendió hasta llegar a una pequeña y débil rama que se cimbreaba y combaba peligrosamente bajo su peso. Desde allí, Tarzán tuvo una vista de la bóveda celeste clara y sin obstáculos. Vio a Goro y observó las incursiones que el hambriento Numa había efectuado en la reluciente superficie selenita.

Tarzán levantó la cara hacia la luna y proyectó hacia las alturas su estridente y espantoso alarido de desafío. Débil, desde una lejanía remota, llegó el rugido con que un león le respondía. Los monos se estremecieron. El Numa de los cielos había contestado a Tarzán.

El hombre mono tomó una flecha y armó el arco, lo tensó y apuntó hacia el corazón de Numa, que seguía en el firmamento devorando a Goro.

Se oyó un sonoro chasquido cuando soltó la cuerda del arco y el proyectil surcó veloz los aires a través de la oscuridad celeste. Una y otra vez disparó Tarzán de los Monos sus flechas hacia Noma, mientras todos los monos de la tribu de Kerchak permanecían acurrucados, muy juntos, dominados por el pánico.

Se oyó finalmente la voz excitada de Taug.

—¡Mirad! ¡Mirad! —chilló—. Numa ha muerto. Tarzán ha matado a Numa. Ahí lo tenéis. ¡Ved a Goro saliendo del vientre de Numa!

Y, desde luego, la luna emergía gradualmente de las entrañas de lo que la hubiera estado devorando, fuese Numa, el león, o fuese la sombra de la tierra. De cualquier modo, a ver quién es capaz de convencer a un mono de la tribu de Kerchak de que no fue Numa quien estuvo a punto de devorar a Goro aquella noche, o de que otro, y no Tarzán, fue quien salvó de una muerte espantosa al rutilante dios de sus salvajes y misteriosas ceremonias… Si os presentáis en la tribu de Kerchak con tal embajada, os encontraréis con dificultades… y con una buena pelea entre manos.

Tarzán de los Monos volvió así a la tribu de Kerchak y su regreso representó para él un paso de gigante hacia la dignidad de rey, que en definitiva no tardó en alcanzar, porque los simios le consideraban ya un ser superior.

En toda la tribu no había más que un solo individuo que se estimara absolutamente escéptico en cuanto a la plausibilidad de aquel extraordinario rescate de Goro por parte de Tarzán. Y ese individuo, por extraño que pueda parecer, era el propio Tarzán de los Monos.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 - Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918., etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

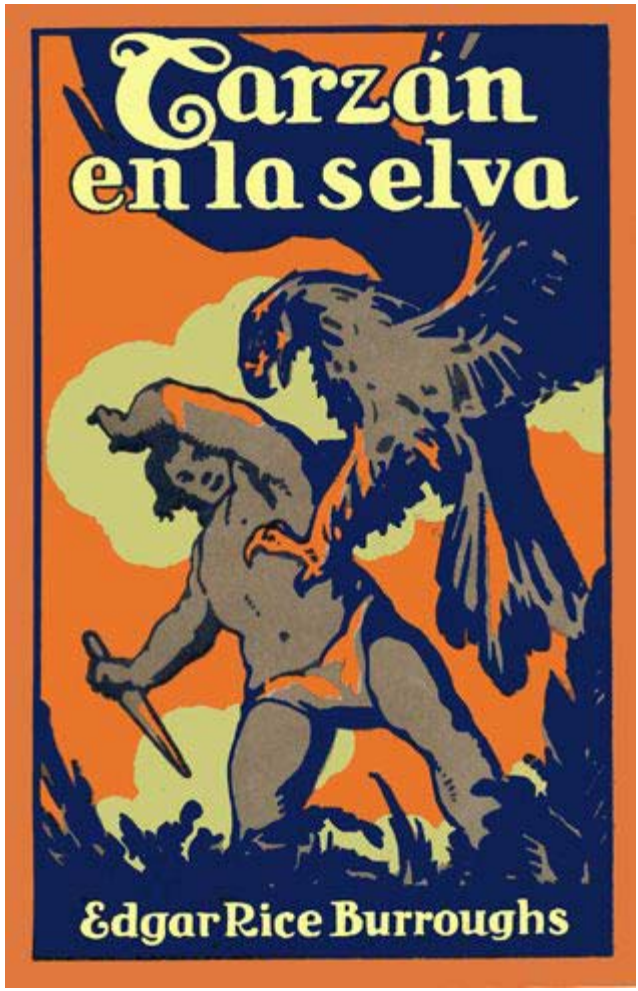
En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

Jungle Tales of Tarzan

Edgar Rice Burroughs

Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1919, Fred J. Arting



Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.